

# STAR WARS™

## DARTH MAUL

EL CAZADOR EN LAS TINIEBLAS



MICHAEL REAVES

Título original: Star Wars. Darth Maul. Shadow Hunter

Año: 2001

Traducción: Lorenzo F. Díaz

Arte de tapa: David Stevenson

Digitalización: (2006) LorD XiaN

Revisión: Darth\_Ruine

Darth Maul, despiadado aprendiz del mal, es uno de los legendarios Sith, una orden que sirve al Lado Oscuro de la Fuerza... Darth Maul, guerrero del terrible Lord Sith, Darth Sidious... Darth Maul, una leyenda nacida de las pesadillas de la historia... en un relato de intriga y misterio situado justo antes de los acontecimientos de *Star Wars. Episodio I. La Amenaza Fantasma*.

Después de muchas décadas esperando en las sombras, Darth Sidious da el primer paso en su plan para poner a sus pies la República Galáctica. Se reúne en secreto con sus contactos neimoidianos, de la Federación de Comercio, para diseñar el bloqueo del planeta Naboo. Pero un miembro de la delegación desaparece y Sidious, que no necesita de su poder para sospechar de una traición, ordena a su aprendiz, Darth Maul, cazar al traidor.

En Coruscant, capital de la República, el neimoidiano se mueve con rapidez para vender la información secreta al mejor postor. Para Lorn Pavan, un informador del mercado negro, el negocio es demasiado bueno para dejarlo escapar. Pero ahora, él también es un objetivo para Darth Maul...

Mientras, una joven padawan llamada Darsha Assant está a punto de convertirse en Jedi. Una misión será su prueba. Junto a Lorn, por los laberínticos pasadizos y alcantarillas del lado oculto de Coruscant, deberá escapar del cazador Sith. El Consejo Jedi necesita conocer la información secreta.

El futuro de la República depende de Darsha y Lorn. Pero, ¿cómo podrá una padawan inexperta y un hombre común, ajeno a los poderosos caminos de la Fuerza, triunfar por encima de uno de los asesinos más peligrosos de la Galaxia?

(De las solapas del libro)

# STAR WARS™

## **DARTH MAUL**

EL CAZADOR EN LAS TINIEBLAS

**MICHAEL REAVES**



**ALBERTO SANTOS**  
**EDITOR**



Para mi hija Mallory.  
*"La Fuerza es grande en ella."*

## AGRADECIMIENTOS

Plantar en terreno ajeno puede resultar una tarea onerosa, pero en este caso ha sido un placer, y eso se debe en gran medida a la ayuda que he recibido de un gran número de personas que han ayudado a crear y mantener el cosmos de *Star Wars*. Debo darle las gracias a mi editora, Shelly Shapiro, que me consiguió el trabajo; a Sue Rostoni y a todos los demás del rancho Skywalker; a Ron Marz; a Brynne Chandler; a Steve Sansweet por su enormemente útil *Star Wars. Enciclopedia*; a Steve y Dal Perry; y, por supuesto, a George Lucas por crear lo que sin ninguna duda es la galaxia más entretenida de todo el universo.

Hace mucho más tiempo,  
en una galaxia muy lejana...

Primera parte  
**Malas calles**



## Capítulo 1

**E**l espacio es el lugar ideal para esconderse.

El carguero neimoidiano *Saak'ak* surcaba pesadamente las profundidades inexploradas del Espacio Salvaje. Mostraba orgulloso sus colores, con el sistema de invisibilidad desconectado, sin miedo a ser detectado. Allí, a pársecs de distancia del Core Galáctico y de los sistemas que lo rodeaban, podía esconderse a simple vista. Hasta los neimoidianos, antiguos reyes de la paranoia, se sentían seguros en la vasta infinitud del abismo que separaba el núcleo de uno de los brazos de la espiral.

Pero ni siquiera en ese lugar podían los líderes de la Federación de Comercio librarse por completo de su tendencia natural al subterfugio. Buscaban trampas y engaños por todas partes, tal y como la joven oruga busca la seguridad y el calor de su celdilla de dormir en la colmena grupal. El *Saak'ak* era un buen ejemplo de esto. Aparentaba ser una nave comercial, con su forma en herradura diseñada para transportar enormes cargas, pero, apenas algún enemigo desprevenido se pusiera al alcance de su campo de tiro, se harían visibles el sólido blindaje de duracero, las torretas de cañones láser y el sistema de comunicaciones de potencia militar.

Y para entonces, claro está, ya sería demasiado tarde.

Todo estaba silencioso en el puente del *Saak'ak*, a excepción de los pitidos y timbres de los diferentes monitores de apoyo vital y el casi inaudible susurro del sistema de filtrado de aire. Había tres figuras en un lateral del enorme puente de acero transparente. Vestían los holgados mantos y ropajes de la aristocracia neimoidiana, pero en cuanto apareció una cuarta figura entre ellos, su lenguaje corporal evidenciaba deferencia hacia ella, cuando no una actitud claramente servil y humillante.

La cuarta figura no estaba realmente con ellos en un sentido físico. La forma con túnica y capucha era un holograma, una imagen tridimensional proyectada desde un punto desconocido situado a años-luz de distancia. Pero por muy intangible e inmaterial que fuera, dominaba con su presencia a los tres neimoidianos. Entonces, habló con voz seca y ronca, con el tono de alguien acostumbrado a recibir obediencia instantánea.

—Sólo sois tres.

—A... así es, Lord Sidious —dijo tartamudeando el más alto de los tres, el que llevaba la tiara de cresta triple de virrey.

—Te veo a ti, Gunray, y a tus lacayos Haako y Dofine. ¿Dónde está el cuarto? ¿Dónde está Monchar?

Nute Gunray, virrey de la Federación, se cogió las manos ante sí en lo que era más un intento de impedir frotárselas con nerviosismo que un gesto de súplica. Había esperado que con el tiempo se acostumbraría a tratar con el Señor Sith, pero todavía no lo había conseguido. En vez de eso, estas reuniones con Darth Sidious se habían ido volviendo más molestas e incómodas a medida que se acercaba la fecha del embargo. Gunray no sabía cómo se sentirían sus segundos al mando, Daultay Dofine y Rune Haako —pues discutir los propios sentimientos era anatema en la sociedad neimoidiana—, pero sí sabía cómo se sentía él tras cada encuentro con el señor Sith. Sentía ganas de arrastrarse hasta la sala de nacimiento de su colmena materna y de cerrar tras él la escotilla de su cloaca.

Y más en ese momento. ¡Maldito Hath Monchar! ¿Dónde estaba ese condenado idiota de alga apestosa? A bordo del *Saak'ak*, desde luego que no. Habían registrado la nave entera, desde la esfera central a las escotillas de los extremos de los dos brazos de atraque. No sólo no habían encontrado por ninguna parte a su virrey delegado, sino que habían descubierto la falta de una nave exploradora con capacidad para hiperimpulso. Si se sumaban ambos hechos, las posibilidades de que el virrey Gunray acabase alimentando una de las granjas de hongos de Neimoidia aumentaban de forma alarmante.

La imagen holográfica de Darth Sidious titiló ligeramente, recuperando a continuación su poco estable resolución. Un problema de transmisión, probablemente causado por la llamarada solar de alguna estrella situada entre ese lugar y el misterioso mundo del que podía provenir la señal. Y no por primera vez se descubrió Gunray preguntándose en qué clase de nave o mundo podía estar el Sith de carne y hueso, y tampoco por primera vez apartó apresuradamente y con un escalofrío esa idea de la cabeza. No quería saber demasiado del aliado que tenían los neimoidianos en su actual empresa. De hecho, le gustaría poder olvidar lo poco que ya sabía. Colaborar con Darth Sidious era tan seguro como verse atrapado en una cueva de Tatooine con un dragón krayt hambriento.

El rostro encapuchado se volvió para mirarlo directamente.

—¿Y bien? —exigió Sidious.

Incluso cuando abría la boca para responder, Gunray sabía que mentir sería un acto fútil. El Señor Sith era un Maestro de la Fuerza, ese misterioso y penetrante campo de energía que, al decir de algunos, mantenía unida a la galaxia tanto como la gravedad. Puede que Sidious no fuera capaz de leer los pensamientos de los demás, pero desde luego podía darse cuenta de cuándo alguien le mentía. Pero incluso sabiendo eso, el neimoidiano tenía tanta capacidad para no hablar con disimulas como para impedir que las glándulas sudoríparas de su nuca rezumaran una sustancia oleosa.

—Se ha puesto enfermo, Lord Sidious. Demasiada buena comida. Es... es de constitución delicada.

Tras decir esto, Gunray cerró la boca, manteniendo los labios fuertemente apretados para impedir que temblaran. Se maldijo interiormente. Había sido una prevaricación tan patética y evidente que hasta un gamorreano se habría dado cuenta. Se quedó esperando a que Sidious ordenase a Haako y Dofine que se rebelaran contra él y lo despojasen de su rango y atuendo. Y no le quedaba ninguna duda de que ellos harían precisamente eso. Si hay algún concepto en el léxico galáctico difícil de comprender por un neimoidiano ése es el de la palabra *lealtad*.

Para su sorpresa, Sidious se limitó a asentir en vez de dirigirle un chorro de vituperios.

—Ya veo. Muy bien, entonces sólo seremos cuatro a discutir las medidas urgentes a tomar en caso de fracasar el embargo comercial. Ya se informará a Monchar una vez esté recuperado.

Y el Señor Sith continuó hablando, describiendo su plan de ocultar un gran ejército secreto de androides de combate en las bodegas de carga de las naves de los comerciantes, pero Gunray apenas podía concentrarse en los detalles. Estaba sorprendido de que hubiera funcionado su improvisada excusa.

Pero el alivio del virrey fue breve. Sabía que como mucho sólo había conseguido ganar algo de tiempo, y no demasiado. La próxima vez que el holograma de Sidious se materializara nuevamente en el puente del *Saak'ak*, volvería a preguntar por Monchar... y esta vez no aceptaría como excusa la enfermedad.

No tenía otra solución que encontrar a su lugarteniente errante, y cuanto antes. Pero, ¿cómo hacerlo sin despertar las sospechas de Sidious? A veces Gunray sentía que el Señor Sith era capaz de mirar en cada compartimento, nicho y cubículo del

carguero, y que estaba al tanto de *todo* lo que pasaba a bordo, por trivial o poco importante que fuera.

El virrey procuró controlarse. Aprovechó que la atención de Sidious estaba momentáneamente centrada en Haako y Dofine para deslizarse subrepticamente una cápsula antiestrés entre los labios. Notó cómo sus vainas pulmonares se expandían y contraían convulsivamente dentro de él, al borde de la hiperventilación. Un viejo adagio definía a los neimoidianos como la única especie inteligente dotada de un órgano consagrado a la única tarea de preocuparse. Cuando Nute Gunray notó que la ansiedad que había acallado momentáneamente amenazaba con volver a acumularse en su saco estomacal, el adagio pareció adquirir un desagradable matiz de realidad.

o o o

Darth Sidious, Señor Sith, concluyó sus instrucciones a los neimoidianos e hizo un gesto casual, casi negligente. Al otro lado de la habitación un interruptor se movió dando fin a la transmisión holográfica. Las titilantes imágenes blanquiazules de los neimoidianos y la sección del puente de su nave que captaban los transceptores multifase se desvanecieron.

Sidious se quedó un momento inmóvil en la rejilla de transmisión, en silencio, con la mano alzada, meditando en las corrientes y reflujos de la Fuerza. Aquéllos con una sensibilidad menor eran ajenos a ella, pero para él era una neblina omnipresente, invisible pero tangible, que se agitaba y movía constantemente a su alrededor. No hay palabras o descripción alguna que pueda transmitir cómo es su esencia; la única manera de comprenderla es experimentándola.

A lo largo de muchos años de estudio y meditación había aprendido a interpretar todos y cada uno de los movimientos de su incesante flujo, por casual que fueran éstos. Pero incluso sin esa habilidad habría podido darse cuenta de que Nute Gunray mentía acerca del paradero de Hath Monchar. Un viejo chiste sobre el virrey lo resumía a la perfección:

*¿Cómo se sabe si un neimoidiano miente?*

*Porque tiene la boca abierta.*

Sidious asintió con la cabeza. No tenía ninguna duda sobre la deshonestidad de Gunray; la única incógnita era *por qué*. Era una pregunta que debía ser respondida, y pronto. Si bien era cierto que los neimoidianos eran criaturas débiles, también lo era que hasta las criaturas más cobardes se incorporan sobre sus cuartos traseros y te muerden si se ven lo bastante motivadas. Estaban conspirando a sus espaldas. Pensar otra cosa era ser irremediablemente ingenuo, y pese a ser muchas las cosas que podían achacarse a Darth Sidious, la ingenuidad no era una de ellas. Sólo podía hacer una cosa, dada la importancia potencial del embargo a Naboo y sus posteriores maquinaciones económicas.

Sidious hizo otro gesto casual. La Fuerza ondeó en respuesta, y la rejilla de transmisión situada bajo sus pies volvió a brillar. Un holograma de su persona volvió a ser enviado al vacío en dirección a otra localización remota. Era el momento de hacer entrar en el juego a un mero participante, uno que se había entrenado y estudiado durante años para llevar a cabo esta clase de tareas. Aquel que componía la otra mitad de la orden Sith. Su protegido, su discípulo, su mirmidón.

Aquel que Sidious había bautizado como Darth Maul.

o o o

Los androides de duelo estaban programados para matar.

Eran cuatro, de lo mejor de los Duelistas de Élite que proporciona Trang Robotics, y cada uno con un arma diferente: uno con un estoque de acero, otro con una pesada

porra, el tercero con una cadena corta y el último con una pareja de hachas de combate de doble filo tan largas y anchas como el antebrazo de un humano. Estaban programados con las habilidades de una docena de Maestros en artes marciales, y sus reflejos calibrados a un punto por encima del máximo humano. Su chasis de duracero era resistente a los láseres. Habían salido de fábrica equipados con inhibidores de conducta que les impedían infligir un golpe de muerte a su contrincante cuando éste estaba vencido, pero esas inhibiciones habían sido desconectadas por su nuevo propietario. Cualquier error luchando con ellos podía ser fatal.

Darth Maul no cometía errores.

El aprendiz Sith estaba parado en medio de la sala de entrenamiento rodeado por los cuatro androides. Su respiración era tranquila, sus latidos lentos y regulares. Era consciente de cómo reaccionaba su cuerpo al peligro, y lo controlaba.

Dos de los androides —Estoque y Cadena, los bautizó en silencio— estaban dentro de su campo de visión. A los otros dos —Porra y Hacha— no los veía al estar situados a su espalda. Daba igual; su consciencia de la Fuerza le permitía sentir sus movimientos con la misma claridad que si tuviera ojos en la nuca.

Alzó su arma, el sable láser de doble hoja, y lo conectó. Lanzas gemelas de energía pura brotaron de él, siseando y chisporroteando en bucles escarlatas que empezaban y terminaban en las dos aperturas de flujo situadas a ambos extremos de la empuñadura. Cualquier Caballero Jedi podía manejar un sable láser de una sola hoja; sólo un Maestro luchador podía usar el arma que diseñó milenios atrás el legendario Señor Oscuro Exar Kun. Si no se estaba en perfecta sintonía con el arma, ésta podía ser tan letal para quien la usaba como para su contrincante.

Estoque se lanzó a fondo, la articulación de su rodilla metálica se dobló hasta casi tocar el suelo. La afilada punta brilló al dirigirse hacia el corazón del Sith, casi demasiado rápida para que pudiera verse.

El Lado Oscuro floreció en Darth Maul, su poder vibró en él como un relámpago negro, engrandeciendo sus años de entrenamiento, guiando sus reacciones. El tiempo pareció ralentizarse, prolongarse.

Le habría sido fácil cortar en dos la hoja del estoque, ya que pocos metales pueden resistir el filo sin fricción de un sable láser.

Pero eso no suponía ningún reto. Dio un giro hacia la punta, contorsionándose hacia el exterior y moviendo las manos horizontalmente a la altura del pecho. La hoja izquierda del sable láser cortó el brazo de Estoque. Tanto brazo como arma hicieron un sonoro estruendo al caer al suelo.

Maul se dejó caer sobre la rodilla izquierda, en el momento en que el golpe de Porra llegaba desde su espalda, girando sobre su cabeza, fallando por poco su cuerno dorsal. Sin mirar, guiado por las vibraciones de la Fuerza, echó hacia atrás la hoja derecha y hacia delante la izquierda —*iuno, dos!*— clavándolas en los compartimentos abdominales tanto de Porra como de Estoque. Las chispas brotaron de los circuitos afectados, y el fluido lubricante salpicó el suelo en una enrojecida neblina oleosa.

Usando la inercia del golpe hacia adelante, Maul se lanzó por encima del androide que se derrumbaba ante él, rodando con fluidez sobre el hombro. Se incorporó girando el sable láser por encima de la cabeza antes de pararse sólidamente en la pose de *teräs käsi* llamada "cabalgando el bantha". Incluso mientras hacía ese movimiento, había una parte de él controlando mentalmente el estado de su cuerpo. Su respiración era lenta y regular, el ritmo de su pulso apenas había aumentado dos o tres latidos por minuto de su media en reposo.

Dos menos, quedaban dos.

Cadena atacó girando su arma sobre la cabeza como si fuera el propulsor de una gironave. Los pesados eslabones se acercaron a Maul, el cual giró sobre el pie derecho para proyectar la pierna izquierda en una poderosa patada lateral, clavando la bota en el pecho blindado del androide y parándolo en seco. Se dejó caer en cuclillas, giró el

sable láser como si fuera una guadaña y cortó limpiamente al androide por las rodillas. Éste se derrumbó sin sus piernas, mientras Maul volvía a girar su arma y asumía la postura conocida como Rencor Rampante. Al erguirse de la postura acuclillada, golpeó con la hoja derecha entre los muslos mecánicos de Cadena, con fuerza, usando los músculos de las piernas para aumentar el impacto.

La fuerza del golpe dividió a Cadena desde la entepierna hasta la coronilla. Se oyó un chirrido metálico cuando el androide se partió en dos. Sus piernas y pies tocaron el suelo apenas un instante antes de que cayeran sobre ellas las mitades superiores.

El aprendiz Sith se vio bañado por el olor acre de los circuitos y el fluido lubricante quemándose. Lo que unos segundos antes era una máquina de alta tecnología en perfecto funcionamiento había pasado a ser un montón de chatarra apenas reconocible.

Tres menos, quedaba uno.

Hacha atacó el flanco izquierdo de Maul, girando sus afiladas cuchillas en movimientos defensivos, arriba, abajo, izquierda, derecha, en una cegadora pauta de afilada muerte que aspiraba a coger desprevenido a su contrincante y cortarlo por abajo.

Maul se permitió un fruncimiento de labios. Presionó los controles del sable láser. El zumbido dejó de oírse al apagarse los rayos de energía. Se agachó, manteniendo la mirada fija en el androide mientras dejaba el arma en el suelo y la apartaba con la bota.

Adquirió una postura defensiva, avanzando el pie izquierdo, inclinándose hacia el androide en cuarenta y cinco grados. Observó el letal y centelleante arabesco de Hacha mientras éste se dirigía hacia él. Un androide como ése no conocía el miedo, pero Darth Maul sabía que dejar el arma y enfrentarse a un contrincante vivo con las manos desnudas aterrorizaría a cualquiera que fuera más listo que un androide de duelo. El miedo era un arma tan potente como un sable láser o una pistola de rayos.

El Lado Oscuro bullía en su interior, buscando cegarlos con odio, pero lo mantuvo a raya. Alzó una mano abierta a la altura de la oreja, la otra junto a la cadera, después invirtió las posiciones, observando. Esperando.

Hacha ganó otro medio paso de terreno, cruzando y entrecruzando las cuchillas, buscando una abertura.

Maul decidió proporcionársela. Movié la mano izquierda, apartándola del cuerpo, exponiendo el costado a un envite o un corte.

Hacha vio la abertura y atacó, muy rápido, moviendo una de las cuchillas para cortar mientras levantaba la otra como apoyo.

Maul se dejó caer al suelo, rodeó con el pie izquierdo el tobillo del androide y tiró de él mientras usaba el otro pie para golpearlo con fuerza en el muslo. Cayó hacia atrás, incapaz de mantener el equilibrio, y golpeó el suelo. Maul dio un salto, giró frontalmente en el aire, y aterrizó en la cabeza del androide, hundiéndose en ella los tacones de sus botas. El cráneo de metal crujó y se hundió. Sus luces centellearon y los fotorreceptores acorazados se rompieron.

Maul volvió a saltar hacia adelante, girando en el aire para asumir la posición förräderi, listo para saltar en cualquier dirección.

Pero no era necesario; había acabado con los cuatro. Un técnico dedicaría varios días a reparar a Porra, Hacha y Estoque. Cadena había quedado irreparable, sólo podrían reciclarse sus piezas.

Darth Maul soltó aire, relajó la pose y asintió. El ritmo de su corazón se había acelerado, como mucho, en cinco latidos por encima de lo normal. En su frente había un ligero brillo de sudor, pero aparte de eso tenía la piel seca. Quizá habían transcurrido unos sesenta segundos del principio al final del duelo. Maul frunció ligeramente el ceño. Ni de lejos era su mejor actuación. Una cosa era enfrentarse a unos androides y derrotarlos, y otra hacerlo con los Jedi.

Tendría que hacerlo mejor.

Recogió el sable láser y se lo colgó del cinto. A continuación, y aprovechando que ya había calentado los músculos, se dispuso a practicar sus ejercicios de lucha.

Apenas había recorrido unos metros cuando lo detuvo un resplandor familiar en el aire situado delante de él. Maul posó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza antes de que la figura encapuchada tuviera tiempo de solidificarse.

—Maestro —dijo—, ¿qué deseas de tu siervo?

El Señor Sith miró a su aprendiz.

—Estoy complacido por la manera en que llevaste a cabo la misión del Sol Negro. Esa organización tardará años en reconformarse.

Maul asintió ligeramente en agradecimiento. Esas alabanzas indirectas era el mayor reconocimiento a su trabajo que recibía, y aun así las recibía raras veces. Pero las alabanzas carecían de importancia, ni siquiera procediendo de Sidious. Lo único que importaba era servir a su Maestro.

—Tengo preparada otra tarea para ti.

—Todo lo que desee mi Maestro, se hará.

—Ha desaparecido Hath Monchar, uno de los cuatro neimoidianos con los que trato. Sospecho de una traición. Encuéntralo. Asegúrate de que no ha hablado con nadie del embargo que estamos preparando. Si lo ha hecho, mátalo, y haz lo mismo con todo aquel con el que haya hablado.

La imagen holográfica se desvaneció. Maul se incorporó y se dirigió a la puerta. Su paso era firme, sus ademanes seguros. Cualquier otro, incluso un Jedi, habría protestado diciendo que era una misión imposible. Después de todo, vivían en una galaxia muy grande. Pero el fracaso no era una opción para Darth Maul. Ni siquiera era un concepto.

## Capítulo 2

### Coruscant.

Un nombre que evocaba la misma imagen en la mente de casi todos los seres civilizados de la galaxia. Coruscant: luminoso centro del universo, blanco de las miradas de todos los mundos habitados, corona enojada de los sistemas del Core. Coruscant, escaño gubernamental de la miríada de mundos que componen la galaxia. Coruscant, epítome de la cultura y el conocimiento, síntesis de un millón de civilizaciones diferentes.

Coruscant.

Sólo viendo el planeta desde su órbita podía apreciarse por completo la enormidad de su creación. Prácticamente toda su masa terrestre, que abarcaba casi toda su superficie, al haberse secado o desviado sus mares y océanos mil generaciones antes mediante enormes cavernas subterráneas, estaba cubierta por una metrópoli de múltiples niveles compuesta por torres, mónadas, ziggurats, palazzos, cúpulas y minaretes. Durante el día, el interminable paisaje de la ciudad estaba prácticamente tapado por sus múltiples niveles de tráfico y las miles de naves que entraban y salían de su atmósfera, pero por la noche se mostraba en todo su esplendor, haciendo palidecer hasta a la espectacular nebulosa y los racimos globulares del cercano Core Galáctico. El planeta irradiaba tanta energía que ya haría mucho tiempo que la creciente degeneración atmosférica la habría convertido en una roca sin vida, de no mediar los miles de purificadores de CO<sub>2</sub> estratégicamente situados en la capa superior de la atmósfera.

Un interminable anillo de titánicos rascacielos ceñían a Coruscant por su ecuador, alguno de ellos tan alto que atravesaban las capas superiores de la atmósfera. Por todo el planeta podían encontrarse estructuras similares, aunque más pequeñas. Y eran esos enrarecidos niveles superiores, tan limpios como espaciosos, los que conformaban el concepto que tenía la mayoría de la gente de la capital galáctica.

Pero toda visión de belleza y riqueza, por grandiosa que sea, debe basarse en algo y en alguna parte. A lo largo del anillo ecuatorial, por debajo del estrato de tráfico aéreo más inferior, bajo los iluminados rascacielos y las brillantes fachadas, se hallaba otro aspecto de Coruscant. Un lugar al que nunca llegaba la luz del sol, y la interminable noche de la ciudad sólo estaba iluminada por titilantes holoproyecciones de neón que anunciaban atracciones de baja estofa y negocios turbios. Los oscuros rincones estaban infestados por cucarachas araña y enormes ratas blindadas, y en las vigas de edificios abandonados anidaban halcones murciélago con alas de una envergadura que llegaba al metro y medio. Éste era el bajo vientre de Coruscant, ni visto ni admitido por los ricos, y donde sólo se encontraba a los repudiados y los condenados.

Ésta era la parte de Coruscant que Lorn Pavan consideraba su hogar.

o o o

El lugar de encuentro lo había sugerido el toydariano; era un edificio mugriento al final de un callejón sin salida. Para poder entrar en él, Lorn y su androide, I-Cinco,

tuvieron que pasar por encima de un rodiano que dormía sobre un montón de andrajos situado junto al quicio de la entrada.

—Siempre me he preguntado si toda tu clientela está suscrita al mismo servicio —dijo el androide de protocolo al entrar—, ése que proporciona una lista de los lugares donde citarse más desagradables y de peor reputación de la galaxia.

Lorn no respondió. Él mismo se lo había preguntado en alguna ocasión.

Dentro había un pequeño vestíbulo, ocupando la mayor parte de su espacio una cabina de plastiaceró amarillento. En la cabina había un macho humano calvo recostado en una silla que se adaptaba a la forma de su cuerpo. Cuando entraron, alzó la mirada sin mostrar curiosidad.

—La cabina cinco está libre —gruñó, señalando con el pulgar a una de las puertas que se alineaban en el vestíbulo circular, y mirando a I-Cinco antes de hablar—. Un crédito por cada media hora. Si el androide se mete dentro, tendrá que firmar un impreso de consentimiento.

—Venimos a ver a Zippa —le dijo Lorn.

El propietario volvió a mirarlos, cambió de postura y apretó un botón con un dedo mugriento.

—Cabina nueve —dijo.

La holocabina era todavía más pequeña que el vestíbulo, lo cual implicaba que apenas era lo bastante grande para contener a los cuatro que ahora se amontonaban en ella. Lorn y el androide se pararon junto al sofá circular situado ante la placa transmisora. Zippa flotaba un poco por encima de la placa, el sonido de su rápido batir de alas proporcionaba un constante zumbido de fondo. La escasa luz oscurecía su moteada piel azul hasta darle un poco saludable tono púrpura negruzco.

Detrás de él había otra forma mucho más grande. Lorn se dio cuenta de que no era humana, pero la luz escaseaba demasiado para poder adivinar su especie. Deseó que Zippa dejase de flotar; fuera cual fuera el ser situado tras él, apestaba como un bote de silage a mediodía, y la brisa generada por las alas de Zippa no aliviaba mucho el olor. Resultaba obvio que tampoco éste se había molestado últimamente en bañarse, pero por fortuna el olor corporal del toydariano no resultaba ofensivo; de hecho recordaba a la dulcespecia.

—Lorn Pavan —dijo éste con voz que de algún modo sonaba a estática, como si estuviera algo desintonizada—. Me alegro de volver a verte, amigo mío. Ha pasado mucho tiempo.

—Yo también me alegro de verte, Zippa —replicó Lorn, pensando en la capacidad del viejo truhán. Nadie podía simular la sinceridad mejor que él. La verdad es que lo mejor que podía decirse de él era que nunca te clavaría un puñal por la espalda a no ser que eso le resultara completamente... oportuno.

Zippa varió ligeramente el ángulo de sus alas, rotando hacia un lado mientras señalaba a la masa en sombras del rincón.

—Éste es Bilk, un... asociado.

Bilk avanzó un poco, y Lorn pudo verle lo bastante como para reconocerlo como gamorreano. Eso explicaba la peste.

—Encantado de conocerte, Bilk —comentó, haciendo un gesto en dirección a su compañero—. Éste es mi socio, I-Cinco-YQ. I-Cinco para abreviar.

—Encantado —dijo el androide—. Si no le importa, desconectaré mis sensores olfativos antes de que se sobrecarguen.

—¡Vaya, vaya! —comentó Zippa, mirando al androide con ojos bulbosos—. ¡Un androide con sentido del humor! Me gusta. ¿Quieres venderlo? —El toydariano se acercó más a él, elevándose un poco para evaluar mejor la valía de I-Cinco—. Parece muy bien ensamblado. ¿Eso son cables powerbus Cybot G7? Hace años que no los veo. Aun así, igual vale algo como curiosidad. Te doy cincuenta créditos por él.



Lorn dio una patada al servomotor inferior izquierdo de I-Cinco antes de que pudiera proferir una protesta indignada.

—Gracias por la oferta, pero I-Cinco no es de mi propiedad. Somos socios en el negocio.

Zippa miró a Lorn antes de romper a reír jadeante.

—Tienes un extraño sentido del humor, Lorn. Nunca sé cuándo estás de broma. Aun así, sigues gustándome.

De pronto, Bilk entrecerró los ojillos y su garganta profirió un gruñido, inclinándose truculento hacia el androide. Lorn supuso que probablemente acababa de darse cuenta que el comentario había sido un insulto. Los gamorreanos no eran la especie más inteligente de la galaxia, y con mucha diferencia.

Zippa se situó ante su enorme guardaespaldas.

—Tranquilo, Bilk. Aquí somos todos amigos —dijo, antes de volverse hacia Lorn, y buscar con sus nudosos dedos en un morral del que sacó un cubo de cristal grande como la palma de su mano, que brilló rojizo en la semioscuridad de la cabina—. Éste es tu día de suerte, amigo mío. Lo que tengo aquí es un auténtico holocrón Jedi, cronodatado con toda fiabilidad en una antigüedad de cinco mil años. Este cubo contiene secretos de los antiguos Caballeros Jedi. —Lo mantuvo a la altura de los ojos de Lorn—. Estarás de acuerdo en que no hay precio demasiado grande para un artefacto como éste. Pero, a pesar de ello, lo único que pido son unos tristes veinte mil créditos.

Lorn no hizo ningún intento de tocar el objeto que le enseñaba el perista.

—Es muy interesante, y un precio muy bueno. *Si* es lo que dices que es.

—*iNiff!* ¿Dudas de mi palabra? —repuso Zippa en tono ofendido.

Bilk gruñó e hizo crujir los nudillos de una mano contra la palma de la otra. Hizo un sonido de huesos rompiéndose.

—No, claro que no. Estoy seguro de que crees que lo que dices es cierto. Pero hay muchos vendedores sin escrúpulos en el mundo, y hasta alguien con tu experta vista puede llegar a ser engañado. Lo único que pido es alguna prueba empírica.

El perista retorció el hocico para formar una sonrisa, exponiendo unos dientes salpicados con los restos de su última comida.

—¿Y cómo propones que obtengamos esa prueba? Un holocrón Jedi sólo puede ser activado por alguien que sepa usar la Fuerza. ¿Hay algo que no me has dicho, Lorn? ¿Acaso eres un Jedi de tapadillo?

Lorn sintió que una sombra fría le invadía. Dio un paso adelante y agarró a Zippa por el chaleco de piel de fleek, tirando hacia sí del sorprendido toydariano. Bilk gruñó y se lanzó hacia Lorn, para pararse en seco cuando un rayo láser delgado como un cabello le chamuscó el cuero cabelludo entre los cuernos.

—Cálmate —dijo tranquilamente I-Cinco, bajando el dedo índice del que había brotado el rayo—, y no tendré que mostrarte las demás modificaciones especiales que me hice instalar.

Ignorando el enfrentamiento entre el androide y el gamorreano, Lorn habló en voz baja a Zippa.

—Sé que eso lo has dicho pretendiendo que fuera una broma, y por eso voy a dejarte vivir. Pero no vuelvas a decirme nunca, *nunca*, algo parecido.

Miró fijamente a los saltones y acuosos ojos del toydariano un momento más, y lo soltó.

Zippa se apresuró a situarse detrás de Bilk, batiendo las alas con más fuerza que antes. Lorn pudo ver que se tragaba la sorpresa y la rabia que sin ninguna duda sentía mientras se alisaba las arrugas del chaleco. Lorn se maldijo interiormente; sabía que era un error dejarse dominar por su genio. Necesitaba el trato; no podía permitirse el enemistarse con el perista. Pero su comentario le había pillado por sorpresa.

—Parece que he tocado un nervio —dijo Zippa. No había soltado el holocrón durante el altercado y volvió a metérselo en el morral del cinturón—. No sabía que trataba con alguien tan... temperamental. Quizá deba buscarme otro comprador.

—Quizá. Y quizá deba coger el cubo y pagarte lo que vale, que supongo no será más de cinco mil créditos.

Vio cómo a Zippa se le enrojecían sus cavernosas fosas nasales. No sabía resistirse a un regateo, aunque fuera con alguien que le había puesto las manos encima.

—¿Cinco mil? *iPfah!* ¡Primero me atacas, y después me insultas! Veinte mil es su justo precio. Pero es obvio que has tenido alguna mala experiencia con los Jedi —comentó, frotándose su velluda y casi inexistente barbilla—. Me mueve la compasión. Así que, en vistas de esa pasada tragedia tuya, quizá puedas convencerme de bajar mi precio a dieciocho mil, ni un decicrédito menos.

—Y a mí me mueven los remordimientos por mi conducta. En gesto de disculpa, aumentaré mi oferta a ocho mil. Tómallo o déjalo.

—Quince mil. Y con ello sólo me perjudico.

—Diez mil.

—Doce —repuso Zippa, recostándose en el aire y cruzando sus esqueléticos brazos en gesto de conclusión.

—Hecho.

Estaba dispuesto a subir hasta los quince, pero no había motivo para que Zippa lo supiera. Sacó de un compartimento del cinturón un grueso fajo de créditos de la república y empezó a contarlos. La mayoría de las transacciones de los niveles superiores se llevaban a cabo mediante chips de crédito electrónicos, pero poca gente usaba abajo los chips. El perista volvió a sacar el holocrón y se lo entregó a su comprador al mismo tiempo que éste le entregaba los billetes.

Lorn aceptó el cubo.

—Bueno. Ha sido un placer tratar...

Dejó la frase a medias cuando vio que Bilk apuntaba con una pistola láser a la entrada de recarga de I-Cinco. Zippa, con una sonrisa decididamente desagradable, flotó hacia adelante, cogiendo de la mano de Lorn el holocrón y los créditos restantes.

—Me temo que, en este caso, el placer es todo mío —dijo el toydariano mientras sus dos clientes alzaban las manos. A continuación, dejó de sonreír para proferir las siguientes palabras con un siniestro siseo—. *Nadie* me amenaza y vive para contarlo. —Su mano de tres dedos pasó ante la placa del sensor y se abrió la puerta de la cabina—. Le diré al propietario que la cabina nueve necesita una limpieza extra. Date prisa, Bilk. Quiero encontrar otro comprador para este objeto.

La puerta de la cabina se cerró al salir Zippa, dejando dentro al gamorreano. Era imposible saber si su hocico de cerdo sonreía o no, pero Lorn estaba seguro de ello.

—¿A dónde va a ir a parar la galaxia cuando uno no puede ni fiarse de un perista toydariano? —comentó a I-Cinco.

—Es una desgracia. Me dan ganas de... *gritar*.

Lorn seguía teniendo las manos levantadas e insertó rápidamente en las orejas sus dedos índices todo lo profundamente que pudo, mientras el vocabulador de I-Cinco emitía un ensordecedor chirrido de alta frecuencia. El volumen resultaba terriblemente doloroso incluso con los oídos tapados. Bilk, desprevenido, reaccionó tal y como habían supuesto que haría: aulló de dolor y se llevó las manos a los oídos en un gesto reflejo, dejando caer la pistola láser.

I-Cinco interrumpió el grito, cogió el arma antes de que tocara el suelo y un segundo después la apuntaba contra Bilk. O el gamorreano no se dio cuenta o estaba demasiado enfurecido como para importarle. Se lanzó rugiendo contra los dos amigos.

El rayo de partículas atravesó la placa blindada del pecho de Bilk, abriéndose paso a través de varios órganos internos y saliendo entre los omóplatos. El intenso calor del rayo cauterizó la herida al instante, deteniendo cualquier hemorragia visible, aunque

eso le importó poco a Bilk. Cayó al suelo como un saco de carne, que era básicamente en lo que se había convertido.

Lorn agitó la mano ante la placa de salida y la puerta volvió a abrirse.

—Vamos... ¡Antes de que Zippa se aleje! —gritó al androide mientras cargaba por el vestíbulo. El propietario apenas les miró cuando pasaron ante él.

Salieron a la escasa luz del callejón sin salida, llevando Lorn la pistola que le había lanzado I-Cinco. Pero no había señales de Zippa. Sin duda había oído el grito de I-Cinco, adivinado el probable destino de Bilk, y dejado que sus alas le apartaran de la vista todo lo rápido que les fuera posible.

Lorn dio un puñetazo a la pared llena de graffitis.

—Genial —gimió—. Ha sido *genial*. Hemos perdido quince mil créditos y el cubo. Y ya tenía a alguien apalabrado para pagarme *cincuenta* mil por un holocrón auténtico.

—Puede que de no haber cometido esa pequeña torpeza... —Lorn se volvió para mirar a I-Cinco, el cual continuó hablando—. Pero puede que éste no sea el momento más apropiado para discutirlo.

Lorn aspiró profundamente, dejando salir el aire con lentitud. Anocheecía con rapidez.

—Vamos. Será mejor que salgamos de este sector antes de que nos encuentren los raptos. Sería la manera perfecta de acabar el día.

—Bueno. ¿Era un auténtico holocrón Jedi? —preguntó I-Cinco cuando empezaron a andar.

—No tuve ocasión de examinarlo de cerca, pero esos grabados cuneiformes apuntaban a que era algo más raro aún. Creo que era un holocrón Sith.

Lorn negó disgustado con la cabeza, disgustado sobre todo consigo mismo. Sabía que I-Cinco tenía razón, que su estallido de rabia debió precipitar la traición de Zippa. Ya había tratado antes con el toydariano y nunca le había traicionado. Estúpido, estúpido, *iestúpido*!

Pero no tenía sentido castigarse así. Se había quedado sin créditos, y estaba en una zona de Coruscant donde no convenía estar sin recursos. Necesitaba un negocio, y lo necesitaba pronto, o probablemente acabaría tan muerto como Bilk.

No era una idea reconfortante.

## Capítulo 3

**D**arsha Assant estaba ante el Consejo Jedi. Había soñado con ese glorioso momento desde que empezó su entrenamiento de padawan. El mundo contenido entre las paredes del Templo Jedi había sido, a todos los efectos y propósitos, su único mundo. Durante todos esos años había estudiado, había practicado formas de lucha con armas y cuerpo a cuerpo, se había sentado en meditación durante horas interminables y, lo que en muchos sentidos era la tarea más difícil, había aprendido a sentir y manipular, en pequeño grado, el poder de la Fuerza.

Y por fin estaba a punto de alcanzar la culminación de su entrenamiento. Estaba en la cámara más alta de la espiral conocida como Consejo Jedi, y desde allí tenía una espectacular vista de la ciudad planetaria perdiéndose en el horizonte en todas direcciones. Los miembros del Consejo estaban sentados en doce sillas dispuestas a lo largo de todo el perímetro circular. Pese a haberlos visto en raras ocasiones a lo largo de su entrenamiento, de hecho, ésta era sólo la cuarta vez que estaba en la Sala del Consejo, sus estudios le habían permitido conocer muy bien sus nombres e historias. Adi Gallia. Plo Koon. Eeth Koth. El anciano y venerable Yoda. Y, por supuesto, Mace Windu, un veterano miembro del Consejo. Darsha se sentía algo más que nerviosa por estar en presencia de tan augusta compañía.

Al menos no estaba sola ante ellos. Tras ella, y un poco a un lado, se encontraba su mentor, Anoon Bondara. El Maestro Bondara ejemplificaba aquello en lo que Darsha esperaba llegar a convertirse algún día. El Maestro Jedi twi'lek vivía en la Fuerza. Pese a estar siempre calmado y complaciente como un estanque de ignotas profundidades, era uno de los mejores luchadores de la orden. Su habilidad con el sable láser no tenía rival. Darsha esperaba poder alcanzar algún día aunque sólo fuera la décima parte de la habilidad de Anoon Bondara.

Darsha había entrado en la orden a la edad de dos años y, al igual que la mayoría de sus compañeros, carecía de recuerdos de otro sitio que no fueran los enclaustrados pasillos y cámaras del Templo. El Maestro Bondara había sido su padre y Maestro desde que tenía memoria. Le costaba concebir una vida de la que no fuera parte su mentor Jedi.

Pero, en ese momento estaba dando un gran paso hacia ese tipo de vida. Pues iba a recibir la última misión de su entrenamiento de padawan. Si la completaba con éxito, se la consideraría digna de asumir el manto de un Caballero Jedi.

Seguía costándole creerlo. Era una huérfana del planeta Alderaan a cargo del Estado cuando el Maestro Bondara se cruzó con ella en uno de sus viajes. Le habían dicho que incluso siendo muy niña evidenciaba una fuerte relación con la Fuerza, y que se la había llevado a Coruscant esperando que pudiera cualificarse para el entrenamiento. Era consciente de que había tenido una suerte extraordinaria. Como huérfana criada por el Estado, su mejor salida habría sido algún oscuro y mediocre trabajo gubernamental. De no haberla descubierto alguien que reconoció su potencial, habría sido uno más de los incontables obreros de departamento necesarios para el funcionamiento fluido de un gobierno planetario.

Pero en ese momento, ¡estaba a punto de convertirse en un Jedi! Iba a ser miembro de la antigua orden de protectores, ¡uno de los Guardianes de la Libertad y la justicia

en la galaxia! Incluso entonces, tras tantos años de preparación, apenas podía creer que fuera a suceder de verdad...

—Padawan Assant.

El Maestro Windu le hablaba. La meliflua voz del humano de ojos oscuros tenía un tono tranquilo, pero su poder parecía llenar la enorme sala. Darsha respiró profundamente, buscando que la Fuerza la calmara y tranquilizara. Desde luego no era momento de aparentar nerviosismo.

El Maestro Jedi no perdió el tiempo en nimiedades.

—Deberás ir sola a la zona del sector Zi-Kree conocida como el Pasillo Carmesí, a un piso franco donde se tiene bajo custodia a un antiguo miembro de Sol Negro. Va a recibir la protección del Consejo a cambio de información referente a una reciente alteración en los escalafones superiores de esa organización criminal. Tu trabajo será traerlo al Templo con vida.

Darsha ardía de impaciencia, pero sabía que sería inapropiado mostrarlo. Hizo una ligera inclinación.

—Entendido, Maestro Windu. No fallaré.

Era evidente que no había tenido un éxito completo en mantener la ecuanimidad, porque vio que una ligera sonrisa asomaba a los labios del veterano miembro. Bueno, que así fuera, no era ningún crimen mostrar demasiado entusiasmo. Mace Windu alzó una mano en gesto de despedida. Darsha dio media vuelta y dejó el círculo, seguida de Anoon Bondara.

Una vez se cerraron las puertas, deslizándose en silencio tras ella, se volvió para enfrentarse a su mentor. La pregunta que afloraba a sus labios sobre cuándo podría iniciar su misión quedó sin formularse cuando vio la mirada de preocupación que se pintaba en los ojos del Maestro Bondara.

—¿Qué sucede, Maestro?

Por un momento estuvo segura de que la mirada del Maestro twi'lek era de decepción, que ella había dicho o hecho algo ante el Consejo que la deshonraba a ella y a su mentor. El miedo la atravesó como si fuera el temible filo de un sable láser. Pero las primeras palabras del Jedi le quitaron esa preocupación.

—Es una misión muy... *ardua*. Me sorprende que el Maestro Windu haya elegido esta prueba en particular.

—¿Dudas de mi habilidad para llevarla a cabo?

La idea de que su mentor no tuviera fe en ella la preocupaba más aún que la posibilidad de haberse avergonzado ante el Consejo sin saberlo.

El Maestro Jedi titubeó un momento antes de mirarla francamente a los ojos y sonreírle.

—Siempre te he enseñado a ser honesta con tus sentimientos, pues son el camino más seguro al conocimiento, tanto de ti misma como de la Fuerza. Por tanto, yo no puedo dejar de ser igualmente honesto. Tu prueba exige que vayas sola, y me preocupa que la misión pueda resultar demasiado difícil y peligrosa. El Pasillo Carmesí está lleno de bandas, criminales, depredadores callejeros y otros peligros. Y ya se han llevado a cabo varios atentados contra la vida de ese miembro del Sol Negro. —El lekku del twi'lek se retorció de un modo que Darsha había llegado a relacionar con un fatalista encogimiento de hombros—. Pero la decisión del Consejo es definitiva, y debemos aceptarla. Puedes estar segura de que mi preocupación no refleja en nada lo que opino de tus habilidades; achácala a las inquietudes y celos de una edad avanzada. Estoy seguro de que te portarás bien. Y ahora, vamos, debemos preparar tu partida.

Darsha siguió a su mentor cuando éste se movió pasillo abajo en dirección al turboascensor. Las palabras del Maestro Bondara habían apagado ligeramente su entusiasmo. ¿Y si tenía razón? ¿Y si era una misión demasiado peligrosa? Había oído historias sobre los peligros del tristemente famoso Pasillo Carmesí, y ésa sería la

primera vez que actuaría sola, sin tener de refuerzo al Maestro Bondara o a otro padawan. ¿Podría hacerlo?

Echó atrás los hombros. ¡Por supuesto que podría hacerlo! Era una Jedi, o lo sería en cuanto completase la misión. Mace Windu debió considerarla capaz de ello, o no se la habría asignado. Como solía decir el Maestro Qui-Gon Jinn, otro de sus tutores, tenía que confiar en la Fuerza viviente. No iba a enfrentarse sola al peligro; tendría a la Fuerza consigo. No le haría invulnerable, pero le daba una ventaja de la que carecían otros. Con la Fuerza podía hacer cosas que la mayoría de la gente consideraría casi milagrosas: saltar al doble de su altura en un campo de gravedad uno, disminuir su ritmo de descenso en una caída, y hasta mover objetos telequinéticamente a una docena de metros o más. Y también ocultarse en su esencia, escondiéndose a simple vista, por así decirlo.

Cierto, su capacidad para hacer esas cosas no estaba al mismo nivel que su mentor, pero siempre estaría mejor yendo con la Fuerza que sin ella, eso seguro. No fallaría. Llevaría a cabo su misión, y el título de Caballero Jedi le estaría esperando en cuanto volviera al Templo.

o o o

El *Infiltrador* salió del hiperespacio en el interior del sistema de Coruscant y continuó navegando a velocidad sublumínica en dirección al mundo capital. Darth Maul mantuvo la nave invisible, aunque la haría visible al acercarse a su destino, ya que el campo de invisibilidad consumía demasiada energía. Su amo y señor le había proporcionado las coordenadas y el código de entrada, por lo que podría atravesar sin problemas la red de seguridad orbital y aterrizar en cualquier espaciopuerto del planeta. Aun así, cuanto menos se hiciera notar, mejor. No quería que ni una única ceja se alzase inquisitiva al ver al *Infiltrador* parado en su parcela de aterrizaje.

Hacía poco que Lord Sidious le había proporcionado esa nave y aún se estaba acostumbrando a ella. Se manejaba bien y con facilidad. Se acercó a Coruscant por el polo sur. No le preocupaba ser visto, aunque fuera a un planeta con el sistema detector más sofisticado y de mayor alcance de todos los mundos de la galaxia. El *Infiltrador* poseía los últimos adelantos en sistemas de invisibilidad de cristales stygium y unos amortiguadores en el reactor capaces de confundir hasta a la rejilla de alarma de Coruscant.

Eligió como lugar de aterrizaje una pista en el tejado de una múnada abandonada en una zona de la ciudad que iba a ser demolida y reconstruida. Dejó activado el escudo de invisibilidad y sacó la motojet por la escotilla de carga. La motojet era un modelo desprovisto de adornos, diseñada para máxima velocidad y maniobrabilidad. Maul continuó en ella su viaje por la ciudad.

Lord Sidious había descubierto que Hath Monchar tenía un apartamento en una parte elegante de Coruscant situada a varios kilómetros al sur de las montañas Manarai. Maul no conocía la dirección exacta, pero eso no importaba. Encontraría al neimoidiano desaparecido aunque tuviera que registrar toda la ciudad planetaria.

Le resultaba imposible concebir un tiempo en que no hubiera estado al servicio de Darth Sidious. Sabía que era originario de un mundo llamado Iridonia, pero saber eso era como saber que los átomos que componían su cuerpo habían nacido en los hornos galácticos primordiales donde se forjaron las estrellas. Ese conocimiento era interesante de una forma remota y académica, pero sólo eso. No tenía ningún interés en descubrir algo más sobre su pasado o su mundo natal. En lo que a él se refería su vida empezaba con Lord Sidious. Y si su Maestro le ordenaba acabar con esa vida, acataría esa orden sin discutirla.

Pero eso era algo que no pasaría mientras sirviera a Lord Sidious, utilizando sus habilidades al máximo. Y eso lo haría siempre, por supuesto. No podía ni concebir que existiera alguna situación o circunstancia que pudiera impedirselo.

Tras él sonó débilmente el gemido de una sirena. Miró por encima del hombro y vio que estaba siendo perseguido por un androide policía montado en una deslizadora semejante a la suya. No le sorprendió; sabía que, debido a su rumbo y velocidad, había infringido varias normas de tráfico. Como sabía que no había modo de que el androide fuera a alcanzarle.

Puso la motojet a máxima velocidad, metiéndose en el laberinto de ferrocemento a una altura situada entre dos niveles de tráfico aéreo. La deslizadora no tenía sistema de invisibilidad, pero eso no importaba; su velocidad y su control eran más que suficientes para dejar atrás al androide perseguidor. Sabía que éste ya estaría hablando por radio, pidiendo refuerzos para rodearlo y obligarle a parar.

No podía dejar que pasase eso.

Había un hueco en el nivel de tráfico situado debajo de él, así que alteró el ángulo de vuelo de la deslizadora para lanzarse a través de él, bajando varios pisos hasta atravesar una capa de niebla que flotaba a unos treinta metros del suelo. Por supuesto, todavía podían localizarlo, pero sabía que mientras no pusiera en peligro otras vidas aparte de la suya, no sería considerado objetivo prioritario. Además, ya casi había alcanzado su destino.

Llegó sin más incidentes y aparcó la motojet en uno de los aparcamientos locales, pagando por adelantado por todo el día. A continuación se subió a una acera que le llevó hasta una de las muchas oficinas del Despacho de Aduanas de Coruscant.

Notó en varias ocasiones que la gente le miraba; su aspecto era capaz de llamar la atención hasta en un planeta tan cosmopolita como éste. Requeriría una concentración considerable usar la Fuerza para cegar a esas multitudes de su presencia, aunque podía hacerse. Pero ya no era importante que le viera alguien. Si todo iba según el plan, saldría de allí con la misión completada antes de que hubiera transcurrido el día.

Sólo tenía una ventaja a su favor, y es que pese a hallarse en el planeta que albergaba la mayor variedad de razas y especies alienígenas de la galaxia, los neimoidianos no abundaban en él debido a las recientes tensiones entre la República y la Federación de Comercio. Entró en el imponente edificio del Despacho de Aduanas y se dirigió a una terminal del banco de datos. Empleando una contraseña que le había proporcionado su señor, inició una búsqueda en la holored que le proporcionó el registro de un neimoidiano que había llegado recientemente. Su imagen coincidía con la de Hath Monchar que le proporcionó su Maestro. El nombre era diferente, pero no era de extrañar.

Maul ordenó un nuevo parámetro de búsqueda para rastrear a Monchar por su tarjeta de débito. No había ninguna transacción registrada... tampoco era de extrañar. El neimoidiano debía ser demasiado listo para dejarse coger de ese modo. Seguramente pagaría en metálico mientras estuviera en Coruscant.

Tras él se había empezado a formar una cola; había más gente queriendo usar la terminal que él monopolizaba. Podía oír las quejas de los ciudadanos y turistas a medida que se impacientaban. Las ignoró.

Entró en la red de seguridad planetaria que controlaba espaciopuertos y zonas circundantes, y solicitó las últimas veinticuatro horas de un constante collage de imágenes filmadas por holocámaras fijas y móviles. Ordenó al sistema que buscara neimoidianos.

Encontró varias imágenes, una de las cuales era prometedora. No era mucho, sólo una imagen borrosa de uno entrando unas horas antes en una taberna no lejos de allí, pero era mejor que nada.

Maul esbozó una sonrisa. Su mano rozó el pomo del sable láser de doble hoja que pendía de su cinto. Anotó la dirección de la taberna, dio media vuelta y salió del edificio.



## Capítulo 4

Nute Gunray apartó irritado el plato de hongos. Era su comida favorita: mantillo de estiércol negro marinado en las secreciones alcaloides del escarabajo tizón, sazonado a la perfección, justo cuando las esporas empezaban a dar fruto. Normalmente, sus nódulos gustativos y olfativos estarían temblando de éxtasis ante la perspectiva de semejante experiencia gastronómica, pero no tenía ningún apetito. De hecho había sido incapaz de mirar a la comida desde que el Señor Sith apareció en el puente y notó la ausencia de Hath Monchar.

—Llévatelo —le gritó al androide de servicio que flotaba respetuosamente cerca.

El plato fue apartado y Gunray se puso en pie, alejándose de la mesa. Se paró ante uno de los mamparos de acero transparente, mirando huraño al paisaje infinito del campo de estrellas.

Seguía sin noticias de Monchar, y sin pistas sobre su paradero. Si el virrey tuviera que suponer alguna cosa, y eso era lo único que podía hacer en ese momento, supondría que su virrey delegado había decidido abrir un negocio propio. Había muchas maneras de convertir el conocimiento del inminente bloqueo en dinero, dinero suficiente para empezar una nueva vida en un mundo nuevo. Estaba bastante seguro de que ése era el plan de Monchar, sobre todo porque él mismo había pensado más de una vez en llevarlo a cabo.

Pero eso no lo convertía en un problema menor. Si no conseguía que Monchar volviera al *Saak'ak* antes de la próxima llamada de Sidious...

Oyó cómo el panel de su camarote sonaba suavemente.

—Adelante —dijo.

El panel se deslizó para abrirse, y entró Rune Haako. El diplomático de la Federación de Comercio cruzó el cuarto, se sentó y se arregló las vestiduras púrpuras con precisión meticulosa, alisando los pliegues concienzudamente antes de mirar a Gunray.

—¿Supongo que no hay noticias de Hath Monchar?

—Ninguna.

Haako asintió. Jugueteó un momento con el cuello de la túnica, ajustándose luego las mangas ablusadas. Gunray sintió una punzada de irritación. Podía leer en Haako como si fuera un expediente de datos; sabía que el diplomático tenía que hacer una sugerencia referente a la situación actual, y sabía que tantos rodeos estaban pensados para ponerlo a la defensiva. Pero el protocolo exigía que no mostrase sus sentimientos; hacerlo sería reconocer que Haako llevaba la ventaja en la situación.

Éste alzó por fin los ojos, enfrentándose a la mirada de Gunray.

—Quizá pueda sugerir una forma de actuar.

—La que sea —repuso Gunray, haciendo un gesto con la mano concebido para mostrar sólo un interés educado.

—A lo largo de mis trabajos para la Federación de Comercio he tenido que tratar ocasionalmente con personas de habilidades y atributos singulares. —Se ajustó las puntas de la capucha—. Me refiero concretamente a cierta humana llamada Mahwi Lihnn. Por un precio preacordado busca y recupera a personas que se apartan de su deber o que han cometido algún delito.

—Hablas de un cazador de recompensas —dijo Gunray, dándose cuenta de que su interlocutor contenía una sonrisa, y que, al admitir que conocía el término usado por alguien de habilidades tan groseras, perdía prestigio ante su subordinado. Pero no le importó, estaba demasiado excitado ante la posibilidad implícita en la sugerencia del diplomático—. Podemos contratar a esa Mahwi Lihnn para que encuentre a Monchar y lo traiga antes de que Sidious vuelva a reunirse con nosotros.

—Eso mismo.

Gunray notó el velado desdén en el tono de Haako. Se ajustó el cuello de su túnica y se tomó tiempo para replicar. Su emoción inicial ante una solución potencial al problema le había calmado un poco, y ahora estaba decidido a mostrar a Rune Haako que no se jugaba a la ligera con el prestigio de un virrey de la Federación.

—Y tú... ¿conoces a un personaje así? —inquirió, haciendo que su tono y expresión transmitiesen el grado justo de desdén ante el hecho de que alguien de la posición de Haako admitiría haberse relacionado socialmente con un individuo tan vil.

La alegría desapareció del semblante de Haako. Sus dedos tiraron nerviosos del hilo de una filigrana de la túnica.

—Ya he dicho que mis deberes como diplomático adjunto de la Federación...

—Por supuesto —repuso, tiñendo esas dos palabras de compasión y altivez a partes iguales—. Y la Federación de Comercio te está muy agradecida por tu disposición a fraternizar con gente tan... *colorida*... con la esperanza de que sus habilidades puedan llegar a sernos útiles algún día. —Notó que Haako fruncía los labios como si el diplomático hubiera mordido una trufa amarga, y siguió hablando—. Desde luego, los momentos desesperados requieren medidas desesperadas. Aunque lamento tener que pedir esto a alguien de tu rango, espero que puedas encontrar ánimos para volver a contactar con esa tal Mahwi Lihnn, para resolver de forma satisfactoria la situación con Monchar.

Rune Haako murmuró su aquiescencia y se fue. Cuando se cerró la puerta, Nute Gunray asintió satisfecho. No estaba mal, nada mal. Se las había arreglado para encontrar una posible solución al problema de la desaparición de Monchar, al tiempo que le bajaba los humos a ese insufrible mojigato de Haako. Escuchó con placer el vago rugir de su saco estomacal que anunciaba el retorno de su apetito. Igual volvía a intentarlo con la cena.

o o o

—El hutt lo habría pagado muy bien. Estaba dispuesto a soltar *una buena cantidad* de pasta por un auténtico holocrón Jedi. Y habría pagado *el doble* por uno Sith —dijo Lorn, mirando abatido el fondo de su vaso, agitando los restos verdiazules del licor johriano que lo llenaba hasta poco antes—. El cubo valía cincuenta mil créditos. Y ahora lo he perdido *junto con* mis quince mil. Era todo lo que tenía.

—Lo cual nos pone en un aprieto financiero de lo más desesperado —dijo I-Cinco.

Los dos estaban sentados en el bar situado tras la taberna de la Piedra Luminosa Verde, no muy lejos del conocido Pasillo Carmesí de la ciudad. Eran clientes habituales y la presencia del androide no provocaba mucha controversia, pese a que el cartel de la entrada proclamase en básico y otros lenguajes que “No se permiten androides”.

—Es todo por mi culpa —murmuró Lorn, más al mostrador manchado de bebida que a su compañero—. Si no hubiera perdido el control... —miró al androide con mirada turbia—. No sé por qué sigues siendo mi socio.

—Ah, hemos llegado a la etapa sensiblera. ¿Te va a durar mucho? Igual me pongo en ciberestasis hasta que se te pase.

—¿Sabes que puedes llegar a ser un verdadero *bastardo*? —replicó con un gruñido y haciendo un gesto para que volvieran a llenarle el vaso.

—Veamos..., según mis bancos de datos, la principal definición de *bastardo* es “niño nacido de padres no casados”. Pero, hay una definición secundaria de “algo de orígenes inusuales o irregulares”. Supongo que me es aplicable el segundo caso. — Cuando el barman iba a rellenar el vaso de Lorn, I-Cinco lo tapó con la mano—. Mi amigo ya se ha destrozado por hoy suficientes neuronas con compuestos de hidroxyl. Y no puedo decir que tenga una provisión de ellas en exceso abundante.

El barman, un bothan, miró a Lorn, encogiéndose a continuación de hombros y yéndose al fondo del bar. Un duros con traje espacial sentado cerca de ellos les miró, pareciendo darse cuenta por primera vez de la presencia del androide.

—¿Dejas que tu *androide* decida cuánto puedes beber?

—No es *mi* androide. Somos socios. Compañeros de *negocios* —repuso, pronunciando cuidadosamente las palabras.

Las membranas nictitantes de los ojos del duros parpadearon en señal de sorpresa e incredulidad.

—¿Me estás diciendo que ese androide tiene rango de ciudadano?

—Él no te dice nada —repuso I-Cinco, volviéndose para mirar al duros—, más que nada porque está tan borracho que no se tiene en pie. Soy yo quien te dice que te ocupes de tus asuntos. Mi rango dentro de la sociedad galáctica es algo que no te incumbe.

El duros miró a su alrededor, vio que los demás clientes de la taberna ignoraban la conversación, se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su copa. I-Cinco levantó a Lorn de taburete y lo empujó en dirección a la puerta. Éste caminó tambaleante, cruzó el lugar y se volvió para mirar al conjunto de la taberna.

—Yo *fui* alguien, una vez —dijo al grupo de clientes, la mayoría de los cuales no se molestó en alzar la mirada—. Trabajaba en los niveles superiores. Tenía un ático. Podía ver las *montañas*. Malditos Jedi, *ellos* me hicieron esto.

Entonces, dio media vuelta y salió, seguido por su androide.

Fuera, el aire era frío y Lorn sintió que recuperaba algo de sobriedad. El sol se había puesto ya, dando paso al largo crepúsculo de las regiones ecuatoriales.

—Se han enterado, ¿verdad?

—Del todo. Los tenías cautivados. Seguro que no pueden esperar al siguiente y emocionante capítulo. Mientras tanto, ¿por qué no vamos a casa antes de que algún alegre muchacho de la zona decida averiguar cuánto tarda en arder el tejido humano empapado en alcohol?

—Buena idea —contestó Lorn, cuando I-Cinco le cogió del brazo y empezó a caminar.

Pasaron junto a vendedores ambulantes que vendían holos de contrabando, droga glitterstim y demás mercancía ilegal. Mendigos de todo tipo se envolvían en capas harapientas y les tocaban pidiendo unos alm. Llegaron al quiosco más próximo que servía de entrada subterránea, descendieron por una escalera que llevaba mucho tiempo rota y que conducía a un serpenteante pasillo. Si en la superficie hacía calor, allí abajo parecía una sauna. El olor corporal de varios seres sin lavar se desplazaba entre los transeúntes, combinándose con la peste a hongos que impregnaba las paredes, consiguiendo una mezcla casi alucinógena. ¿Por qué no podían oler todos como los toydarianos?, se preguntó Lorn.

Doblaron por un estrecho pasillo lateral, cuyas paredes y techo eran un complicado entramado de tuberías, conductos y cables. Titilantes tiras luminiscentes situadas a intervalos irregulares proporcionaban una iluminación escasa. Babosas de granito se arrastraban por el suelo, obligando a Lorn a prestar atención por dónde pisaba, una tarea nada fácil en su estado. Finalmente llegaron a la tercera de una serie de puertas metálicas, que se abrió tras varios intentos con la tarjeta llave.

El cubículo sin ventanas, una celda tallada en los sólidos cimientos de ferrocreto de la ciudad, estaba diseñado para un único ocupante, pero al ser compañero de Lorn un

androide, no eran especialmente estrechos. Había un par de sillas, un catre plegable de pared, un pequeño lavabo y una cocina apenas lo bastante grande para contener un nanondas y un conservador de comida. El compartimento estaba inmaculadamente limpio, otra ventaja de tener un androide cerca.

Lorn se sentó en el catre y miró al cielo.

—Esto es lo único que hay que saber de los Jedi —anunció.

—Oh, por favor. Otra vez, no.

—Son un montón de elitistas mojigatos y egoístas.

—Tengo este discurso grabado, ¿sabes? Puedo ponerlo en un holo a alta velocidad; ahorraremos mucho tiempo.

—Guardianes de la galaxia... No me hagas reír. Lo único que les interesa guardar es su modo de vida.

—Yo en tu lugar, situación hipotética cuya mera mención amenaza con sobrecargar mis circuitos de lógica, dejaría de obsesionarme con los Jedi y empezaría a pensar de dónde saldrá mi siguiente comida. Yo no requiero nutrición, pero tú sí. Necesitas vender algo bueno, y deprisa.

—Nunca debí desconectar tu anulador de creatividad —repuso Lorn mirando al androide, haciendo luego una larga pausa—. Pero, tienes razón, no tiene sentido demorarse en el pasado. Hay que mirar hacia adelante. Lo que necesitamos es un plan, y ya mismo.

Tras decir esas palabras, cayó hacia atrás, al catre y empezó a roncar sonoramente. I-Cinco miró a su tumbado compañero.

—Nunca debió otorgarse inteligencia a algo que evolucionó al azar —murmuró.

## Capítulo 5

**D**arth Sidious también pensaba en los Jedi.

Su llama se extinguía en la galaxia; de eso no había duda. Hacía más de mil generaciones que eran los autoproclamados paladines de la Comunidad de Galaxias, pero eso estaba llegando a su fin. Y esos idiotas patéticos, cegados por su propia hipocresía, no se daban cuenta de lo cierto que era esto.

Era justo y adecuado que fuera así, como era justo y adecuado que el instrumento de su caída fueran los Sith.

Los pocos pedantes y eruditos que conocían ese nombre pensaban que los Sith eran el "Lado Oscuro" de los Caballeros Jedi. Algo que, por supuesto, no dejaba de ser una evaluación muy simplista. Era cierto que miles de años antes habían abrazado las enseñanzas de un grupo de Jedi renegados, pero también lo era que habían llevado ese conocimiento filosófico mucho más allá del didactismo insular con el que empezaron. También resultaba muy fácil y conveniente delimitar el concepto de la Fuerza en luz y oscuridad; de hecho, hasta el propio Sidious había empleado semejante noción de dualidad al entrenar a su discípulo. Pero la realidad era que sólo existía la Fuerza. Y que estaba por encima de conceptos tan simples como lo positivo y lo negativo, lo blanco y lo negro, el bien y el mal. La única diferencia que había que tener en cuenta era la siguiente: los Jedi consideraban a la Fuerza como un fin en sí mismo, mientras que los Sith sabían que era un medio para un fin.

Y ese fin era el poder.

Pese a toda su supuesta humildad y todas sus declaraciones de renuncia, los Jedi ansiaban el poder tanto como cualquiera. Sidious sabía que era así. Afirmaban ser servidores del pueblo, pero con el devenir de los siglos se habían apartado progresivamente del contacto con esos mismos ciudadanos a los que servían de manera tan ostensible. Y ahora rondaban por los enclaustrados pasillos y salones de su Templo, repitiendo ideologías vacías mientras trazaban arrogantes planes concebidos para obtener más poder seglar.

Como la mitad del total de la orden Sith existente, también Darth Sidious ansiaba poder. Y era cierto que actuaba de forma encubierta para alcanzar ese fin, pero lo hacía así por necesidad, no por sofismas. La orden había quedado diezmada tras la Gran Guerra Sith, y el único Sith que quedó con vida había revivido la orden según una nueva doctrina: un Maestro y un aprendiz. Así había sido y así seguiría siendo, hasta que llegase el glorioso día en que los Jedi caerían, y sus antiguos enemigos, los Sith, ascenderían al poder.

Y ese día se acercaba con rapidez. Ya casi había llegado tras siglos de planes y confabulaciones. Sidious sabía que lo vería en algún momento de su vida. Que llegaría un día, en un futuro no muy distante, en que se alzaría triunfante sobre el cadáver del último Jedi, vería su Templo arrasado, y asumiría el lugar que le correspondía como señor de la galaxia.

Por ello no podía permitirse *ningún* cabo suelto, por poco importante que fuera. Puede que la ausencia de Hath Monchar no tuviera nada que ver con el inminente bloqueo del planeta Naboo por la Federación de Comercio. Era algo concebible. Pero

mientras existiera la menor posibilidad de que fuera así, habría que localizar al neimoidiano y ocuparse de él.

Miró al crono de la pared. Apenas habían pasado catorce horas desde que encargó la misión a Maul. Supuso que no tardaría en tener noticias de su aprendiz. Las apuestas eran altas, muy altas, pero estaba seguro de que Maul llevaría a cabo su tarea con su acostumbrada e implacable eficiencia. Todo iría según lo planeado, y los Sith volverían a alzarse otra vez.

Pronto.

Muy pronto.

o o o

El Pasillo Carmesí estaba situado en el tercer cuadrante del sector Zi-Kree. Era una de las zonas más antiguas de la vasta metrópoli planetaria, y sobre la que hacía mucho tiempo que se habían construido rascacielos y torres. Los edificios se elevaban a tal altura, y estaban tan juntos, que había partes del Pasillo que sólo recibían la luz del sol durante unos pocos minutos diarios. Darsha recordaba haber oído historias sobre tribus de subhumanos incestuosos que llevaban tanto tiempo viviendo en la completa oscuridad que se habían vuelto genéticamente ciegos.

Pero la oscuridad era el último de los peligros del Pasillo. Mucho peor eran las cosas, tanto humanas como inhumanas, que vivían en la oscuridad y que hacían presa de los transeúntes desprevenidos.

Darsha pilotó su saltador por entre la niebla miasmática que cubría como una sábana sucia los niveles inferiores. ¿Por qué elegiría nadie un vecindario como ése para esconder a un informador?, se preguntó. Por supuesto, la respuesta era que se trataba del último lugar en que habría buscado nadie.

El piso franco, un bloque de ferrocreto y plastiacerro rodeado de barricadas, estaba en una calle que no era lo bastante ancha para aparcar el saltador. Aterrizó en el cruce más cercano, salió de él y ordenó al piloto automático que se elevase veinte metros y se quedara allí flotando. De ese modo tenía más probabilidades de encontrarlo a su vuelta.

Aquí y allí había plectros luminosos en protectoras jaulas de alambre situadas en los edificios, pero estaban tan debilitados por siglos de uso que apenas aliviaban un poco la oscuridad. En cuanto bajó del vehículo se vio asediada por mendigos que le pedían comida y dinero. Al principio probó con la antigua técnica Jedi de nublar sus mentes, pero eran demasiados, y la mayoría con la mente demasiado castigada por las privaciones y diversas sustancias químicas ilegales como para responder a su sugestión. Apretó los dientes y se abrió paso por ese bosque de sucias manos, tentáculos y otros tipos de apéndices.

La mezcla de repulsión y compasión que sentía era casi abrumadora. Desde que tenía memoria, había estado cuidada y atendida en el Templo Jedi, protegida de todo contacto directo con la escoria de la sociedad; algo irónico, ya que se suponía que los Jedi protegían todo tipo de civilizaciones, incluyendo aquellas que las clases superiores pudieran considerar intocables. Si bien era cierto que parte de su entrenamiento la había llevado a zonas muy duras, en ninguna parte había visto nada remotamente comparable a esto. Le horrorizaba que pudiera existir en alguna parte semejante pobreza y abandono, y menos aún en Coruscant.

Consiguió llegar a la entrada del piso franco y llamó a la puerta blindada. Se abrió una mirilla, y por ella apareció una cámara centinela.

—Nombre y asunto que le trae por aquí —pidió con voz cortante.

—Darsha Assant, me envía el Consejo Jedi.

Un esquelético kubaz intentó quitarle el sable láser de su cinto. Ella le cogió la mano y le dobló el pulgar hacia atrás. Éste lanzó un chillido y retrocedió alejándose, pero

otros tomaron su lugar. El único motivo por el que no la arrastraban de vuelta a la calle principal era que se habían agolpado demasiados en la estrecha apertura donde se encontraba.

La cámara de seguridad realizó un rápido escaneo láser de su rostro.

—Identidad confirmada. Por favor, contenga la respiración.

Darsha lo hizo, y una serie de aberturas ocultas alrededor de la puerta proyectaron una niebla rosada contra la multitud de mendigos. Un coro de indignados gritos, gemidos, chillidos y demás protestas se levantó cuando el gas irritante los bañó momentáneamente. La puerta se levantó rápidamente y un brazo metálico la cogió para meterla en el interior.

Se encontró en un estrecho pasillo casi tan oscuro como la calle. El androide de seguridad que la había cogido del brazo la llevó por el pasillo, torciendo un recodo y dejándola en un pequeño cuarto sin ventanas. La luz no era allí mucho mejor y apenas pudo distinguir la forma sentada en una silla. Era calva y humanoide, y pensó que era un fondoriano.

—Éste es el Jedi que te pondrá a salvo, Oolth —dijo el androide.

Aunque sabía que era una tontería, Darsha se sintió emocionada al ser llamada Jedi, aunque lo hiciera un androide.

—Ya era hora —dijo el fondoriano, levantándose con rapidez—. Salgamos de aquí antes de que oscurezca, aunque no se puede decir que alguna vez deje de estar oscuro por aquí. —Se movió hacia la entrada de la puerta, deteniéndose entonces para mirarla—. Venga, vamos. ¿A qué esperas?

—Estoy pensando en la mejor manera de volver a mi saltador. No me gusta la idea de volver a pasar por entre esos pobres seres de fuera.

—*Nosotros* seremos los “pobres seres” si no nos movemos. Estamos en territorio raptor. Hacen que la escoria de ahí fuera parezca el Senado de la República. ¡En marcha!

Darsha se movió hacia la puerta, y Oolth se echó a un lado para dejarla pasar.

—Quien necesita protección soy yo; sal tú primero.

La padawan estaba segura de que, por muy útil que pudiera ser su protegido para el Consejo, no lo querrían por su valentía. Pasó junto a él y se dirigió a la puerta de la calle.

El monitor de la cámara estaba junto a la puerta y mostraba a unas cuantas personas rondando la zona. Pero la mayoría parecía haberse ido a buscar algún otro al que importunar. Si Darsha y Oolth se movían con rapidez llegarían sin demasiados problemas al cruce donde estaba su vehículo.

—Muy bien —dijo ella, respirando profundamente y recurriendo a la Fuerza para calmarse. Era una padawan Jedi con una misión que cumplir. Ya era hora de ponerse a ello—. Vamos allá.

El panel de la puerta se abrió. Buscó con la Fuerza y no sintió a nadie cercano que pudiera suponer algún peligro. Tranquilizada, caminó por la calle acompañada de Oolth. Los mendigos parecían materializarse de entre las sombras, rodeándolos. Oolth los empujaba a medida que se acercaban.

—¡Apartaos de mí! ¡Sucias criaturas!

—Sigue moviéndote —le dijo Darsha.

Había rechazado la oferta del androide de acompañarlos porque no quería atraer más atención de la estrictamente necesaria. Si hacía falta, activaría el sable láser; estaba segura de que la mera visión de la hoja de energía haría huir a la mayoría de los mendigos. Pero esperaba que no fuera necesario. Ya casi habían llegado al cruce.

Y entonces, su corazón, que ya latía apresuradamente por la tensión nerviosa, intentó salirse por la boca.

El saltador seguía estando donde lo había aparcado, flotando a veinte metros del suelo. Y, amontonada en la calle debajo de él, había una confusión heterogénea de

seres, alrededor de una docena de ellos. Entre las especies que podía reconocer, Darsha distinguió humanos, kubazes, h'nemthes, gotalos, snivvianos, trandoshanos y bith. Todos ellos parecían estar en la etapa adolescente de sus respectivas especies, todos vestían de forma colorista y moteada, y todos parecían extremadamente peligrosos.

—Los raptos —dijo Oolth con un suspiro, con voz estrangulada.

La aspirante a Jedi había oído historias sobre bandas callejeras que aterrorizaban los peores sectores de la superficie de Coruscant. Y la banda de los raptos era la que tenía peor reputación. Había esperado completar su misión con la suficiente rapidez como para evitar un encuentro con ellos. Ahí se quedaba la idea.

Habían enganchado la nave biplaza con varios ganchos de cuyos extremos colgaban cuerdas. Tres miembros de la banda, una hembra humana y dos bith machos, habían trepado ya hasta el vehículo y lo estaban saqueando. Arrojaban varios objetos a sus compañeros de abajo, entre los que se contaban un holoproector, un respirador acuático, una bolsa de cápsulas de comida, y el medpac. Y mientras Darsha miraba, uno de ellos se las arregló para desconectar el piloto automático, haciendo que la nave descendiera suavemente hasta la calle. Algo que fue recibido con alegría por el resto de la banda.

Oolth la agarró de la túnica e intentó arrastrarla hasta las sombras de la estrecha calle.

—¡Deprisa, antes de que nos vean!

—No puedo dejar que desmonten el saltador —repuso ella, liberándose de su mano—. Es nuestra única forma de salir de aquí. Espera aquí hasta que me haya ocupado de ellos.

A continuación se obligó a proyectar una confianza que de ninguna manera sentía, y se dirigió hacia los raptos.

Apenas había dado unos pasos cuando se fijaron en su presencia. La estridente conversación y las risas desaparecieron de inmediato. Seguramente será porque les cuesta creer que alguien pueda ser tan suicida, pensó la padawan.

Se detuvo a unos metros de ellos. En la calle no había nadie más, aparte del fondoriano que temblaba en algún rincón detrás de ella. Nadie en su sano juicio quería estar cerca cuando los raptos iban al acecho.

—Ése es mi saltador —dijo, sintiendo alivio al comprobar que no le temblaba la voz—. Por favor, devolved las cosas que habéis robado y apartaos de él.

Los raptos se miraron asombrados antes de romper en los sonidos que constituían la risa para cada especie. Uno de los humanos machos, enjuto y nervudo, con una improbable melena de pelo verde que se mantenía erguida por un campo electrostático, se acercó a ella.

—Parece que eres nueva por aquí —dijo, provocando más risas entre sus compañeros, esta vez de tono claramente desagradable.

Darsha repasó rápidamente sus opciones. No tenía muchas. Estaba sola contra una docena, y aunque su conocimiento de las artes de combate Jedi mejoraba un poco sus probabilidades, no confiaba lo suficiente en ello como para salir bien librada en un combate. Además, estaba en su territorio y, por lo que ella sabía, igual había una docena más de raptos esperando entre las sombras.

Pero había otras alternativas a la lucha. El truco mental que había intentado antes con los mendigos no había tenido un éxito completo, pero sí que había alejado a unos cuantos. Igual le servía ahora para confundir a los raptos lo bastante como para llegar hasta su vehículo. Claro que aún tendría que meter a Oolth en la nave, pero ya resolvería los problemas uno a uno.

Alzó la mano derecha, abriendo los dedos en un gesto destinado a desviar su atención mientras recurría mentalmente a la Fuerza.



—No estáis interesados en mí, o en mi vehículo —dijo, usando el tono de voz suave pero atrayente que le habían enseñado.

Sus expresiones confusas e inseguras le indicaron que estaba funcionando, empezaba a sentir cómo sus mentes vibraban en resonancia con la de ella.

Pelo Verde debía ser su jefe o algo semejante, porque asintió y dijo lentamente.

—No estamos interesados en ella, o en su vehículo.

El resto de la banda murmuró las mismas palabras al unísono.

Darsha avanzó unos pasos, repitiendo el gesto hipnótico.

—Ya podemos irnos —le dijo a Pelo Verde—. Aquí no hay nada que nos interese.

—Podemos irnos. Aquí no hay nada que nos interese —dijo él, con el resto de la banda repitiendo sus palabras como un eco.

La padawan siguió moviéndose despacio pero con firmeza. Pasó junto a Pelo Verde, situándose en medio de ellos, a sólo uno o dos pasos de su nave. Ya los tenía; notaba sus mentes, algunas luchaban débilmente, otras se entregaban voluntariamente a su poder de sugestión aumentado por la Fuerza. Un instante más y estaría en el saltador.

Un grito resonó en la oscura calle.

Ella se dio media vuelta, sorprendida, buscando con la mirada el origen del grito. Era Oolth el fondoriano, tambaleándose en el centro de la estrecha calle, agitando y moviendo frenéticamente una pierna para librarse de una rata blindada que le había clavado las fauces en su espinilla. Al ver quién había gritado, también vio que su tenue control mental sobre los raptos se rompía por ese grito inesperado. Los raptos parpadearon, menearon la cabeza como despertando de un sueño, dándose cuenta de que su presa se había puesto voluntariamente en medio de todos ellos.

A Darsha ya no le quedaba más remedio que luchar. Buscó su sable láser, pero atacaron antes de que pudiera cogerlo.

## Capítulo 6

**H**ath Monchar estaba asustado.

Algo que no resultaba especialmente sorprendente para quien conociera al virrey delegado de la Federación de Comercio. Monchar era considerado notablemente tímido incluso entre los propios neimoidianos. Lo cual hacía aún más sorprendente que hubiera hecho lo que había hecho.

Monchar estaba asustado, sí, pero bajo esa emoción se hallaba otra que le era mucho menos familiar. Esa emoción era la del orgullo, y si bien era un orgullo nervioso y frágil, seguía siendo orgullo. Había corrido un riesgo, un gran riesgo. Se había atrevido a reconducir su vida en una nueva dirección, que con suerte le sería muy provechosa. Tenía derecho a sentirse orgulloso, se dijo.

Miró a su alrededor, a los clientes de la taberna donde se encontraba. Era un establecimiento muy diferente al que solía frecuentar cuando estaba en Coruscant. Siempre solía acudir al que estaba localizado en la opulenta mónada de las Torres Kaldani, donde tenía un apartamento. Pero había decidido no usarlo en esa visita, ya que le habría hecho fácilmente localizable. En vez de eso había alquilado con nombre falso un domicilio barato junto al Museo Galáctico. También se había planteado seriamente la posibilidad de comprar un disfraz holográfico que cambiara su apariencia por la de otra especie. Su paranoia se había enfrentado a su tacañería durante un buen rato, ganando finalmente su cicatería, aunque por poco margen.

Hath Monchar había ido a Coruscant porque el mundo capital era el lugar donde mejor, más rápida y anónimamente se traficaba con información. Y eso era lo que quería vender: información. Concretamente información sobre el inminente bloqueo de Naboo, y el hecho de que el responsable era un Señor Sith.

Era un plan peligroso, desde luego. Sabía que si sus co-conspiradores lo encontraban, no tardarían en entregarlo a los tiernos cuidados de Darth Sidious. La mera idea de encontrarse en las garras del Señor Sith bastaba para que empezara a hiperventilarse. A pesar de ello, Monchar no podía resistirse a la oportunidad de ganar rápidamente una fortuna.

Bebió otro sorbo de la cerveza de agárico que estaba tomando. Sí, el riesgo era muy grande, pero también lo eran los beneficios potenciales. Lo único que le faltaba era contactar con la persona adecuada para que le sirviera de intermediario, alguien que supiera quién podría pagar generosamente por su información. Sólo necesitaba algo más de entereza. Había llegado muy lejos, y no pensaba echarse atrás, no estando tan cerca del objetivo.

Hath Monchar le hizo una seña al barman baragwino. Otra frasca de cerveza le proporcionaría la entereza que necesitaba.

o o o

Mahwi Lihnn llevaba diez años estándar siendo cazadora de recompensas. Desde que se vio obligada a dejar su mundo natal por matar a un agente gubernamental corrupto. Durante ese tiempo había recorrido casi todo el largo y ancho de la galaxia, realizando todo tipo de trabajos. Había perseguido fugitivos de la justicia en mundos

tan diversos como Ord Mantell, Roon y Tatooine, entre otros muchos. Pero, curiosamente, nunca había estado en Coruscant, y estaba impaciente por conocer la capital de la galaxia.

La misión encomendada por el lugarteniente del virrey neimoidiano parecía bastante sencilla. No anticipaba muchos problemas para encontrar al desaparecido Hath Monchar, ni siquiera en un mundo tan poblado como Coruscant. Repasó su equipo y armamento, mientras su nave descendía a la pista de aterrizaje con el piloto automático. Su atuendo estaba compuesto de lo que parecía ser una túnica y un pantalón corrientes, pero estaban tejidos con una densa seda de telaraña, un material capaz de resistir hasta el envite de una cuchilla vibratoria, además de repeler láseres y rayos de partículas de baja potencia. Era una tela que no parecía una armadura a ojos no conocedores. Un experto la identificaría enseguida, claro, pero no esperaba encontrar oposición alguna. En cada cadera llevaba pistolas láser gemelas DL-44, y un pequeño disruptor oculto en una cartuchera del tobillo. En cada muñeca llevaba un cohete MM9, y en la mano derecha un lanzaflechas de palma. En las cartucheras del cinturón llevaba, entre otras cosas, unas nudilleras noqueadoras, un bastón noqueador y tres granadas glop.

Mahwi Lihnn creía que era mejor estar preparada.

Su primera parada tras desembarcar de la nave fueron los Apartamentos Residenciales de las Torres Kaldani. Dudaba que Monchar fuera tan idiota como para quedarse en un apartamento registrado a su nombre, pero nunca se sabía. Más de una vez se había ahorrado tiempo y problemas innecesarios buscando a su presa en el lugar más obvio.

Cuando entró en el vestíbulo, el androide de seguridad que estaba de servicio preguntó a quién deseaba ver.

—Hath Monchar —fue su respuesta.

El androide miró en la pantalla de un monitor, informándole a continuación de que no estaba en casa, y que, de hecho, ni siquiera estaba en Coruscant. Lihnn asintió conciliadora, colocando a continuación en el chasis del androide el circuito disruptor que se había sacado del cinturón. El androide vibró un momento antes de que sus fotorreceptores se oscurecieran.

Lihnn tomó el tubo elevador hasta el piso quinientos y recorrió el pasillo que conducía al apartamento de Monchar, empleando una ganzúa electrónica para anular el sistema de seguridad. Una vez dentro, examinó rápidamente las habitaciones. El androide había dicho la verdad; Monchar no estaba allí. Y, más aún, el apartamento parecía llevar tiempo vacío.

La espaciosa suite estaba decorada en lo que un neimoidiano consideraba el epítome del buen gusto; a Lihnn le pareció que tenía el aspecto y el olor de un fétido pantano. Investigó un poco más, esperando encontrar alguna pista sobre el paradero de Monchar, pero quedó decepcionada al respecto.

Finalmente se marchó de allí, descendió al vestíbulo y le quitó el circuito disruptor al androide de seguridad. Para cuando el androide volvió a acceder a sus bancos de memoria y darse cuenta de lo que había pasado, ya estaba fuera y caminando por una acera situada a cincuenta pisos de la superficie.

Requeriría algo de tiempo el registrar una ciudad del tamaño de un planeta para encontrar a una persona. Afortunadamente, Lihnn estaba bastante segura de que no sería necesario realizar una búsqueda semejante. Seguramente el neimoidiano estaría en el vecindario, pese a ser lo bastante listo como para no quedarse en su apartamento. Era la parte del planeta con la que estaba más familiarizado, así que lo lógico era que se hubiera escondido no muy lejos de allí.

Se detuvo ante una plataforma de observación y disfrutó por unos minutos de la vista. Las descripciones que había leído y los holos que había visto no hacían justicia a la impresionante realidad. El último censo situaba a la población de Coruscant en un

billón de seres vivos. Si pudiera investigar a una persona por segundo, seguiría necesitando una vida tan larga como la de cien sarlaccs de Tatooine para poder investigar a todos sus habitantes. Pero había maneras de reducir la búsqueda.

Por muy paranoico que fuera Monchar, que lo era, seguía teniendo que comer. Lihnn sacó un enlace holored portátil de un bolsillo y lo consultó introduciendo parámetros de búsqueda para los restaurantes de la zona especializados en la asquerosa porquería que los neimoidianos llamaban comida. Como había supuesto, no eran muchos. Miró su crono; era la hora en que la mayoría de las especies tomaban su comida nocturna. Iría a examinar algunos de esos restaurantes. Valía la pena soportar su olor si así conseguía una pronta resolución del caso.

o o o

Darth Maul paró un aerotaxi. Pese a no tener lejos la motojet, no deseaba que nadie lo relacionara con ella ahora que estaba cerca de su presa. El piloto del taxi, un quarren, miró dubitativo a su pasajero cuando Maul se acomodó en el asiento trasero, pero no dijo nada cuando éste le dio una dirección. El taxi se elevó rápidamente a través de dos estratos de tráfico, con sus repulsores ascendentes zumbando a un volumen apenas audible para Maul, antes de trazar un largo arco en dirección al norte, hacia un grupo de torres que se alzaban en la distancia.

El taxi aterrizó suavemente en la terminal situada a cincuenta metros de la taberna. Maul entró en ella, deteniéndose entre las sombras de la entrada mientras miraba a su alrededor. Sus ojos se acomodaban a los extremos de luz y oscuridad con más rapidez que los de la mayoría de las especies, y fue capaz de ver casi al instante el oscuro interior de la taberna y a sus clientes.

Vio humanos, bith, devaronianos, niktos, snivvianos y arconas, toda una cornucopia de especies, todas ellas bebiendo o administrándose sustancias capaces de alterar la química de sus cerebros. No vio a Hath Monchar. De hecho, no veía ningún neimoidiano en el lugar.

Maul se acercó a la barra. El barman era un baragwin alto y enjuto, con los pliegues de su papada facial tan correosos y arrugados como la piel de un bantha.

—Busco un neimoidiano —le dijo Maul—. Debió pasar por aquí hace unas horas.

Al baragwin se le estremecieron las papadas de arriba abajo en un equivalente al negar con la cabeza de los humanos.

—Muchos seres vienen —dijo con voz absurdamente aguda y aflautada para provenir de una cabeza tan enorme—. Vienen, beben, hablan, se van. No recuerdo haber visto hace poco a un neimoidiano.

—Vuelve a pensarlo —le dijo el Sith, inclinándose hacia él.

Podía emplear la Fuerza para obtener la información que deseaba de esta criatura de débil voluntad, pero no había necesidad de ello. Sabía que la intimidación bastaba para obtener lo que buscaba.

Los pólipos nasales del baragwin empezaron a temblar, signo de nerviosismo.

—Reflexionando un poco me parece recordar a un representante de esa especie empapándose en alguna bebida hace cosa de una hora.

—¿Habló contigo o con algún otro?

Los pólipos del barman vibraron casi demasiado rápidamente para poder verse.

—No. Bueno... Pi... pidió cerveza de agárico.

—¿Y habló de alguna otra cosa?

—Sí. Me preguntó cómo poder contactar con alguien especializado en la compra y venta de información delicada.

—Y tú... ¿qué le dijiste?

—Le di un nombre.

—Me vas a dar ese nombre.

El baragwin agitó las papadas de abajo arriba en aquiescencia.

—Lorn Pavan. Un humano. Creo que corelliano. Es muy conocido en este sector como alguien que trafica con mercancía así.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese Lorn Pavan?

—No lo sé.

Maul volvió a inclinarse hacia adelante, sus ojos amarillos brillaban. El barman retrocedió apresuradamente.

—¡Digo la verdad! Viene por aquí de vez en cuando, siempre acompañado por un robot de protocolo llamado I-Cinco. No sé nada más.

Eran noticias interesantes, pensó Maul. Le ayudaría a reducir la búsqueda; los androides personales no eran muy corrientes en esa zona de Coruscant.

—Describe a ese Lorn Pavan.

—Alto. Musculoso. Con cilios filamentosos negros en el cuero cabelludo, pero no en la cara. Pigmentación ocular castaña. Probablemente, las hembras de su especie lo adjetivarían de “guapo”.

Maul asintió, levantando a continuación la mano derecha en un gesto de enfoque mientras llamaba mentalmente a la Fuerza. Tenía que asegurarse de que su siguiente pregunta era contestada con sinceridad, porque la respuesta determinaría si debía matar o no al baragwin.

—¿Te habló el neimoidiano del tipo de información que deseaba vender?

Las papadas ondularon rápidamente hacia abajo.

—No lo hizo. Te he dicho todo lo que sé.

Maul no sintió vibraciones negativas en la Fuerza. Dio media vuelta sin mediar otra palabra y salió de la taberna.

Le alegraba no haber tenido que matarlo. No por motivos morales, o porque la patética criatura le inspirase compasión, sino porque eso le ahorra las inevitables dificultades inherentes a matar a alguien en un lugar público. No obstante, de haberle indicado la Fuerza que el baragwin mentía, habría acabado con él sin pensarlo dos veces, enfrentándose después a las consecuencias. Darth Sidious le había encomendado matar a todo aquel al que Hath Monchar comunicase la existencia del bloqueo. Y pensaba obedecer las órdenes de su Maestro, como siempre.

Caminó por el bulevar exterior, meditando en su próximo movimiento. Su paso no se veía bloqueado, pese a estar la acera abarrotada, ya que la mayoría de los transeúntes procuraba evitarlo. Y así era como debía ser. Darth Maul sólo sentía desprecio por las masas. De los incontables billones de seres inteligentes que poblaban la galaxia, sólo había uno merecedor de su respeto: Darth Sidious, el único hombre que se había atrevido a soñar con conquistar no un mundo o un sistema solar, sino toda una galaxia. El hombre que había encontrado al joven Maul en un planeta perdido y lo había criado para convertirse en su sucesor. Todo se lo debía a Darth Sidious.

No le había puesto en un sendero fácil. Convertirse en un ser realmente superior, al margen y por encima de la manada sin mente, había requerido devoción y dedicación absolutas. Había tenido que aprender a bastarse por sí solo, tanto en cuerpo como en mente, casi desde el mismo instante en que aprendió a andar. Su Maestro no le aceptaría nada que no fuera lo máximo que pudiera ofrecer. Cuando era más joven, cualquier error en su entrenamiento, que el filo de un arma cortase su carne, o que una maniobra incorrecta de bloqueo o defensa conllevase algún hueso roto, implicaba un castigo rápido e inexorable.

Había aprendido muy pronto a considerar al dolor como su Maestro. Había pasado de temer al dolor a darle la bienvenida, pues ponía a prueba su fuerza de voluntad y su valor; le hacía más fuerte. Sentirse contento, cómodo, era volverse autocomplaciente. Y no se aprende nada del placer. El dolor, en cambio, es un instructor muy eficaz.

Volvió a concentrarse en el problema que le ocupaba. Encontrar al humano Lorn Pavan podría llevarlo a su vez hasta su principal objetivo. Lo más probable era que también tuviera que matar al corelliano. Cuanto más tiempo viviera el neimoidiano, más posibilidades había de que difundiera la información. Aun así, no estaba preocupado. Si debía exterminar a todo ese sector de la ciudad para impedir así que se difundieran las noticias sobre el bloqueo, lo haría sin dudarlo. Esas vidas, aunque se contaran por centenares, carecían de importancia.

## Capítulo 7

**E**l primer golpe alcanzó a Darsha por la espalda, medio noqueándola y haciéndola caer de rodillas. Una bota chocó contra su costado, dejándola sin aliento. Medio cegada por el dolor, recurrió a la Fuerza mientras los raptos se acercaban más aún, y sintió cómo su poder la envolvía, rodeándola como si fuera un escudo invisible. Se incorporó, alargando un brazo en gesto de protección, y sintió que las reverberantes ondas fluían hacia afuera, echando hacia atrás a sus sorprendidos atacantes. Se apartaron por un breve instante, y usó ese instante para coger y activar el sable láser. La hoja de energía amarilla brotó del proyector del pomo, extendiéndose en toda su longitud.

—¡Es una Jedi! —gritó uno de los raptos, un trandoshano. Parecería sorprendido, pero no especialmente asustado o impresionado.

—Sigue pudiendo darse por muerta —dijo Pelo Verde, pero ningún miembro de su banda parecía especialmente ansioso por ser el primero en ponerse al alcance del sable láser.

—Debisteis escucharme —dijo Darsha, moviéndose lentamente hasta tener la espalda contra el saltador—. No quiero hacerle daño a nadie. Podéis iros mientras aún podáis.

Vio que Pelo Verde y el trandoshano intercambiaban una mirada. Apenas fue un parpadeo, pero bastó para prevenirla. Además, por si no bastara con eso, ya había notado tras ella una perturbación de la Fuerza. Darsha se dio media vuelta y alzó la hoja en un movimiento defensivo justo a tiempo de interceptar a un robusto gotal que le atacaba subido a la nave, con una cuchilla vibratoria. El sable láser cortó sin esfuerzo la muñeca del gotal, enviando hacia atrás el cuchillo, aún aferrado por la mano cortada, en un arco que acababa en el vehículo vacío. El gotal lanzó un chillido y cayó al pavimento hecho un guiñapo, agarrándose el muñón cauterizado.

A continuación, reinó un instante de absoluta quietud, roto sólo por los gemidos del gotal. Darsha sabía que lo que pasara a continuación pendía de un hilo. ¿La atacarían en grupo para vengar a su camarada, o huirían asustados?

Fue Pelo Verde quien decidió el camino a seguir: dio media vuelta y echó a correr calle arriba. Los demás miembros de la banda se apresuraron a seguir su ejemplo, dos de ellos arrastrando consigo al gotal herido. La calle quedó completamente desierta en cuestión de segundos, a excepción de Darsha y de Oolth el fondoriano.

Darsha se acercó rápidamente a su protegido, que estaba tumbado de espaldas, gimiendo y todavía agitando débilmente la pierna en su esfuerzo de deshacerse de la rata blindada. La aspirante a Jedi tocó el cuello de la rata con la punta del sable láser, justo en la parte blanda donde se juntan las placas de la cabeza y del cuerpo, y ésta soltó su presa, saliendo disparada hacia las sombras.

—Vámonos, antes de que vuelvan con refuerzos —dijo, desactivando el sable láser y poniendo en pie a su protegido.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Esa maldita rata casi me arranca la pierna de un mordisco!

*Lástima que no fuera tu cabeza, pensó ella.*

—Limitate a sentirte agradecido porque haya podido alejarlos. Y ahora, vámonos de aquí.

Le ayudó a subir al asiento del pasajero del saltador, sentándose a continuación ante los mandos.

Y se dio cuenta de que no irían a ninguna parte.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? ¡Despega!

—No puedo —respondió, señalando a la consola, donde estaba la cuchilla vibratoria, clavada hasta el pomo, aún activada y agarrada por la mano cortada del gotal. Todavía echaba humo y saltaban chispas, y pudo oír el débil zumbido de la oscilación de alta frecuencia del arma—. Ha cortado los controles de las aspas estabilizadoras. Si intentamos volar con esto, giraremos como un sacacorchos.

Oolth miró al cuchillo, y después a ella.

—No puedo *creerlo*. ¡Menudo Jedi estás hecha! ¡Te las has arreglado para inutilizar tu propia nave!

Darsha se tragó todas las respuestas punzantes que acudieron a su mente, diciendo en su lugar:

—Sólo es un contratiempo. Aún tengo mi comunicador. Llamaré al Templo para...

Dejó la frase sin terminar, pues mientras hablaba se había llevado la mano a la túnica para coger su comunicador. En cuanto sus dedos lo tocaron se dio cuenta de que también había quedado inutilizado. La carcasa de plaketita estaba rota, sin duda por la patada propinada por uno de los raptos. Seguramente le había evitado una costilla rota, pero, dada la situación, en ese momento habría preferido tener esa lesión.

Antes de que pudiera explicar a Oolth este último infortunio, el parabrisas que tenía delante estalló formando el dibujo de una estrella. Al mismo tiempo escuchó el amortiguado disparo de un arma de proyectiles. Alguien les disparaba, seguramente uno de los raptos.

Darsha tomó una decisión rápida. Tendrían que abandonar el saltador. Debían llegar lo antes posible a los niveles superiores. Miró a su alrededor dándose cuenta de que era más fácil decirlo que hacerlo. La mayoría de los edificios estaban cegados por encima de los niveles diez o doce; los habitantes de los pisos superiores no querían ni reconocer la existencia de los pisos inferiores. Pero tampoco podían quedarse allí. Un disparo del francotirador oculto silbó junto a su oído como subrayando ese hecho. Y no podían ni correr el riesgo de intentar volver al piso franco.

Ya se desvanecían las últimas luces del día y en poco tiempo sería noche cerrada.

—Fuera de la nave, ¡deprisa! —dijo, saltando mientras sacaba la pistola de ascensión de las cartucheras del cinturón. Disparó el gancho hacia arriba, hasta su máxima longitud, esperando poder alcanzar una viga o una cornisa por encima de la capa de niebla.

El parabrisas fue alcanzado por otro disparo. Oolth chilló de miedo y salió del saltador.

—¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que salir de aquí!

—Eso es justo lo que estamos haciendo —dijo Darsha, sintiendo que una vibración bajaba por el cable, señal de que el gancho había encontrado un blanco—. ¡Agárrate a mí!

Rodeó por la cintura al fondoriano y apretó el mecanismo de rebobinado. La reserva de cable daba para un máximo de doscientos metros, y el cable de monofilamento aguantaría fácilmente el peso de los dos. Darsha sabía que si conseguían llegar al primer estrato de tráfico, a la altura del nivel veinte, podrían encontrar un aerotaxi y llegar al Templo, o al menos encontrar una estación de comunicaciones desde la que solicitar ayuda.

Otro disparo rebotó en la pared, debajo de ellos, justo cuando ascendían rápidamente superando el primer nivel, y cuando estaban en el segundo nivel, y en el tercero. Darsha sentía que el brazo se le desencajaba. Miró hacia arriba y calculó que



la capa de niebla flotaba a la altura del décimo nivel. Estarían a salvo del francotirador una vez llegaran a ella.

Una sombra enorme la cubrió por un instante, seguida de varias más. Al principio, y en la decreciente luz, no estuvo segura de lo que eran. Entonces vio con claridad a uno de los seres, y sintió que un escalofrío de miedo le recorría el cuerpo.

Eran halcones murciélago.

Nunca había visto uno tan de cerca. Sus huevos se consideraban exquisitos y los había tomado más de una vez en la comida matinal del Templo. Normalmente no se consideraba peligrosos a los halcones murciélago, pero había oído historias de personas atacadas por bandadas de esas criaturas. Resultaba evidente que eran muy territoriales, y que quien se aventurase cerca de sus criaderos corría peligro.

Cosa que, al parecer, habían hecho.

De pronto, se vieron envueltos en una aleteante y chirriante pesadilla de alas, picos y garras. Darsha ocultó como pudo la cara en el hombro para protegerse los ojos. Intentó llamar a la Fuerza para usarla de escudo contra esas criaturas, pero el feroz golpeteo de sus alas le impedía concentrarse en otra cosa que no fuera sujetarse a la pistola de ascensión.

Mantuvo el pulgar apretando el control de rebobinado; su mejor esperanza radicaba en dejar atrás el territorio de los halcones murciélago.

Oolth se apretó con más fuerza al pecho de ella, hasta que ésta sintió que la asfixiaba. Gritó con miedo y dolor cuando las furias aladas cargaron contra los dos. Las garras y los bordes de sus alas de cuero desgarraban las ropas de Darsha; lo único que veía ésta eran picos y furiosos ojos rojos.

Oolth volvió a gritar, esta vez con más fuerza. Ella miró hacia abajo para ver a uno de los halcones murciélago posado en el hombro de su protegido, picoteándole salvajemente la cara. El pico le arrancó la mejilla, dibujando una línea de sangre oscura en su piel.

Darsha sintió que Oolth aflojaba su abrazo. Vio cómo otro halcón murciélago se agarraba al brazo de él, atacándole la mano con el pico.

—¡Aguanta! —exclamó ella—. ¡Ya casi hemos llegado!

Oolth volvió a gritar, esta vez con más fuerza que antes. La aspirante a Jedi volvió a mirar hacia abajo, viendo que una de las criaturas había hundido el cruel pico en su ojo derecho. Enloquecido por el dolor, el fondoriano se soltó, alzando ambas manos para apartar a su tormento alado.

—¡No! —giró Darsha, intentando agarrarlo con la mano libre.

Pero el hombre pesaba demasiado y su túnica se rasgó, dejando un trozo de tela en las manos de ella, y cayó en la oscuridad seguido por su propio grito.

Darsha sabía que no tenía sentido ir tras él, incluso en caso de tener algún modo de hacerlo; ya había ascendido siete u ocho niveles, y estaba segura de que la caída había sido fatal. Un instante después, entraba en la niebla, pero los murciélagos halcón no daban señales de disminuir en su ataque. Tenía la piel cortada y desgarrada por numerosos sitios y a ese ritmo no viviría para llegar a los niveles superiores.

Solo había una forma de actuar con alguna posibilidad de éxito. Cada nivel superado tenía una hilera de ventanas oscuras. Soltó el botón de rebobinado y sacó el sable láser. Cuando el ascenso se ralentizó hasta detenerse, usó la hoja de energía para fundir un gran agujero en el acero transparente de la ventana más próxima. Puso un pie en el alféizar y entró tambaleándose, soltando la pistola de ascensión al caer en la oscuridad del interior del edificio.

Al caer, rodó de costado, manteniendo el sable láser lejos de su cuerpo para evitar hacerse alguna herida, tal y como le habían enseñado. Cuando se levantó, lo hizo con el arma lista para defenderse de los halcones murciélago.

Pero parecía no ser necesario; no le había perseguido ninguno hasta el interior del edificio. Darsha abandonó lentamente la posición defensiva, mirando a su alrededor para situarse.

Fuera ya estaba oscuro; la ventana rota no era más que un parche de una oscuridad menos densa. La luz compacta del sable láser no le servía de mucha iluminación. Escuchó tanto con los oídos como con la Fuerza. No oyó sonido alguno y no captó sensaciones de peligro. Parecía estar a salvo, de momento.

Por supuesto, eso depende de la definición que tenga cada uno de *estar a salvo*. Estaba atrapada en los niveles inferiores abandonados de un edificio del famoso Pasillo Carmesí. Carecía de comunicador y de transporte. Y, lo que era peor aún, había fracasado en su misión. Le habían enviado a salvar a un hombre que yacía muerto en la calle.

Si eso era “estar a salvo”, pensó con tristeza Darsha, igual debería plantearse otro tipo de trabajo.

Siempre y cuando saliera con vida.

## Capítulo 8

Lorn se despertó sintiéndose como si le hubiera arrollado una estampida de banthas.

Se arriesgó a abrir un ojo. La luz del cubículo era escasa, pero incluso así le pareció como si una pistola láser le hubiera disparado al ojo, subiendo por su nervio óptico hasta llegar al cerebro. Profirió un gruñido, cerró apresuradamente el ojo, y se envolvió la cabeza con los brazos.

Oyó cómo, desde alguna parte de la oscuridad, I-Cinco le decía:

—Ah, ya despierta la bestia.

—Deja de gritar —farfulló.

—Mi vocabulador está sintonizado a un nivel medio de sesenta decibelios, lo normal para una conversación humana. Por supuesto, *puede* que tengas el oído un poco hipersensibilizado, dada la cantidad de alcohol que sigue habiendo en tu corriente sanguínea.

Lorn gruñó e intentó, sin éxito, abrir un agujero en su cama.

—Si vas a continuar con esa actitud —continuó diciendo I-Cinco implacable—, sugiero que te hagas extirpar las pocas células del hígado que te quedan sanas, si es que te queda alguna, y que las almacenes criogénicamente, dado que igual necesitas que te clonen ese órgano concreto en un futuro muy próximo. Puedo recomendarte un androide médico MD-5 muy bueno al que conozco...

—Muy bien, *imuy bien!* —exclamó Lorn, sentándose y acunándose la dolorida cabeza en las manos, mientras miraba al androide—. Ya te has divertido. Y ahora haz que se me quite.

—¿Hacer qué se te quite? —dijo el androide, fingiendo una educada incompreensión—. Sólo soy un vil androide, cómo voy a poder yo...

—*Hazlo...* o reprogramaré tu módulo cognitivo con la pistola láser de Bilk.

—Naturalmente, vivo para servir —repuso I-Cinco con un suspiro notablemente humano.

El androide hizo una pausa antes de emitir con su vocabulador un sonido de tono bajo que subía y bajaba por la escala, pareciendo resonar en el pequeño cubículo.

Lorn permaneció sentado en la cama y dejó que el sonido le bañara, que reverberara en su cabeza. A los pocos minutos, el dolor de cabeza aflojó su presa, al igual que las náuseas y el malestar general que sentía. No estaba seguro de cómo funcionaba la canción sin palabras del androide, pero había algo en sus vibraciones que la convertían en la mejor cura para la resaca que había conocido nunca. Pero no hay cura sin un precio, y sabía que a cambio tendría que soportar durante casi todo el día la complacida superioridad de I-Cinco.

Aun así valía la pena. Para cuando el androide dejó de emitir el sonido, Lorn se sentía notablemente mejor. Ese día no iría al gimnasio del Centro Trantor a ejercitarse en gravedad cero, pero al menos podía pensar en hacerlas sin que eso le produjera ganas de vomitar.

Miró a I-Cinco y volvió a sorprenderse pensando cómo era posible que un androide con una única y fija expresión facial, y tan limitado lenguaje corporal, pudiera arreglárselas para parecer tan desaprobador.

—¿Ya estamos todos mejor? —preguntó éste con burlona solicitud.

—Digamos que estoy dispuesto a posponer lo de la reprogramación, al menos por hoy —respondió, levantándose con cuidado, ya que seguía sintiendo como si la cabeza se le fuera a caer del cuello si la agitaba demasiado.

—Tu gratitud me abruma.

—Y tu sarcasmo me deprime —comentó, mientras se dirigía al lavabo, se mojaba la cara con agua fría y se pasaba un limpiador de ultrasonidos por los dientes—. Creo que incluso puedo estar en una habitación donde haya comida —dijo al salir.

—Ya habrá tiempo para eso. Creo que tu prioridad es examinar los mensajes que llegaron mientras estabas en estado comatoso.

—¿Qué mensajes?

Era demasiado esperar que Zippa hubiera decidido venderles finalmente el holocrón. No obstante, sabía que I-Cinco no se habría molestado en conservar los comunicados si no fueran importantes.

—*Estos* mensajes —replicó paciente el androide, activando la unidad de mensajes.

Sobre la unidad se formó la titilante imagen de un cuerpo fofo y enorme. Lorn reconoció a Yanth el hutt.

—Lorn —dijo la imagen con una voz profunda—. Pensaba que hoy nos encontraríamos para hablar de cierto holocrón que deseabas enseñarme. Es muy poco educado hacer esperar a un comprador, ¿sabes?

La imagen se disolvió.

—Gracias —le dijo Lorn a I-Cinco—, si después no estás muy ocupado, tengo una rodilla herida sobre la que puedes echar algo de sal.

—Creo que tu actitud cambiará en cuanto veas el siguiente mensaje.

La segunda imagen se materializó sobre el proyector. Enseguida le resultó evidente que no eran ni Zippa ni Yanth. Un momento después reconocía la especie: un neimoidiano. Eso por sí solo ya resultaba sorprendente; los señores de la Federación de Comercio no solían verse por Coruscant, debido a las tensas relaciones existentes entre su organización y el Senado de la República.

El neimoidiano miró furtivamente a su alrededor antes de inclinarse hacia adelante y hablar en voz baja.

—Lorn Pavan, me han dado su nombre como el de alguien que sabe ser... discreto manejando información delicada —dijo con los tonos gorgoteantes de su especie—. Desearía discutir un asunto que puede sernos mutuamente beneficioso. Si le interesa, reúname conmigo en la Posada del Dewback en el 0900. No le hable a nadie de esto.

La imagen tridimensional se apagó.

—Vuelve a ponerlo —dijo Lorn.

El androide así lo hizo, y Lorn vio el mensaje por segunda vez, prestando más atención al lenguaje corporal que a lo que se decía. No estaba familiarizado con los manierismos neimoidianos, pero no hacía falta ser un psicoanalista interplanetario para ver que el alienígena estaba tan nervioso como un novio de H'nemthe. Algo que podía significar problemas, pero que también beneficios. Y en su línea de trabajo rara vez se obtenía lo segundo sin tener que sortear lo primero.

—¿Tú qué dices? —preguntó, mirando a I-Cinco mientras apretaba un botón que borraba el segundo mensaje.

—Yo digo que tenemos diecisiete decicréditos de la República en el banco, y todo lo suelto que se te haya podido caer en el lecho de dormir. Creo que dentro de una semana toca pagar el alquiler. Creo que deberíamos hablar con ese neimoidiano.

—Yo también lo creo —dijo Lorn.

Ya casi se había pasado la hora de la comida nocturna. Mahwi Lihnn había investigado cuatro restaurantes que incluían cocina neimoidiana en el menú. Sólo en uno de ellos encontró a un neimoidiano. Una hembra. Lihnn la interrogó, pero ella afirmó no conocer a ningún paisano llamado Hath Monchar. No obstante, mencionó otra casa de comidas de las cercanías que solían frecuentar los de su especie. Era una pequeña posada llamada Dewback, de los pocos locales de bebidas de la zona donde se servía cerveza de agárico, brebaje extremadamente apreciado por la mayoría de los suyos.

Lihnn decidió echar un vistazo.

o o o

No había resultado especialmente difícil localizar el cubículo donde residía Lorn Pavan. Cuando llegó a él, Darth Maul se lo encontró con la puerta abierta, y con un humano y un androide, éste de una serie de protocolo, saliendo por ella. Maul se fundió rápidamente con las sombras del pasillo subterráneo y los vio pasar ante él. Los dos coincidían con la descripción del barman baragwin.

Excelente. Con algo de suerte le conducirían hasta su presa.

Los siguió a una distancia segura, empleando las sombras para esconderse cuando le era posible y confiando en el poder ocultador de la Fuerza cuando no lo era. El humano y su androide no tenían ni idea de que les seguían. Iría tras ellos hasta que contactaran con el neimoidiano. Entonces actuaría como considerase más apropiado.

Maul sentía el Lado Oscuro brotar en él, llenándolo de impaciencia, urgiéndole a completar esta misión lo antes posible. *Esto no es para lo que te han entrenado*, pensó. *No son presa digna de tus habilidades*.

Intentó desechar esos pensamientos, pues eran heréticos. Su Maestro le había encomendado esa misión, y eso era lo único importante. Aun así, no podía evitar sentir irritación ante ese deber. No era un auténtico desafío a su habilidad. Después de todo, le habían criado y entrenado para combatir y matar a los Jedi, no a soldados rasos.

¡Cómo odiaba a los Jedi! Cómo despreciaba su santurronería hueca, sus pretensiones de piedad, su hipocresía. Cómo ansiaba que llegase el día en que su Templo sería una humeante ruina, cubierta por sus destrozados cadáveres. Con sólo cerrar los ojos podía ver el Apocalipsis que sufriría esa orden con la misma viveza que si fuera realidad. Y, después de todo, *era* realidad, una realidad futura, sí, pero igualmente válida. Era algo a lo que estaba destinada, ordenada, predeterminada. Y él sería un instrumento clave en su destrucción. Para ello se había concebido toda su vida.

Y no para buscar a un patético fracasado por los arrabales de Coruscant.

Maul negó con la cabeza y gruñó en silencio. Su objetivo era servir a su Maestro, fuera cual fuera la misión que le encargase éste. Si Darth Sidious supiera que tenía esas dudas, le castigaría severamente, como no le castigaba desde que era un niño. Y él no se resistiría al castigo, aunque ahora fuera un hombre adulto. Y es que Sidious haría bien en castigarlo.

El humano y su androide salieron del pasaje subterráneo y continuaron caminando por las estrechas calles de la superficie. La noche estaba muy avanzada, pero la ciudad planetaria no dormía nunca. Las calles estaban siempre abarrotadas, fuera cual fuera la hora de la noche o el día. Era una suerte, ya que eso le facilitaba el seguir a su presa sin ser descubierto.

Ya no podía faltar mucho más tiempo, se dijo. Terminaría este trabajo de forma satisfactoria, y quizá después se le recompensase con una tarea más digna de sus habilidades. Algo como la misión del Sol Negro. Con esa misión sí que había disfrutado.

Pavan y su androide bajaron por otra calle, tan estrecha y limitada por los altos edificios que apenas había sitio para dos sentidos de tráfico a pie. Entraron en una puerta situada bajo un cartel decorado con un dewback rampante.

Ése parecía ser su destino. Maul sintió que el pulso se le aceleraba ligeramente por la anticipación, pese al control casi perfecto de su sistema nervioso. Si todo iba según lo previsto, pronto acabaría con esta tarea tan molesta. Entró en la taberna.

## Capítulo 9

Lorn examinó el sucio y mal iluminado interior. La Posada del Dewback tenía un aspecto todavía menos respetable que la Piedra Brillante a la que solía ir, y eso era decir mucho. No había mucha clientela, pero la que había parecía estar compuesta por veteranos combatientes. Lorn se fijó, entre otros, en un devaroniano al que le faltaba un cuerno, en un wookiee moteado que parecía haber perdido la mitad del pelo y un sakiyan de calva recosida con ondulado tejido queloide.

I-Cinco también examinó el lugar a su vez.

—La cosa no para de mejorar —dijo el androide.

Lorn se fijó en un cartel de encima de la barra donde estaba escrito “Prohibida la entrada a los androides” en básico. También notó que varios de los clientes miraban con sospecha a I-Cinco.

—Creo que será mejor que esperes fuera —le dijo al androide—. Lo siento.

—Creo que podré soportar el rechazo —repuso I-Cinco, volviendo al exterior.

Lorn vio un neimoidiano en una mesa situada en un rincón, sentado solo; parecía muy incómodo. Cuando empezó a caminar entre las mesas, oyó que la puerta se abría a su espalda, y atisbó por el rabillo del ojo a la forma encapuchada y envuelta en una capa que entraba en ese momento. El recién llegado tenía un aspecto de lo más siniestro, pero también lo tenían los demás clientes del lugar, con la posible excepción del neimoidiano, así que Lorn no se fijó en él.

Cuando se acercaba a la mesa, notó que una presa de acero le sujetaba bruscamente los brazos.

—¡Eh! —exclamó, intentando liberarse, pero su atacante era un trandoshano mucho más fuerte que él. Sus forcejeos llamaron la atención del neimoidiano, el cual alzó la mirada.

—¿Es usted Lorn Pavan?

—Lo soy. Aparte a su matón.

—Suéltalo, Gorth —dijo, con un gesto.

El trandoshano soltó a Lorn. Éste cogió una silla y se sentó frotándose los brazos, que se le habían entumecido por el abrazo del ser reptiliano.

—Discúlpeme —continuó el neimoidiano, mirando por todo el bar. —. Comprenderá que quiera tener alguna protección en un lugar como éste. Gorth me ha sido muy recomendado.

—Puedo ver por qué —dijo Lorn—. Vayamos al grano. ¿Qué es lo que tiene?

o o o

Cuando Darth Maul entró en la ratonera conocida como Posada del Dewback, no se echó atrás la capucha y se sentó en el rincón más oscuro del local. Cuando alguna de las débiles mentes que le rodeaban hacía que sus propietarios aventurasen una mirada en su dirección, la Fuerza anulaba o desviaba ese interés. En esos antros de debilidad mental siempre solía ser prácticamente invisible, tal y como él deseaba.

Había localizado de inmediato a su presa. El ansia de acercarse a ella y separarle la cabeza del cuerpo le era tentadora, pero sabía que hacerlo sería una locura. Tendría

que matar primero al gran guardaespaldas trandoshano, y probablemente también al corelliano. Matar a tres personas es algo que no pasa desapercibido, ni siquiera en un antro como éste. Que no resultaba conveniente llamar la atención en un lugar público era algo que su Maestro le había enseñado a muy tierna edad. Los Sith son poderosos, pero sólo son dos. Por ello, habían convertido a la discreción en una de sus principales armas.

Y en ese local había demasiados clientes para poder controlarlos por completo, por muy débiles mentales o químicamente embotados que estuvieran. No podía borrar el recuerdo de un asesinato a sangre fría de varias docenas de cabezas, como no podía estar seguro de matarlos a todos. Y aquí y allí ardía algún intelecto demasiado fuerte para ser manipulado con sencillas técnicas de control mental. Podía sentir a esos pocos brillando como lámparas fotónicas en una llanura oscura.

Además, debía interrogar a fondo a su presa para averiguar con quién más había hablado.

Pero, por fin estaba ante su objetivo. Eso era lo que importaba, y terminar con su misión sólo era cuestión de tiempo. Esperaría al momento adecuado para ocuparse de él.

En ese momento, el neimoidiano hablaba con el mercader humano de información, probablemente sellando así el destino de ese hombre. Ya determinaría más tarde, y con exactitud, cuánta información había pasado de uno a otro, cuando interrogase a Hath Monchar. Si ese Lorn Pavan había acudido a hablar de otros asuntos y no sabía nada de la traición de Monchar, se le permitiría conservar su insignificante vida. Pero moriría de convertirse en partícipe de la subversión. La situación era así de simple.

o o o

Mahwi Lihnn recorrió callejuelas y callejones buscando la Posada de Dewback. No se puede decir que esta zona de Coruscant la hubiera impresionado mucho. Casi todas las calles del sector tenían retorcidas curvas y estrechos pasajes, llenos de escoria de cloaca buscando una víctima fácil. La mujer iba armada hasta los dientes, no era presa fácil, y los ladrones y matones la miraban pasar sin moverse de donde estaban, demostrando ser lo bastante inteligentes como para reconocer el peligro cuando lo veían. Ella no estaba especialmente preocupada por su seguridad; había estado en lugares muchos peores que éste y sobrevivido a ellos. Por encima de todo, era una cuestión de actitud, ya que al caminar proyectaba una confianza y un aire de peligro que dejaba bien claro que, a la primera señal de problemas, cualquier posible camorrista acabaría convertido en un humeante cadáver en la grasienta acera, que sería rápidamente saqueado por los demás.

Llegó a un cruce, titubeó un momento, y tomó por el ramal de la derecha. Cualquier otra persona se habría perdido sin remedio en ese laberinto, pero Mahwi Lihnn había templado su sentido de la dirección en multitud de lugares semejantes de toda la galaxia, y sabía que acabaría por llegar a su destino. Siempre llegaba a donde se suponía que debía llegar, y siempre salía bien librada una vez llegaba allí. Era, sencillamente, la mejor en lo que hacía.

Como pronto descubriría Hath Monchar.

o o o

Tras subir unos cuantos tramos de escaleras, Darsha Assant alcanzó los niveles inferiores y habitados del edificio. Al final de un pasillo localizó lo que se hacía pasar por una farmacia. Había perdido su visor de crédito normal, pero aún le quedaba la de emergencia. Sólo servía para pequeñas cantidades, siendo desgraciadamente insuficiente para alquilar un deslizador, pero con suficiente disponible para comprar



vendajes de carne sintética antibiótica con la que curarse las heridas, y hasta para coger un taxi si no iba muy lejos. Sus ropas también estaban en muy mal estado, pero en el fondo de emergencia no tenía bastante para comprar otras. No importaba; tenía cosas más importantes de qué preocuparse que su guardarropa.

Una vez se encontró mejor, tras cubrirse las heridas con la carne sintética curativa, buscó un lugar tranquilo, a ser posible con paredes que le protegieran espalda y laterales, donde meditar qué hacer a continuación.

No había manera de endulzar la situación. Estaba sencillamente arruinada. Había perdido a su protegido; los halcones murciélago ya debían estarle limpiando los huesos de su cadáver. Y lo había perdido ante una vulgar banda callejera. Y, para colmo, tenía el comunicador roto. En resumen, la misión había sido un completo y absoluto desastre. El Maestro Bondara había tenido razón al cuestionar su habilidad.

Darsha se sentó en un banco manchado de graffitis e intentó concentrarse en lo que le habían enseñado. Era inútil; no conseguía encontrar la calma a partir de la cual debe actuar un Jedi. En vez de eso sentía pena, tristeza, rabia, pero, sobre todo, vergüenza. Había traído la desgracia sobre ella misma, sobre su mentor y sobre su herencia. Ya no se convertiría nunca en un Caballero Jedi. Su vida, tal y como la había conocido, y como había esperado que fuera, se había acabado.

Igual habría sido preferible morir, devorada por los halcones murciélago. Al menos así no tendría que enfrentarse al Maestro Bondara, ni tendría que ver la decepción en los ojos de su mentor.

¿Qué iba a hacer?

Podía buscar una estación de comunicaciones pública y pedir ayuda. Debía haber alguna que funcionase, incluso allí abajo. El Consejo enviaría un Jedi a recogerla, a un *auténtico* Jedi, pensó amargamente. La acompañaría de vuelta como si fuera una niña a la que llevaban custodiada para que no pudiera hacer más daño.

Se imaginó a sí misma entrando de ese modo en el Templo. Era lo que necesitaba para hacer que su vergüenza fuera completa.

Apretó los dientes. No. No pensaba ir así. Había fracasado en su misión, cierto, pero aún tenía su sable láser, y aún le quedaba algo de orgullo, aunque sólo fuera una sombra de lo que había sido. *No* pediría ayuda. Encontraría algún modo de volver al Consejo por sus propios medios. Le debía al menos eso al Maestro Bondara, y a sí misma.

Respiró profundamente, dejó escapar lentamente el aire y volvió a buscar quietud en la Fuerza. Su aprendizaje como Caballero Jedi había concluido. Eso no había manera de cambiarlo. Podía enfrentarse a su destino sin suplicar ayuda.

Se levantó, volvió a respirar profundamente y soltó el aire. Sí. Al menos podía hacer eso.

o o o

Lorn no podía creer su suerte. Parecía que las cosas por fin mejoraban un poco. Con cuidado, para no descubrir su entusiasmo, le dijo al neimoidiano:

—¿Y dice que tiene toda esa información grabada en un holocrón, con los detalles del inminente bloqueo?

—Así es —replicó Monchar.

—¿Y podría, ver ese cristal?

Su interlocutor le lanzó una mirada muy fácil de leer, incluso teniendo en cuenta las diferencias existentes entre las expresiones faciales de humanos y neimoidianos: *¿Es que me tomas por estúpido?*

—Nunca lo llevaría sobre mi persona a un lugar como éste, ni siquiera teniendo a Gorth de protector. El holocrón está guardado en lugar seguro.

—Ya veo —dijo Lorn, inclinándose hacia adelante—. Y querría venderlo por... ¿cuánto?

—Medio millón de créditos de la República.

Lorn sonrió. Tenía que llevar el asunto con mucha calma y frialdad.

—¿Medio millón? Sí, claro. ¿Tiene cambio para un billete de un millón de créditos?

—Me temo que no —respondió el neimoidiano con una sonrisa apagada.

—Muy bien —repuso el humano, que ya había jugado antes a ese juego y sabía que era el momento de hablar—. Si tiene lo que dice, estoy dispuesto a darle doscientos cincuenta mil.

—No me insulte. Si tengo lo que digo, y le aseguro que es así, la información de ese cristal vale el doble de lo que pido, puede que más en las manos adecuadas. No vamos a regatear como si fuéramos vendedores de banthas, humano. Medio millón de créditos, y punto. A poco que tenga la inteligencia de la pulga verde sarconea, acabará sacando esa misma cantidad de beneficio, cuando no mucho más.

Eso era cierto, y Lorn lo sabía. Claro que si él pudiera echar mano de medio millón de créditos, no estaría allí, sentado en ese cuchitril, haciendo negocios con datos robados. Pero no pensaba dejar pasar de largo un trato así. Igual no volvía a tener otra ocasión semejante.

—De acuerdo. Medio millón. ¿Dónde haremos el intercambio?

El neimoidiano presionó un botón de su muñequera, y encima de la mesa se iluminó una pequeña proyección holográfica no más grande que el pulgar de Lorn.

—Esta es la dirección de mi cubículo —dijo Monchar—. Reúnase allí conmigo en una hora. Venga solo.

¡Una hora! Lorn mantuvo su expresión cuidadosamente en blanco.

—Yo, ah, puede que necesite algo más de tiempo para conseguir el dinero.

—Una hora —repitió Monchar—. Si no puede procurarse el dinero para entonces, buscaré a otro que esté más capacitado. Me han dicho que hay un hutt llamado Yanth que puede estar muy interesado en lo que tengo.

—Conozco a Yanth, y no querrá tratar con él. Es más artero que una serpiente de cristal.

—Entonces, vaya con el dinero y consumaremos la transacción.

Lorn memorizó la dirección y asintió. Monchar apagó el holo.

—De acuerdo. No hay problema. Le veré en una hora —repuso finalmente, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

I-Cinco le esperaba fuera.

—¿Y bien? —preguntó el androide, mientras recorrían la calle desierta.

Lorn se explicó con rapidez mientras caminaban.

—Así que tenemos una hora, más bien cincuenta y cinco minutos, para conseguir quinientos mil créditos. ¿Alguna idea?

—Desde luego, es una oportunidad excelente. De hecho, podría ser la oportunidad de tu vida, aunque yo espero tener oportunidades mejores, dado que tengo entre un setenta y cuatro y un setenta y cinco por ciento de probabilidades de sobrevivirte, y esto en una estimación conservadora, dejando al margen accidentes graves, desastres naturales o actos de guerra...

—Vamos contra el crono y tú discutes de tablas actuariales. La cuestión es: ¿cómo podremos conseguir medio millón de créditos en menos de una hora?

—Sí que es la cuestión, sí.

—Podemos buscar alguna partida de cartas. Soy bueno al sabacc.

—Pero no siempre. Si lo fueras no nos veríamos en esta situación. Y dado que no tenemos dinero, ¿quién iba a respaldarnos y darnos crédito suficiente como para meternos en una partida de tan altos vuelos?

—Así de pronto... nadie.

—¿Y cuánto tiempo tardarías en ganar esa cantidad, suponiendo que pudieras entrar en una partida así? Incluso en el caso de que hicieras trampas y no te pillaran, ¿podrías ganarla en cincuenta y dos minutos, descontando, claro está, el tiempo que se tarda en llegar al domicilio del neimoidiano?

—De acuerdo, lo del sabacc no es una opción viable. Supongo que tendrás una idea mejor.

I-Cinco se aclaró los circuitos del habla con algo que sonó casi como una tos humana.

—Sólo hay una opción viable: un fraude bancario.

Lorn se paró para mirar a I-Cinco. Un givin tropezó con él, murmuró una disculpa y continuó su camino. Sin apartar la mirada de I-Cinco, Lorn agarró al givin por el exoesqueleto, tiró de él y recuperó la cartera. A continuación apartó de su lado al carterista dándole un empujón.

—Te escucho —le dijo al androide.

—Hace ya tiempo que pienso en esta idea. Y la tenía de reserva por si necesitábamos un plan de urgencia. Si lo llevamos a cabo, nos veremos obligados a abandonar Coruscant, y sería muy improbable que pudiéramos volver alguna vez, a no ser que fuera alterando radicalmente nuestra apariencia y pasándonos el resto de nuestra vida mirando por encima del hombro.

—Con un millón de créditos en nuestra cuenta, podríamos irnos muy, muy lejos de aquí. Y me encantaría poder irme. Podríamos instalarnos en algún mundo lejano donde no haya ninguna embajada de la República, hacer algunas inversiones, vivir como reyes. Háblame de ese plan.

Continuaron andando mientras I-Cinco se explicaba. En realidad no robarían el dinero, pero el androide estaba seguro de poder intervenir el flujo de datos de una de las muchas firmas bancarias de Coruscant y preparar una transferencia fantasma de fondos a su cuenta personal. Los androides auditores lo descubrirían casi de inmediato, así que habría que calcular muy bien el tiempo. Pero si todo salía bien, Lorn podría mostrar a Hath Monchar un visor de crédito con un valor de medio millón. El androide explicó que una cantidad mayor provocaría investigaciones automáticas y que el banco descubriría cualquier intento de transferir los fondos una vez iniciada la auditoria. El truco consistía en hacer que el neimoidiano aceptase el visor de crédito en pago y que hiciera la transferencia a su propia cuenta antes de que se les acabara el tiempo.

—La ventana de margen que tendremos será muy pequeña, y se cerrará enseguida, pero en teoría puede hacerse —concluyó I-Cinco.

Lorn sintió una oleada de excitación. Podrían sacarlo adelante. Y si lo conseguían, acabarían con un holocrón de un millón de créditos en su poder, y dejando al neimoidiano con la bolsa vacía. Lo cual sería una pena para él, pero así era la vida en la galaxia real. Y, desde luego, Lorn no se pasaría las noches en vela preocupándose por él.

—Vamos a hacerlo. Si no funciona, no estaremos peor que ahora.

—Si no mencionamos la muy clara posibilidad de que tú te pases los próximos treinta años ocupando una celda en el asteroide prisión de la República, y yo sufriendo un borrado completo de memoria.

—Te preocupas demasiado.

—Y tú no te preocupas lo suficiente.

Pero Lorn sabía que I-Cinco correría el riesgo. Se suponía que los androides estaban programados con más integridad y honradez que los humanos u otras especies nacidas de forma natural, pero las cosas no siempre eran así. De alguna manera, I-Cinco consiguió que uno de sus circuitos evolucionara hasta volverse ambicioso, y el brillo de los créditos le atraía tanto como a Lorn. Ése era uno de los motivos por los que se llevaban tan bien.

Cuanto más lo pensaba, más sentía una excitación como no la había sentido en años. *Funcionaría*, y usarían el dinero para construirse una nueva vida en el Borde. Allí había muchos mundos donde podía desaparecer cualquiera que tuviera el dinero suficiente para adquirir una nueva identidad y llevar una vida cómoda sin que le hicieran preguntas.

Una nueva vida, y esta vez una vida *de verdad*. Puede que no como la que había llevado antes, pero desde luego mucho mejor que la arrastrada existencia que padecía en ese momento.

Por supuesto, eso implicaba dejar atrás cualquier posibilidad de volver a ver a Jax.

*¿Y qué?*, preguntó salvajemente una voz en el fondo de su cabeza. *Como si ahora hubiera alguna posibilidad de verlo. Eso es cosa del pasado. Ya va siendo hora de que vuelvas a vivir.*

Sí. Ya iba siendo hora.

Miró a I-Cinco y, pese a no haber expresión en el semblante metálico del androide, estuvo seguro de que sabía con exactitud lo que él estaba pensando.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó al androide—. El Hutt sigue esperando que le llevemos un holocrón y no vamos a decepcionarlo. Vamos a buscar un puerto de datos y a hacerlo.

## Capítulo 10

Los dioses de la fortuna sonreían a Mahwi Lihnn. Justo cuando llegaba a la Posada del Dewback, vio salir de ella al neimoidiano acompañado de la enorme y brutal masa de un trandoshano. El enorme reptiloide que acompañaba a Monchar tenía dos pistolas láser, una en cada cadera, y se movía como un guardaespaldas, cosa que sin duda era.

Lihnn repasó sus opciones. Estaba en un lugar demasiado público para acabar con el guardia y llevarse a Monchar, así que tendría que seguirlos hasta que se presentaran circunstancias más adecuadas. Se metió en una estrecha apertura situada ente dos edificios y los dejó pasar. Estaba a punto de salir y seguirles a una distancia prudencial cuando alguien más salió de la taberna. Era una figura encapuchada, envuelta en una capa, bípeda y de tamaño humano, que se ocultó en la sombra de un pórtico al otro lado del callejón. Lihnn no pudo verle la cara, pero era evidente que, quien quiera que fuera, estaba interesado en Monchar.

Lihnn se apresuró a situarse detrás de un pilar, fuera de su vista.

¿Algún salteador interesado en robarle?, se preguntó mientras observaba. Fuera quien fuera, tenía que estar muy seguro de sí mismo si pensaba enfrentarse a un guardaespaldas armado.

Y desde luego, la figura envuelta en la capa seguía al neimoidiano y al trandoshano, moviéndose por zonas poco iluminadas con una discreción que Lihnn no pudo dejar de admirar. Si ese individuo podía disparar la mitad de bien de lo que sabía seguir a alguien, podría acabar con el trandoshano en un instante y ocuparse luego del neimoidiano.

Lihnn frunció el ceño y preparó los DL-44 en sus cartucheras. El trabajo amenazaba con complicarse. Decidió que la mejor solución era acabar cuanto antes con el guardaespaldas y con el misterioso perseguidor. Si hacía falta, usaría una granada glop contra Monchar, atrapándolo en una burbuja de gel y llevándolo a Gunray de esa guisa, aunque no lo creía necesario. Nunca había conocido a un neimoidiano valiente, nunca había oído hablar de uno, y no creía que Hath Monchar resultara ser la excepción a la regla.

o o o

Darth Maul se fundía con la oscuridad, convirtiéndose en una sombra entre sombras, en un fantasma en la fétida penumbra. Siempre era de noche a estas profundidades de los cañones de ferrocreto. Las luces artificiales eran escasas y muy distantes entre sí, con muchos puntos donde estaban fundidas, cuando no robadas, o rotas por algún vándalo. Tenía lugares de sobra donde ocultarse, y la pareja que iba delante de él no tenía ni idea de que les seguían. El guardaespaldas miraba de vez en cuando a su alrededor para asegurarse de que no se acercaba ningún peligro, pero era evidente que era un inútil, sin habilidad ni entrenamiento. Maul no necesitaba la oscuridad para esconderse de un ser semejante.

Pero, mientras vigilaba a su presa y su guardián, sintió que un cosquilleo de algo tocaba su consciencia, si bien no era un verdadero peligro, sino cierta inquietud. Miró a su alrededor y escuchó con cuidado, pero no vio motivo alguno para esa reacción.

Expandió su consciencia, dejó que las oscuras corrientes de la Fuerza se extendieran desde él, y fue consciente de otra presencia detrás de él, oculta a toda visión u oído normal.

Seguramente sería alguno de los muchos depredadores de ese temible lugar acechando a su presa. Al ser consciente de su presencia, Maul la desechó. No sentía que del observador oculto brotaran especiales emanaciones de la Fuerza, por lo que no representaba ninguna amenaza, fueran cuales fueran sus motivos para estar allí.

La pareja siguió un complicado camino, que giraba y daba vueltas, hasta llegar finalmente a un bloque de pequeñas viviendas cúbicas que se amontonaban hasta conformar un bloque con un altura de una docena de viviendas y una anchura de veinte, con probablemente la misma profundidad. La pareja entró en el edificio por una puerta de duracero que Monchar abrió con la huella del pulgar.

El Sith esperó unos momentos antes de acercarse a la puerta.

o o o

Mahwi Lihnn fue algo lenta en llegar al domicilio. Estaba segura de que la figura de la capa que seguía al neimoidiano sabía que era seguida a su vez, aunque no sabría decir por qué lo creía así. Lihnn no pensaba que la hubiera visto, y se había movido con todas las precauciones del mundo, las cuales eran considerables. Pero la sensación no la había abandonado en ningún momento, por lo que se había rezagado más aún. Había apostado a que el perseguidor encapuchado no perdería a Monchar, así que dejó que el neimoidiano y su guardaespaldas se alejaran lo bastante como para que ella no pudiera verlos. Resultaba arriesgado perseguir a un perseguidor en vez de al objetivo principal, pero no había tenido mucha elección.

Por todo ello, para cuando pudo acercarse algo más, el objetivo y su guardaespaldas ya estaban dentro del edificio, o eso suponía, y el perseguidor encapuchado permanecería parado ante la puerta.

Entonces brilló un repentino fogonazo de luz, cuyo origen quedó oculto por el cuerpo del perseguidor. Lihnn se agachó tras un cubo de basura mientras la luz parpadeaba. Para cuando volvió a mirar, la puerta estaba abierta de par en par y por ninguna parte se veía a la figura encapuchada.

Lihnn sacó la pistola láser de la izquierda, manteniendo la mano derecha libre para usar la ballesta de palma, un arma más silenciosa y, por tanto, preferible. Cruzó corriendo la oscura calle.

Al llegar a la puerta, se paró por la sorpresa. Allí, en la placa de duracero, donde antes se encontraba el mecanismo de cierre, había un agujero semicircular aún humeante, cuyos brillantes bordes habían sido cortados con la limpieza de un láser de cirujano. El cierre y el asa estaban en el suelo, también humeantes por la herramienta que fuera que los había cortado. Lihnn sólo sabía de dos aparatos que pudieran cortar una gruesa capa de duracero con tanta rapidez y limpieza: un soplete de plasma, demasiado grande para esconderlo bajo una capa y cargar con él, y un sable láser.

Y los únicos que sabía que usaban sables láser eran los Jedi.

Lihnn tragó saliva pese a tener la garganta seca, y el estómago le dio un vuelco. Si había otros Jedi implicados de algún modo, el factor de riesgo se salía de la escala. Nadie se metía con los Caballeros Jedi. Sólo se tiene una oportunidad para acabar con un Jedi que esté alerta; después de eso lo más probable es acabar partido en dos. Lihnn había visto una vez a un Jedi desviar un disparo en el aire usando su sable láser. Eso requería unos reflejos inhumanamente rápidos.

Por un momento pensó seriamente en dar media vuelta y dirigirse al espaciopuerto. Haako no había dicho nada de ningún Jedi.

Pero, no. Era una profesional competente y entrenada. No podía permitir que se corriera la voz de que había renunciado a un trabajo, fuera cual fuera la razón para

ello. Y no sabía con seguridad si el encapuchado era un Jedi. Además, había oído que, pese a su habilidad en combate, los Jedi no mataban a no ser que no tuvieran otra alternativa. Aun así no le gustaría verse en una situación donde tuviera que depender de eso.

A partir de ahí tendría que tomarse las cosas con mucho cuidado y precaución.

*Mucho* cuidado y precaución.

o o o

Lorn e I-Cinco caminaban hacia su cita por la estrecha calle, manteniéndose en el centro para evitar verse sorprendidos por un ladrón que buscara un golpe rápido. Lorn llevaba una pequeña pistola láser en el bolsillo de la túnica, agarrándola con una mano derecha que notaba algo sudorosa. La idea de vivir en un planeta donde no tuviera que preocuparse por esas cosas cada vez que salías a la calle le resultaba muy atractiva. Y lo de ver las cosas a la luz natural del sol también era una idea novedosa. Llevaban demasiado tiempo ahí abajo. Ya iba siendo hora de cambiar.

—Así que la transferencia falsa salió bien, ¿no? —preguntó al androide.

—Por séptima vez, sí, ha salido bien. Tenemos una hora y veintiséis minutos antes de que los auditores androides lo descubran y lo rectifiquen. Puede que cuatro minutos más antes de que puedan localizar el paradero del visor de crédito y, dependiendo de los ocupada que esté la policía local, entre seis y catorce minutos antes de que lleguen para llevarse al calabozo al portador de la tarjeta por intento de robo y uso ilegal de los protocolos de comunicación THX-uno-uno-tres...

—Ahórrame los detalles. Tenemos menos de una hora y cuarenta y cinco minutos para cerrar este trato y salir de aquí. ¿Está mucho más lejos ese sitio?

—A nuestra actual velocidad llegaremos en dos coma seis minutos. Tiempo sobrado para llevar a cabo el trabajo, y venderle el holocrón al hutt.

—Suponiendo que el neimoidiano no quiera beber algo y hablar de la política de la República o de los últimos resultados de pelota hilo.

—Dado que vas a ir tú solo a negociar esto, confío en que encontrarás el modo de saltarte esos preliminares. El tiempo corre y la identidad falsa que utilicé para la transferencia no detendrá a las autoridades más allá de unos cuantos minutos una vez consigan el visor de crédito. Y eso suponiendo que Hath Monchar no le dé tu nombre a los oficiales que lo arresten. Una suposición bastante peligrosa, ya que yo en su lugar lo daría al instante, tal y como supongo que también harías tú si alguien te timase de este modo. En cuyo caso estaremos metidos en excremento de bantha hasta los globos oculares y los fotorreceptores, respectivamente hablando. Así que declina cualquier oferta de refrigerio líquido y de charla banal, y cierra ese trato; ése es mi considerado consejo.

o o o

Encontrar al neimoidiano era un juego de niños para Darth Maul. Las paredes no podían detener los oscuros dedos escrutadores de la Fuerza. Cuando llegó al domicilio correcto, sintió que al otro lado de la puerta había cuatro seres. Monchar, por supuesto, y el guardaespaldas que había visto acompañándolo. Las embotadas ondas de los otros dos resonaron con violencia contenida. Más guardias, sin duda.

No importaba. Hubiera tres guardias o treinta, el resultado seguiría siendo el mismo. Ya era hora de que Hath Monchar pagara por intentar traicionar a Lord Sidious.

Sacó del cinturón su sable láser doble y presionó con el pulgar el botón de ignición. Respiró hondo y se centró en los remolinos y mareas del Lado Oscuro. Entonces, con su poder y concentración así aumentados, empujó el aire con su mano libre como si lanzara una pelota invisible.

La puerta se rompió hacia adentro.

o o o

Mahwi Lihnn se movió con sumo cuidado por los pasillos poco iluminados del edificio, dispuesta a disparar contra cualquier cosa que se moviera. Se abrió una puerta y una vieja humana empezó a salir, vio a Lihnn con el dedo tenso en el gatillo, y volvió a su cuarto, cerrando detrás de ella la puerta de bisagras.

Lihnn se las arregló para no dispararle, pero por muy poco.

Esto podría ser un problema, reflexionó. Había cientos de cuartos en esa colmena, y de ninguna manera podría registrarlos todos. Había contado con seguir al encapuchado hasta su destino común, pero los breves instantes de sorpresa al descubrir la manera en que el otro había forzado la entrada habían bastado para que su presa se desvaneciera en esa conejera. Podía pasarse allí varios días buscando sin encontrar nunca al neimoidiano. Igual debería salir fuera y establecer vigilancia en la puerta del edificio.

Lo malo es que no estaba segura de lo que pretendía el encapuchado al seguir a Monchar. Las órdenes de Lihnn eran claras: traer de vuelta a Hath Monchar vivo. Si no lo encontraba pronto, acabaría con un cadáver en las manos, cosa que no haría nada feliz a su cliente.

No parecía tener más opción que la de continuar la búsqueda.

o o o

Maul conectó su sable láser apenas entró por la puerta. Los brillantes rayos se extendieron en toda su longitud.

Examinó el cuarto: el neimoidiano estaba sentado en una silla contra la pared del fondo. Un par de quarren o cabezas de calamar buscaban las pistolas de sus cartucheras. El guardaespaldas trandoshano ya había sacado la suya, empezando a dispararla.

El Sith giró el sable láser y lo inclinó ligeramente. Detener el disparo era sencillo. Redirigirlo apropiadamente resultaba algo más difícil, aunque no imposible. El rayo chocó contra la potente lanza de energía y rebotó hasta el cabeza de calamar más cercano, golpeándolo en el tórax. El quarren se derrumbó.

Maul se permitió un ligero fruncimiento de ceño. El disparo deflectado había dado dos centímetros por debajo de donde había apuntado. Poco control por su parte.

Un segundo disparo láser del trandoshano se dirigió hacia él, y otro giro rápido, guiado por el Lado Oscuro, atrapó el rayo y lo devolvió al que disparaba. El trandoshano recibió en el rostro el rayo rebotado. Se vino abajo, estremeciéndose en las fauces de la muerte, con la cara hecha una ruina ennegrecida de carne y escamas, cayendo a los pies del horrorizado neimoidiano.

Mejor.

Saltó contra el quarren restante, que ya había medio levantado la pistola. El cabeza de calamar disparó asustado, demasiado bajo para hacer otra cosa que no fuera dañar el suelo. El sable láser trazó un arco y, con una torsión de muñeca, le cortó al quarren la cabeza con tentáculos a la altura del cuello.

La pelea había empezado y terminado demasiado deprisa para que el neimoidiano pudiera siquiera pensar en huir. Se encogió en la silla, alzando inútilmente las manos para apartar el peligro. Ni siquiera tenía un arma.

Maul apagó el sable láser y se lo volvió a enganchar en el cinto. Dedicó una mirada de desdén a los tres cadáveres. Sus androides de duelo le habían proporcionado una pelea mucho mejor que esos tres. Lamentable.



Se volvió hacia el aterrado Monchar. Levantó lentamente sus enguantadas manos y se apartó la capucha, revelando su aterrador rostro. Sonrió, mostrando los dientes, para acentuar el efecto.

Un olor acre se hizo notar por encima de la peste a muerte del cuarto. La vejiga del neimoidiano había liberado sus contenidos.

—Hath Monchar —dijo Darth Maul— Tú y yo tenemos cosas que discutir.

o o o

—Nos quedan aproximadamente una hora y treinta y tantos minutos —dijo el androide cuando Lorn e I-Cinco llegaron al complejo cúbico—. La velocidad es esencial en este momento. Seguramente la policía empezará a buscarnos cuando vayamos camino del espaciopuerto, y eso suponiendo que no haya problemas en nuestra reunión con el Hutt.

—No te preocupes por mí, tú límitate a... Eh, ¿qué le ha pasado a la puerta?

—Parece que ha tenido una disputa con alguien. No es de sorprender en este vecindario. En cualquier caso, no es asunto nuestro, ¿verdad? ¡Ahora date prisa!

Lorn asintió y entró en el edificio. Una vez en el pequeño vestíbulo, llamó al turboascensor que le llevaría al cuarto piso, donde se suponía que residía el neimoidiano. Éste debía andar bajo de fondos para alquilar un antro así, o bien se estaba esforzando para no ser localizado. En cualquier caso, cuanto menos tardase en hacer la compra e irse, más feliz sería. Siguió agarrando la pistola láser del bolsillo e intentó parecer despreocupado mientras esperaba el ascensor. La despreocupación resultaba difícil de simular en esa coyuntura. El visor de crédito de su cartera parecía estar hecha de material fisionable. No todos los días intentaba hacer un timo de un millón de créditos.

o o o

Atrapado en el poder del Lado Oscuro, el neimoidiano forcejeó por respirar. La mano izquierda de Darth Maul, alzada ante él, se cerró para formar un puño, y su garganta se sintió más constreñida aún.

—¿Estás dispuesto a hablar? —preguntó Maul.

Su prisionero no podía hablar, pero se las arregló para asentir. La esclerótica carmesí de sus ojos se había oscurecido en varios tonos debido a la congestión sanguínea.

Maul relajó el puño y la concentración. Hath Monchar se derrumbó en el suelo, resoplando mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Quién más lo sabe?

—Na... nadie. Sólo un humano, Lorn Pavan.

Maul sintió la verdad en sus palabras. Eso estaba bien. Lo único que tendría que hacer era matar al neimoidiano, y después buscar al humano y matarlo. Y entonces acabaría con esta triste tarea.

—¿Dónde está ahora el humano?

—No lo sé.

La mano de Maul volvió a cerrarse. Monchar jadeó, volviendo a buscar aire. Maul lo soltó.

—¿Dónde?

—¡Vi... viene hacia aquí a comprar el holocrón!

—¿Cuándo?

—¡En cualquier momento!

Maul sonrió. Tenía toda la información que necesitaba.

—Excelente. Has sido muy cooperador, Hath Monchar.

Monchar miró hacia arriba desde su posición supina. En sus ojos brilló la esperanza por un instante, pero murió al ver su destino en la expresión de Maul.

—Es hora de morir —dijo éste, sacando el sable láser.

—¡Espera! —la voz del neimoidiano era un gemido aterrador—. ¡Puedo pagarte! ¡Te daré todos los créditos que me dé el humano! *Por favor...*

—Levántate. Enfréntate al menos a tu destino sin arrastrarte.

Pero Monchar estaba demasiado paralizado por el terror para hacer nada. Maul sintió una oleada de disgusto por esa lastimosa criatura. Con la mano libre hizo un brusco gesto hacia arriba, y su víctima se alzó como una marioneta tirada por sus hilos. Pendió allí, indefenso, en poder de la Fuerza.

—*Nooo.*

Darth Maul encendió una hoja del sable láser y trazó un arco lateral, cortando el último grito del neimoidiano, al tiempo que su cabeza. A continuación liberó los hilos de Fuerza que sostenían el espasmódico cuerpo y contempló como se derrumbaba.

En el suelo, detrás del cuerpo, había una caja fuerte de duracero. Maul la abrió con un corte preciso del sable láser. Ah, ahí estaba el holocrón mencionado. Apagó el sable láser, se lo colgó del cinto y se agachó para cogerlo. Pero, antes de que sus dedos pudieran tocarlo, sintió que no estaba solo.

—¡No te muevas! —dijo una voz proveniente de la puerta—. ¡A poco que respires demasiado fuerte te dejo frito en el sitio!

Miró a la puerta. Una humana alta con una armadura de telaraña le apuntaba con dos pistolas láser.

Se dio cuenta de que era la misma que antes había sentido siguiéndolo. Sus labios se fruncieron molestos. Hizo un rápido sondeo mental, pero la cazadora de recompensas —pues seguro que era eso— era demasiado perspicaz, y estaba demasiado atenta como para ser engañada con trucos mentales.

Repasó sus opciones. Nunca alcanzaría el sable láser con la suficiente rapidez, ni siquiera con lo rápido que era. Podría esquivar un disparo, puede que hasta dos, pero confinado como estaba en este pequeño cubículo, y enfrentado a una mujer que muy bien podía realizar en medio segundo una docena de disparos con dos pistolas láser semiautomáticas, necesitaba crear una distracción.

Junto a sus pies estaba la pistola del trandoshano. Le serviría perfectamente.

Usando su dominio de la Fuerza, cogió el arma con un oscuro tentáculo energético y la lanzó con fuerza contra la cara de la cazarrecompensas.

La mujer era ágil. Esquivó la pistola, disparándole un rayo. Falló y recuperó la posición, pero la distracción había cumplido con su propósito. Antes de que el arma rebotara en la pared y cayese al suelo, Maul tenía ya el sable láser en la mano. Sacó ambas hojas en el momento en que el siguiente disparo llegaba a él, seguido de media docena más en rápida sucesión. Las manos del aprendiz Sith eran un borrón mientras permitía que el Lado Oscuro se apoderara de él por completo, dejándose llevar por su poder y concediéndole que lo controlara y manipulara.

Los disparos alcanzaban las hojas giratorias del sable láser, siendo desviados a las paredes, el techo, el suelo. Sin tiempo para apuntar, aunque uno o dos disparos sí que alcanzaron a la cazarrecompensas sin hacerle ningún efecto aparente. Su armadura parecía ser de la mejor calidad.

La cazadora de recompensas soltó sus inútiles pistolas y buscó en la muñeca donde llevaba un lanzacohetes. ¡La muy idiota!, pensó Maul. ¡Morirían los dos si allí explotaba un cohete!

No había tiempo para intentar detenerla. Maul se filtró por entre las corrientes de la Fuerza, moviéndose a una velocidad antinatural cuando se giró hacia la pared más próxima, un panel de plástico barato, girando el sable láser en una pauta cortante. El plástico cedió con facilidad ante los supercalientes filos plasmáticos de las hojas, y Maul atravesó la pared, saltando sobre una silla del cuarto contiguo que, por suerte

para sus inquilinos, en ese momento estaba desierto, cortando hacia abajo con una hoja del sable láser, trazando en el suelo un óvalo desigual. Se dejó caer por el techo del cubículo inferior justo en el momento en que el cohete chocaba con la pared del cuarto del neimoidiano y explotaba.

o o o

Lihnn nunca había visto a nadie moverse como el hombre de los cuernos y la cabeza tatuada. No vestía como un Jedi, pero su control del sable láser de doble hoja excedía en mucho el de cualquier Jedi del que hubiera podido oír hablar. ¡Desviaba los disparos láser como quien mataba moscas! Lihnn no podría vencer a nadie que pudiera hacer eso. La partiría en dos con ese sable láser de doble hoja.

Desesperada, decidió usar el lanzacohetes de muñeca. Su única posibilidad era acertar de lleno al cornudo y esperar a que la explosión quedara lo bastante contenida por su cuerpo como para permitirle sobrevivir. Pero, apenas apretó el gatillo del lanzacohetes, el hombre tatuado pareció desaparecer en un borrón. De pronto, en la pared había un agujero, allí donde un instante antes había una superficie sólida.

Lihnn intentó impedir que el cohete se disparase, pero ya era tarde. El motor sin retroceso se conectó y el misil dejó su muñeca. Intentó saltar hacia atrás, al pasillo.

o o o

Quedó inconsciente sólo por un minuto o dos, y para cuando pudo volver a enfocar la mirada el humo seguía girando en el aire y los cascotes aposentándose. Tenía un zumbido en los oídos, debido a la explosión o a la docena de alarmas residenciales que se activaron por su causa, o por ambas cosas. Lorn se las arregló para ponerse en pie, sacó la pistola y avanzó torpemente. Sobresaliendo de un agujero en la pared había un cuerpo, del que sólo podía ver unas piernas inconfundiblemente femeninas. Dar por muerta a la mujer parecía una apuesta bastante segura.

Se volvió y miró en el ennegrecido cubículo. En el suelo se veían lo que parecían los restos chamuscados y humeantes de cuatro cadáveres. Dio unos pasos por el cuarto. Uno de los cuerpos humeantes parecía ser el de Monchar, pero resultaba difícil saberlo, ya que no tenía cabeza.

Lorn sintió que se le revolvían las tripas, tanto por lo que veía como por lo que significaba esto: Hath Monchar ya no haría más tratos con nadie. Estaba completamente muerto, y tanto I-Cinco como él podían darse también por muertos, si no conseguían salir de Coruscant en el plazo de una hora. ¡Todo el asunto del fraude bancario había sido para nada!

¡Maldición!

Lorn dio media vuelta para huir. Incluso en ese sector, una explosión semejante acabaría atrayendo a las fuerzas de seguridad. Tenía que salir de allí, y deprisa. Pero cuando empezó a moverse, notó un brillo en un rincón del cuarto y lo miró con gesto reflexivo.

Lo que vio acabó en seco con sus prisas.

¿Sería posible? Parecía demasiado esperar. Pero cuando se agachó y lo miró de cerca, se dio cuenta de que igual no se había acabado todavía la partida.

El cristal holocrón estaba dentro de la caja fuerte medio abierta. Ésta lo había protegido impidiendo que fuera destruido por la explosión. Lorn lo cogió, sujetándolo con fuerza con una mano, mientras sostenía la pistola con la otra, y echó a correr por el pasillo todo lo deprisa que pudo, ante las confusas y asustadas caras de los inquilinos que se habían asomado precavidamente para investigar, en dirección a la escalera. Aún había una posibilidad, una muy pequeña, de que tanto I-Cinco como él

podieran convertir ese fiasco en una victoria. Pero para ello debía alejarse de allí lo más deprisa que le fuera posible.

## Capítulo 11

El edificio en que había entrado Darsha era una mónada, un hábitat de un kilómetro de alto completamente autosuficiente. La enorme estructura era mucho más que un simple complejo de apartamentos y, al igual que otros muchos, incontables, que brotaban por toda la superficie de Coruscant, contenía en su interior prácticamente todo lo que podían necesitar sus inquilinos: cuartos donde vivir, tiendas, jardines hidropónicos y hasta parques interiores. Había mucha gente que se pasaba literalmente la vida en edificios como ése, en algunos casos holocomunicándose con oficinas situadas a medio mundo de distancia, sin llegar a salir nunca de él.

Nunca antes había comprendido la atracción que podía suponer una vida así. Pero, en esos momentos, se descubrió simpatizando con esa gente, aunque sólo fuera porque ella tampoco tenía deseos de dejar el edificio. Pero su reticencia no nacía de alguna agorafobia incipiente, sino del hecho de que salir de él implicaba volver al Templo Jedi, donde debería enfrentarse al Consejo y admitir su fracaso.

Pero no tenía otra alternativa. El Consejo debía conocer la muerte del fondoriano, y cuanto antes. Tenía el deber de informar de su fracaso, por mucho que le avergonzara éste.

Tuvo que subir cuatro tramos más de escaleras para llegar a un nivel que tuviera algún tubo elevador en funcionamiento. Éste le subió diez niveles más arriba, donde encontró un puesto de control fronterizo completo con su androide guardián armado, delimitando el ghetto de los niveles inferiores de la sección superior de la mónada. El androide se fijó con cierta sospecha en su lamentable aspecto, pero la dejó pasar al darse cuenta de que era una Jedi.

Cuando dejó el edificio, se encontró en un mundo mucho más familiar. Caminó hasta un puente transparente y miró hacia abajo, a través del suelo de permacreto. Las lisas paredes de los edificios que la rodeaban caían hasta perderse en la niebla y la oscuridad. Bajo esa niebla estaba el abismo del que acababa de escapar. Si se le daba a elegir entre volver a él o volver al Templo para admitir su fracaso, no estaba muy segura de cuál de los dos caminos preferiría.

Pero no tenía opción, ¿verdad? La verdad era que no.

Se acercó hasta una parada de aerotaxis, consciente de las miradas que atraían sus ropas desgarradas y sus heridas vendadas. *La verdad es que sigo atrapada entre dos mundos*, pensó.

En su tarjeta de emergencia tenía el crédito justo para contratar un aerotaxi que la llevase hasta el Templo. Cuando se sentó en el asiento trasero, se sintió repentinamente abrumada por el cansancio. Se esforzó para no quedarse dormida mientras el taxi hacía su corto viaje. Reconoció en su letargo, más que como una reacción a todo lo que había padecido, un intento de escapar a lo que le esperaba.

El viaje terminó demasiado pronto. Pagó al conductor y entró en el Templo. Desde que tenía memoria, el mero hecho de cruzar por esas puertas siempre había sido una fuente de consuelo para ella. Significaba un regreso al santuario, a la seguridad, a un lugar donde los pesares y preocupaciones del resto del mundo quedaban atrás. Ya no se sentía de ese modo. Los altos muros y la suave iluminación del lugar le provocaban ansiedad y claustrofobia.

Meneó la cabeza y echó atrás los hombros. Sería mejor que acabase de una vez con todo. A esas horas del día, el Maestro Bondara debía encontrarse en sus aposentos. Informaría primero a su mentor, y después, seguramente, irían los dos a presentarse ante el Consejo.

o o o

Darth Maul había cometido un error.

La enormidad de esa revelación le pesaba como un planetoide gigante. Había subestimado a la cazadora de recompensas porque la Fuerza en ella no era grande. Un error que casi le había costado la vida, y qué ignominioso habría sido eso. Él que había sido entrenado para combatir y matar a los Jedi, morir a manos de una vulgar cazarrecompensas!

No podía dar por hecho cuestiones tan peligrosas.

No volvería a hacerlo.

Sabía cuál debía ser su siguiente movimiento. Hath Monchar estaba muerto, pero aún debía ocuparse del humano. La policía y los androides apagafuegos empezaban a llegar para cuando Maul salió del edificio. No podía nublar los circuitos cognitivos de los androides con la misma facilidad que a un cerebro orgánico, así que tuvo que moverse con rapidez por las ensombrecidas calles de la superficie para evitar cualquier interrogatorio.

A unas manzanas de distancia encontró una bocacalle desierta y allí activó su comunicador de muñeca. Un momento después aparecía ante él la imagen de Darth Sidious.

—Dime qué progresos has hecho —dijo Sidious.

—El tergiversador Hath Monchar ha muerto. Compartió sus conocimientos con otro ser, un humano llamado Lorn Pavan. Sé dónde vive el humano. Iré a buscarlo y matarlo.

—Excelente. Hazlo con toda la rapidez que te sea posible. ¿Estás seguro que nadie más lo sabe?

—Sí, Maestro, yo...

Maul se interrumpió al darse cuenta. ¡El holocrón!

Sidious, como siempre, supo que algo iba mal.

—¿Qué sucede?

Darth Maul sabía que debía admitir su fracaso. No titubeó. La idea de mentir a su Maestro nunca pasó por su mente.

—Monchar poseía un holocrón que según él contenía toda la información. Tuve oportunidad de cogerlo, pero yo... fracasé en la empresa.

Habría sido inútil intentar excusarse mencionando a Sidious la inesperada aparición de la cazarrecompensas y la subsiguiente explosión de la que había escapado por poco. Lo único importante era que el holocrón no estaba en su poder. Miró a Darth Sidious y vio que sus ojos se entornaban desaprobadores.

—Me has decepcionado, Maul.

Sintió que la censura se clavaba en él como un dardo helado. Nada de ello se reflejó en su rostro.

—Lo siento, Maestro.

—Tu tarea es ahora doble: matar a ese Lorn Pavan y recuperar el cristal.

—Sí, Maestro.

Sidious miró con firmeza a su discípulo.

—No vuelvas a fallarme.

El holograma se apagó.

Darth Maul permaneció un momento en silencio en la perenne oscuridad de la superficie de la ciudad. Su respiración era firme y pausada, su cuerpo inmóvil. Sólo

alguien entrenado para sentir las espiras y zarcillos de la Fuerza habría tenido un atisbo de la siniestra tormenta que rugía en su interior.

Su Maestro le había *reprendido*. Y con razón. Ese cristal podía arruinar los planes cuidadosamente trazados de Darth Sidious. Y él, Darth Maul, heredero de los Sith, lo había abandonado para salvar la vida.

*¡Idiota!*

Resopló por la nariz mientras respiraba hondo, estremeciéndose. No tenía tiempo para autorrecreaciones. El cubículo del neimoidiano ya debía estar invadido por androides policías buscando pistas referentes a la explosión. Difícilmente pasarían por alto un cristal de información dentro de una caja fuerte abierta.

Por supuesto, también existía la posibilidad de que hubiera quedado destruido en la explosión, pero no podía contar con ello. Tendría que volver y averiguar lo que había sido de él, aunque en el pequeño cuarto se encontrara toda la policía androide de Coruscant.

Y una vez hubiera encontrado el holocrón y se hubiera deshecho del humano, se enfrentaría al castigo que sin duda le reservaba Darth Sidious para tan lamentable fracaso.

Maul salió del callejón y se dirigió de vuelta al domicilio.

o o o

Lorn encontró a I-Cinco entrando en el primer piso del edificio, o intentándolo, ya que la estampida de asustados inquilinos llenaba todas las salidas. Aunque el rostro metálico del androide era tan inexpresivo como siempre, se las arregló para expresar una preocupación que fue sustituida por el alivio al verlo.

—Salgamos de aquí —murmuró Lorn—. Y deprisa.

—Eso me parece una idea remarcablemente astuta.

Caminando con rapidez, no tardaron en poner varias manzanas de edificios entre el desastre y ellos.

—Parece que no ha ido todo según el plan —comentó I-Cinco.

—Eres el rey de los sobrentendidos —repuso Lorn, explicando a continuación lo sucedido—. No tengo ni idea de quién era la mujer muerta. No tengo ni idea de qué provocó la explosión. No tengo ni idea de quién mató al neimoidiano y a sus matones. Pero lo que *sí* tengo es esto.

Y sacó el holocrón de un bolsillo.

—Parece estar codificado —dijo I-Cinco, cogiéndolo y examinándolo de cerca—. Lo que es seguro es que contiene algún tipo de información. Pero, sin activarlo, resulta imposible saber si son los detalles del embargo comercial a Naboo o una receta para un guiso alderaano.

—Será mejor que sea lo que Monchar dijo que era —dijo Lorn mirando su crono de muñeca—. Apenas tenemos tiempo para reunirnos con el hutt y llegar al espaciopuerto.

—Yo calculo alrededor de otra media hora de gracia. La mayor parte de los agentes de la ley estará mucho más interesada en esa explosión que en cogernos a nosotros. No obstante, estoy de acuerdo en que se requiere una pronta retirada. Me he tomado la libertad de usar nuestra riqueza temporal para contratar dos camarotes en el próximo transporte de especia que salga con rumbo al Borde. Cuando tengamos el dinero del hutt podremos pagar el pasaje en metálico.

Lorn asintió. Su compañero tenía razón. En ese momento lo más importante era deshacerse del holocrón y abandonar el planeta lo antes posible. Lo más probable era que quien matase a Hath Monchar también quisiera el cristal, y Lorn no tenía ningunas ganas de conocerlo. Aún podía ver mentalmente el cuerpo sin cabeza del neimoidiano

tirado en el suelo del apartamento, al lado de los de sus guardaespaldas. Uno de ellos también había sido decapitado.

Se detuvo bruscamente, paralizado por la impresión. I-Cinco le miró a la cara, apartándolo rápidamente de la corriente de tráfico de a pie.

—¿Qué pasa?

—No había sangre.

El androide no dijo nada. Esperó.

—El que mató a Hath Monchar, le cortó la cabeza. Y uno de los guardias quarren estaba igual. Pero no había nada de sangre. ¿Te das cuenta? No había sangre. Eso significa...

—Cauterización. Fusión de los tejidos por un calor intenso y repentino... —hizo una pausa, y Lorn supo que había llegado a la misma conclusión que él—. Puede que un rápido movimiento lateral de una pistola láser en disparo continuo...

—El rayo de partículas de una pistola, aunque sea una DL-44, no es tan caliente, y tú lo sabes. En línea recta puede sellar mientras quema, pero para cauterizar algo del tamaño de un cuello se necesitan varios segundos. Habría tenido que hacerse una vez muriera Hath Monchar, cosa que no tendría ningún sentido. Sólo hay un arma capaz de hacerlo al instante. La misma arma que se utilizó para cortar la cerradura de la puerta de duracero.

—Un sable láser —dijo I-Cinco, mirando a su alrededor como para asegurarse de que no le oía nadie—. ¿Estás diciendo que un Caballero Jedi mató a Monchar?

—Por mucho que odie admitirlo, las ejecuciones no son su estilo. —Lorn sintió la garganta repentinamente seca, y tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder continuar—. Lo cual nos deja con sólo otra conclusión lógica.

—¿Los Sith? Imposible. El último murió hace mil años.

—Eso es lo que cree todo el mundo. Pero es la única conclusión que tiene sentido. Hace milenios que los Jedi mantienen en secreto la forma de fabricar un sable láser. Para crear y usar uno, se debe dominar la Fuerza. Y los Sith eran la única otra orden de sensibles a la Fuerza que ha conocido la galaxia.

—¿Y por qué no puede ser un Jedi renegado? Uno que hubiera sucumbido a algún tipo de psicosis de esas a las que, he notado, son tan proclives los seres orgánicos. Creo que estás sacando conclusiones prematuras.

—No, de eso nada —repuso Lorn, cogiendo al androide y tirando de él mientras aceleraba el paso—. Lo que voy a hacer es meterme en ese transporte de especia y salir de esta roca demasiado urbanizada. Igual que tú. —Al otro lado de la calle vio un desintegrador público de basura y cambió de rumbo, arrastrando todavía a I-Cinco—. Y vamos a deshacernos ahora mismo de este holocrón.

—Ahora *sí* que sé que estás loco. Ese holocrón es nuestra única posibilidad de conseguir una nueva vida. ¿Cómo vamos a pagar si no nuestro pasaje en el carguero de especia? No podemos...

Lorn empujó al androide contra la pared llena de grafittis de un enorme procesador de hidrorreciclado. Peatones de diversas especies pasaron junto a ellos prestando poca o ninguna atención a su altercado.

—Escúchame bien —dijo Lorn con dientes apretados—. Si tengo razón, hay un Sith suelto que seguramente buscará esto —añadió, alzando el holocrón—. No se le podrá comprar, asustar o despistar, y no se detendrá ante nada para conseguirlo. No me apetece tener *mi* cuello cauterizado.

—Supongamos que tienes razón. Supongamos que el misterioso asesino de Monchar es un Sith. Supongamos que quiere el cristal, y que sabe que lo tenemos nosotros. Supongamos que nos acorrala antes de que veamos al hutt y nos pide que se lo entreguemos. ¿Qué le haría más feliz? ¿Qué le entregáramos el cristal o que le dijéramos que lo habíamos destruido?



Lorn se detuvo, intentando calmar su pánico. Sabía que no estaba usando el cerebro, o al menos no la parte situada justo detrás de la frente. Estaba pensando con la parte de atrás del órgano, con el componente primario de luchar-o-huir.

Pero lo de luchar-o-huir, o más concretamente *huir*, era la única opción que tenía sentido en ese caso. Lorn había investigado profusamente a los Sith en su vida anterior, y sabía que eran pura y simplemente fanáticos. Si tenían a un Sith siguiéndoles el rastro, lo único prudente que podían hacer era poner media galaxia de por medio entre su perseguidor y ellos, y lo antes posible.

No obstante, debía admitir que el argumento de I-Cinco sobre conservar el holocrón no carecía de cierta lógica. Después de todo, puede que vendérselo al hutt bastase para apartar al Sith de su rastro. Resultaba razonable suponer que buscaba el holocrón y no a ellos.

Y eso en el supuesto caso de que Monchar hubiera sido asesinado por un Sith. Después de todo, la galaxia era un lugar muy grande y Coruscant un lugar al que iban habitantes de todos los mundos conocidos. Puede que en alguna parte hubiera alguien, que no fuera ni Sith ni Jedi y que hubiera conseguido apoderarse de un sable láser, descubriendo el modo de hacerlo funcionar. Después de todo, no hace falta ser un Maestro de la Fuerza para cortarle el cuello a alguien con una espada de energía.

Pero nada de eso hacía que Lorn se sintiera mejor. Ni el androide ni él habían conseguido sobrevivir los últimos cuatro años en el peligroso bajo vientre de Coruscant a base de correr riesgos. Como le había dicho a I-Cinco más de una vez, el problema no era ser paranoicos, sino ser *lo bastante* paranoicos.

Pero seguía sin tener muchas opciones. Podían conservar el holocrón y quedarse en Coruscant esperando que el mero hecho de entregarlo disuadiera al asesino de Monchar de que no los decapitara también a ellos. O podían venderlo y usar los créditos para huir, con la esperanza de no ser perseguidos.

Ninguna de las dos alternativas parecía ofrecerles muchas posibilidades de sobrevivir hasta la vejez.

Lorn suspiró y soltó al androide.

—De acuerdo. Vamos a ver al hutt.

## Capítulo 12

**D**arth Sidious meditaba a solas, en su cámara secreta, sobre el último conjunto de circunstancias.

Darth Maul era un acólito ejemplar en muchos sentidos. Su lealtad era incuestionable e inmovible y Sidious lo sabía. Si se lo ordenaba, Maul sacrificaría su propia vida sin dudarle un segundo. Y su habilidad como guerrero no tenía rival.

No obstante, tenía sus fallos, y el mayor de ellos era la arrogancia. Sabía que, pese a no haber dicho nada al recibir el encargo, Maul consideraba ese trabajo muy por debajo de sus habilidades. Había veces, muchas veces, en que podía ver el aura de su discípulo con la oscura mancha de la impaciencia. A veces se preguntaba si no habría inculcado en su aprendiz demasiado odio hacia los Jedi y sus costumbres. Tendía a concentrarse en su destrucción a expensas de la imagen global.

A pesar de ello, Sidious estaba seguro de que llevaría a cabo la tarea que le había encomendado. Las complicaciones y contratiempos eran de esperar, y acabaría por resolverlas. Lo único que importaba era el gran plan, y éste se iba desarrollando con paso firme y seguro. Los Jedi no tardarían mucho en acabar en el matadero. Algo que haría muy feliz a su impetuoso subordinado.

Pronto. Muy pronto.

o o o

El Maestro Anoon Bondara permaneció varios minutos en silencio una vez Darsha terminó su informe. Unos minutos que, posiblemente, fueron los más largos de la vida de la padawan. El Jedi twi'lek permanecía con la cabeza inclinada, los dedos de las manos unidos y mirando al suelo que había entre ellos. No había manera de leer su lenguaje corporal, de adivinar lo que pensaba. Hasta su lekku estaba inmóvil. Pero Darsha tenía el convencimiento de que, fueran cuales fueran los pensamientos de su mentor, no presagiaban nada bueno para la continuidad de su carrera como Jedi.

—Me alegro de que aún sigas con vida —dijo finalmente el Maestro Bondara, tras lanzar un suspiro y alzar la mirada para encontrarse con la de su discípula.

Darsha sintió una oleada de gratitud y amor por su mentor que resultaba casi abrumadora en su intensidad. Su seguridad le había importado más que su misión.

—Y, ahora, dime, ¿viste morir al fondoriano? —continuó diciendo.

—No. Pero no había modo de que sobreviviera a una caída así...

—No lo viste morir —la interrumpió el Maestro, alzando una mano—, y supongo que no sentiste ninguna perturbación de la Fuerza que te indicase su muerte.

Darsha pensó en los sucesos de pesadilla de las horas anteriores. Explorar las ondas de la Fuerza para buscar algún indicio de turbación no había sido precisamente su principal prioridad en aquellos momentos. ¿Habría sentido una agitación así, preocupada como estaba en intentar salvar la vida? Estaba segura de que su mentor sí la habría sentido. Pero, ¿acaso estaba ella tan sintonizada con la Fuerza?

—No —respondió lentamente, sintiéndose impelida a añadir algo—, pero dadas las circunstancias...

—Estoy seguro de que las circunstancias difícilmente eran óptimas. Pero mientras exista la menor posibilidad de que Oolth siga con vida, debemos comprobarla. La información que tenía era muy importante.

—¿Quieres que vuelva a verificar su muerte?

La idea de volver al Pasillo Carmesí bastaba para marearla del asco. No obstante, si era eso lo que debía hacer, lo haría.

El Maestro Bondara se incorporó, con gesto y actitud decididos.

—Iremos juntos. Vamos —dijo, encaminándose hacia la puerta de sus aposentos.

—Pero, ¿qué pasa con el Consejo? ¿No deberíamos informarle...?

El Jedi se detuvo antes de llegar a la puerta y miró a la padawan.

—¿Informar de qué? Aún no hay nada definitivo que informar. Podremos hacer nuestro informe una vez sepamos con seguridad si el fondoriano está vivo o muerto.

Se volvió hacia el panel, que se abrió ante él, y echó a andar por el pasillo. Darsha le siguió, empezando a darse gradual cuenta de que aún había una posibilidad, aunque fuera infinitesimal, de que su misión no hubiera acabado siendo un fracaso. Se estaba aferrando a la más frágil de las esperanzas, pero no podía hacer otra cosa que agarrarse a ella mientras la tuviera delante.

o o o

Maul mantuvo la capucha subida y el sable láser apagado cuando volvió a entrar al edificio. Por suerte, había un agente humano en el puesto de control, preguntando a los que entraban y salían qué asuntos les llevaba allí. Le resultó ridículamente sencillo involucrarse en la Fuerza y pasar junto a ese hombre de escasa inteligencia.

Al llegar, descubrió que los androides forenses estaban escaneando con láser todo el cubículo. También había una pareja de criminólogos, uno mrlssi y el otro sullustano. Se quedó en el vestíbulo y escuchó los retazos de conversación que pudo. No oyó que se mencionara el hallazgo de ningún holocrón. Con cuidado, sondeo y hurgó primero en la mente del mrlssi, pasando luego a la del sullustano, sin detectar en sus pensamientos nada relacionado con el cristal. Envuelto todavía en el Lado Oscuro, pasó ante la entrada del cubículo, mirando a la abierta caja fuerte al hacerlo. El holocrón no estaba allí. Maul meditó en las posibilidades. Si no estaba allí es que se lo había llevado alguien que no pertenecía a las fuerzas de seguridad. ¿Quién habría podido ser? Evidentemente, el comprador cuya llegada esperaba Monchar en cualquier momento, el humano llamado Lorn Pavan. Iba a disfrutar cortándole la cabeza.

Darth Maul dio media vuelta y se dirigió a la salida.

Ahora tenía un doble incentivo para encontrar al humano y a su androide. Por supuesto, el primer lugar donde debía buscar era en su patético cubículo subterráneo. No estaba lejos de allí; apenas a unos minutos andando.

Lo cual, con algo de suerte, serían los mismos minutos que le quedaban de vida a Pavan.

o o o

Normalmente, Lorn no solía considerarse claramente xenófobo. Después de todo, y dada la forma en que se había ganado la vida a lo largo de la última media década, los prejuicios hacia cualquier otra especie no sólo eran malos para los negocios, sino que podían resultar directamente peligrosos.

Pero odiaba tener que tratar con hutts.

Todo lo relacionado con esos invertebrados gigantes le repugnaba de forma puramente física: sus enormes ojos reptilianos, su culebreante sistema de locomoción y, por encima de todo, su resbaladiza piel mucosa. El mero hecho de estar en la misma habitación que Yanth le horripilaba de un modo que le costaba controlar.

Yanth era joven para ser un hutt, algo menos de quinientos años estándar. A pesar de ello era listo y artero, y escalaba rápidamente puestos en el escalafón del bajo mundo. Aunque Lorn apenas soportaba estar en la misma habitación que esa babosa gigante, debía admitir que sentía una reticente admiración por su habilidad y astucia. Nadie analizaba de manera más rápida y completa una operación y sus implicaciones que Yanth.

En ese momento estaba reclinado en un dosel de su cuartel general subterráneo, fumando ocasionalmente de un narguile chakroot mientras examinaba el cristal holocrón. Una pareja de guardias gamorreanos vigilaba a Lorn e I-Cinco.

—¿Por qué no vas directamente a los Jedi con esto? —preguntó a Lorn, con su retumbante voz de bajo, despertando desagradables vibraciones en el vientre del humano—. Parecen los destinatarios más obvios.

Lorn no vio motivos para explicar su desagrado personal respecto a los Jedi.

—Afirman tener muy pocos fondos discrecionales para este tipo de cosas. Además, no me extrañaría que usaran sus trucos mentales para obligarme a entregarles eso gratis —añadió, mirando subrepticamente a su crono—. Bueno, ¿te interesa o no? Siempre puedo llevárselo al representante de Naboo en Coruscant.

Yanth agitó una gruesa mano en gesto tranquilizador.

—Ten paciencia, amigo mío. Sí, me interesa. Pero sería idiota si no comprobase su autenticidad antes de darte un montón de créditos, y no te tomes eso como una opinión personal sobre ti.

Lorn se mantuvo cuidadosamente inexpresivo. Si Yanth sospechaba el poco tiempo de que disponían, no tendría escrúpulo alguno en usarlo para conseguir un precio menor. Y el tiempo se les estaba acabando de verdad.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —le preguntó a su supuesto comprador.

Yanth se limitó a sonreír y a desplazar lateralmente, y en diversos ángulos, varias facetas del cristal, manipulándolo como si fuera el rompecabezas geométrico de un niño. Un momento después, un rayo se proyectaba encima de la superficie superior del holocrón, concretando en el aire un despliegue de imágenes y palabras brillantes que acabaron por llenar toda la pantalla holográfica antes de desvanecerse. Lorn estaba demasiado lejos para poder leer el texto, y además estaba de espaldas a la imagen, por lo que las palabras y alfanúmeros aparecían invertidas ante él. Pero el texto parecía estar en básico y las imágenes pertenecían a cazas N-1 de Naboo y a naves de la Federación de Comercio.

Yanth rotó una faceta, y las imágenes se interrumpieron.

—Abrir uno de estos holocrones puede llegar a ser algo complicado. Es obvio que la especie neimoidiana en su conjunto no es especialmente inteligente.

—Excelente —dijo I-Cinco—. Ahora que sabes que el artículo es auténtico, queremos un millón de créditos.

—Hecho —replicó Yanth, para sorpresa de Lorn—. Vale diez veces eso.

El hutt se volvió hacia una consola de control que tenía a mano y apretó un botón.

Lorn miró su crono. Si todo iba bien, aún podrían llegar al espaciopuerto. Dentro de una hora, Coruscant, el misterioso asesino Sith y la policía desaparecerían detrás de ellos, en el vacío del espacio.

o o o

Darth Maul cortó con limpieza y rapidez el cierre del cubículo subterráneo, usando una hoja de su sable láser, tal y como había hecho con el edificio de Hath Monchar. Entró con rapidez, dejando que la puerta se cerrara tras él. Las lámparas se encendieron automáticamente, iluminando un espacio habitable más pequeño y deslucido aún que el alquilado por el neimoidiano. El lugar estaba vacío; el único lugar

donde podía esconderse alguien era el lavabo, y sólo necesitó unos segundos para asegurarse de que también estaba vacío.

Se acercó a una pared donde había un monitor y una unidad de mensajes. Activó el segundo, y en el aire se formó una imagen, la imagen de un hutt. Reconoció a la criatura: Yanth, un gángster arribista de la organización del Sol Negro, de los pocos que habían sobrevivido a la matanza que había realizado Maul en esa organización.

La imagen del Hutt habló: "Lorn, pensaba que hoy nos encontraríamos para hablar de cierto holocrón que deseabas enseñarme. Es muy poco educado hacer esperar a un comprador, ¿sabes?".

Maul dio media vuelta y salió del cubículo, acelerando el paso.

## Capítulo 13

**D**arsha Assant volvía a la parte baja de Coruscant demasiado pronto para su gusto.

Cuando escapó horas antes de esa misma zona, lo había hecho pensando que a esas horas del día ya estaría desposeída de su rango y reasignada a los cuerpos agrícolas. Se había imaginado recogiendo sus pertenencias y despidiéndose, y nunca regresando al escenario de su desgracia acompañada por su mentor.

Pero allí estaba, junto a Anoon Bondara, en el aerocoche de cuatro plazas de éste, volando hacia el Pasillo Carmesí y la mónada donde había perdido al fondoriano y estuvo a punto de perder también la vida.

Los caminos de la Fuerza eran de lo más impredecibles.

—Es ésta —dijo, señalando a la torre que se alzaba en la lejanía, recortándose contra el sol de la tarde—. La de ahí abajo.

El Maestro Bondara no dijo nada cuando sacó a su aerocoche del flujo de tráfico. Pasaron a una pista de descenso vertical e iniciaron la caída.

La niebla que siempre había parecido presente a la altura de los cien metros, delimitando los prósperos niveles superiores de los barrios pobres, los envolvió momentáneamente para después desaparecer y dar paso a una vista aérea de las oscuras calles. Aunque arriba seguía habiendo luz del sol, las calles de abajo seguían sumidas, en el mejor de los casos, en una perpetua luz crepuscular.

Contempló cómo la pared del edificio pasaba junto a ellos, y señaló a su mentor la pistola de ascensión, aún enganchada a una cornisa. Siguieron el cable hasta las miasmáticas profundidades.

Cuando estaban a diez metros del pavimento, el Maestro Bondara conectó las luces de aterrizaje. La parte de calle que tenían debajo estaba iluminada. Darsha, mirando a los lados, pudo ver en las sombras a unas figuras escondiéndose; llevaban mucho tiempo condicionadas a preferir la oscuridad a la luz.

No había ni rastro del fondoriano. Lo más probable era que los carroñeros se hubieran llevado su cadáver. No obstante, había una mancha de sangre púrpura en el pavimento junto al cercano cadáver de un halcón murciélago con el cuello roto por la caída. Bondara dirigió una de las luces hasta él y lo examinó. Su lekku se agitó al mismo tiempo que los hombros. Observando a su Maestro, Darsha se dio cuenta de que, finalmente, su última esperanza de poder salvar la misión estaba irrevocablemente muerta.

—¿Qué debemos hacer ahora? —le preguntó con voz queda.

—Volver al Templo —repuso tras guardar silencio por un momento y lanzar un suspiro—. Debemos informar al Consejo de lo ocurrido.

Se acabó, pensó ella. Extrañamente, ahora que sabía que no había esperanzas, no sintió la abrumadora pena que había anticipado. En vez de ello sintió una sorprendente sensación de alivio. Ya había pasado lo peor y ahora buscaría el modo de enfrentarse a ello. Al igual que con una gran cantidad de desastres, la realidad resultaba ser casi anticlimática al compararse con la temida anticipación.

Hasta ese momento, su preocupación por la misión no le había dejado espacio para sentir compasión por Oolth el fondoriano. Pero, en ese momento, mirando a la mancha

de sangre de la acera, sintió que la compasión la inundaba. Había sido un pusilánime irritante y, seguramente, un criminal sin conciencia, pero pocas personas se merecían una muerte tan horrible.

El Maestro Bondara conectó los repulsores, y el aerocoche empezó a elevarse.

o o o

Lorn miró cómo uno de los lacayos del hutt entregaba un estuche a su señor. Yanth lo abrió y el humano se mareó ante la visión del interior. Estaba lleno de créditos de la República, nuevecitos y en billetes de a mil. El hutt giró el estuche hacia Lorn, exhibiendo su riqueza, y éste sintió que los dedos le cosquilleaban por el deseo de apoderarse de él. No había visto tanto dinero junto en... *Nunca* había visto tanto dinero junto reunido en un solo sitio.

—Un millón de créditos de la República en billetes no consecutivos —dijo Yanth, con el mismo tono casual que se emplea para hablar del tiempo—. Quédatelos, mientras yo me quedo esto. —Levantó el holocrón—. Y todos contentos.

Lorn no sabía ni le importaban todos, pero sí que estaba seguro de una cosa: *él* era feliz. Siguió mirando, todavía incapaz de creer que le estaba pasando aquello, cuando I-Cinco dio un paso adelante para tomar posesión de ese dinero que cambiaría sus vidas para siempre. Miró el crono. Tenían el tiempo justo para llegar al espaciopuerto si salían ya.

I-Cinco cogía ya el estuche cuando la puerta situada detrás de ellos se abrió de golpe. Un guardaespaldas chevin la cruzó tambaleándose hacia atrás hasta caer en el centro de la sala. Sus dedos sin nervios soltaron una pica de fuerza que rebotó por el suelo hasta pararse a los pies de los dais. El ser de piel correosa se miró el pecho, en medio del cual había un humeante agujero, antes de derrumbarse finalmente.

En la puerta apareció una pesadilla.

Lorn miró alucinado a la aparición. El asesino del chevin medía casi dos metros de alto e iba enteramente vestido de negro, incluyendo una capa con capucha, unas botas y unos pesados guanteletes. Llevaba un sable láser como no había visto nunca: no tenía una sino dos hojas de energía, las cuales brotaban de cada lado del pomo. Pero, por intimidatoria que fuese el arma, lo que mayor horror despertó en el corazón de Lorn fue su rostro. El asesino se echó atrás la capucha, revelando un semblante con una siniestra distribución de tatuajes rojos y negros alrededor de unos brillantes ojos amarillos y unos dientes ennegrecidos. Del calvo cuero cabelludo brotaban diez cortos cuernos, como si fueran una demoníaca corona. Miró ominosamente a los allí reunidos y habló con voz gutural.

—No sobrevivirá ninguno.

Lorn se quedó completamente congelado donde estaba, incapaz de ofrecer alguna resistencia, mientras el asesino se dirigía hacia él. Sus ojos brillaban como soles gemelos cuando alzó el sable láser.

I-Cinco le cogió a Yanth el estuche lleno de dinero y lo arrojó entre Lorn y su atacante justo cuando éste movía el sable láser en un arco horizontal que habría separado la cabeza del corelliano de su cuello. El estuche interceptó el arco, y el filo plasmático se abrió paso por él, dispersando créditos en llamas por todas partes. La fuerza del golpe era tan fuerte que probablemente aún habría decapitado a Lorn, pero su velocidad se había ralentizado lo bastante como para que el androide pudiera lanzarse hacia adelante, apartando a su amigo del peligro. Lorn sintió el calor de la punta incandescente de la hoja abriéndose paso por su pelo.

El Sith, pues en la mente de Lorn no había ninguna duda de que se enfrentaba a uno de esos legendarios señores oscuros salido de entre las nieblas del pasado, se recobró casi al instante y se giró para volver a atacar. Pero para entonces, los dos guardias gamorreanos ya habían sacado sus armas y empezado a dispararlas. El Sith

giró ante sí el arma de doble hoja, desviando las descargas de láser de vuelta a los guardias. Eso fue todo lo que Lorn tuvo tiempo de ver antes de que I-Cinco le pusiera en pie de un tirón y lo arrastrara hacia la puerta.

Huyeron por el estrecho pasillo que salía del refugio de Yanth, pasando junto a más guardias muertos y dos montones de metal retorcido y fundido que una vez fueron androides. El cuartel general de Yanth estaba situado bajo un club nocturno de su propiedad llamado el Oasis Tusken, y los dos amigos se tambalearon por un corto tramo de escaleras hasta llegar a una sala de luces azules llena de mesas de sabacc, tableros dejarik y mujeres escasamente vestidas pertenecientes a diferentes especies bailando sobre unos pedestales. Atravesaron la sala corriendo en dirección a la entrada de la calle.

—¿A dónde vamos? —gritó Lorn cuando corrían calle abajo.

—¡Lejos de aquí! —gritó I-Cinco en respuesta.

Lorn quiso protestar y decir que eso no marcaría ninguna diferencia, que había mirado al Sith a los ojos y que en ellos había visto su destino con la misma claridad con que veía los tatuados remolinos que rodeaban a esos ojos, y que les perseguiría de forma implacable sin que importase lo lejos o lo deprisa que corrieran. Pero carecía de aliento para hablar, como tampoco le quedaba para correr, pero el miedo a lo que había visto en esos ojos le hizo seguir corriendo de todos modos.

o o o

Maul vio cómo su presa se le escapaba, pero mientras estuviera ocupado con los dos gamorreanos no podía hacer nada para detener su huida. Usó una mano para hacer girar el sable láser en una pauta cegadora que bloqueaba los rayos de partículas, mientras con la otra hacía un gesto, tirando de las invisibles líneas de la Fuerza y enviando reverberaciones que hicieron que las pistolas láser abandonaran la mano de los sorprendidos guardias.

Dio un paso adelante, antes de que éstos pudieran recuperarse de la sorpresa, atravesando primero a uno y después al otro con estocadas rápidas y letales. Los gamorreanos cayeron al suelo sin vida y Maul dio media vuelta para ocuparse rápidamente del hutt.

Pese a su tamaño, Yanth podía moverse con rapidez cuando tenía que hacerlo. Reptó fuera del dosel y cogió la pica de fuerza que había soltado el chevin. Se la tiró a Maul, que la partió en dos con un giro de su arma. El generador de la pica se cortocircuitó en una lluvia de chispas.

Yanth no esperó a ver el resultado de su ataque. Movié su enorme masa con rapidez, deslizándose por entre los destrozados y chamuscados billetes de créditos que llenaban el suelo, agarrando todavía el cristal holocrón. Ya casi había alcanzado la salida cuando Maul dio un salto, con una voltereta hacia adelante, que cubrió toda la longitud de la sala y lo depositó justo delante del hutt.

Antes de que Yanth pudiera recobrarse de la sorpresa, el Sith le hundié una de las hojas del sable láser en el pecho. La peste a carne y goma quemada llenó la sala y Yanth murió emitiendo un gorgoteo. La masa gélida de su cuerpo cayó al suelo fláccida y sin huesos.

Maul desactivó ambas hojas, alargó la mano libre y el holocrón saltó de la mano muerta del hutt para volar hasta la suya. Tras guardarlo en un compartimento del cinto, se volvió y salió corriendo de la sala. En lo alto de las escaleras se lanzó implacable a través de la sala de juegos, apartando a un lado a clientes y trabajadores con salvajes gestos cargados de Fuerza.

Llegó a la calle y se detuvo, buscando a su presa, mirando primero a un lado y luego al otro. Pavan y el androide no estaban a la vista. Maul rechinó los dientes. ¡No



permitiría que se le volvieran a escapar! Estaba decidido a acabar con esa tarea de un modo u otro. Ya había durado demasiado tiempo.

Volvió a llamar al Lado Oscuro, le pidió que iluminara el camino que había tomado su presa y empezó a moverse, abriéndose paso por la desventurada multitud que se apretujaba en las calles.

Aunque su aspecto bastaba para que le evitaran hasta los seres más endurecidos de la calle, sus progresos seguían siendo demasiado lentos. *¡Basta ya!*, pensó. Liberó el Lado Oscuro, usando la Fuerza como un ariete contra los que se interponían en su camino.

Maul se dirigió al centro de la estrecha avenida. Su motojet no estaba muy lejos de allí; podía activar el circuito esclavo por control remoto y estaría a su lado en escasos minutos. Pero había una forma más rápida de alcanzarlos. Llamó a la Fuerza para moverse a una velocidad cinco veces superior a la de un ser humano corriente. Ya no había manera de que se le pudieran escapar.

Pocos momentos después vislumbraba a su presa. Unos segundos más y los alcanzaría, y el sable láser volvería a hacer su trabajo, cortando carne y metal, y concluyendo de una vez por todas con esa cansina tarea.

Sonrió y alargó aún más su gargantuesca zancada, pasando junto a la ennegrecida carcasa de un deslizador aparcado. Pavan y el androide miraron atrás y le vieron venir. Pudo ver el miedo en el rostro del humano. Presenciarlo le resultó muy satisfactorio.

Un paso más y los dos caerían en su poder.

Y entonces, un martillo invisible le golpeó a medio salto, lanzándolo contra el suelo. ¿Qué era eso? ¿Quién se había *atrevido* a interferir? Alzó la mirada y vio un aerocoche descendiendo para aparcar junto a Pavan y el androide. Los rayos repulsores de su tren de aterrizaje le habían golpeado cuando el vehículo pasó justo por encima de él. El aerocoche estaba a menos de cinco metros de distancia, y pudo ver con claridad al conductor y al pasajero.

Eran dos Jedi.

## Capítulo 14

**D**arsha sintió la turbación en la Fuerza al mismo tiempo que el Maestro Bondara. Ya casi habían alcanzado el nivel de las nubes cuando sintieron las oscuras vibraciones provenientes de abajo; se miraron simultáneamente, sumidos en la sorpresa, y el twi'lek maniobró el aerocoche para que bajase hacia la calle.

Ninguno de los dos dijo nada; Darsha no sabía cómo había podido afectar a su mentor ese impulso de odio y destrucción que reverberaba desde abajo, pero a ella la intensidad del estallido empático la había dejado temblorosa y con náuseas. Allí abajo había alguien bien versado en el uso de la Fuerza y, para colmo, muy poderoso. No había duda de que ya habían tenido lugar varias muertes, y ocurrirían más. No sabía quién había muerto ni quién corría peligro, pero no podían ignorar un uso tan potente y salvaje de la Fuerza. Tenían que descubrir al responsable, y detenerlo si podían.

El Maestro Bondara estabilizó la nave a unos veinte metros de la calle, desplazándose por entre el laberinto urbano con toda la rapidez que le permitía la prudencia. Los faros del aerocoche iluminaron la estrecha avenida y al doblar una esquina vieron, a unos cien metros de distancia, al presunto responsable de la pulsación que habían sentido: un bípedo alto, vestido con ropas negras, cubriendo el terreno con la ayuda de la Fuerza en una serie de gigantescos saltos.

¿Quién, o qué, podía ser él? No era un Jedi, eso era seguro. Manejaba la Fuerza con la seguridad de un Maestro, pero ningún Jedi proyectaría unas emanaciones tan oscuras.

Sólo había una explicación, pero Darsha sintió que su mente rechazaba la idea apenas brotó de su mente. *No podía ser*. Era imposible.

No tenía tiempo para meditar sobre ello. Ya podía ver delante a los dos que eran el objetivo del hombre oscuro, algo que resultaba obvio por la forma en que huían aterrados.

El hombre oscuro alcanzaría a su presa en otro gargantuesco salto. A Darsha sólo se le ocurría una manera de detenerlo y, a juzgar por la dirección que llevaba el aerocoche, era obvio que el Maestro Bondara había pensado en la misma táctica.

El aerocoche pasó por encima de la figura de negro a una altura cuidadosamente calculada para que la Fuerza de los repulsores lo aturdiera pero no lo matara. Salió bien, y cuando el vehículo descendió un poco más allá, Darsha miró detrás de ellos para ver al misterioso asaltante caído en la calle, las renegridas ropas como una mancha negra contra la oscuridad general. Entonces, el Maestro Bondara detuvo el vehículo junto a los dos fugitivos. La aprendiz notó con sorpresa que uno de ellos era un androide.

—Subid —dijo Bondara al humano—. Está inconsciente, pero no sé por cuánto tiempo...

—No mucho —repuso el androide, señalando al perseguidor.

Darsha miró hacia atrás y, para su sorpresa, vio que el oscuro ser estaba levantándose. No podía creer que se recuperase tan rápidamente del golpe.

—¡Subid! —gritó el Maestro Bondara—. ¡Ahora!

El humano, que había mirado a Darsha y a su mentor con una extraña expresión donde se mezclaban alivio y desagrado a partes iguales, pareció decidir que ellos eran

de lejos el menor de dos males. Saltó al asiento trasero seguido por el androide. Darsha volvió a mirar hacia atrás para ver que el oscuro saltaba hacia ellos. Estaba tan cerca que pudo verle la cara, y no recordaba haber visto nunca un rostro más temible. Entonces, su cuello sintió un doloroso tirón cuando el Maestro Bondara empujó los controles de ascenso y el aerocoché ascendió como un cohete.

Pero no con la suficiente rapidez. El vehículo tembló por un golpe propinado al sólido tren de aterrizaje, escorándose a un lado. Mientras su mentor luchaba con los controles, Darsha vio una mano con un guante negro agarrarse a la tronera trasera de la cabina.

Debió usar la Fuerza para saltar, pensó ella, cuando el aerocoché estaba ya a diez metros del suelo. La idea pasó por su mente al tiempo que extendía ambas manos en un gesto de empujar, lanzando contra esa mano un golpe invisible pero potente. La mano perdió asidero y la nave volvió a estremecerse cuando el oscuro ser cayó a la calle.

—¡Subamos a los niveles superiores! —gritó ella, pero apenas pronunció esas palabras vio la expresión en el rostro de su Maestro.

—No podemos —dijo.

o o o

La rabia que sintió Darth Maul al ver que Pavan y su androide volvían a escapar de sus garras se vio casi mitigada al darse cuenta de que los Jedi habían entrado en el juego. Por fin un enemigo digno de su atención, ¡alguien con quien poder medir su temple! Recuperándose de los efectos del campo repulsor, cargó contra el aerocoché que se elevaba, conectando el sable láser y atacando con él los mecanismos situados bajo el vehículo. Que su golpe había causado daños resultaba evidente por la manera en que la nave se inclinó a un lado. Se envolvió en la Fuerza y saltó, consiguiendo agarrarse con una mano a una tronera, pero antes de que pudiera subir a la cabina sintió que el Jedi más joven le atacaba con un poder considerable, suficiente para forzarle a soltar el asidero y precipitarse a la calle.

Aterrizó con suavidad, con la Fuerza acolchando la caída. Antes incluso de que sus botas tocaran el suelo, activó el comunicador de muñeca para enviar el código de mando que activaría su motojet, haciéndola ir hasta él siguiendo su señal. Mientras hacía esto, vio que el aerocoché se estabilizaba y salía disparado hacia adelante, doblando una esquina un instante después y desapareciendo de su vista.

No importaba, se dijo mientras esperaba la llegada de su deslizadora; sería fácil rastrear el aerocoché usando la Fuerza, y más con algunos Jedi a bordo. Pavan y su androide habían tenido mucha suerte en ese día, pero esa suerte se les estaba terminando.

o o o

—El ajuste vertical de los repulsores está dañado —dijo el Jedi que pilotaba la nave.

—¿Qué significa eso? —preguntó la mujer. Era más joven que su compañero, más joven incluso que Lorn.

—Eso significa —contestó I-Cinco, adelantándose al Jedi—, que aunque podemos movernos lateralmente y descender, no podemos ascender más arriba de este nivel.

Lorn miró por encima del hombro. En esa continua oscuridad resultaba difícil calcular a qué altura estaban, pero le pareció que había unos veinte metros hasta la calle. El aerocoché se movía con gran velocidad. Era un nivel con poco tráfico aéreo, lo cual era una suerte, dado el escaso margen de maniobrabilidad que permitían las estrechas y retorcidas calles.

Miró a los Jedi. Él era un twi'lek que aparentaba tener más de cuarenta años. Lorn no recordaba haberle visto por el Templo. Claro que eso no significaba nada; había muchos Jedi con los que había tenido poco o ningún contacto.

La ironía de la situación le habría provocado risa de no estar todavía tan terriblemente aterrado. ¡Un Jedi le había rescatado de las letales garras de un Sith! Aun así, debía admitir lo providencial que había sido su aparición. Aunque le molestase admitirlo, incluso ante sí mismo, y más dado que no parecía que I-Cinco y él fueran a salir ya en dirección a los mundos exteriores, en esos momentos el lugar más seguro para ellos era el Templo Jedi.

En los últimos minutos habían pasado tantas cosas, y prácticamente todas ellas desastrosas, que aún no había conseguido asimilarlas. El Jedi dobló otra esquina, y Lorn sintió que la inercia aplastaba su cuerpo contra el campo tractor de baja intensidad diseñado para prevenir lesiones en caso de accidente.

—¡Tómatelo con calma! No hay manera de que pueda alcanzarnos yendo a pie.

—Ya no va a pie —dijo la mujer con voz tensa.

o o o

Darth Maul saltó a la motojet cuando ésta pasó por su lado. Cerró ambas manos en los aceleradores del manillar y los conectó. El zumbido del motor repulsor aumentó cuando la deslizadora salió disparada hacia adelante. Maul se inclinaba en las curvas mientras la motojet doblaba una esquina tras otra.

No había necesidad de activar el sistema rastreador. Los Jedi y su presa brillaban en su mente como faros gemelos; podía sentirlos en el aerocoche que iba delante de él. La motojet se desplazaba a una velocidad superior a la de ellos. Los alcanzaría en pocos minutos.

Maul sonrió con salvajismo. No necesitaría más de un momento para acabar con Lorn y el androide. Y, a continuación, vería cómo eran de buenos esos Jedi. Ya hacía demasiado tiempo que no sentía el entrecocar de su sable láser contra otro, que no oía el chirriante grito de hojas energéticas en conflicto, que no olía ese regusto a ozono. Demasiado tiempo.

o o o

—¿Por qué os busca el Sith? —gritó el Maestro Bondara por encima del aullido del motor.

Aunque Darsha había llegado a la misma conclusión, no por ello dejó de sentir un shock en lo más hondo de su ser cuando oyó a su Maestro articular en voz alta lo que ella pensaba. Por supuesto, había aprendido en sus estudios muchas cosas sobre los Sith, pero todos los datos y lecturas parecían unánimes al llegar a la conclusión de que ya no existía la antigua orden oscura. Pero, ¿qué otra cosa podía ser esa criatura de la noche que todavía seguía tras ellos? Sabía cómo usar la Fuerza, pero resultaba obvio que no era un Jedi. Eso no dejaba muchas salidas.

Se dio cuenta de que el humano y el androide se miraban y supo que habían llegado a un acuerdo silencioso sobre algo. Entonces habló el androide.

—Negociamos con información —dijo, y algo, o más bien la ausencia de algo, en el timbre de su voz sorprendió a Darsha. No distinguía en el nada de la obsequiosidad que suele ser norma en los androides, y más cuando pertenecen a una serie de protocolo. En su tono y sus maneras había una confianza que destacaba incluso en la tensión del momento—. Me llaman I-Cinco y mi socio es Lorn Pavan —continuó diciendo.

Darsha notó que su Maestro echaba una mirada rápida a Pavan antes de volver a concentrarse en los mandos.

*Conoce ese nombre*, pensó ella.

—Hace poco fuimos contactados por un neimoidiano llamado Hath Monchar que deseaba vendernos un holocrón con detalles de un embargo comercial que la Federación de Comercio piensa imponer a Naboo.

El Maestro Bondara no dijo nada por un momento.

—¿Es en represalia por el nuevo impuesto que acaba de establecer el Senado de la República a la Federación de Comercio?

—Sí —replicó Pavan—. La Federación teme que ese impuesto reduzca sus beneficios.

—Naboo depende de las importaciones para mantener su modo de vida. Ese embargo puede ser desastroso para su pueblo —comento el Jedi, girando el aerocoche por otra esquina. Los peatones se dispersaron a derecha e izquierda, sabedores del peligro potencial que representaban los rayos repulsores de un vehículo que viaja a tan baja altura—. Pero eso no explica por qué quiere mataros ese Sith.

Darsha se admiró ante la ecuanimidad del Jedi; mantenía esa conversación como si estuviera en una de las cómodas salas de lecturas del Templo, en vez de en un aerocoche averiado y recorriendo una ruta peligrosa a máxima velocidad.

—Resulta comprensible que los neimoidianos no quieran que se difunda esta información —dijo I-Cinco—. En cuanto a los Sith, no sabemos ni cómo ni por qué están metidos en esto, pero fue ese mismo ser que ahora nos persigue quien asesinó a Hath Monchar.

—¿Qué ha sido del holocrón? —preguntó Darsha.

—Se lo estábamos vendiendo a un hutt llamado Yanth, cuando llegó el Sith —respondió Lorn—. Yo diría que el hutt está muerto y que el Sith destruyó el cristal o que lo lleva consigo.

—Debemos comunicar de inmediato esa información al Consejo —dijo el Maestro Bondara—. Debéis ser mantenidos a salvo hasta que nos ocupemos de la amenaza del Sith.

Darsha miró a Lorn Pavan y vio en su expresión una mezcla de frustración y resignación.

—Son Jedi —murmuraba para sí mismo—. ¿Por qué tenían que ser Jedi?

Ella miró hacia atrás. Su complicado recorrido los había llevado hasta una parte de la ciudad algo menos oscura, y ya podía ver con claridad la silueta de la motojet que les perseguía. Incluso sin la Fuerza para confirmárselo, habría estado segura de que era el Sith quien iba en ella.

—Ahí está ya. Nos gana terreno con rapidez —dijo, viendo cómo el rostro de Pavan empalidecía, pero sin que pareciera entrarle pánico. Bien. Lo último que necesitaban en ese momento era tener que tratar con otro Oolth.

Miró al Maestro Bondara y vio que apretaba la mandíbula con decisión.

—Coge los controles —le dijo a su discípula.

La orden le dejó sorprendida, pero el tono de voz no daba pie a preguntas. Se puso a los mandos mientras el Maestro Bondara se levantaba y apartaba de los mandos, posando después el pie en la barra acolchada que separaba los asientos delanteros de los traseros. Miró a la videopantalla retrovisora y vio que el Sith estaba a apenas cinco metros detrás de ellos. Éste sacó el sable láser, activando los dos rayos gemelos.

—¡Llévalos de vuelta al Templo! —gritó el Maestro Bondara.

Y, entonces, antes de que Darsha pudiera darse cuenta de lo que pretendía, y mucho menos protestar o intentar detenerlo, el Jedi se puso en pie en el asiento trasero, entre Pavan e I-Cinco. Activó el sable láser, dio dos pasos sobre el compartimento trasero del motor, y saltó del aerocoche en marcha.

## Capítulo 15

**E**l Jedi twi'lek saltó guiado por la Fuerza y aterrizó limpiamente detrás de Maul, sobre la capota del motor trasero de la motojet con forma de T. Su movimiento pilló por sorpresa al Sith, que no se esperaba un acto tan valiente y temerario.

Pero por inesperado que fuera, Maul tuvo tiempo de bloquear con su sable láser el golpe de la otra hoja energética. Activó el piloto automático de su deslizadora y se retorció en el asiento, balanceando su arma contra el pecho del Jedi. Éste bloqueó el golpe y contraatacó con otro.

Maul sabía que la batalla no podía continuar así. El piloto automático de la motojet no era lo bastante sofisticado como para trazar un rumbo seguro a gran velocidad por las tortuosas calles de la superficie. Aferró el manillar y desvió la motojet hacia una cornisa de carga de un edificio cercano situado a treinta metros de la calle. Pasaron como una exhalación junto al aerocoche, que había aminorado la velocidad tras abandonarlo el Jedi, y se elevó hacia la cornisa. Cuando ésta estuvo al alcance de los sensores del piloto automático, la deslizadora aminoró la marcha para después posarse en el saliente de ferrocreto.

El Sith y el Jedi saltaron de la motojet a la plataforma para continuar con su combate. La cornisa de carga sólo tenía diez metros por quince, apenas espacio suficiente para maniobrar. Maul sabía que debía deshacerse rápidamente de su contrincante, antes de que Pavan volviera a desaparecer en el laberinto de los niveles inferiores de Coruscant. Presionó con un ataque salvaje, bloqueando y golpeando, trazando con las hojas gemelas una red luminosa a su alrededor.

A juzgar por la elegante forma en que desviaba y contraatacaba, resultaba obvio que el Jedi también era un Maestro en las artes de combate terä käsi. Pero, a los pocos momentos del encuentro, Darth Maul supo que él era mejor combatiente, dándose cuenta de que eso también lo sabía el Jedi, y que eso carecía de toda importancia. El Jedi estaba decidido a detener al Sith, o al menos a retrasarlo lo bastante como para que los demás pudieran alejarse. Aunque eso significase perder la vida.

Maul enseñó los dientes. ¡No volvería a perder a su presa! Redobló sus esfuerzos y atacó con más dureza, destrozando las defensas del twi'lek. El Jedi cedió terreno, pero el Sith siguió sin poder atravesar sus defensas.

Entonces oyó algo: el distintivo sonido del motor averiado del aerocoche. Dejó que su consciencia se expandiera con las ondas de la Fuerza, y lo que sintió produjo en su rostro una siniestra sonrisa de satisfacción.

El aerocoche volvía, y con su presa a bordo.

o o o

Al principio, Darsha no podía creer que el Maestro Bondara hubiera saltado del aerocoche a la motojet del Sith. Su primer gesto fue un reflejo, aminorar la marcha y acudir en ayuda de su mentor.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Pavan—. ¡Dijo que te dirigieras al Templo!

—¡No pienso abandonarlo ante ese monstruo! —gritó Darsha en respuesta.

Vio cómo la motojet pasaba ante ellos, antes de elevarse para dirigirse hacia una cornisa de carga que sobresalía de un edificio abandonado.

—Sabe lo que hace —le dijo el androide—. ¿Estás dispuesta a hacer que su sacrificio sea inútil?

Darsha sabía que las palabras del androide tenían sentido, pero no le importó. Después de todo, llevaba varias horas cometiendo un error tras otro, ¿por qué iba a pasarse entonces? Hacía mucho que habían dejado de preocuparle las consecuencias de sus actos; lo único que sabía era que no podía dejar que el Maestro Bondara se enfrentara solo al Sith. Le costaba concebir una situación donde su mentor pudiera ser vencido en combate, pero estaba segura de que si había alguien capaz de eso, ése sería el Sith.

Aminoró la marcha del aerocoche y le hizo dar media vuelta, dirigiéndolo hacia la cornisa, cuando se dio cuenta de que tenía un problema. Los repulsores dañados habían bloqueado la altura máxima que podía alcanzar el vehículo, y la plataforma estaba a unos buenos diez metros por encima de ellos. Y su pistola ascensora seguía unida a la mónada, situada a un kilómetro de distancia de su actual posición.

No supondría ningún problema el saltar diez metros hacia arriba, ya que, en los ejercicios de entrenamiento, había usado la Fuerza para realizar saltos muy superiores a ése. Pero un salto semejante, a una plataforma tan estrecha y en medio de un furioso duelo con sables láser, era una tarea considerablemente más compleja. Al Maestro Bondara no le sería de ninguna utilidad que se hiciera matar por el Sith.

Pero no tenía otra salida. Aunque su mentor pudiera sentir la presencia del aerocoche y saltar de vuelta a él, no había garantías de que pudiera hacerlo en medio del fragor del combate. Darsha detuvo el vehículo bajo la plataforma. Las dos figuras en duelo quedaban ocultas a su vista por la cornisa de ferrocemento, pero podía ver los diferentes fogonazos, y oír los furiosos zumbidos y chasquidos de los sables láser al entrechocarse. Tenía que actuar enseguida. Se levantó, sacó el sable láser del gancho de su cinto y se dispuso a saltar.

Y el mundo se disolvió de pronto en un ensordecedor rugido y un estallido de luz cegadora.

o o o

Darth Maul vio en los ojos de su enemigo que se había dado cuenta de que no podría derrotarlo. Una vez que se concede mentalmente la derrota, su realidad se vuelve inevitable. Sólo es cuestión de tiempo.

Volvió a redoblar la fuerza de su ataque en una intensidad aún mayor, haciendo retroceder al Jedi hacia la motojet, procurando atraparlo entre la deslizadora y su sable láser de doble hoja. Con los movimientos así limitados, sólo tardaría unos instantes en separarle la cabeza con tentáculos del resto de su cuerpo.

Pero entonces vio que la desesperación en el rostro de su rival daba paso a la comprensión, y después al triunfo. Rápidamente, antes de que Maul pudiera intuir lo que pretendía, el Jedi se volvió hacia la motojet, alzó el sable láser y lo hundió hasta el pomo en la carcasa que contenía el motor repulsor.

Maul se dio cuenta de sus intenciones suicidas, pero ya era tarde. La ardiente hoja de energía atravesó con relampagueante rapidez la carcasa del motor para hundirse en el núcleo de células energéticas de la motojet. Maul dio media vuelta para saltar lejos de la plataforma, llamando al Lado Oscuro, envolviéndose en él en el mismo instante en que la célula energética explotaba, y la onda de calor y presión vaporizaba al Jedi en un microsegundo antes de expandirse hambrienta hacia él.

o o o

La plataforma de carga protegió al aerocoche de la mayor parte de la explosión; o los tres pasajeros no habrían podido sobrevivir a ella. Aun así, la onda de choque derribó a Darsha de su posición en pie, arrojándola a la parte trasera del vehículo. Y habría caído a la calle de debajo de no haberla cogido Lorn por la muñeca cuando pasó junto a él. I-Cinco se hizo cargo de los controles y luchó para estabilizar el vehículo, que se agitaba y movía frenéticamente. Por un instante, que le pareció eterno, Darsha pendió del abismo, demasiado aturdida para usar la Fuerza y auparse poniéndose a salvo. Entonces Lorn tiró de ella y la subió al compartimento de los asientos traseros.

Pero aún no había pasado el peligro; la explosión había hecho que la cornisa se soltara de sus soportes. Empezó a derrumbarse, separándose de la pared del edificio, y en ese instante pudo verse la forma oscura del Sith saltando desde la cornisa a la oscuridad de abajo. Al caer, la plataforma tocó un costado del aerocoche, lanzándolo en un giro descontrolado en dirección a la calle.

I-Cinco forcejeó con los controles y se las arregló para enderezar el vehículo justo cuando llegó al suelo. Los espectadores que acudieron atraídos por la explosión se dispersaron asustados cuando el aerocoche rebotó en un accidentado aterrizaje.

Darsha estaba medio aturdida, y vagamente consciente de un insistente pitido que aumentaba en tono y frecuencia. Cuando su desconcertado cerebro comprendió por fin el significado del pitido, se sintió cogida por un potente brazo y apartada del aerocoche estrellado. Mientras rebotaba por el pavimento lleno de basura se dio cuenta de que el androide los sacaba del vehículo a Lorn Pavan y a ella.

—Deprisa —farfulló ella—. La célula energética se sobrecarga...

—Un hecho del que soy muy consciente —replicó I-Cinco.

Se detuvo ante un quiosco. En la puerta había un cartel de "Prohibido el paso" escrito en básico, pero el androide lo ignoró y usó el rayo láser de su dedo índice para hacer saltar la cerradura.

El quiosco daba a una escalera estrecha y mal iluminada. La bajaron precipitadamente mientras, detrás de ellos, los pitidos de alarma alcanzaban su volumen máximo. Un instante después, una segunda explosión, más potente que la anterior, hacía temblar la zona. Darsha sintió que la escalera se movía y estremecía como si eso señalara el inicio de un temblor de tierra. Las luces se apagaron, sintió que caía y no supo nada más.



Segunda parte  
**Laberinto**

## Capítulo 16

Nute Gunray se encontraba en sus aposentos del *Saak'ak*, intentando disfrutar de un masaje de moho, y fracasando en el intento, cuando sonó su comunicador privado. La masajista había restregado toda su forma desnuda con mantillo verde licuado y le estaba presionando con la rodilla los nódulos musculosos del torso, tan tensos que podía oírlos crujir.

Asintió con un gruñido y la imagen de Rune Haako se formó cerca de la mesa de masajes. El diplomático no parecía muy feliz, pero eso significaba poco en sí mismo; los neimoidianos como especie rara vez parecían felices.

—Tengo noticias —dijo Haako en voz baja.

—Ven a mis aposentos —replicó Gunray, y la holoimagen se apagó.

Fueran cuales fueran las noticias que tenía Haako, era preferible oírlas en persona, en la intimidad de sus aposentos. El virrey no pensaba correr riesgos, aunque se suponía que todo el personal a bordo del carguero era leal a él y a su causa. Sabía muy bien lo fácilmente que podía comprarse la fidelidad de sus camaradas y esbirros.

Despidió a la masajista, se puso una bata bermellón y caminó inquieto por la sala, esperando la llegada de Haako. Las exigencias del protocolo dictaban que se sentara cómodamente en un sofá o una silla, mostrando una actitud despreocupada que indicaba que, fueran cuales fueran las noticias que le llevara Haako, no podían ser lo bastante importantes como para preocuparlo de algún modo. Pero a esas alturas le importaban bien poco esas formalidades. Hacía casi cuarenta y ocho horas que no tenían noticias del cazador de recompensas que habían contratado, y tampoco las tenían del paradero o los planes de Hath Monchar. Esperaba ver en cualquier momento la presencia holográfica de Darth Sidious materializándose ante él y pidiéndole que volviera a reunir a los cuatro para seguir hablando de los planes para el bloqueo de Naboo. ¿Y qué pasaría cuando Gunray no pudiera explicar la ausencia de Monchar? Hizo una mueca cuando se le llenó el saco estomacal de ácida bilis con sólo pensar en esa conversación. Sabía que se le estaba formando una úlcera de primera en el abdomen inferior, pero no podía hacer mucho por impedirlo.

El panel de la puerta se abrió dando paso a Haako. Un momento después, entró Daultay Dofine. Gunray se preparó; una mirada a la pose abatida y el gesto furtivo de sus compañeros le dijo que las noticias no eran buenas.

—Acabo de tener noticias de nuestro representante consular en la embajada de Coruscant —dijo Haako. El que estuviera dispuesto a saltarse los preámbulos de esgrima verbal e ir directamente al grano evidenciaba sobradamente que su preocupación era tan grande como la de Gunray—. Han matado a uno de los nuestros en ese mundo.

Gunray tuvo que forzar a sus glándulas salivales para que le humedecieran el paladar antes de poder decir algo.

—¿Era Monchar?

—De momento no lo sabemos con seguridad —dijo Dofine—. Parece ser que tuvo lugar una explosión, aunque la investigación sigue sin confirmar la causa de la muerte. Aún está pendiente su identificación genética.

—No obstante —continuó Haako, bajando la voz y mirando a su alrededor como si esperase que Darth Sidious apareciera en cualquier momento—, en la escena se encontró un trozo de tela arrancada perteneciente a la mitra de un virrey diputado.

Nute Gunray cerró los ojos e intentó imaginarse cómo sería la vida de un granjero de estiércol en Neimoidia.

—Además —dijo Dofine—, se encontraron otros cuerpos en el lugar de la explosión. Uno de ellos ha sido identificado sin error posible: la cazadora de recompensas Mahwi Lihnn.

Seguro que la recogida de estiércol tenía sus partes buenas, se dijo Gunray. Por ejemplo, el no tener que volver a tratar con el Sith.

—Creo que debemos asumir el hecho de que Hath Monchar no está ya entre los vivos —dijo Rune Haako, apretándose las manos como si le estuviera arrancando la vida a un sapo de los pantanos que pensara tomarse de aperitivo.

—Esto es un desastre —lloriqueó Dofine—. ¿Qué le diremos a Sidious?

Sí, ¿qué?, se preguntó el virrey de la Federación. Oh, no es que no pudieran inventarse una buena cantidad de mentiras, no, la cuestión era si el Señor Sith se las creería. Ésa era la principal cuestión. Y, por mucho que odiara admitirlo, la respuesta era que, con toda seguridad, no. Vio mentalmente el rostro encapuchado de Sidious y no pudo evitar un escalofrío. Esos ojos ocultos por esa capucha podían ver el engaño y el subterfugio con la misma facilidad con que los rayos X penetraban en la carne para iluminar los huesos del interior.

Pero, ¿qué otra opción tenían? Aunque la idea de hacerlo le molestaba de manera muy primaria, Gunray sabía que siempre podían recurrir a admitir la verdad: que Monchar se había marchado, y que no sabían ni a dónde ni por qué motivo... aunque cualquiera con el cerebro de un gamorreano sin oxígeno podría extrapolar una explicación sin mucha dificultad. Pero la verdad llevaba implícitos sus propios riesgos, entre los que destacaba no haberla admitido la primera vez que Sidious notó la ausencia de Monchar.

Tanto la veracidad como la prevaricación parecían igualmente peligrosas. Ésa era la peor pesadilla de un neimoidiano: una situación donde resultaba imposible encontrar una salida. Gunray bajó la mirada y descubrió que se frotaba las manos con la misma intensidad que lo hacían Rune Haako y Daultay Dofine.

Sólo había una cosa segura. Pronto, muy pronto, tendrían que decirle *algo* al Señor Sith.

o o o

El Maestro Yoda entró en la antecámara de conferencias, una pequeña habitación situada en un lateral de la Cámara del Consejo. Mace Windu y Qui-Gon Jinn ya estaban sentados ante la mesa de madera de pleek. Detrás de ellos había una ventana de acero transparente que se alzaba del suelo al techo y ofrecía una visión panorámica del interminable cenagal arquitectónico que era Coruscant, así como de su constante tráfico aéreo.

Yoda se desplazó lentamente hacia una de las sillas. Se apoyaba en su bastón al caminar, y Windu debió contener una sonrisa al ver su avance. Aunque Yoda debía ser el miembro más viejo del Consejo, con bastante más de ochocientos años estándar, de ningún modo era tan decrepito como a veces parecía querer aparentarlo. Si bien era cierto que se había hecho más lento con los años, su habilidad con el sable láser seguía sin tener rival en todo el Consejo.

Windu no habló hasta que su colega no estuvo sentado.

—Todavía no he considerado necesario convocar una reunión general del Consejo por esto. Pero, aun así, creo que es un problema del que debemos ocuparnos cuanto antes.

Yoda asintió.

—Del asunto del Sol Negro hablas.

—Sí, concretamente de Oolth el fondoriano y de la padawan Darsha Assant, a la que enviamos para traerlo aquí.

—¿Ha habido alguna noticia de ella? —preguntó Qui-Gon Jinn.

—Ninguna. Ya han pasado casi cuarenta y ocho horas. La misión no debió ocuparle más de cuatro o cinco.

—Anoon Bondara también ha desaparecido —dijo Yoda, reflexionando—. Coincidencia dudo que sea.

—¿Crees que Bondara salió en busca de Assant? —preguntó Windu.

Yoda asintió.

—Sería comprensible —repuso Jinn—. Assant es su padawan. Iría en su busca de crearla en peligro.

—Pues claro que lo haría —replicó Windu—. Pero, ¿por qué no informó a nadie de sus intenciones? ¿Y por qué no hemos recibido un comunicado de ninguno de ellos?

El silencio reinó por un instante cuando los tres Maestros Jedi meditaron sobre esos asuntos.

—Quizá alguna infracción ella cometió —dijo Yoda—, quizá él lo sabía o sospechaba. Protegerla de sus repercusiones él querría.

—Anoon siempre fue de los que se saltan normas y restricciones —asintió Jinn.

Mace Windu miró a Jinn y alzó una ceja. Éste sonrió ligeramente y se encogió de hombros.

—Tiene sentido —dijo Windu—. Debe ser algo así. Pero, por muy nobles que fueran sus intenciones, no podemos permitir que él o su discípula actúen sin el conocimiento o consentimiento del Consejo.

—En este asunto de acuerdo estamos —dijo Yoda—. Enviar un investigador debemos.

—Sí —dijo Windu—. Pero, ¿a quién? Dada la actual situación del Senado de la República, tenemos en estado de alerta a todos los miembros veteranos, y puede que sigan así por un tiempo.

—Tengo una sugerencia —dijo Qui-Gon Jinn—. Enviad a mi padawan. Si hay miembros de Sol Negro implicados, él podrá sentirlo.

—¿Obi-Wan Kenobi? Muy grande la Fuerza en él es —musitó Yoda—. Buena decisión sería.

Mace Windu asintió lentamente. Yoda tenía razón. Pese a no ser todavía un Caballero Jedi de pleno derecho, Kenobi había demostrado sobradamente su talento para el combate y la diplomacia. Si alguien podía descubrir qué había pasado con Bondara y Assant, ése era él.

El veterano miembro del Consejo se levantó.

—Entonces, está decidido. Qui-Gon, explícale la situación a Kenobi y que salga cuanto antes. Hay algo más en todo esto...

Windu guardó silencio por un momento.

—Sí —dijo Yoda con seriedad—. Esto un accidente no fue.

Qui-Gon Jinn no dijo nada; se limitó a asentir y a levantarse.

—Obi-Wan saldrá de inmediato hacia el Pasillo Carmesí —les dijo.

—Que la Fuerza con él sea —repuso Yoda con voz queda.

## Capítulo 17

**N***o hay emoción; hay paz.*

*No hay ignorancia; hay conocimiento.*

*No hay pasión; hay serenidad.*

*No hay muerte; hay Fuerza.*

El Código Jedi fue una de las primeras cosas que aprendió Darsha Assant en el Templo Jedi. Cuando era niña, se pasaba las horas sentada en el frío suelo, con las piernas cruzadas, repitiendo esas palabras una y otra vez, meditando sobre su significado y dejando que le llegara hasta los huesos.

*No hay emoción; hay paz.*

El Maestro Bondara le había enseñado que eso no significaba que debía reprimir sus emociones: “Una de las pocas cosas que tienen en común todas las especies de la galaxia es la capacidad de tener sentimientos. Somos criaturas de emociones, y negar esas emociones nos perjudicaría profundamente. Pero uno puede sentir, por ejemplo, ira, sin verse dominado por ella. Uno puede sufrir sin verse anulado por la pena. La paz de la Fuerza es el cimiento sobre el que se construye el edificio de nuestros sentimientos.”

*No hay ignorancia; hay conocimiento.*

“La suerte favorece a la mente preparada”, le había dicho su mentor twi’lek. Y desde luego los Jedi eran los seres más preparados de la galaxia. Nunca había visto a nadie tan impresionantemente culto como los Maestros Windu, Bondara, Yoda, Jinn y los muchos otros con los que había estudiado o entrado en contacto. Había dudado de su habilidad para mantener una conversación con ellos, o incluso con sus compañeros padawan, como Obi-Wan y Bant. Así que había estudiado con asiduidad, casi de forma obsesiva, aprovechando la increíble riqueza de sabiduría y conocimientos disponibles en las bibliotecas y bancos de datos del Templo. Y había descubierto que cuanto más sabía, más quería saber. A su modo, el conocimiento era tan adictivo como la glitterstim.

*No hay pasión; hay serenidad.*

Al principio pensó que esto sólo era remachar el primer precepto. Pero el Maestro Bondara le explicó la diferencia. En este contexto, la pasión significa obsesión, compulsión, una fijación abrumadora en algo o alguien. Y la serenidad no era sólo un sinónimo de paz, sino más bien el estado de tranquilidad que puede alcanzarse cuando uno se libera de esas fijaciones, cuando se está en paz con las propias emociones y se reemplaza la ignorancia con el conocimiento.

El Maestro Bondara le había enseñado muchas cosas, le había ayudado a convertir su vida en algo que iba más allá de todo lo que había creído que era su potencial y su destino. Le debía mucho, y ya no podría compensárselo.

*No hay muerte; hay Fuerza.*

Sabía que si de verdad hubiera interiorizado las primeras máximas del Código Jedi, habría podido obtener consuelo de esta última. Pero era obvio que aún no había alcanzado ese estado, porque no podía encontrar ni paz ni serenidad en el conocimiento de que su mentor había muerto.

Lo único que podía hacer era llorarle.

o o o

Permaneció en estado de semiconsciencia por un tiempo indeterminado, sintiendo sólo pena, antes de que un rugir y una creciente vibración que parecían precipitarse sobre ella la despertaran con un sobresalto. Abrió los ojos a tiempo de ver un enorme vehículo de transporte tronar a apenas un metro de distancia de dónde se encontraba. Pasó por su lado emitiendo un rugido ensordecedor, para desaparecer luego, llevándose consigo el rugido que se fundió rápidamente en el silencio.

O más bien un silencio relativo, pues seguía oyéndose un zumbido omnipresente perteneciente a maquinaria y equipos de ventilación. Miró a su alrededor para ver a Lorn Pavan sentado contra una pared situada a un metro de distancia, y a I-Cinco parado a su lado. Estaban en un gran túnel, apenas iluminado por unos candelabros fotónicos de pared dispuestos a largos intervalos.

Se dio cuenta de que estaban en uno de los incontables túneles de servicio que recorrían los niveles inferiores de Coruscant como la madeja de vasos sanguíneos que hay bajo una piel viva. Por esos túneles circulaba una corriente interminable de vehículos transportando mercancías y materiales desde fábricas y espaciopuertos a millones de destinatarios por toda la metrópoli planetaria.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —preguntó, pero mientras la pregunta abandonaba sus labios, recordó vagamente ser arrastrada de los restos de la aeronave por el androide y bajada por la escalera cuando estallaba la célula energética. No había ninguna duda de que les había salvado la vida a los dos.

—Gracias al androide maravilla —dijo Pavan, señalando al androide con el pulgar—. De no haber sido por él, ya seríamos pasto de las ratas blindadas. A veces vale la pena tenerlo cerca.

—Por favor, nada de efusiones —dijo el androide—. Resulta embarazoso.

Darsha se incorporó con esfuerzo. Por un instante, el planeta se agitó violentamente sobre su eje y las luces se apagaron todavía más, pero las cosas volvieron a estabilizarse. Miró a ver si tenía el sable láser y sintió alivio al descubrirlo colgando de los compartimentos de su cinturón, donde debía estar.

—¿Dónde está la escalera? —preguntó—. Tengo que ver si...

*Si el Maestro Bondara sigue con vida*, concluyó para sí misma. No podía animarse a decirlo en voz alta, por miedo a que uno de ellos pudiera decirle lo que ya sabía.

—La escalera no te servirá de nada —dijo Pavan, señalando a un nicho situado a dos metros de ellos—. La explosión de la aeronave derribó sobre ella una tonelada de escombros. Habrá que buscar otra salida.

—Entonces, será mejor ponerse en marcha. Tiene que haber otra escalera de acceso en esta ruta.

—¿Por qué no pides ayuda? —preguntó Pavan—. Tienes un comunicador, ¿no?

—Tenía uno, pero se me averió —repuso, pensando entonces que debía haberlo cambiado cuando estuvo en el Templo.

—Es la primera vez que veo a un Jedi que no está preparado para todo —repuso Pavan alzando una ceja. En su voz había una nota de sarcasmo.

Darsha contuvo la réplica que asomaba a sus labios. El hombre no necesitaba mucho para acabar en su lista de personas que menos le gustaban; después de todo era el responsable indirecto de la muerte del Maestro Bondara. Pero, por otra parte, la había salvado al impedirla caer de la aeronave.

—¿No tienes *tú* un comunicador? —preguntó.

Pavan se removió con gesto incómodo y no contestó.

—Sí que lo tiene —dijo I-Cinco—. Y funciona perfectamente, pero tiene la batería gastada y no tenía dinero para recargarla.

Darsha no replicó nada a esto; su silencio reflejaba claramente cómo se sentía.

—Igual deberíamos ir moviéndonos —dijo Pavan, levantándose—. Antes de que otro...

Sus palabras quedaron ahogadas por el paso de otro transporte. Volvieron a pegarse contra la curvada pared del túnel mientras pasaba ante ellos. Los transportes automatizados eran esbeltas y pesadas balas que prácticamente llenaban todo el hueco del túnel, moviéndose a velocidades de cien kilómetros por hora gracias a sus motores repulsores.

—Démonos prisa —repuso Darsha cuando desapareció en la distancia—. O nos quedaremos sordos en menos de una hora si seguimos aquí.

Se movieron con rapidez, en fila india, por la estrecha acera. Importaba poco la dirección en la que fueran, ya que el objetivo era abandonar cuanto antes el tubo de transporte. El androide iba delante, ya que sus fotorreceptores eran los más capacitados para ajustarse a la escasa luz.

Justo cuando empezaba a oírse detrás de ellos el temblor de otro transporte, vieron otra cavidad con una puerta. Estaba cerrada, pero el dedo láser de I-Cinco acabó rápidamente con ese obstáculo, y pudieron cruzarla apresuradamente en el momento en que pasaba el vehículo de carga.

Descontando el hecho de que ya no había convoyes pasando por su lado, no podía decirse que su nuevo paradero fuera una gran mejora. Al menos el tubo de transporte estaba razonablemente limpio e iluminado. Y, lo que era mejor, si bien no conducía a la superficie, al menos se mantenía horizontal.

En cambio, allí se encontraban ante una nueva escalera, pero que conducía hacia abajo en vez de hacia arriba. No parecían tener otra salida que usarla. No había luces, y la única iluminación provenía de unos líquenes fosforescentes que crecían en las paredes, cuya luz apenas bastaba para verse unos a otros y a los escalones más próximos. Las paredes de ferrocreto rezumaban algo viscoso y había cierto olor a podredumbre en el aire.

Por fin llegaron al final de la escalera, que daba a una pequeña cámara iluminada por un único y titilante candelabro fotónico. En la pared situada ante la escalera se abrían tres túneles diferentes. Se suponía que los carteles situados encima de ellos daban indicación de a dónde conducían, pero sucesivas capas de graffiti habían acabado por volverlos ilegibles.

—Yo tenía el localizador en el comunicador —comentó Darsha—. No tengo ni idea de por dónde ir.

—Por suerte, yo tengo incorporado un posicionador planetario. Si querernos ir en dirección al Templo Jedi, nos vendría mejor tomar éste —dijo I-Cinco, señalando el túnel de la izquierda.

—Un buen argumento para tomar el túnel de la derecha —murmuró Pavan.

Darsha le miró un instante a los ojos, apartando luego la mirada.

—Intento conducirlos a un lugar seguro. Si preferís enfrentaros a nuestro amigo de arriba, por mí vale. Yo puedo contarle al Consejo lo del bloqueo tan bien como vosotros.

—Oye, que seguro que el Sith resultó vaporizado al mismo tiempo que tu colega Jedi —repuso él, mirándola a los ojos—. Les deseo un buen viaje a los dos.

Darsha sintió que la invadía una fría rabia. Sin apartar la mirada de él, le hizo una pregunta al androide.

—¿Qué posibilidades crees que hay de que el Sith haya muerto?

—Dado el hecho de que, en nuestro breve y periférico encuentro con él, ha sobrevivido ya a varios atentados contra su vida, matando de paso a unos cuantos seres, yo no le daría por muerto mientras no viera su cadáver. Y entonces, yo lo congelaría en carbonita sólo para asegurarme.

Darsha asintió.

—Estoy de acuerdo. Pero tienes derecho a tener tu propia opinión, Pavan. Puede que sea más seguro que nos separemos. Después de todo parece que es a ti a quien busca.

Se dio cuenta de que decir eso era un error, incluso mientras lo decía. No necesitaba ver la mirada que se cruzaron el robot y el humano para saber que no podría enfrentarlos. Fuera cual fuera el lazo que los unía era lo bastante fuerte como para resistir a la adversidad, incluso en situaciones como ésta.

—Tiene razón en lo de que eres su objetivo principal —le dijo I-Cinco a su amigo—. Puede que tu única salida sea que los Jedi te den santuario. ¿Estás dispuesto a aceptar eso?

—Pues, claro —replicó él, frunciendo el ceño—. No soy estúpido. Pero eso no significa que me divierta la situación.

—Cierto —repuso Darsha—. Pero al menos podías intentar ser sociable. Si vamos a tener que permanecer un tiempo juntos, podríamos intentar que fuera lo más agradable posible. —Se volvió para mirar el túnel de la izquierda, dio unos pasos hacia él y después se volvió para mirarle a la cara—. Anoon Bondara murió por salvarte la vida. No quiero oír más comentarios despreciativos sobre él.

Ni Pavan ni el androide replicaron a esto. Cuando ella empezó a bajar por el túnel, la siguieron a escasos pasos de distancia.

*No hay emoción; hay paz.* Bueno, puede que algún día. Después de todo, aún no era una Jedi de pleno derecho, y tal como iban las cosas, no parecía que llegara a serlo nunca. Pero hay verdades que resultan evidentes sin usar la Fuerza. Como el hecho de que un Anoon Bondara valía lo que toda una flota de Lorn Pavans.



## Capítulo 18

**A** Lorn no le caía bien la padawan Jedi, cosa que no sorprendería a nadie que lo conociera aunque sólo fuera de forma casual, que era como lo conocía casi todo el mundo por aquella época, pues nunca ocultaba lo que pensaba de los Caballeros Jedi cada vez que surgía el tema. En más de una ocasión había manifestado a quien quisiera escucharle que los consideraba seres a la altura de los mynock en lo que a oportunismo parasitario se refiere y que, dentro de la escala general de la evolución galáctica, sólo estaban a un grado o dos por debajo de los murciélagos espaciales chupadores de energía.

—Pegarles un tiro es demasiado bueno para ellos —le dijo una vez a I-Cinco—. De hecho, hasta arrojarlos en la fosa de un sarlacc para que se marinen en sus jugos gástricos durante un millar de años, es demasiado bueno para ellos, pero me conformo con eso hasta que encuentre algo peor.

Nunca le había contado a nadie por qué se sentía así. El único de todo su círculo de conocidos que lo sabía era I-Cinco, y el androide nunca le contaría a nadie el secreto de la amargura de Lorn.

Y en ese momento, un irónico revés del destino había hecho que se encontrase casi literalmente esposado a uno de ellos, y que dependiera de ella para salvarse de las intenciones asesinas de un Sith, perteneciente a una orden que milenios antes se había escindido de los Jedi. Tenía la impresión de que, hiciera lo que hiciera, siempre se encontraba con esos autoproclamados Guardianes galácticos buscando rematar la ruina de su vida que ellos mismos habían iniciado.

Mientras bajaba por el túnel subterráneo siguiendo a I-Cinco y a Darsha Assant sintió que la amargura le roía el pecho. La chica no había tardado mucho en hablarle con esa actitud santurrón y superior que tanto despreciaba. Eran todos iguales, con el mismo sentido de la moda de arpillera y el mismo austero ascetismo, proclamando vacías vulgaridades sobre el bien general. Prefería enfrentarse con la escoria de las calles, que al menos eran villanos sin un asomo de hipocresía.

No se hacía ilusiones sobre el tratamiento que recibiría cuando volviera al Templo Jedi. Nada de recompensas. Mucha suerte tendrían I-Cinco y él si recibían protección contra el Sith mientras el Consejo debatía la mejor manera de emplear la información que le había proporcionado. No tenía ninguna duda de que encontrarían el modo de que sirviera a sus fines, como solían hacer con todo aquello con lo que entraban en contacto.

Con todo y *con todos*.

El pasaje subterráneo que recorrían era tan oscuro y retorcido que el laberinto de sus recuerdos y su odio. Se preguntó por duodécima vez por qué no dejó que Assant se precipitara al suelo cuando la explosión de la motojet la arrojó fuera del aerocoche. No podía ni excusarse argumentando que la necesitaba para pilotar el vehículo; I-Cinco era perfectamente capaz de hacerlo. No, había sido un impulso de lo más pernicioso, de esos que creía haber erradicado definitivamente de su persona mucho tiempo atrás: un gesto humanitario.

El recuerdo de lo que había hecho le preocupaba. Los pasados cinco años había aprendido la costumbre de no arriesgar el cuello por nadie que no fuera I-Cinco. El

sarcástico androide era lo más parecido a un amigo que tenía. Y lo que le hacía tan buen amigo era algo muy sencillo: que no pedía nada a cambio. Lo cual estaba bien, porque él no tenía nada que dar. Hacía cinco años que le habían quitado todo lo que le hacía humano. Se daba cuenta de que, en realidad, no era más humano que el androide que le servía de compañero.

Se esforzó para apartar sus pensamientos del pasado. Iba camino de sumirse en la más negra de las depresiones, y en ese momento no podía permitirse algo así. Tenía que mantenerse alerta si quería salir con vida de esa situación. No podía contar con la Jedi para que le ayudase, ya que confiaba tanto en ella como en su propia capacidad para derribar un ronto. Volvió a concentrarse, aunque no sin cierto esfuerzo.

El débil brillo de los viejos candelabros fotónicos había desaparecido medio kilómetro antes. La única fuente de luz de la que disponían era la de los iluminados fotorreceptores del androide, capaces de proyectar dos rayos gemelos de luz tan potentes como los faros de un coche. Revelaban lo que tenían directamente delante o detrás de ellos, dependiendo de la dirección en que I-Cinco moviera la cabeza, pero la oscuridad les lamía ávidamente desde las demás direcciones. Lorn empezaba a sentir claustrofobia. No era sólo por la oscuridad constante; podía *sentir* el incalculable peso de las estructuras que se alzaban encima de ellos presionando hacia abajo. Aunque Coruscant era un planeta tectónicamente estable, algo que junto a su localización había facilitado su elección como capital galáctica, y en mil años nunca había tenido lugar un terremoto, no podía dejar de pensar en el probable destino que podía acaecerles si tenía lugar uno mientras él se paseaba por las entrañas del planeta.

Era difícil decirlo en esa siniestra oscuridad, pero, a juzgar por el eco de sus pasos, el túnel parecía estar ensanchándose de algún modo. A lo largo de los últimos centenares de metros habían estado pasando ante lo que parecían pasajes laterales, apenas algo más que manchones de oscuridad en las paredes, y la imaginación de Lorn se apresuró en poblarlos de todo tipo de desagradables moradores. Ratas blindadas grandes como aerocoches era una imagen de la que podía prescindir alegremente. La vida en los niveles superiores de Coruscant podía ser una experiencia maravillosa, al haberse erradicado siglos antes problemas como el de la contaminación ambiental. Pero los beneficios tecnológicos siempre tienen un precio, y si éste no lo pagaban los niveles superiores tendrían que hacerlo los inferiores. Bajo el paisaje urbano del planeta había un paisaje muy diferente, compuesto por desperdicios industriales y productos químicos carcinógenos. Los programas de noticias más sensacionalistas de la holored siempre hablaban de las peligrosas mutaciones que podían encontrarse en las alcantarillas y los sistemas de drenaje, historias que, en ese momento, Lorn no tenía problemas en creer. Estaba seguro de oír ominosos ruidos reptantes a los lados, un lento pisotear y arrastrar de alguna bestia bípeda al seguirlos, la furtiva respiración de algo enorme y hambriento a punto de saltar sobre ellos. *Para ya*, se dijo con severidad. *Sólo es tu imaginación.*

—¿Habéis oído eso? —preguntó Assant.

Se pararon. I-Cinco sondeó la oscuridad en varias direcciones con sus rayos oculares sin que revelaran nada más que viejas paredes cubiertas de musgo.

—Tengo los audiorreceptores a su máximo alcance. No oigo nada que pueda indicar peligro. Además, mis radares no detectan ningún movimiento en las proximidades.

—Puede que tú tengas un radar —dijo Assant—, pero yo tengo a la Fuerza, y en este momento me dice que no estamos solos.

—Imposible —dijo Lorn.

Los Jedi siempre usaban la Fuerza como un comodín, como una excusa para justificar todo tipo de actos y opiniones. No dudaba de la existencia de la Fuerza ni de que ellos pudieran controlarla, ya que había visto muchas muestras de ambas cosas. Pero tenía la impresión de que la usaban sobre todo para justificar actos cuestionables.

—¿De verdad crees que algo que pueda vivir aquí tendría acceso a un anulador de radar? —continuó diciendo.

Iba a enumerar varias razones sarcásticas sobre por qué era una idea ridícula cuando algo brotó de la oscuridad y le golpeó en la cabeza, haciéndole perder por un rato cualquier interés en proseguir la conversación.

o o o

Darsha sacó el sable láser de su clip y lo activó. No tenía ni idea de la clase de amenaza a la que se enfrentaban, pero, fuera cual fuera, les había rodeado. El androide y ella se colocaron espalda contra espalda, con la forma inconsciente de Pavan entre ellos, en el suelo. I-Cinco tenía las dos manos levantadas, con los dedos índices extendidos, como un niño que simulara apuntar con unas pistolas de rayos. Giró lentamente la cabeza en 360 grados, iluminando los alrededores. A la izquierda había una galería, dos más a la derecha. No se movía nada. No había indicación de dónde provenía el arma que había tumbado a Pavan. Era un palo curvado que en ese momento podía verse en el suelo, a los pies de la Jedi.

—Aquí estamos demasiado al descubierto —dijo en voz baja—. Coge a tu amigo y pongámonos al menos con la espalda contra la pared.

El androide no dijo nada. Manteniendo el dedo izquierdo extendido, bajó el otro brazo para rodear la cintura de Pavan, levantando al inconsciente humano con la misma facilidad con que Darsha habría levantado a un niño pequeño. Empezaron a moverse cautelosamente hacia la pared más próxima.

El ataque vino de la única dirección que no se esperaban: de arriba.

Una red de fina malla cayó sobre ellos sin previo aviso. Darsha sintió que se extendía encima suyo y la atacó con el sable láser, consiguiendo sólo que éste chirriara y emitiera una lluvia de chispas. Se dio cuenta demasiado tarde que la red estaba cargada con algún campo de fuerza. Sintió que una descarga de energía la recorría el cuerpo y la oscuridad volvió a envolverla, por segunda vez en las últimas horas.

## Capítulo 19

### D

isciplina.

La disciplina es todo. Conquista el dolor. Conquista el miedo.

Y, lo que es más importante, conquista el fracaso.

Fue la disciplina lo que permitió a Darth Maul sobrevivir a una caída de treinta metros sobre un montón de escombros y cascotes; la disciplina de combate teräs käsi, que le proporcionaba un control completo sobre su cuerpo, pudiendo realizar acrobacias aéreas para dirigir su caída y evitar saledizos ornamentales, cornisas y demás obstáculos potencialmente letales; la disciplina del Lado Oscuro, que le permitía manipular la gravedad, aminorando su descenso lo bastante como para golpear el suelo sin convertirse por ello en una bolsa de huesos rotos y órganos desgarrados. Maul pudo dirigir de ese modo la caída de su cuerpo y así sobrevivir, incluso estando medio aturdido a resultas de la inesperada explosión de su motojet.

Pero ni siquiera alguien en tan soberbia forma física como él podría salir de semejante explosión y caída completamente ileso. Tras el impacto, yació semiconsciente entre los restos, apreciando vagamente que a corta distancia tenía lugar una segunda explosión provocada por el aerocoche al estrellarse.

Yació allí, y recordó.

o o o

*No hay dolor donde hay fortaleza.*

A Darth Maul le parecía haber tenido siempre a su lado a su Maestro. Era una parte de su vida, implacable, indomable, inexorable. La disciplina había sido su guía desde mucho antes de aprender a hablar. Darth Sidious le había moldeado, esculpiendo su cuerpo y su mente como si fuera un arma sin fisuras, convirtiendo a un niño débil y plañidero en el guerrero definitivo. Y Maul estaba dispuesto a morir por él, sin preguntas ni titubeos. Los objetivos de Lord Sidious eran los objetivos de los Sith, y éstos debían hacerse realidad, costase lo que costase.

Toda la existencia de Maul había sido un entrenamiento continuo. Todo había sido ejercicio e instrucción desde sus primeros años, desde mucho antes de que la voz se le tornara grave. Había estudiado y aprendido los intrincados movimientos y formas del estilo de combate terä käsi, con sus pautas de movimientos basadas en las actitudes de caza de diversas bestias de toda la galaxia: la "embestida del wampa", el "rancor rampante", la "serpiente dragón danzarina", y muchas más. Había realizado ejercicios en entornos que iban de la gravedad cero a campos gravitatorios que doblaban el de Coruscant. Había dominado el intrincado y peligroso uso del sable láser de doble hoja. Y todo ello con un fin: ser la mejor herramienta posible al servicio de la voluntad de su Maestro.

Pero no había aprendido sólo a luchar. Las enseñanzas de su Maestro habían abarcado mucho más que eso. También había aprendido discreción, subterfugio, intriga.

*Lo que se hace en secreto tiene un gran poder.*

Uno de sus primeros recuerdos era el de ser llevado ante el Templo Jedi. Tanto Sidious como él habían ido disfrazados de visitantes. El control que tenía su Maestro del Lado Oscuro había bastado para que sus enemigos no sintieran su presencia, siempre y cuando no entraran en el edificio. De todos modos, eso habría sido improbable, ya que el Templo no estaba abierto a los visitantes. Habían permanecido allí durante la mayor parte del día, señalándole Darth Sidious los diferentes rostros de sus enemigos a medida que éstos salían y entraban. A Maul le resultó emocionante darse cuenta de que podía estar en presencia de los Jedi, mientras escuchaba a su Maestro hablarle de su futura caída, sin que ellos tuvieran ni la más remota idea del inevitable destino que les aguardaba.

Ésta era la gran gloria y la oculta fortaleza de los Sith: el hecho de que sólo eran dos: Maestro y aprendiz. Sus operaciones clandestinas podían tener lugar prácticamente ante las mismas narices de los Jedi, y los muy idiotas no sospecharían nada hasta que fuera demasiado tarde. Pronto llegaría el día de la caída de los Jedi, muy pronto.

Pero para él nunca sería demasiado pronto.

*La ira es algo vivo. Aliméntala y crecerá.*

El twi'lek con el que combatió no había sido el primer Jedi con el que había cruzado el sable láser, pero no estaba muy lejos de volver a tener ese honor. Había sido revigorizante comprobar que él, Darth Maul, era mejor en combate que sus odiados enemigos. Ansiaba poder enfrentarse a uno de los guerreros Jedi más grandes: Quizá Plo Koon, o Mace Windu. Eso sí que pondría a prueba su habilidad. Y no tenía ninguna duda de que acabaría teniendo esa oportunidad. Su odio por los Jedi era lo bastante fuerte como para hacer real por sí solo una confrontación así.

Pronto.

o o o

Recuperó la consciencia, dándose cuenta que estaba tumbado sobre un montón de basura no muy lejos de donde el Jedi había provocado su propio fin y casi también el de Maul. Un saqueador devaroniano estaba a punto de quitarle el sable láser, caído cerca de él. El Sith miró al intruso, y éste no perdió tiempo en desaparecer.

Cogió el sable láser y se puso en pie. Sus músculos, huesos y tendones aullaron de dolor, pero el dolor no significaba nada. Lo único que importaba era saber si había completado o no su misión.

Los retorcidos restos del aerocoche yacían cien metros calle abajo. Maul lo investigó. Había quedado aplastado por grandes pedazos de ferrocreto y duracero que requerirían demasiado tiempo para ser movidos, hasta con la ayuda de la Fuerza. Abrió los sentidos, intentando determinar si el cuerpo de sus enemigos yacía bajo los cascotes. Lo que le dijo la Fuerza le hizo cerrar el puño en gesto de furia.

El aerocoche estaba vacío.

Cabía la posibilidad de que la explosión los hubiera arrojado fuera del coche antes de que cayeran los escombros, en cuyo caso los carroñeros de la ciudad debían haberse llevado los cuerpos del lugar. Pero no estaba seguro de que hubiera pasado de ese modo. Dado el tipo de suerte que había tenido el corelliano hasta ese momento, Maul sabía que sólo se sentiría cómodo informando a Lord Sidious de que por fin estaba resuelto el problema cuando viera el cadáver de Pavan, y a ser posible con la cabeza separada de los hombros gracias a su sable láser.

Empezaba a sentir cierto respeto por ese Lorn Pavan. Aunque gran parte de su capacidad para evadir a su destino podía achacarse a la suerte, el aprendiz de Sith debía admitir que otra parte se debía a los instintos de supervivencia de Pavan. Evidentemente, nunca habría durado tanto tiempo en los niveles bajos de no tener la capacidad de una cucaracha para sentir y evitar el peligro. Aun así, Maul estaba

ligeramente impresionado. Cosa que tampoco era muy importante. La habilidad de su presa para permanecer con vida sólo haría que su inevitable triunfo fuera aún más satisfactorio.

Empezó a registrar la zona, rastreando los filamentos del Lado Oscuro, buscando el camino que habían tomado. Vio el quiosco casi de inmediato. Incluso sin la Fuerza para guiarlo, supo que era la única ruta de escape que podían haber tomado. Desgraciadamente, la explosión del aerocoché había cubierto de escombros la entrada al subterráneo.

Se le estaba agotando la paciencia. Cinco metros calle arriba había una rejilla de ventilación que parecía dar al mismo conducto subterráneo que el quiosco. Encendió uno de los extremos de su sable láser y lo hundió en la rejilla. La hoja cortó fácilmente los listones metálicos. La rejilla cayó un segundo después al interior del conducto, y Darth Maul la siguió.

Aterrizó con suavidad. El túnel entero temblaba por el rugido de alguna bestia titánica. Maul alzó la mirada para ver un transporte de carga sin conductor dirigiéndose hacia él a más de cien kilómetros por hora.

Cualquier otro, incluido un atleta entrenado en un campo gravitatorio mucho más pesado, habría quedado aplastado y reducido a papilla. Pero Maul se aferró a la Fuerza y dejó que lo desplazara hacia arriba y a un lado como si estuviera al extremo de una gigantesca banda elástica. El gigante metálico no le acertó por milímetros.

Maul se descubrió parado en una estrecha pasarela que parecía correr a un lateral del conducto. Miró a su alrededor, buscando con los ojos y la mente. Sí... habían escapado por aquí. Su rastro estaba fresco.

Podían huir, pero no esconderse.

Darth Maul reanudó la caza.

o o o

El primer pensamiento que tuvo Lorn cuando recuperó parcialmente la consciencia fue que para qué podía molestarse alguien en secuestrarlo y sacarlo de Coruscant para abandonarlo en uno de los gigantescos mundos gaseosos de la galaxia, probablemente Yavin. Resultaba obvio que era eso lo que había pasado, ya que sentía que la gravedad y la presión atmosférica lo aplastaban hasta convertirlo en una pasta sin huesos. Sobre todo a su cabeza. Y fuera lo que fuera lo que estuviera respirando, no se parecía ni de lejos a una cómoda mezcla de nitrógeno y oxígeno.

Igual habían aparcado en una órbita demasiado próxima al horizonte de un agujero negro, y esas fuerzas estaban haciéndole pedazos. Algo que explicaría por qué le dolía la cabeza de forma tan abominable, y por qué no sentía ni las manos ni los pies.

Pestañeó y vio cierta luz de color verdigrís. Se dio cuenta de que yacía sobre un frío suelo de piedra, con los brazos y piernas atados. La luz, por débil y temblorosa que fuera, seguía siendo excesiva para que pudiera encajarla con ese dolor de cabeza. *Esta vez sí que he debido cogerla buena*, pensó. *Puede que I-Cinco tuviera razón en lo de las células de mi hígado, pero no pienso admitirlo delante de él.*

Aun así, seguía habiendo algo raro en la situación. Sabía que si se daba la ocasión podía llegar a ser un borracho bastante desagradable, pero nunca había llegado al punto de que tuvieran que atarlo. Hmm. Igual debería volver a abrir sólo un ojo, con mucho cuidado, claro, y echar otro vistazo a su alrededor.

Mirándole a apenas un palmo de distancia había un rostro que no habría imaginado ni en sus peores pesadillas.

Lorn jadeó y se echó instintivamente hacia atrás, intentando apartarse de la monstruosa aparición. El repentino movimiento puso en marcha un detonador térmico que alguien había implantado en su cráneo con muy poco civismo, y el dolor le resultó

tan asombrosamente intenso que por un momento se olvidó de la cosa que le observaba.

Pero sólo por un momento.

Eso se acercó a él, mirándolo. No, se corrigió Lorn, no mirando. Uno debe tener ojos para mirar. Todos los componentes de su rostro eran extremadamente repulsivos, pero sin ninguna duda los ojos eran lo peor de todos. Peor que esa mortecina piel blanquiazulada y el largo y musgoso pelo, peor que el ancho boquete sin labios que tenía por boca y que recordaba la entrada a una caverna llena de estalactitas y estalagmitas amarillas, peor aún que la protuberancia semejante a un cráneo que hacía las veces de nariz con dos hendiduras verticales por ventanas.

Los ojos eran desde luego peores que todo eso.

Porque no parecía tener ninguno. Desde los pesados pliegues de la base de la frente hasta las enjutas mejillas sólo había piel albina. Tras esa piel, allí donde debían encontrarse las cuencas de los ojos, se veían dos órganos con forma de huevo agitándose continuamente, girando el uno independientemente del otro. Ocasionalmente se nublaban con un tono más oscuro, como si se deslizaran sobre ellos unas membranas situadas bajo la piel.

A lo largo de los años anteriores, Lorn había tratado con gran variedad de especies alienígenas, acostumbrándose a ver todo tipo de criaturas en las calles y aeropaseos de Coruscant. Pero había algo terrible y obscenamente *erróneo* en la apariencia de este monstruo. En la de éste y en de los otros que eran como él, ya que los ojos de Lorn se iban haciendo a la difusa luz y podía ver que había al menos una docena, quizá más, acucillados a su alrededor, formando un semicírculo.

Se echó todavía más atrás, apoyándose en codos y talones. Tarea ésta nada fácil si se tiene en cuenta que aún sentía la cabeza lo bastante grande como para poseer órbita propia. Las criaturas se le acercaron más aún, tambaleándose grotescamente sobre nudillos y piernas contrahechas. Lorn miró desesperadamente a su alrededor, buscando a I-Cinco, sintiendo que en la garganta se le agolpaban los inicios de un grito. Vio a Darsha Assant tumbada en el sucio suelo de piedra, a dos metros de distancia, y a I-Cinco a una distancia semejante al otro lado. La padawan parecía inconsciente, pero respiraba con normalidad. Notó sin gran sorpresa que su sable láser ya no pendía del cinto. I-Cinco yacía con el rostro vuelto hacia Lorn, y el humano pudo ver que sus fotorreceptores estaban oscurecidos. Habían desconectado su control Maestro.

Estaban en una gran cámara, de techo sujeto por columnas convergentes. La luz, la poca que había, brotaba del líquen fosforescente que cubría las paredes. El lugar parecía una chatarrería, habiendo aquí y allí piezas rotas de equipo y maquinaria. Apestaba como un osario.

Fijándose mejor, pudo ver dispersos entre los escombros tecnológicos lo que parecían huesos roídos y pertenecientes a diferentes especies.

Lorn ajustó cuidadosamente su posición, poniendo las piernas debajo de él. La cabeza seguía aullándole como un banshee corelliano, pero intentó ignorar el dolor. Si conseguía llegar hasta I-Cinco y volver a conectar el interruptor Maestro de su nuca, el androide se ocuparía en poco tiempo de esos horrores subterráneos. Tenían las orejas anormalmente grandes, sin duda dependían del oído para guiarse en la oscuridad. Un buen chillido del vocabulador de I-Cinco provocaría una estampida entre ellos, devolviéndolos a las tinieblas de las que habían salido.

Estaba bastante seguro de dónde se encontraban, aunque ese conocimiento lo consolaba bien poco. De hecho, hacía todo lo contrario. Desde que su pérdida de gracia le arrojó a las malas calles de Coruscant, había oído rumores ocasionales sobre criaturas humanoides involucionadas llamadas chton, que acechaban en las profundidades de los laberintos subterráneos de la ciudad planetaria. Se decía que el morar en la oscuridad durante miles de generaciones les había privado de los ojos. Se

suponía que aún conservaban conocimientos tecnológicos rudimentarios, lo cual explicaría la red de electroshock que habían usado para capturar a Lorn y sus camaradas.

También se suponía que eran caníbales.

Lorn nunca había dado crédito a esas historias, considerándolas cuentos para asustar a niños recalcitrantes y hacerlos obedecer, otro mito de los muchos que se daban como hongos en las calles de los niveles bajos. Pero en ese momento resultaba obvio que ese mito concreto era demasiado real.

Los chtons se le acercaron aún más. Uno de ellos se colocó entre Lorn e I-Cinco, aunque igual era una, pues todos iban desnudos a excepción de unos harapientos taparrabos, y su pellejo estaba tan suelto y fofo que resultaba difícil determinar a qué sexo pertenecía cada individuo.

*Así es como voy a acabar, pensó Lorn, sorprendiéndose al sentir tan poco miedo. Vaya carrera he tenido; de próspero técnico al servicio de los Jedi a fugitivo a punto de ser devorado por caníbales mutantes en las entrañas de Coruscant. Esto sí que no me lo esperaba.*

Los chtons se acercaron más aún. Uno alargó hacia él un hirsuto y pálido brazo. Lorn se tensó. Pensaba luchar, por supuesto. No iría como un nerf al matadero. Era lo menos que podía hacer.

*Lo siento, Jax, pensó cuando llegaron hasta él.*



## Capítulo 20

Obi-Wan Kenobi activó los repulsores de descenso y abandonó el flujo de tráfico aéreo. A medida que su aerocoche descendía en una estrecha espiral hacia la sábana de niebla que marcaba donde empezaban los niveles inferiores, el joven padawan observó las parpadeantes luces de las mónadas y rascacielos que lo rodeaban. Acababa de atardecer, y la luz cereza se desvanecía a medida que descendía.

Miró al panel de instrumentos, asegurándose de que se dirigía a las coordenadas del piso franco del Pasillo Carmesí. A medida que el aerocoche descendía a más profundidad fue fijándose en que el aspecto de los edificios se iba deteriorando, ya fuera por la pintura descascarillada o por las ventanas rotas, pero hasta que no atravesó la capa de niebla no notó un auténtico cambio. A partir de ese momento las ventanas rotas y sin luces se abrían por todas partes como si fueran heridas, y los pocos aeropaseos que unían las estructuras estaban desiertos, con las barandillas dobladas o rotas.

*Es un mundo diferente*, pensó. Atravesar la capa de nubes era casi como dar un salto hiperespacial a algún planeta decrepito del exterior. Obi-Wan conocía de la existencia de barrios pobres en alguna que otra parte de la superficie de Coruscant, pero nunca había imaginado que pudiera haberlos tan cerca del Templo Jedi, a menos de diez kilómetros de distancia.

Una vez atravesada la niebla, activó los faros superiores e inferiores para poder ver con claridad. El vehículo se detuvo a unos pocos centímetros de la agrietada superficie de la calle. La zona estaba relativamente desierta, a excepción de una docena de mendigos de diversas especies que huyeron en cuanto apareció el aerocoche. Qué raro, pensó Obi-Wan. Esperaba que se amontonaran a su alrededor, suplicando. Puede que tuviera que ver con el hecho de que al anochecer la zona pasaba a ser territorio raptor.

Miró a su alrededor y vio que el saltador de Darsha estaba aparcado no muy lejos de allí, a la sombra de un edificio. Desactivó el campo de seguridad y saltó por encima de su aerocoche.

Cuando el Maestro Qui-Gon le dijo que Darsha Assant había desaparecido, el padawan se presentó voluntario para buscarla antes incluso de que su mentor se lo pidiera. Darsha y él no eran muy buenos amigos, pero había estado en varias de sus clases y le había impresionado la manera en que mejoraba en sus estudios. Se había batido con ella dos veces: él había ganado una, ella la otra. Incluso habían compartido una vez la misma misión. Era lista, y ella lo sabía; era de ingenio rápido, y también lo sabía. Pero nunca le había parecido presuntuosa. El joven Kenobi creía que Darsha tenía todas las trazas de llegar a ser un gran Caballero Jedi. Y no había que presionarlo mucho para que admitiese que también la consideraba agradable a la vista.

De haberse tratado de alguien cuya cercanía no soportase, también habría aceptado sin preguntas la misión de salir en su busca. Después de todo, ése era su deber. Pero, en este caso, siempre había sentido que Darsha era alguien especial incluso entre los Jedi. Esperaba que no le hubiera pasado nada. Pero esa esperanza se desvaneció en cuanto le echó una mirada a su saltador.

Habían destripado la nave. Quedaba poco de ella aparte de la carrocería, las turbinas de impulso, los generadores y los motores repulsores; habían robado prácticamente todo lo que no era demasiado pesado para cargar con ello. El panel de instrumentos tenía un enorme agujero, como si lo hubiera atravesado alguna cuchilla vibratoria, aunque no había ni rastro del arma.

Obi-Wan examinó cuidadosamente el interior del vehículo, usando una pequeña pero potente linterna. No encontró en él ninguna evidencia de lucha, pero vio unas gotas de sangre en el suelo cerca de allí. Resultaba imposible adivinar si era o no sangre humana.

Algo se movió en el confín de su visión.

Obi-Wan se quedó inmóvil, volviéndose lentamente para mirar. No vio nada amenazador en las sombras vespertinas. No obstante, había visto un movimiento, uno furtivo y subrepticio. Había sido exhaustivamente informado de los peligros que representaban las bandas callejeras y los depredadores, tanto humanos como no humanos, del Pasillo Carmesí. No se necesitaba una imaginación hiperactiva para suponer que podía acecharle una de esas amenazas, a punto de atacar. Si había toda una banda de salteadores espiándole, sería difícil defenderse de todos ellos, incluso con un sable láser.

Por fortuna, el sable no era la única defensa que tenía a su disposición.

Obi-Wan Kenobi buscó a la Fuerza. Estaba esperándolo, como siempre. Dejó que su consciencia se expandiera a lo largo de sus invisibles pliegues, como un radar psíquico que buscaba y sondeaba la oscuridad. Si había algún peligro, la Fuerza lo encontraría.

Su mente tocó la de otro. Era una voluntad débil y reptilesca, más acostumbrada a atacar furtivamente desde las sombras que a un enfrentamiento directo. Era una mente humana.

Antes de que el hombre fuera consciente de que estaba siendo explorado, Obi-Wan se apoderó de su mente. La Fuerza, le había dicho más de una vez el Maestro Qui-Gon, puede ser una fuerte influencia para los débiles de mente. Aunque Obi-Wan no era ni de lejos tan eficaz como su tutor, apenas necesitó la habilidad de un novicio para influir en una mente tan débil como aquella.

—Ven aquí —dijo, con tono tranquilo y autoritario.

De la penumbra emergió un joven humano al que calculó unos dieciséis o diecisiete años estándar. Su vestimenta estaba compuesta sobre todo de cuero y harapos, rematada con una cresta de diez centímetros de alto de pelo verde que se mantenía erguida por un campo electrostático. El padawan pudo notar el miedo y la apagada culpa en su mente, miedo a que su captor supiera de algún modo que su banda y él habían atacado al otro Jedi.

—¿Dónde está? —preguntó Obi-Wan.

—N... no sé a quién te refie...

—Sí, sí lo sabes. La padawan Jedi de este saltador. Dímelo de prisa o...

Obi-Wan bajó la mano, posándola sugerentemente en el pomo del sable láser que pendía del cinto. Nunca iría tan lejos como para utilizarlo, pero una velada amenaza podía hacer maravillas.

Sintió en su propia mente el miedo y el odio de Pelo Verde como si fuera ácido. Le resultó difícil mantener la compostura.

—*De acuerdo*, nos metimos un poco con ella, pero entendimos su indirecta en cuanto le cortó la mano a Nig, ¿sabes? Vamos, si tantas ganas tenía de quedarse la nave, que se la quedara.

—¿A dónde se fue?

Pelo Verde negó con la cabeza y se encogió de hombros. Obi-Wan escuchó a la Fuerza y supo que le decía la verdad.

—¿Iba con un fondoniano macho?

—¿Ése? —preguntó Pelo Verde con una sonrisa torcida—. Los halcones murciélago se ocuparon de él. Lo que quedó se lo llevó la escoria de la calle.

Obi-Wan sintió que le invadía la desesperación, quedándose tan desolado como las calles que le rodeaban. La misión de Darsha parecía haber sido un completo fracaso que muy bien había podido culminar en su muerte. Por supuesto, peinaría toda la zona, preguntando a todo el que pudiera encontrar, e intentaría sentirla mediante la Fuerza, pero dado el tiempo transcurrido y el inhóspito entorno en que estaba buscándola...

—Había más Jedi —dijo de pronto Pelo Verde—. Yo no los vi, pero me lo han dicho.

—¿Qué te han dicho?

—Alguno de mi sangre vio a alguien en una motojet persiguiendo a otro en un aerocoche. Los alcanzó y tuvieron una gran pelea. La motojet explotó y el coche se estrelló en el Bulevar Barsoom. Hubo una gran explosión. Eso es lo que me dijeron.

Obi-Wan frunció el ceño desconcertado. Los Jedi de los que hablaba Pelo Verde sólo podían ser Darsha y su mentor, Anoon Bondara.

Interrogó más a fondo a Pelo Verde, asegurándose de que podría encontrar el lugar del accidente, y después le liberó de su control mental. El chico no perdió tiempo en desaparecer de la vista. Obi-Wan volvió a su aerocoche y se dirigió a esa dirección, más desconcertado que nunca. Pelo Verde se había atendido a su historia, por muy cuidadosamente que lo interrogara y sondeara mentalmente: dos figuras con capas y capuchas habían sido vistas primero en una persecución a gran velocidad y después en una cornisa de carga, combatiendo con la ferocidad de dos luchadores tyrusianos. La batalla había culminado en dos grandes explosiones al estallar la motojet y el aerocoche.

Obi-Wan negó con la cabeza mientras pilotaba el aerocoche por las oscuras y estrechas calles. Era inútil especular a esas alturas. Con suerte, todo se aclararía cuando llegase al lugar de la explosión.

o o o

El lugar se había alterado muy poco desde la explosión del aerocoche; en esa parte de la ciudad podían pasar meses antes de que se asignara a un equipo de androides la limpieza de esos restos. Pero pocas de las preguntas de Obi-Wan encontraron una respuesta tras una detallada investigación de los retorcidos y rotos restos del aerocoche, o del montón de escombros que una vez fue una cornisa de carga. Había tantos cascotes sobre el vehículo del Maestro Bondara que no podía decir si había o no cadáveres debajo. La Fuerza no parecía indicarle que allí hubiera muerto un Jedi, pero habían pasado varias horas y la perturbación que aún permanecía en el campo de energía era sutil y difícil de leer. Puede que el Maestro Qui-Gon Jinn supiera leerla, pero Obi-Wan aún no era tan hábil.

Aun así, sentía que allí había algo turbador. Sentía una maldad poderosa, una fuerte corrupción. Obi-Wan miró nerviosamente a su alrededor. La calle estaba mayormente desierta y silenciosa, pero no era un silencio pacífico, sino uno que le producía cierta sensación de inquietud, de peligro al acecho. La tentación de coger el sable láser y activarlo resultaba casi abrumadora. La combinación de las pocas luces callejeras, de los edificios perdiéndose en las alturas y de la omnipresente cubierta de nubes le imposibilitaban el poder ver más allá de uno o dos metros en cualquier dirección. Podía haber todo un ejército rodeándolo, dispuesto a atacarlo, invisible en esa oscuridad que parecía respirar.

Obi-Wan negó con la cabeza, intentando despejar la repentina sensación de incomodidad que le inundaba. *No hay emoción; hay paz.* Rendirse a la paranoia no ayudaría a su misión. Tenía que actuar en la creencia de que o bien Darsha o bien el Maestro Bondara, o bien los dos, aún seguían con vida. Según ese presupuesto, tenía

que encontrar un testigo de la batalla que pudiera proporcionarle un mejor relato de lo sucedido. Necesitaba hechos, no especulaciones y rumores. *No hay ignorancia; hay conocimiento.*

Sabía que esto era cierto, pero, aun así, le costó acallar la ansiedad que sentía mientras se dirigía hacia una taberna cercana a hacerle unas preguntas a los clientes.

o o o

Dos horas después, Obi-Wan estaba más desconcertado que nunca.

Había encontrado a pocas personas dispuestas a hablar con él sin utilizar la Fuerza, y lo poco que había descubierto era confuso y contradictorio. Una cosa era segura: habían pasado muchas cosas en ese barrio, incluso para el ajetreado estándar del Pasillo Carmesí.

No había encontrado a nadie que admitiera haber presenciado la batalla, pero sí a muchos que habían visto la persecución a gran velocidad entre el aerocoche y la motojet. Algunos dijeron que había algunos Jedi implicados, otros que ninguno. Algunos juraron que un androide pilotaba el aerocoche. Otros estaban seguros de que un Jedi conducía la deslizadora, mientras que otros no. También había descubierto que una figura vestida de negro, según algunos la que pilotaba la motojet, había estado implicada en otra explosión que tuvo lugar en un bloque de cubículos situado a unas pocas calles de distancia. En esa explosión habían muerto varias personas, incluyendo un cazarrecompensas humano. También había tenido lugar un disturbio en un club nocturno propiedad de un hombre del Sol Negro, un hutt llamado Yanth, y donde se comentaba la participación de un encapuchado.

Nada de todo esto parecía tener sentido.

Consiguió encontrar un testigo que parecía estar seguro de que los dos Jedi del aerocoche eran un macho twi'lek y una hembra humana. Debían ser Anoon Bondara y Darsha, dedujo Obi-Wan. Pero seguía sin saber si habían sobrevivido o no a las explosiones. Su informador le dijo que iban con un macho humano y un androide.

Tras meditarlo un poco, Obi-Wan decidió que lo mejor era investigar en el club nocturno. Si ese Yanth era miembro del Sol Negro, seguramente sabría mejor que la chusma callejera lo que había pasado.

—Todo esto no presagia nada bueno —murmuró para sí mientras se dirigía al club nocturno.

## Capítulo 21

Darsha oyó los sonidos de un forcejeo que parecía tener lugar a gran distancia. Parecían aumentar y disminuir, rompiendo sobre ella como si fueran las olas del océano mientras su mente forcejeaba para recuperar la consciencia. Deseó vagamente que lo que fuera que pasaba se detuviese, para poder volver a las profundidades del pozo negro del que salía reticente en ese momento. Últimamente había padecido mucho miedo y dolor, y sentía que se merecía un descanso.

Pero el altercado no disminuyó, sino que aumentó en sonoridad. Ya reconocía una de las voces, la de Lorn Pavan. Las demás voces no parecían ser humanas, asemejándose en su mayoría a gruñidos y bramidos guturales.

Resultaba evidente que tenía algún tipo de problema. En su estado semiconsciente, Darsha no veía ningún motivo para acudir en su ayuda. No le caía bien, y había dejado muy claro que ella tampoco le caía bien a él. No parecía sentir ninguna animosidad personal por ella; sólo por los Jedi en general. En cierto modo, eso era incluso más insultante. Darsha prefería que alguien basara su desagrado en su personalidad, y no en algo abstracto representado por ella. Podía enfrentarse a la enemistad más fácilmente que al racismo.

No obstante, estaba resultando dolorosamente obvio que el forcejeo que oía no se resolvería solo. Y, de pronto, despertándose bruscamente, Darsha recordó lo que había pasado: el ataque de esos enemigos invisibles en los túneles, la red de electroshock que los había atrapado. El campo energético de la red la había dejado inconsciente. Fuera donde fuera donde estaba en ese momento, no podía ser ningún lugar saludable.

Abrió los ojos y se las arregló para alzar la cabeza lo bastante como para ver lo que pasaba, aunque al hacerlo sintió en el cráneo una punzada de dolor como el disparo de una pistola láser. Lo que vio le aceleró al máximo las glándulas de adrenalina. Pavan forcejeaba con varias criaturas de difícil clasificación a la escasa luz, aparte de que eran bípedas y definitivamente subhumanas. Parecía habérselas arreglado para dejar inconsciente a una de ellas, la cual yacía en el musgoso suelo junto al androide, que también parecía fuera de combate.

Darsha consiguió incorporarse y ponerse de rodillas. Sus movimientos llamaron la atención de varias de las criaturas que rodeaban a Pavan buscando el momento de atacarlo. Se giraron y se tambalearon hacia ella, con sus aullantes bocas muy abiertas. La padawan vio la piel ondulante que cubría las cuencas oculares, y el horror de esa visión hizo que el corazón le latiera apresuradamente.

Llamó a la Fuerza y, todavía de rodillas, alargó ambos brazos, con los dedos muy separados, lanzando hacia sus atacantes dos oleadas gemelas de invisible poder. Las inesperadas descargas los alcanzaron haciéndoles trastabillar hacia atrás. Aullaron de miedo y rabia, en un siniestro ulular que reverberó por todo el lugar.

La aspirante a Jedi aprovechó la ventaja que le proporcionaba ese respiro momentáneo para ponerse en pie. Buscó instintivamente el sable láser, y no se sorprendió mucho al ver que no colgaba del clip de su cinto. No tenía tiempo de buscarlo, dado que ya había varios subhumanos cargando contra ella. Resultaba difícil

evitarlos pese a que se movían con lentitud, dado que eran muchos en una cámara relativamente pequeña.

Pavan, que tenía a dos de ellos aferrados en cada brazo, vio que ella había despertado.

—¡Son chton! —le gritó—. ¡Son caníbales!

Sus palabras hicieron que un escalofrío de miedo y repugnancia recorriera la columna vertebral de Darsha. Como casi todo el mundo que vivía en Coruscant, había oído leyendas sobre esos subhumanos sin ojos, pero nunca pensó que pudieran ser reales. El miedo le dio nuevas fuerzas y renovada concentración, volviendo a rechazar a sus atacantes con el uso de la Fuerza. Pero eran más fuertes de lo que parecían, además de extremadamente tenaces y, pese a verse derribados por su poder, volvían a incorporarse y a atacar, gimiendo y aullando.

A Pavan le iba peor que a ella, al tener sólo pies y manos con los que luchar. Los chton lo arrastraban hacia uno de los oscuros recovecos de la cámara.

—¡Han desactivado a I-Cinco! ¡Él puede ayudarnos! —le gritó.

*¡Pues claro!*, pensó Darsha. Había experimentado por sí misma lo fuerte que era el androide, cuando los puso a salvo tanto a Pavan como a ella tras chocar el aerocoche. Miró a I-Cinco y en la escasa luz pudo ver que el interruptor Maestro de su nuca estaba desconectado.

¿Podría reactivarlo? No estaba segura. No tenía manera de llegar físicamente hasta él, y no estaba tan segura de su control de la Fuerza, y menos en esas circunstancias. Una cosa era emplearla como una porra contra un enemigo, y otra muy distinta mover un pequeño interruptor a varios metros de distancia.

Alejó sus dudas. *Tenía* que hacerlo, o podían darse ya por muertos.

Enfocó su mente en el androide, sintió la tenue, intangible, conexión que había entre sus pensamientos y el frío metal del interruptor. Lo empujó con la mente, sintiendo la resistencia.

Un chton la agarró por detrás.

Darsha contuvo un grito de sorpresa. Sintió que casi perdía el débil asidero mental que tenía sobre la pequeña palanca de duracero, y con todo el poder de su voluntad *lanzó* el tentáculo de Fuerza contra ella. Entonces, el chton tiró de ella hacia atrás y la muchacha sintió que sus pegajosos dedos, fríos como las manos de un cadáver, se cerraban en torno a su cuello.

Un agudo chirrido, que no se parecía a nada que hubiera oído antes, llenó de repente el aire. Era algo más que desagradable; era realmente doloroso. Le taladró los dos oídos para expandirse en el centro de su cabeza como si fuera algo vivo y voraz. El chton la soltó y ella se tambaleó hacia adelante, llevándose las manos a los oídos. Eso la alivió un poco, pero no lo suficiente.

Pero era obvio que la estridencia le causaba más dolor a los chton que a ella. Lo cual no dejaba de tener sentido, pues al vivir en esa oscuridad eterna, las criaturas habrían dependido más y más de su oído a cada generación que pasaba. Sus chillidos y gemidos de agonía apenas eran audibles por encima de ese chirrido continuo emitido por I-Cinco.

El androide reactivado estaba en pie, moviéndose con rapidez, abriéndose paso por entre el aturdido grupo de subhumanos para llegar hasta Lorn Pavan, mientras el ensordecedor sonido continuaba brotando de su vocalizador. Los chton que se llevaban a Pavan se retorcían de dolor como sus camaradas, y lo habían soltado.

Darsha siguió al androide. I-Cinco cogió a Pavan y se dirigió hacia la oscura boca de un túnel que se abría en la pared más lejana de la cámara. No importaba a dónde pudiera llevarles, siempre sería un lugar mejor que en el que estaban.

Pero sus posibilidades de llegar a él no eran muy buenas. Aunque era evidente que seguían sufriendo de dolor, los chton ya empezaban a agruparse, sin duda movidos por la visión de su comida escapándose. Darsha lanzó más golpes invisibles a uno y otro

lado, despejando un camino para los tres, pero ya se formaba un grupo mayor delante de ellos para bloquear su salida.

Miró desesperada a su alrededor, buscando algo que la sirviera de arma, y vio su sable láser a unos cinco metros de ella, sobre un montón de desperdicios y tecnobasura. Con un sobresalto de sorpresa y gratitud, lo buscó con la mano y la mente. El arma voló desde su posición cruzando el espacio que los separaba. Un chton sintió que surcaba el aire y dio un torpe salto que casi lo intercepta, cayendo de bruces a los pies de Darsha justo cuando ésta sentía que el sable láser llegaba a su mano. Apretó el botón activador y oyó el satisfactorio zumbido de la hoja amarilla brotando en toda su longitud.

Agarró el arma con ambas manos, trazando con ella una pauta defensiva en ocho. Le costaba concentrarse, al no haber dejado de emitir el androide su doloroso grito de sirena y parecerle que la cabeza iba a reventarle de un momento a otro. Rezó pidiendo para que, de sucederle eso, la metralla cerebral acertara a algún chton.

Los subhumanos no tuvieron más remedio que retroceder ante la amenaza conjunta del sable láser y el aullido del androide. Los tres entraron corriendo en el túnel, con I-Cinco delante y Darsha protegiendo la retaguardia. Oyeron cómo les seguían los enfurecidos gritos de sus antiguos captores, pero nada más.

El liquen fosforescente que cubría las paredes de la cámara donde habían estado continuó acompañándolos sólo durante un breve trecho del pasaje subterráneo, para después desaparecer y reaparecer en parches esporádicos que poco o nada conseguían aliviar la oscuridad. Los fotorreceptores del androide revelaban un túnel de ladrillos apenas lo bastante alto como para que Lorn caminara erguido. No iba en línea recta, sino que se curvaba suavemente, primero a la izquierda y después a la derecha.

I-Cinco apagó el chirrido una vez perdieron de vista la cámara de los chton, pasando de correr a un rápido caminar. Darsha tenía problemas para mantener el paso de las largas zancadas de los otros dos, y cada vez que sus botas tocaban el duro empedrado sentía una nueva punzada de dolor en la cabeza. Deseó devotamente que uno de los atributos de la Fuerza fuera la habilidad de curar dolores de cabeza.

Como si le hubiera leído la mente, el androide empezó a emitir otro sonido, uno bajo que era posiblemente lo más discordante del anterior. Éste pareció penetrar en sus huesos y músculos, y hasta en sus mismas células, y hacerlas vibrar sutilmente, barriendo todas las toxinas y dolores que las invadían. El sonido cesó a los pocos minutos, dejándola si no en plena forma, al menos sí notablemente mejor.

I-Cinco se detuvo tras caminar unos minutos más. Pavan y Darsha hicieron lo propio, la segunda desactivando de paso el sable láser.

—Mis sensores indican que no nos sigue nadie —dijo el androide.

—Sigamos moviéndonos de todos modos —replicó Pavan—. Ya te equivocaste antes, ¿recuerdas?

—No seas tan duro con él —dijo Darsha—. Después de todo ha vuelto a salvarnos la vida.

—Por mucho que ansíe que se me valore, me siento forzado a señalar que esta vez nos has salvado tú. Yo no habría podido hacer nada si no me hubieras reactivado —dijo I-Cinco, mirando a Lorn Pavan, aunque se dirigiera a Darsha.

Pavan titubeó un instante, desdeñoso. Entonces miró a la muchacha y le dijo:

—Tiene razón. Gracias.

Resultaba evidente que se había necesitado toda una manada de banthas salvajes para arrancarle esas palabras. ¿Por qué odiaría tanto a los Jedi?, se preguntó Darsha.

—No hay de qué —dijo en voz alta—. Tú me salvaste la vida en el aerocoche. Ahora estamos en paz.

Pavan le dirigió una mirada que parecía gratitud y resentimiento a partes iguales.

—Busquemos el camino más rápido a la superficie —le dijo a I-Cinco—. Hasta los raptos parecen amistosos comparados con lo que vive aquí abajo.

El androide asintió y se echó a caminar, seguido por los dos humanos. Ninguno de ellos volvió a decir nada, lo cual no importó a Darsha. Caminaba detrás de Lorn Pavan, preguntándose nuevamente a qué se debería su intensa antipatía hacia ella y su orden.

Podía limitarse a preguntárselo, claro. El único motivo por el que no lo había hecho aún era porque no habían tenido tiempo para ello; llevaban huyendo desde el momento en que se encontraron. Pero sus instintos le indicaban que ése no era buen momento para sacar el tema, así que guardó silencio. Puede que lo hiciera una vez salieran de esas laberínticas catacumbas, si es que llegaban a salir de ellas. Por el momento, parecía que lo mejor era dejarlo.

—Me sorprende que los chthon se rindieran con tanta facilidad —dijo bruscamente Pavan, dirigiéndose al androide—. No nos siguieron por el túnel.

—Yo también me lo he estado preguntando —repuso I-Cinco—. Y a mi mente acuden dos posibilidades, ninguna de ellas especialmente agradable de contemplar. La primera es que nos estén preparando otra trampa.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Y cuál es la segunda posibilidad?

—Que más adelante haya algo a lo que temen hasta los chthon.

Pavan no hizo réplica alguna. Siguieron recorriendo las entrañas de la ciudad planetaria, pero Darsha meditaba en las palabras del androide. Desde luego no pintaban una imagen muy alegre del futuro inmediato. ¿Algo peor aún que los chthon?



## Capítulo 22

**D**arth Maul siguió sus instintos. Le condujeron por un breve recorrido a lo largo del conducto de tránsito y por una escalera hasta llegar a un oscuro túnel. Se movía con rapidez pero con precaución. Sabía que, a esa profundidad, en las entrañas del planeta vivían criaturas con las que podía tener dificultades hasta un Señor Sith. Pero eso no le impediría alcanzar a su presa y completar su misión.

Primero mataría a Pavan, por dos motivos. Porque era el principal objetivo, por supuesto, y porque entonces podría tomarse su tiempo para matar a la Jedi. No esperaba que le diera mucho trabajo. Tenía la impresión de que sólo era una aprendiz del twi'lek al que había matado y, por tanto, no era un gran contrincante en potencia. Pero seguía siendo un Jedi, y podría jugar con ella un poco más antes de asestarle el golpe fatal. Se sentía merecedor de alguna diversión en pago parcial a todos los problemas que le habían causado.

El camino subterráneo que seguía era tan oscuro como un saco de carbón en una nebulosa. Ni siquiera él, cuyos ojos eran más sensibles a la luz que los de cualquier humano, conseguía ver apenas algo más que lo suficiente para continuar camino. Pero, más que de la visión, dependía de las perturbaciones de la Fuerza para guiarse. Ya podía sentir a su presa delante de él, y no la perdería.

A pesar de todo, se sentía impaciente. Quería correr, reducir rápidamente la distancia que lo separaba de su presa, acabar de una vez con ese asunto. Pero sólo los idiotas se precipitan hacia lo desconocido y en territorio hostil, y Darth Maul no era un idiota.

Se había echado la capucha hacia atrás para oír mejor cualquier cosa que pudiera advertirle de alguna amenaza. Entonces se detuvo bruscamente, escuchando las débiles vibraciones.

Sabía que no estaba solo.

El aire húmedo y lleno de miasmas continuaba inmóvil, y hasta la alteración que había notado en la Fuerza había sido de lo más sutil. Aun así, no albergaba ninguna duda de que estaba siendo vigilado. La luz casi inexistente le dijo que estaba en una parte ancha del túnel, a la que daban varios pasajes laterales. Sospechaba que el ataque provendría de ellos.

Moviéndose muy lentamente, bajó la mano enguantada hasta el sable láser que pendía de su cinto.

No se esperaba que el ataque fuera desde arriba, pero cuando llegó no lo pilló por sorpresa. Sintió que la electrored caía desde arriba, y supo que si intentaba cortarla con su arma láser, la energía de ésta le sería devuelta hacia él con devastadores efectos. Así que, prefirió dar un salto hacia adelante, rodar por encima de su hombro y ponerse fuera del alcance de la red. Se puso en pie y giró sobre su cuerpo, encendiendo al tiempo los dos extremos de su arma.

Y entonces los tuvo encima.

Darth Maul volvió a abandonarse al Lado Oscuro, dejando que éste guiara sus movimientos y diera potencia a sus golpes. Permaneció en el centro de un remolino de siluetas visibles sólo en breves fogonazos estroboscópicos a medida que eran derribadas por las giratorias hojas de energía. Las reconoció por sus estudios sobre los

indígenas de Coruscant: chthon, humanoides subterráneos degenerados, considerados por muchos eruditos como inexistentes. Su Maestro estaría muy interesado en saber que existían realmente. Siempre y cuando él no acabara matándolos a todos.

Para cuando interrumpieron su ataque y se retiraron aullando por los túneles laterales, ya existían menos que unos instantes antes. Por lo que podía contar en la oscuridad, Maul había matado a nueve de esas despreciables criaturas.

Siguió moviéndose tras ese rastro y preguntándose si Pavan y la Jedi se habrían topado también con los chthon. De ser así, había muchas probabilidades de que no hubieran sobrevivido. Igual le habían hecho el trabajo. Resultaría decepcionante verse privado del placer de matarlo, pero al menos eso daría fin a su misión.

Por supuesto, no podía dar por hecho que ése fuera el caso mientras no encontrase evidencias claras de ello. El humano ya había demostrado ser más duro de matar de lo que había supuesto.

Aceleró el paso en esa noche eterna, alerta ante la posibilidad de nuevos ataques.

o o o

Lorn empezó a pensar en las posibles soluciones a su situación. Mientras seguía a I-Cinco por el túnel. No parecía haber muchas. No se había visto ante una situación tan difícil en todos sus años de hombre de negocios, vendedor de información, o incluso al servicio de los Jedi. Estaba siendo perseguido por los Sith, que se suponía no existían, hasta las fosas más profundas de la ciudad donde le acechaban caníbales devoradores de carne... No había duda de que era todo un reto.

¿Cuál podría ser su siguiente movimiento, en el supuesto de que consiguiera volver a la superficie y a los niveles civilizados de la sociedad?

Sabía que la padawan pensaba llevarle directamente al Templo Jedi para comunicarle su información a Mace Windu y los demás miembros del Consejo. Pero eso era algo muy poco prioritario en su lista de deseos. Desde luego, los Jedi serían los ideales para protegerle del Sith, siempre y cuando su perseguidor no hubiera muerto en la explosión, pero en lo que a él se refería era una solución casi tan mala como el problema. ¿Ser un recurso a *usar* por un Jedi? Era un pensamiento que lo enfermaba, que despertaba demasiados recuerdos que le había costado mucho enterrar. Así que, en vez de ceder a los sentimientos que amenazaban con abrumarlo, pensó en su otra salida evidente: *Huir*.

El problema radicaba en cómo subir a una nave que pudiera llevarlos a I-Cinco y a él lo bastante lejos como para no ser encontrados por Jedi y por Sith. El transporte de especia para el que tenían pasaje había salido ya, pero los espaciopuertos estaban llenos de naves. La cosa sería más sencilla una vez dejaran Coruscant. Después de todo, la galaxia era muy grande. No podía haber muchos Sith, o ya habría corrido algún rumor que llegase a oídos de los Jedi. Y si sólo había unos pocos, razonó Lorn, no les interesaría perder mucho tiempo siguiéndole el rastro a un vendedor de información de segunda clase.

Ése era el mejor plan: subir a una nave rápida, quizá una de contrabandistas, y salir de Coruscant. Aún no sabía cómo podría pagar el pasaje, pero ya se le ocurriría algo. Podrían huir a algún planeta de tercera como Tatooine, y esconderse en el Mar de Dunas, o en las Tierras Baldías de Jundland, fundiéndose con el paisaje. Después de algunos años igual podía abrir una taberna en un sitio como Mos Eisley. No es que fuera a ser una vida especialmente emocionante, pero al menos sería una vida.

Por supuesto, puede que a I-Cinco no le gustara tanta arena. Los androides suelen necesitar muchos baños de aceite en entornos como el de Tatooine. Miró pensativo a su socio, que caminaba delante de él con su carcasa metálica reflejando la luz de sus fotorreceptores. Necesitaba discutir el plan con él, ver si I-Cinco tenía alguna idea para solventar el problema del dinero. Siempre parecía tener la idea perfecta para

complementar las suyas. Por supuesto, para ello deberían alejarse unos momentos de la Jedi.

Darsha. Se llamaba Darsha.

Incómodo, se dio cuenta de que se sentía algo culpable ante la idea de escapar de ella. Hacía tanto tiempo que odiaba a los Jedi, con una pasión que lo abarcaba todo, que le costaba verlos como individuos. Después de todo, ella le había salvado la vida. Le costaba superar el hecho de que ella fuera un Jedi, pero en el fondo sabía que era algo más que eso: era una persona. Y hasta una persona agradable, por mucho que le costara aceptarlo. Y también admirable de muy diversas maneras. Sobrellevaba muy bien la pena, teniendo en cuenta que su mentor había muerto en esa explosión. Y también los había salvado de los chthon, de eso no había ninguna duda.

*Pero no porque le gustes. Sólo por la información.*

Lorn asintió para sí. No debía olvidar que los Jedi no hacían nada que no fuera útil a sus propios fines. Nada. No se haría ningún favor poniéndose en sus garras.

No, la mejor salida era huir. Pero, en ese momento, lo de comprar un pasaje era algo que estaba fuera de toda cuestión, aunque fuese para un simple lanchón de basura.

Y entonces se acordó. iTuden Sal! Hacía ya varios meses que había proporcionado al dueño de una exitosa cadena de restaurantes algo de información que ayudó al sakiyano a conservar su licencia para vender licor. En ese momento, a Lorn le iba bastante bien y sólo le cobró un par de bebidas, bueno, puede que alguna más. Pero Sal había prometido devolverle el favor si llegaba un día en que necesitara uno.

Y, en lo que a Lorn se refería, ese día había llegado ya. Tuden Sal era conocido por sus contactos con varias organizaciones de traficantes, incluyendo la del Sol Negro. Seguro que sabría cómo sacarlos del planeta. Lorn se sintió revitalizado por esa posibilidad. Era un buen plan, si conseguía mantenerse con vida lo suficiente para llegar a hacerlo realidad.

El androide aminoró el paso delante de él. En el aire se había operado un cambio palpable. Los ecos de sus pasos parecían ser más huecos, más distantes.

I-Cinco lo confirmó.

—Para el que pueda interesarle, la caverna en la que acabamos de entrar tiene unos setecientos metros de ancho y doscientos de profundidad, festoneados por estalactitas que empiezan a cincuenta metros por encima de nosotros. Desgraciadamente, la cornisa en la que estamos acaba dentro de siete metros, culminando en una caída que —el androide hizo una pausa— en estos momentos no es mensurable por la modesta capacidad de mis sensores.

Estupendo, pensó Lorn.

o o o

Darsha oyó a Lorn Pavan lanzar un largo y atormentado suspiro.

—Déjame adivinar —dijo él—. Vamos a tener que saltar.

—No, a no ser que de repente hayas obtenido poderes de levitación superiores a los de nuestro amigo Sith —replicó el androide.

Darsha buscó con la Fuerza. No sintió nada aparte de los signos de vida de bajo nivel presentes en todo el lugar.

—Parece vacío —dijo.

—Vaya, gracias, señora de la Fuerza, pero disculpe si sigo preocupándome —replicó Pavan sarcástico—. Parece que tu eficacia con esa habilidad sigue siendo algo nebulosa.

—Resulta que hasta los Maestros Jedi, cosa que yo no soy, pueden ser pillados por sorpresa por las cosas que no son sensibles a la Fuerza. Las criaturas que no afectan mucho al flujo psíquico resultan ser a veces casi invisibles.

De pronto recordó el salto de Bondara a por el Sith y guardó silencio.

—Las buenas noticias son que parece haber un puente —dijo I-Cinco.

Darsha avanzó hasta situarse junto al androide. Para conservar el equilibrio, posó inadvertidamente la mano en el hombro de Pavan, sintiendo como éste se tensaba y se apartaba.

¿Qué era lo que le pasaba?, se preguntó. ¿Qué creía que le habían hecho los Jedi para odiarlos tanto? Darsha recordó la mirada del Maestro Bondara cuando Pavan se presentó. Su mentor conocía su nombre de antes. ¿Qué significaba eso? No solía ser curiosa, pero en cuanto volvieran al Templo haría todo lo que pudiera para descubrirlo.

Claro, pensó. Como si aún hubiera lugar para ella en el Templo después de todo lo sucedido. Había fallado en el ejercicio de graduación, hecho que mataran a su Maestro y había estado a punto de acabar devorada por un montón de monstruos ciegos. ¿Qué clase de Jedi era el que hacía todo eso?

No uno muy bueno, tuvo que admitir.

Darsha negó suavemente con la cabeza, intentando deshacerse de esa desesperación que no la abandonaba. *No hay emoción; hay paz*. Desde luego había cometido errores, y probablemente había perdido cualquier posibilidad de convertirse en Jedi. Pero mientras el Maestro Windu o cualquier otro miembro del Consejo no la reasignara oficialmente a otro puesto, ella continuaría cumpliendo con su deber lo mejor que pudiera. Llevaría a Lorn Pavan al Templo porque su información podía ser de valor para el Consejo, porque podía ayudar a mantener el orden contra el mal uso del poder. Eso era lo que haría un Jedi, y eso era lo que pensaba hacer.

Afortunadamente, Pavan no era como Oolth el fondoriano, que había sido todo bravatas y cobardía. Pavan era difícil de entender, pero hasta ese momento todos sus actos habían sido los de un individuo valiente y leal. Lo único que dificultaba el llevarse bien con él era su odio hacia los Jedi.

I-Cinco aumentó un par de grados la potencia de sus fotorreceptores y los apuntó contra el puente.

A la escasa luz que proyectaba el androide pudieron ver varias cuerdas gruesas, grises y polvorientas por los años, partiendo desde el final de la cornisa para perderse en la oscuridad. Cruzando las cuerdas había todo tipo de objetos planos: tableros, planchas de metal cortadas y demás. Prácticamente lo único que tenían todos en común es que eran más o menos planos y estaban dispuestos en la dirección en que quería ir el grupo.

Lorn dio un paso y saltó sobre una de las cuerdas. Tenía un equilibrio excelente, notó ella, y parecía tener una gracia natural al saltar. Él vio que ella le miraba y forzó un poco más la cosa en el último salto, dando una rápida voltereta en el aire.

—Las cuerdas parecen ser lo bastante fuertes para mí —dijo, aterrizando con una perfecta voltereta doble.

Esperó un instante antes de responder a la pregunta no formulada de la Jedi.

—Solía hacer deporte en gravedad cero cuando tenía otro modo de vida.

—Si habéis acabado con vuestros primitivos ritos de apareamiento —interrumpió el androide—, quizá podamos atravesar ya este puente. Por si no lo recordáis, puede haber un Sith pisándonos los talones.

—¿Disculpa? —dijo Lorn—. *¿Ritos de apareamiento?*

Darsha también se sintió indignada.

—Tu androide tiene razón. Tenemos que seguir moviéndonos.

*Ritos de apareamiento, ya*, pensó ella mientras pisaba el puente. Ni de lejos.

## Capítulo 23

Lorn deseó tener un arma.

Delante de él iba I-Cinco, armado con sus dedos láser y con unos cuantos trucos más, y detrás tenía a Darsha con su sable.

No es que sintiera algún peligro concreto en aquel momento, sino que la posesión de un arma, de cualquier arma, le habría proporcionado una mayor sensación de que controlaba su propia seguridad. Si bien era cierto que el ir desarmado le hacía estar alerta, también lo era que eso no contaba para mucho yendo acompañado de un androide con multitud de sensores y un Jedi sensible a la Fuerza. Lorn se sentía casi ciego yendo al lado de ellos.

Al carecer el puente de pasamanos, progresaban lentamente, y más cuando las planchas, tapaderas y demás objetos sobre los que caminaban no parecían estar muy bien sujetos a las cuerdas que les servían de soporte. De hecho, tenía la sensación de que las habían añadido *después* de formarse el bastidor del puente. ¿Tal vez por los chton? Resultaba imposible decirlo. El puente, observó Lorn, tenía una construcción muy extraña. Además de los gruesos cables de soporte que corrían a cada lado de los peculiares travesaños sobre los que caminaban, cada pocos metros había cables verticales, algunos procedentes del techo de la caverna, como era de esperar, pero otros que se extendían hacia abajo desde los soportes del puente, perdiéndose en las tinieblas inferiores.

¿Para qué podía servir eso?

Hizo la pregunta en alta voz.

—A juzgar por la profundidad de la excavación —dijo I-Cinco—, yo postularía que pudo utilizarse de punto de acceso a los océanos subterráneos.

Era posible, pensó Lorn. Exceptuando unas pocas zonas de parque, Coruscant estaba edificado sobre masa terrestre. A alguna parte debía haberse ido el agua.

—Pero, ¿por qué construir este puente? Es una construcción muy primitiva. ¿Por qué no buscar un modo mejor de desplazarse?

El androide hizo una pausa y miró por encima del hombro con sus brillantes fotorreceptores.

—Puede que lo construyeran los chton. ¿Por qué no te limitas a agradecer que esté aquí donde y cuando lo necesitamos? —dijo, continuando con su avance.

—¿Quién se ha *meado* en tu provisión de energía? —murmuró el corelliano, alzando una ceja.

Detrás de él oyó una risa. Genial. Ridiculizado por su propio androide, y para diversión de un *Jedi*.

—Tengo que preguntaros cómo es que acabasteis trabajando juntos —dijo Darsha.

—Estoy impresionado. Has conseguido sacar a relucir un tema de conversación menos interesante incluso que el de él —dijo I-Cinco.

—Puede que *tú* no necesites la distracción —repuso la padawan—, pero a mí me vendría bien tener una tras lo pasado en las últimas horas.

La mujer tenía razón en eso. Para su sorpresa, fue el propio Lorn quien respondió.

—Adquirí a I-Cinco hace unos años, cuando empecé a vender información. Era un androide de protocolo perteneciente a una familia rica que se lo había dejado a sus

hijos. Los hijos estaban malcriados y lo usaban para hacer cosas como tirarlo desde lo alto del tejado para ver hasta dónde rebotaba.

El recuerdo le sorprendió por su intensidad. Recordó el olor de la tienda del chatarrero, mezcla de fluidos hidráulicos y el ozono de los circuitos cociéndose. Fue un día húmedo, y él estaba cansado. Apenas hacía unos días que había sido despedido del Templo Jedi, aunque *ellos* no lo habían llamado así, claro.

*No hay emoción; hay paz.*

Había leído esas palabras un millar de veces cuando estudiaba a sus enemigos, y combatía el poder que tenían sobre su vida y la de Jax. Las palabras nunca habían tenido sentido para él, y seguían sin tenerlo.

—Pensé que igual contenía secretos interesantes que podrían serme de utilidad, así que lo compré y lo volví a conectar.

Lorn recordaba las primeras palabras del androide. Le habían golpeado cuando estaba completamente desesperanzado e indefenso, recordándole la suya.

—Soy I-Cinco-YQ, estoy programado para el protocolo —dijo, haciendo una pausa una vez se activó la secuencia principal—. ¿Vas a hacerme daño?

La furia floreció en Lorn al oír esas palabras. Él también había quedado hecho pedazos hacía poco, salvajemente castigado por aquellos que siempre le dijeron que le protegerían.

Los Jedi.

o o o

Darsha observó que Lorn se callaba. Algo parecía haber turbado al hombre cuando contaba su historia, algo que ella era reticente a sondear. Decidió preguntar al androide.

—Así que te arregló, ¿y entonces le convenciste para ser su socio?

—No hacía mucho que Lorn había sido maltratado por sus... patrones —dijo I-Cinco tras una pausa—. Sintió que yo era un espíritu afín, o al menos que tenía potencial para serlo. Hizo que un amigo suyo, muy bueno reprogramando androides, me instalara un módulo cognitivo IA de primera línea y desactivó de paso mi anulador de creatividad. Debido a ello, estoy lo más cerca que puede estar un androide de tener una consciencia plena.

—¿Quiénes fueron sus patrones? —tenía que preguntar Darsha, intrigada.

Antes de contestar, el androide miró a Lorn.

—Los Jedi.

Eso había sospechado la padawan. Explicaba que el Maestro Bondara reconociera el nombre, pero ¿por qué y cómo había tratado tan terriblemente mal la orden a Lorn? Que ella supiera, siempre se había portado con justicia con todos los empleados que no eran Jedi. Eso no tenía ningún sentido.

—¿Cuánto tiempo hace que entrenas en el Templo, padawan Assant?

Resultaba evidente que I-Cinco era, como mínimo, un androide mejor que el asignado a vigilar al fondoriano en el piso franco. Ése no la había identificado como padawan.

—He vivido en el Templo prácticamente toda mi vida. Empecé mi entrenamiento formal cuando tenía cuatro años —dijo ella. Y probablemente ha concluido en el día de hoy, añadió en silencio.

—Yo llevo cinco años estándar trabajando con Lorn Pavan.

Entonces, el androide guardó silencio y dejó a Darsha sumida en sus propios pensamientos. Se dio cuenta de que acababa de proporcionarle una llave al misterioso pasado de Lorn.

Retrocedió cinco años con el pensamiento. Por aquel entonces llegó al Templo un nuevo estudiante, de dos años de edad. Darsha lo recordaba por su elevado nivel de

midiclorianos. Por supuesto, no se había enterado de todos los detalles, pero el Templo era como un pequeño estanque, y las olas de cualquier discordia viajaban con rapidez por su superficie. Parecía ser que el niño era hijo de un empleado del Templo, despedido en cuanto aceptó que se entrenase a su hijo en la orden, no sabía por qué.

Dirigió a Lorn una mirada apreciativa. Si era el padre del estudiante, y si habían apartado a su hijo de su lado sin su consentimiento... bueno, entonces no era de extrañar que odiase a los Jedi.

Intentó imaginar cómo se sentiría ella en su lugar, pero no pudo.

Volvió a mirar a Lorn y supo que sus sospechas eran ciertas. Desde luego explicaba su actitud hacia ella y el Maestro Bondara. Sintió una gran compasión por él, tanta que tuvo que apartar la mirada para que él no pudiera leerla en su expresión.

Volvió a concentrarse en lo que la rodeaba. Seguía molestándola no haber sentido a los chthon antes de que atacaran, y se había jurado no dejar que volviera a pasar algo así. Buscar con la Fuerza formas de vida a su alrededor era una tarea con diferentes grados de dificultad. Los seres inteligentes sensibles a la Fuerza solían ser fáciles de localizar, claro, mientras que las formas inferiores de vida, como los insectos y los animales, apenas emitían alguna señal en su radar mental. Si bien era cierto que su dominio sobre la Fuerza estaba lejos de ser perfecto, eso no era excusa para no esforzarse al máximo. Su Maestro twi'lek le había explicado una vez que la sensibilidad y el control preciso se obtenían con el tiempo. "Cuando yo era padawan", le había dicho, "podía mover un peñasco con facilidad, pero me era prácticamente imposible empujar unas semillas".

Ese pensamiento le recordó que ya era hora de comprobar si les seguía alguien. Desde que entraron en los túneles subterráneos había buscado periódicamente detrás de ellos alguna señal del Sith. No había sentido su cercanía antes del ataque de los chthon y seguía esperando que hubiera muerto con el Maestro Bondara. Pero no podía arriesgarse a ser tan complaciente. Cerró los ojos, manteniendo una ligera consciencia de su entorno inmediato con la Fuerza, y envió hacia atrás su consciencia, a lo largo de todo el camino que habían hecho por el viejo puente, recorriendo la cornisa, volviendo al túnel.

Una fría columna de tinieblas se formó en su mente cuando su consciencia llegó al túnel. Irradiaba poder y energía, como la electricidad en una nube de tormenta.

¡Lo tenían justo detrás de ellos!

—Lorn, I-Cinco, ¡tenemos al Sith detrás de nosotros, casi en el puente!

Ninguno de ellos la respondió. Darsha abrió los ojos y por un momento se olvidó de la inminente amenaza del Sith.

Habían encontrado el motivo por el que no les habían perseguido los chthon.

## Capítulo 24

Darth Maul avanzaba a lo largo del oscuro corredor con toda la rapidez a la que se atrevía a ir. Cada vez sentía con más fuerza a la Jedi y a sus compañeros. Los acontecimientos se habían prolongado mucho más de lo debido, y ya iba siendo hora de poner fin a ello.

Se dio cuenta de que permitía que la impaciencia se sobrepusiera a la precaución. Aminoró el paso deliberadamente, forzándose a ser paciente. No quería caer en alguna trampa de las profundidades, y que la mitad de los Sith de la galaxia se perdiera en un descuido.

Sondeó la oscuridad con renovada precaución, sin sentir nada peligroso delante. El paso de la Jedi era fresco. Podía sentir su presencia no muy lejos de allí.

Y entonces sintió que ella le buscaba. Era un sondeo torpe, débil y titubeante. Se sintió decepcionado. No supondría ningún reto enfrentarse a alguien tan poco versado en los caminos de la Fuerza. Desde luego no estaba a la altura de su Maestro, el twi'lek que había destruido su motojet. Ese sí que había sido un adversario digno. No tan bueno como Maul, claro, pero eso era de esperar.

Delante de él, al doblar una curva del túnel, vio una luz débil. El eco de sus pasos cambió, y se dio cuenta de que estaba en un lugar más espacioso. Envío mentalmente los zarcillos investigadores de la Fuerza, encontrando el final de la cornisa sobre la que se encontraba y el puente que había más allá. Sintió que la Jedi estaba en el puente, quizá a medio camino, con Lorn Pavan y su androide yendo delante de ella, y siguió con su exploración.

Maul frunció el ceño. La oscuridad que había ante ellos era extraña, era como un hueco vacío en la topografía mental de su sondeo. La luz, que ya se daba cuenta provenía de los fotorreceptores del androide, le permitió atisbar brevemente en el centro del puente algo grande y extrañamente insustancial, como una columna de humo, ante los tres fugitivos. Fuera lo que fuera eso, no tenía su correspondiente vibración en la Fuerza.

Era algo muy extraño.

Volvió a sondearlo con curiosidad, y otra vez su sonda se encontró con la nada. No, no era exactamente la nada. La sensación que percibía era como la de encontrarse ante una superficie tan lisa que uno no puede cogerse a ella. Como intentar ver algo que sólo irradiase luz ultravioleta. Un extraño fenómeno al que no prestó mucha atención, ya que notaba que la Jedi y Pavan retrocedían por el puente hacia él.

Se sintió sorprendido. Complacido, pero sorprendido. La padawan debía saber que no podía derrotarlo. ¿Qué era, entonces, lo que pretendía? Si el otro humano hubiera continuado su camino habría pensado en una táctica dilatoria, como la que empleó el twi'lek. Pero, no, Pavan acompañaba a la Jedi, y también el androide.

Una vez más, Darth Maul admitió que su presa le impresionaba. Eran lo bastante valientes como para retroceder y enfrentarse a él, y lo bastante listos como para darse por fin cuenta de que la huida era inútil. Morirían todos, por supuesto, pero igual les demostraba algo de compasión, como la de matarlos con una rapidez mayor de la que tenía inicialmente prevista.

La mujer activó su sable láser. Como si eso marcara alguna diferencia, pensó.



Dio un paso adelante, pisó el puente y caminó para encontrarse con ellos.

o o o

Darsha no había visto nunca nada como la criatura que les esperaba en el puente. Era *enorme*, tenía un gran cuerpo alargado que se estiraba hasta casi la misma longitud que un hoverbus. Mientras miraba, la criatura subía al puente un segmento tras otro, el cual temblaba con cada movimiento efectuado por la criatura para salir de las profundidades y depositarse sobre la estructura donde se encontraban ellos. Su piel estaba compuesta de placas segmentadas superpuestas, moteadas aquí y allí con pequeños nódulos de unos dos centímetros de diámetro. Su cabeza estaba rematada por dos grandes ojos negros y un par de curvadas mandíbulas, cada una de ellas casi tan larga como una pierna humana. Bajo ellas se veía toda una serie de pequeños brazos con garras y, más abajo aún, una serie de cortas y gruesas patas.

Pero lo más asombroso era que tanto su exoesqueleto quitinoso como sus órganos internos parecían ser completamente *transparentes*. No parecía tener esqueleto interno, y el hecho de que una criatura de ese tamaño pudiera existir sin el apoyo de un esqueleto en un campo de una gravedad era algo que superaba toda comprensión. Darsha vio un fogonazo de luz reflejada a la altura de medio cuerpo, y lo contempló incrédula. Era un montón de huesos, huesos humanos, iluminados momentáneamente por los fotorreceptores de I-Cinco, agitándose en las entrañas de esa cosa a medida que aupaba al puente más y más segmentos de su temblorosa masa. En el tracto digestivo del monstruo podía verse también una adquisición más reciente: un chthon parcialmente digerido. Afortunadamente, la luz del androide no consiguió mostrarlo con gran detalle.

—¿Por qué no localizaste a esta cosa con tus sensores? —siseó Lorn a I-Cinco cuando los dos retrocedían apresuradamente de la bestia.

—¿Has olvidado quizá que me instalaste la unidad *menos* cara? No aquella que tenía una banda extrasensible. Creo recordar algún comentario sobre ahorrar dinero...

Esa pareja moriría discutiendo, pensó Darsha mientras retrocedía con cuidado, procurando mantener el equilibrio en el agitado puente. Para ella, lo importante era por qué no le había avisado la Fuerza de la presencia de esa cosa. Si bien era cierto que era más fácil sentir a los seres inteligentes que a los no inteligentes, una criatura de ese tamaño debería dejar una marca notable en el campo de energía, aunque tuviera el cerebro del tamaño de una semilla jakka.

A medida que retrocedía, Darsha envió una sonda mental hacia la criatura, y sintió que desaparecía en ella. No emitía ninguna reverberación psíquica.

¿Cómo podía ser eso posible?

La sorpresa casi la hace caer al abismo. Sus ojos le decían que tenían delante al monstruo, su cuero sentía que el puente se agitaba y vibraba a medida que continuaba sacando más y más masa de las profundidades, pero cuando intentaba sentirla mediante la Fuerza, no sentía nada.

Era *imposible*. Puede que no estuviera a la altura de los Maestros Yoda o Jinn, ipero debía tener cero coma cero midiclorianos en su torrente sanguíneo para no percibir nada de algo tan grande!

La criatura alzó finalmente su parte trasera, y algunas de sus patas temblaron a la luz de los fotorreceptores de I-Cinco. Se escuchó un sonido, una especie de seco rascar, que parecía producido por el entrechocar de sus segmentadas placas quitinosas. Se alzó sobre ellos y abrió la boca.

Darsha activó el sable láser al tiempo que el androide disparaba con ambos dedos, acertando a varios pares de patas e hiriendo el torso de la criatura. Ésta chilló y golpeó el puente con la parte superior del cuerpo, casi arrojando al trío del mismo. Tuvieron que tumbarse para evitar caerse, lo cual fue una suerte porque el chorro de líquido que

brotó del oscuro rictus de su boca pasó sobre sus cabezas en vez de cubrirlos por entero. Cuando se aferró a la plancha metálica que tenía debajo, a la padawan le resultó obvio que la materia escupida por el monstruo era de la misma sustancia que la gris y sedosa que conformaba el puente.

Esa cosa había hecho el puente.

Había algo que le resultaba familiar en todo eso, pero no podía recordar ni el cómo ni el porqué. Un chorro perdido de esa seda se deslizó hacia ella y, sin pensar, movió el sable láser para interceptarlo. La seda se quemó cuando tocó el amarillo rayo de energía, vaporizándose en una nube de vapor appestoso.

Los tres se pusieron en pie y empezaron a desplazarse rápidamente puente abajo, en dirección al túnel. Detrás de ellos, el monstruo avanzaba aferrándose al puente de seda con sus múltiples patas.

Los dedos láser de I-Cinco no habían servido de nada, se dijo Darsha. Veamos lo bien que se porta ante un sable.

o o o

Lorn deseaba *de verdad* poder tener un arma consigo. Pero nada de pistolas láser. Ya no deseaba algo tan pequeño. Puede que una V-90 montada sobre un trípode, o unas pocas granadas de plasma. Y, ya puestos a desear, ¿por qué no un turboláser montado en una nave, con él a salvo en su interior?

¿De dónde había salido esa criatura? Estaban caminando por el puente cuando apareció de pronto.

La retirada era la opción más evidente. Pero, ¿no había oído a Darsha decir, justo antes de que esa cosa asomase su fea cabeza, algo sobre que tenían al Sith justo detrás de ellos?

Eso sí que era estar atrapado entre el Agujero Negro de Nakat y el maelstrom de Magataran.

En ese momento se dio cuenta de lo que era la criatura.

Cuando Lorn trabajaba para los Jedi, había tenido acceso a un montón de literatura sobre ellos y otros temas relacionados. En cuanto supo que ya no podía ver a Jax, se pasó varias semanas estudiando todo lo que pudo encontrar sobre los Jedi: su historia, sus poderes, sus puntos fuertes y sus puntos débiles. No consiguió encontrar nada que pudiera ayudarle, pero se había topado con todo tipo de conocimientos interesantes y esotéricos, incluyendo un viejo texto que hablaba de una especie de invertebrados gigantes supuestamente extinta que, en cierto sentido, podía esconderse de la Fuerza. ¿Cómo los llamaban?

*Taozin*, eso es.

Parecía ser que *no* estaban extintos.

En ese momento, Darsha saltó por encima de I-Cinco y de él, en dirección al monstruo, enarbolando el sable láser.

—¡Darsha! ¡No! ¡Es un taozin!

o o o

Darsha se levantó de su voltereta muy cerca de la criatura, con el sable láser extendido. Lo clavó hacia adelante, inclinando el ángulo de corte para arrancarle un enorme trozo al vientre del monstruo. *Veamos lo hambriento que estás cuando tu presa te devuelve el mordisco*, pensó.

Ejecutó el movimiento con la misma perfección que en un ejercicio; el Maestro Bondara se habría sentido orgulloso. Lo único malo es que no sirvió de nada.

Observó con incredulidad cómo el brillo amarillo de su arma se *dispersaba* al hundirse en la criatura, perdiendo coherencia e irradiándose en todas direcciones.

Darsha se encogió, echándose hacia atrás, evitando por poco el retroceso de su propia arma. La hoja recuperó la congruencia al ser retirada del abdomen de la criatura. La bestia sufrió un espasmo y rugió furiosa, agitando la piel translúcida; era evidente que el ataque le había hecho daño, pero no tanto como Darsha había anticipado.

Estaba tan asombrada por el resultado de su ataque que casi dejó que la bestia la atrapase con sus afiladas mandíbulas para depositarla en la boca que se abría encima de ellas. Se apartó en el último momento, agitando el sable láser para evaporar el chorro de seda húmeda que vomitaba hacia ella. Al menos la espada de energía servía contra eso. Notó que el expelente de seda sólo se volvía opaco tras dejar la boca de la cosa.

Se dio cuenta con retraso que Lorn le había gritado algo un momento antes. No se había dado cuenta en ese momento, pero no se le había olvidado.

¿Un taozin?

Recordó que se había hablado de esas bestias en su primera clase de historia. Se las consideraba extintas, y se contaban entre las pocas criaturas vivas que no podían ser percibidas mediante la Fuerza. Parecía que alguien había importado una a Coruscant en algún momento del pasado.

Había un viejo adagio Jedi que al Maestro Bondara le gustaba citar:

Cualquier enemigo puede ser derrotado, en el momento adecuado.

Darsha se dio cuenta de que ése no era el momento adecuado.

Retrocedió hacia Lorn e I-Cinco, que habían avanzado unos cuantos metros más. El taozin proyectó más redes contra ellos. Darsha usó la Fuerza para desviar el flujo de fluido pegajoso siempre que podía y vaporizándolo con el sable láser cuando no podía. No tenían otro remedio que seguir retirándose hacia las garras de los Sith.

## Capítulo 25

Lorn, I-Cinco y Darsha se apartaron del taozin con toda la rapidez que les era posible sin desmontar las planchas y placas que componían el puente. Sólo se mantenían en su sitio por lo pegajosos que eran los cables de soporte de la red, así que no podían correr a toda velocidad.

Por fortuna, la criatura no era muy rápida pese a sus muchas patas. Avanzaba arqueándose detrás de ellos, lanzando de vez en cuando redes que Darsha se las arreglaba para desviar. Mientras se retiraban, I-Cinco se dirigió a Lorn en voz baja, señalando las diversas superficies sobre las que caminaban.

—Ayúdame a apartar algunas de éstas.

Lorn pestañeó desconcertado. ¿Crearía I-Cinco que el taozin podría caerse por el hueco? Estuvo a punto de cuestionar las instrucciones del androide, pero después se encogió de hombros. Su compañero parecía tener un plan, lo cual era más de lo que en esos momentos tenía él. No tenía nada mejor que hacer, así que ¿por qué no podía pasarse los últimos momentos de su vida desmantelando un puente?

Darsha vio lo que estaban haciendo y disminuyó ligeramente la marcha, dándoles más tiempo para la labor. Hicieron el trabajo con sorprendente rapidez, teniendo en cuenta que Lorn carecía de herramientas. I-Cinco empleaba sus dedos láser para cortar los principales puntos de conexión entre los objetos y la red que los soportaba, mientras él arrojaba los pedazos al vacío.

Calculó que habían deshecho las tres cuartas partes del camino que les separaba de la cornisa. Por un instante tuvo la loca esperanza de que Darsha se hubiera equivocado y que el Sith no siguiera tras ellos. Eso les proporcionaría algo más de margen para retirarse, aunque acabasen reencontrándose con los chthon. Pero esa esperanza se desvaneció enseguida cuando miró por encima del hombro para ver las dos hojas escarlatas del sable láser del Sith brillando detrás de ellos. Perdió toda esperanza. Su némesis les estaba esperando.

Se volvió a I-Cinco.

—Si vas a hacer algo, éste es un buen momento para ello.

—Todavía no. Debemos estar más cerca de la cornisa —dijo el androide mirando al Sith y negando con la cabeza.

Lorn resistió la tentación de decirle que él ya se sentía más cerca de la cornisa de lo que le gustaría estar. En vez de ello, agarró por una esquina la siguiente plancha, parecía la tapadera de una unidad vaporizadora, y la arrancó del puente. Igual optaba por saltar al vacío antes de dejar que el Sith lo cogiera. Tiró la tapadera y observó cómo planeaba saliendo del alcance de los fotorreceptores de I-Cinco. No consiguió oírla tocando fondo. Tenía muchas maneras de morir y ninguna de ellas era agradable: devorado por un monstruo, decapitado por un sable láser, o saltando del puente para aplastarse contra el lecho rocoso del planeta.

Lorn apretó los dientes y arrancó otro soporte.

o o o

Pese a contar con la ayuda de la Fuerza, Darsha apenas conseguía esquivar con la suficiente rapidez las descargas de sedosa red que el taozin le lanzaba una y otra vez. Ya había renunciado a intentar influenciarlo con la Fuerza; era evidente que su extraña invulnerabilidad a esa forma de ataque era completa.

No obstante, y pese a la desesperada situación en que se hallaba, nunca se había sentido tan *en* la Fuerza. Tan en paz, tan... *calmada*. La parte lógica, racional, de su mente seguía recordándole que estaba atrapada en una situación cada vez más apurada, pero por algún motivo eso no la preocupaba. Lo único que le importaba era reaccionar ante el ataque del monstruo, dejando que la Fuerza guiase sus movimientos, dejando que llenase el cuenco en que se había convertido. Era una corriente constante de reto y oposición, de ataque y defensa. Y, por muy demencial que pareciera en esa situación, se sentía bien. Mejor que bien. De hecho, se sentía *estupendamente*.

El Maestro Bondara le había dicho que sería así. "Cuando se es uno con la Fuerza, no se es nada. Eres la calma en la tormenta, el punto de apoyo de la palanca. El caos rugirá a tu alrededor, pero tú permanecerás tranquila. Algún día lo experimentarás, Darsha, y entonces lo entenderás."

Una parte distante de su mente se entristecía por no poder contárselo, por no poder compartir con él la alegría del descubrimiento, pero otra parte estaba segura de que, de algún modo, él ya lo sabía.

Mantuvo el sable láser en movimiento, manteniendo al taozin a raya. Aunque la hoja no era muy efectiva contra la criatura, ésta seguía respetando su incandescente mordico. Volvió a agitarlo, tocando el exoesqueleto de la cosa y cortándole un par de esos pequeños nódulos de la piel. Al caerse tocaron la superficie del puente y se quedaron pegados a la telaraña.

Fuera cual fuera la idea que había tenido el androide, sería mejor que la llevara pronto a cabo. Darsha ya sentía la presencia del Sith sin necesidad de buscarla.

o o o

Darth Maul se sorprendió al ver que la padawan y su objetivo se acercaban a él sin mirarlo. Estaban huyendo de una criatura gigantesca e increíble.

La reconoció en cuanto estuvo lo bastante cerca como para poder verla con claridad. Darth Sidious le había hecho leer y releer hasta el último retazo de información disponible sobre los Jedi, además de todos los datos relativos a ellos, por remotos que fueran éstos. El conocimiento del enemigo es poder, le había dicho su Maestro, y los Sith eran la cumbre del poder. Un artículo perdido de la holored, sobre bestias invisibles a la Fuerza debido a diversos azares de la mutación y la selección natural, mencionaba al taozin.

Se los suponía extintos, pero igual sucedía con los Sith. El aprendiz de Sidious envió un fuerte tentáculo del poder del Lado Oscuro hacia la criatura, y sintió que la sonda mental pasaba *a través* de ella, tal y como la luz atraviesa el acero transparente.

Fascinante.

Darth Maul retrocedió un paso; su presencia había llamado la atención de la criatura. Ésta le disparó un delgado hilo de telaraña, y él dejó que su conexión con la Fuerza se hiciera cargo, vaporizado fácilmente la descarga con el sable láser.

o o o

La criatura hizo una pausa en su avance y escupió su tela al Sith, que ya sólo estaba a unos metros de ellos. I-Cinco apartó un último objeto de la superficie del puente y se dirigió a Lorn y a Darsha.

—Es el momento. Agarraos a mí con fuerza.

El androide esperó a que los dos humanos hicieran lo que les pedía, y saltó a un lado del puente, sujetándose con uno de sus brazos a la cuerda de soporte que tenía más cerca.

—Corta el soporte —le dijo a Darsha.

La padawan comprendió entonces su plan. Debía admitir que era muy arriesgado. Pavan y él habían arrancado suficientes detritus de la red del puente como para desestabilizar los cables de soporte. Al cortar el grueso cable, había hecho que esa parte de la estructura se desmoronara. Cuando el trío empezó a caer, I-Cinco disparó hacia arriba, a las juntas de las placas que quedaban pegadas a la cuerda de soporte a la que se agarraban. Su velocidad aumentó y pronto se vieron dejando atrás la cola del taozin y columpiándose en un arco muy largo hacia el otro lado del abismo.

Mientras caían, oyeron al Sith gritar en la distancia, posiblemente de rabia. Unos segundos después, el androide ya no tenía que disparar para separar el cable de soporte del resto de la superficie del puente. Su peso y velocidad iban arrancándolo a medida que caían.

—Si pudieras disminuir nuestra aceleración —le dijo el androide a Darsha—, puede que así consigamos sobrevivir a la caída.

Darsha cerró los ojos, frunciendo el ceño por la concentración, y volvió a buscar a la Fuerza. Unos segundos después notó que su velocidad disminuía.

—Según mis cálculos —dijo I-Cinco—, llegaremos al otro lado de la caverna en unos...

El trío golpeó la pared rocosa del otro lado de la caverna. El impacto fue considerable, incluso teniendo en cuenta el uso de la Fuerza por parte de Darsha. Ésta jadeó, sin aire, consiguiendo apenas no soltarse.

—Bueno, ya —terminó de decir I-Cinco.

—Gracias —consiguió decir Lorn—, por ese cálculo tan ajustado como siempre.

—No hay de qué.

Habían conseguido cruzar. Ya sólo tenían que trepar por el cable.

o o o

Darth Maul vio a su presa saltar del puente y cortar el cable de soporte para convertirlo en una ruta de escape, mientras movía una enguantada mano para despejar los vapores de la red desintegrada que le obstaculizaban la visión. El aprendiz Sith se quedó completamente inmóvil por un instante, dándose cuenta de la manera en que habían sido más listos que él. Desahogó su rabia lanzando un grito de frustración. La energía anuladora de la Fuerza del taozin le impidió sentir su escapada antes de que la llevaran a cabo. Resultaba asombrosa la cantidad de buena suerte que tenía su presa.

Iba a disfrutar de verdad completando su misión.

Pero, en ese momento, debía ocuparse de asuntos más acuciantes. El puente empezaba a desmoronarse debido al peso del taozin y a lo mucho que lo había desmantelado su presa. Saltó al cable de soporte restante y empezó a desplazarse hacia el otro lado de la caverna. Podía atravesar fácilmente esa distancia antes de que su presa consiguiera escalar el barranco. Su habilidad atlética y su conexión con la Fuerza hacían que la delgada cuerda de soporte le pareciera tan ancha como una avenida.

Pero el taozin tenía otras intenciones. Se enroscó al cable de soporte, bloqueándole el paso. Con la cabeza por debajo del cable, le disparó otro chorro de telaraña.

Él volvió a vaporizar la red. La criatura volvió a atacar, pero esta vez de forma diferente, usando las patas para hacer vibrar el hilo sobre el que estaba parado el Sith.

Perdió el equilibrio, pero no se asustó. Alargó el brazo, cogiéndose con la mano libre al cable, procurando mantener alejado el sable láser. Colgaba justo ante la criatura, a sólo unos metros de distancia de sus afiladas mandíbulas.

En ese momento supo que no sería en los próximos minutos cuando alcanzaría a Pavan y a los demás. Giró el sable láser en una ejecución perfecta del "wampa cortante" y seccionó el cable de soporte al que él mismo se agarraba. El taozin y él cayeron en direcciones opuestas. Chocó contra la pared situada al lado contrario de donde se hallaba su presa, mientras el taozin desaparecía en el abismo.

Desgraciadamente, al deshacerse de la criatura también se había deshecho de su único camino para cruzar la caverna. Darth Maul trepó por el cable hasta llegar a la cornisa por la que había entrado en la cueva.

Rechinó los dientes. Ni siquiera con la Fuerza de su lado podría saltar un abismo tan ancho. Tendría que rehacer su camino de vuelta a la superficie, lo cual le resultaba insoportablemente frustrante. Sabía que volvería a encontrarlos. No había lugar en la galaxia al que no pudiera seguirlos y, por mucho tiempo que necesitara para hallarlos, nunca fracasaría. Pero le enfurecía el haber estado tan cerca de su objetivo sólo para volver a fallar.

Lo pagarían caro.

## Capítulo 26

Obi-Wan Kenobi empujó con el hombro para atravesar las puertas del Oasis Tusken y por unos segundos tuvo la impresión de haber vuelto a los niveles superiores. El club estaba pródigamente decorado y cuidado. Estatuas de animales de diversas mitologías galácticas se entremezclaban en un elegante friso que cubría toda la pared y recorría la gran sala, lámparas de cristal fotónico brillaban con luces multicolores repeliendo la oscuridad generalizada. El color predominante del momento era el azul, pero mientras el padawan estaba allí, subió en el espectro hasta alcanzar el violeta. En una esquina había un cuarteto de músicos bith tocando algo alegre, agitando las grandes y bulbosas cabezas al ritmo de la melodía marcada por la omnicaja de su líder.

Sólo al fijarse detenidamente en los clientes del club vio indicios de que seguía en los niveles inferiores del Pasillo Carmesí. Guardaespaldas gamorreanos armados con pistolas se mezclaban con los clientes jugadores, habiendo muchos de éstos que llevaban armas propias al carecer de protección pagada. En la sala había suficiente potencia de fuego como para iniciar una pequeña revolución.

Dejó que sus sentidos fluyeran con las corrientes de la Fuerza y se expandieran por el club, sintiendo el pulso del lugar, notando así que algo no iba bien, que había una secuencia desincronizada. Estaba claro que no hacía mucho que allí había pasado *algo*. Localizó junto a la banda el lekku de un twi'lek agitándose sobre las cabezas de los clientes, y por un momento creyó haber encontrado a Anoon Bondara, pero una mirada más atenta le reveló que no era el Jedi que buscaba.

Se dirigió hacia la gran barra de bar situada al fondo de la sala y notó que lo observaban. Varios rodianos de la barra le siguieron con su mirada oscura y sin rasgos, agitando el hocico. Vestían versiones recortadas de armaduras stalker, y bien podían llevarlas estampadas con las palabras *Perteneciente al Sol Negro*. Cuando se acercó, un cubas que comía insectos todavía vivos de un cuenco, alzó la mirada, fijándose en la figura encapuchada que se aproximaba, y saltó apresuradamente de su taburete, dirigiéndose hacia una de las salidas.

El barman pertenecía a una especie que Obi-Wan no consiguió reconocer. Su cabeza azul oscuro carecía de cuello y asomaba suavemente de unos anchos hombros de los que brotaban seis musculosos brazos semejantes a serpientes. Cada brazo acababa en dos dedos. Tenía dos brazos mezclando una bebida mientras otra tecleaba información en una libreta de datos. El padawan se acercó a él, dándose cuenta de que los tres brazos restantes desaparecían bajo el nivel de la barra.

No se necesitaba tener la habilidad de alguien como Yoda para adivinar que allí tenía un arma escondida. Parecía que quien le señaló el establecimiento del hutt lo había hecho con razón. Se detuvo ante el barman y alzó lentamente las manos para echarse atrás la capucha que le cubría el rostro. El barman le miró con una expresión que, en un rostro humano, podría definirse como desdén.

—¿Qué quieres? —croó en un básico con fuerte acento.

—Busco algo de información.

—No tenemos —rugió el barman, deslizando furtivamente el cuarto brazo bajo la barra para unirse a los otros tres. Obi-Wan notó cómo aumentaba la tensión.



*Vive el momento; sé consciente sólo del presente.*

Había oído tantas veces esa amonestación del Maestro Qui-Gon que casi le parecía tenerlo a su lado. El padawan sabía que su tendencia a mirar al futuro a veces le cegaba al presente. En su situación, sintió que lo más prudente era aceptar el consejo de su Maestro.

Obi-Wan buscó con la mente y sintió lo que no podía ver. El barman estaba a punto de activar bajo la barra una pistola láser que apuntaba directamente al abdomen del padawan. Los dos rodianos se habían separado, poniéndose a su lado, fuera del alcance de un sable láser. También pudo sentir cómo aprestaban sus armas.

¿A qué estarían esperando?

Entonces notó que los cuatro ojos del barman miraban a un par de pequeños cristales insertados en la superficie de la barra, situados junto al cuaderno de datos y que parecían ser parte del diseño del mueble. Uno estaba encendido con una luz roja. El otro era un cristal verde, apagado. Mientras miraba, el cristal rojo parpadeó y se apagó, encendiéndose el verde.

Obi-Wan Kenobi buscó simultáneamente la Fuerza y su sable láser y los acontecimientos se ralentizaron al tiempo que aumentaba su percepción de las cosas. Se arrojó al suelo en el instante en que el barman disparaba su arma, haciendo estallar la hermosa barra de madera tallada y lanzando una lluvia de astillas sobre el aprendiz. Conectó el sable láser y trazó un amplio arco con él. Su hoja ultracaliente cortó sin resistencia el mostrador del bar y la pistola que se ocultaba detrás, sin tocar de paso los prensiles miembros del barman. Se puso rápidamente en pie, casi levitando con la ayuda de la Fuerza, continuando el arco de su arma, retorciéndose en el aire para enfrentarse a los rodianos que ya habían sacado sus pistolas. Hizo un gesto y una de las armas saltó de las manos de su sorprendido dueño para perderse al otro lado de la sala. Su compañero disparó, y el rayo de partículas brotó de su cañón para ser desviado por la hoja de energía color cobalto y perderse en alguna parte del techo. Obi-Wan volvió a gesticular, y el arma del otro rodiano voló para aterrizar a sus pies.

A su alrededor, los habituales del club interrumpieron su juego para mirarle, muchos de ellos asumiendo instintivamente una posición defensiva, aprestando las armas o escondiéndose tras sus guardaespaldas. Al sentir que ya había pasado el peligro inmediato, volvieron a concentrarse en sus partidas de sabbac, dejarik y demás juegos.

Obi-Wan se dio media vuelta para volver a mirar al barman, con el sable láser ya desactivado.

—Como ya dije, sólo quiero algo de información. No problemas.

Aunque no podía leer el rostro de ese ser, Obi-Wan notó que el color de su cabeza se había alterado para adquirir un tono azul claro y que parecía tener problemas con su respiración. Sintió movimiento detrás: los rodianos volvían al ataque. Dio media vuelta para enfrentarse a ellos.

—Basta ya, chicos —dijo alguien—. Nuestro invitado Jedi no ha venido a causarnos problemas. ¿Verdad, amigo...?

—Kenobi. Obi-Wan Kenobi. Y, como ya le dije a tu barman, sólo busco información —dijo el padawan, volviéndose para mirar al recién llegado, que era un humano bajo y musculoso, que arrastraba una larga trenza de pelo. Lo rodeaba un aire de fortaleza. No estaba relacionada con la Fuerza; era pura prepotencia animal.

—Yo también busco información, Jedi Kenobi —dijo el hombre—. Igual podemos ayudarnos mutuamente. Me llamo Darl Perhi.

o o o

Perhi guió a Obi-Wan por un corto tramo de escaleras y a lo largo de un pasillo, disculpándose mientras caminaban.

—Siento la trifulca, pero teníamos que asegurarnos de que eras de verdad un Jedi. El hecho de que no hayas querido dañar a nuestros muchachos habla por sí solo. Después de todo, los Jedi son conocidos por valorar la vida.

En su voz había algo más que un toque de sarcasmo. El padawan sonrió con tirantez.

—No es el caso del Sol Negro. Se dará cuenta de que a estas horas ya estaría muerto de no haber sido un Jedi.

—Como he dicho, era una simple precaución —asintió el gángster—. Dentro de un momento verás por qué. Sólo es parte del negocio, Jedi Kenobi.

—¿Me lleva a ver a Yanth el hutt?

—Buena conjetura —repuso el gángster, mirando al muchacho.

Llegaron al final del pasillo y cruzaron unas puertas gemelas que parecían fundidas en su centro. Al entrar en la sala, Obi-Wan notó enseguida que había varios guardias gamorreanos en el suelo. No era un especialista forense, pero daban la impresión de haber muerto por disparos láser. Sorteó una pica de fuerza rota y siguió a Perhi hacia una gran forma caída en el suelo.

Se arrodilló y examinó la herida que había matado al hutt. Parecía haber sido causada por un sable láser. Pero eso no era posible, claro. Tenía que ser la quemadura de una pistola láser.

Alzó la mirada para clavarla en la del representante del Sol Negro. ¿No sería que la organización pasaba por una de sus periódicas peleas intestinas? ¿Se preparaba algún otro suceso?

—Esperaba que pudiera arrojar algo de luz sobre todo esto, Jedi Kenobi. ¿No hay alguna... —comentó Perhi, haciendo un gesto vago— forma mística de adivinar quién ha hecho esto?

Qué interesantes resultan las mitologías que despiertan las organizaciones, pensó Obi-Wan. Entre los Jedi debía haber personas que se preguntarían cosas de la misteriosa Sol Negro, exagerando su alcance, sus conexiones, su peligrosidad. Y también era cierto lo contrario. Era evidente que Perhi suponía que su invitado Jedi tendría alguna forma cabalística de descubrir lo que había sucedido allí.

—Déme un momento —dijo Obi-Wan.

El gángster asintió y retrocedió un paso.

El padawan se arrodilló y dejó que sus sentidos se expandieran, meditando en lo que parecía haber sucedido. El sentimiento de corrupción que había notado en la calle volvió a él con la misma fuerza que la turbación causada por muchos seres. Pero todo estaba demasiado mezclado. Había pasado demasiado tiempo, había entrado y salido demasiada gente. Quizá un Maestro como Mace Windu pudiera extraer alguna conclusión con sentido, pero él no era un Maestro. Ni siquiera era todavía un Caballero Jedi.

Negó con la cabeza.

—Lo siento. Quizá de haber venido antes...

—No tiene la culpa. Gracias de todos modos —repuso el gángster, negando con la cabeza.

Obi-Wan sintió su decepción, aunque sabía disimularla bien. Por su parte, se sorprendió al descubrir que sentía cierto alivio. Después de todo, el descubrir que el causante de esa carnicería había sido Darsha o el Maestro Bondara... Pero con toda probabilidad no había sido así.

Pero, ¿quién pudo ser?

—¿Nadie vio al que hizo esto?

—No. Cualquiera diría que debía haber al menos un testigo, pero todo el mundo dice que no pudo verlo bien, y eso que pasó corriendo por su lado.

Obi-Wan asintió. Eso podía deberse a la natural reticencia a involucrarse habitual en la gente que estaba al otro lado de la ley... o por miedo a las represalias.

Se dirigió a la salida, seguido de Perhi.

—¿Jedi Kenobi?

—¿Sí?

—Hasta hoy no había tenido el placer de ver actuar a uno de los vuestros. Lo que hizo en el bar... ¿Todos los Jedi son así de buenos?

—No, no lo son —contestó, deteniéndose para mirar a su interlocutor.

El gángster pareció relajarse un poco, pero su expresión cambió cuando Obi-Wan siguió hablando.

—Yo sólo soy un aprendiz. Aún tengo que pasar las pruebas para ser un Jedi. Mi Maestro es mucho más hábil que yo. Me temo que, como estudiante, soy una decepción para él. En lo que a combate se refiere, debo ser uno de los peores luchadores Jedi.

El padawan tuvo la satisfacción de ver cómo el gángster palidecía ligeramente. A continuación, se volvió y dejó la oficina subterránea de Yanth y el Oasis Tusken. Con algo de suerte, habría proporcionado a Darl Perhi algo en lo que pensar.

o o o

Mientras volvía a la calle, repasó mentalmente lo que había averiguado. Desgraciadamente, no era mucho. Pensó en volver para informar al Consejo, pero prefirió esperar a tener algo más que rumores y suposiciones. Hasta ese momento, lo único de lo que estaba seguro era de que Darsha Assant había perdido al informador que le encomendaron proteger. Que su saltador había sido saqueado por una banda callejera y que el aerocoche de su Maestro había quedado destruido tras una supuesta trifulca con una figura encapuchada. Había visto los vehículos, pero no el cuerpo del informador, ni el de Darsha ni el de su Maestro.

A eso podía añadirse que una figura encapuchada había asesinado a Yanth el hutt, un jefe del Sol Negro. Y que una sensación de corrupción invadía el lugar, una sensación similar a la que había notado en el lugar donde se estrelló el aerocoche de Bondara.

Sólo se le ocurrían dos teorías, que por desgracia eran mutuamente contradictorias. Primera teoría: Darsha perdió a su informador a manos del Sol Negro y los siguió hasta el Oasis Tusken, donde fue atacada y donde venció a toda una sala llena de guardias matando de paso a Yanth. Pidió ayuda a su Maestro y éste acudió al rescate. Huyeron y... desaparecieron.

En la teoría había agujeros tan grandes como para colar un dreadnought por ellos. Darsha era buena en combate, pero si fuera *así* de buena, nunca habría perdido al informador. Además, eso tampoco explicaba la oscura sensación que permeaba el lugar de las muertes y donde se estrelló el aerocoche.

La segunda teoría implicaba la existencia e intervención de algún otro ser, probablemente relacionado con el Sol Negro, que había matado a Yanth y a sus guardaespaldas. Había varias razones para preferir la segunda teoría, la menor de las cuales no era su negativa a creer que un Jedi pudiera llegar a ser capaz de cometer los crímenes que estaba investigando. Pero ninguna de las teorías explicaba dónde estaban Darsha y su Maestro, o por qué había transcurrido tanto tiempo sin noticias suyas.

Obi-Wan lanzó un suspiro. Aún no había acabado con todas las pistas. Todavía le quedaba investigar el bloque de cubículos. Comprobó la dirección que le habían dado y se dirigió a ella. Con suerte, igual descubriría algo que arrojaría alguna luz sobre ese jaleo.

o o o

No tuvo esa suerte.

En el lugar de la explosión descubrió nuevas informaciones de interés, pero sólo servían para enturbiar más aún las aguas. Un miembro de la policía local, encargado de la investigación le dijo que el inquilino del cubículo destrozado había sido Hath Monchar, el neimodiano virrey delegado de la Federación de Comercio, y que también él había sido asesinado.

Parecía evidente que el Sol Negro estaba mezclado de algún modo en todo el asunto. Pero no había prueba alguna de que el cártel del crimen fuera compañero de cama de la Federación de Comercio, aunque era algo muy posible.

Había demasiadas preguntas pendientes, pensó Obi-Wan. Demasiadas preguntas, y no las suficientes respuestas.

## Capítulo 27

**H**abía luz al final del túnel.

Lorn, I-Cinco y Darsha corrieron hacia él. Llegaron a una puerta, la entrada de otro quiosco similar al que emplearon para entrar al subterráneo, y salieron a las tenebrosas sombras del Pasillo Carmesí de Coruscant.

Comparado con el laberinto en que llevaban tanto tiempo atrapados, eso era como salir a la brillante luz del sol.

Lorn respiró aliviado. Encontrar el camino de regreso a la superficie les había llevado más tiempo del que suponían, encontrándose en su recorrido con varios callejones sin salida que les obligó a deshacer sus pasos, pero al menos no habían sufrido más ataques de habitantes subterráneos. Parecía ser que los únicos chthon que había al otro lado del puente eran los que se encontraban en el estómago del taozin.

Lo cual era una suerte, ya que los dos humanos habían quedado exhaustos tras el esfuerzo de trepar por la larga cuerda de seda hasta la cima del abismo subterráneo. Pero no podían permitirse descansar ni aminorar el paso. Debían asumir que el Sith seguía estando en alguna parte, detrás de ellos, persiguiéndolos todavía.

Lo cual era el peor de sus problemas, pero ni mucho menos el único. Lorn suponía que el personal de seguridad bancaria también iría tras ellos. Del mismo modo, era probable que el fraude de la transacción fantasma también hubiera llamado la atención de la policía planetaria, así como de unos cuantos agentes del tesoro de la República.

También imaginaba que el Sol Negro querría hacerle algunas preguntas, dependiendo de los registros que mantuviera Yanth de sus negocios y de lo que pudieran recordar los testigos del Oasis Tusken. En resumen, que I-Cinco y él debían tener a casi todos los poderes organizados del planeta pisándoles los talones.

Por supuesto, del único perseguidor que estaba seguro era del Sith. Seguramente I-Cinco calificaría a los demás como producto de su paranoia. ¿Y qué?, se dijo Lorn. En los niveles bajos, la paranoia no era una enfermedad, sino un estilo de vida.

—Los míos han debido enviar ya alguien a buscarme —dijo Darsha—. Si podemos llegar a una estación comunicadora, sólo habrá que llamarlos para que vengan a recogernos.

Cierto, los Jedi. Se había olvidado de ellos. Más invitados a la fiesta.

—Estamos en una zona con muy pocas estaciones comunicadoras públicas que funcionen —repuso I-Cinco—. Probablemente encontremos más cantidad de ellas en funcionamiento una vez subamos varios niveles.

Muy agudo, pensó Lorn. Uno podía encontrar estaciones que funcionaran si sabía dónde buscar, pero seguía sin querer dar a Darsha la oportunidad de llevarlos al Templo. Cuando estaban en los túneles, durante la interminable búsqueda de una salida, se las había arreglado para susurrarle unas instrucciones al androide sin que ella las oyera. I-Cinco sabía que Lorn quería encontrarse lo antes posible con Tuden Sal, y sin que la padawan estuviera presente.

—Entonces, volvemos al problema del día: ¿cómo llegar a los niveles superiores? —preguntó Darsha—. Trepar es algo arriesgado. Ya tuve una mala experiencia con algunos halcones murciélago. Encontré una forma de subir entrando en una mónada, pero no veo ninguna cerca.

Era cierto. Sin algún medio de transporte, el problema de llegar a los niveles superiores resultaba peliagudo. Y Tuden Sal les enviaría un transporte si conseguían contactar con él. Era un círculo vicioso. Y para salir de él debían encontrar una estación comunicadora.

Resultaba frustrante. Estaban a apenas medio kilómetro de una de las zonas más cosmopolitas de la galaxia, pero ese medio kilómetro era *hacia arriba*. La posibilidad de ser libres estaba sólo a una veintena de niveles por encima de sus cabezas, pero estaban tan lejos de ellos como si estuvieran en una de las estaciones espaciales orbitales. Teniéndolo todo en cuenta, pensó Lorn, al menos es difícil que las cosas pudieran empeorar.

—Nos vigilan —dijo el androide.

o o o

Mientras el androide decía esto, Darsha podía sentirlos. Eran más de uno, de diferentes especies, y con intenciones inconfundiblemente malignas.

—¿Por qué no me extraña? —dijo Lorn—. ¿Hay forma de saber *quién* nos vigila exactamente?

Darsha buscó con sus sentidos y sintió corrientes familiares. Estaba segura de haberse encontrado recientemente con ellos.

—No es el Sith —dijo, y vio que el corelliano se relajaba. Cuando reconoció la vibración de la Fuerza añadió—: Son...

—Hola, señora... ¿Sigue visitando los barrios bajos?

Era Pelo Verde, el líder de la banda de los raptos que la atacó cuando llegó por primera vez al Pasillo. Con él iban tres de sus compañeros: un trandoshano, un saurin y un devaroniano. Darsha casi sonríe de alivio. Esos gamberros no eran nada comparados con las criaturas a que se había enfrentado bajo la superficie.

Lorn parecía sentirse del mismo modo.

—Cortad ya, chicos... os causaríamos más problemas de lo que valemos.

A juzgar por la mirada de Pelo Verde, Darsha se dio cuenta de que las cosas no iban a salir como él se esperaba. Sus supuestas víctimas no mostraban ningún miedo. Volvió a intentarlo, hablando como si no hubiera oído a Lorn.

—Estáis en nuestro territorio, y tenéis que pagar un peaje.

Darsha casi lanza una carcajada. Le parecía como si hiciera mil años del momento en que le preocupaba enfrentarse a esa chusma. Su perspectiva había cambiado radicalmente en las últimas treinta y seis horas. El líder de los raptos debió darse cuenta de algo de eso porque pareció preocupado por unos instantes.

—He dicho... —empezó a decir.

—Lo que tú digas y lo que vas a conseguir son dos cosas completamente diferentes —le interrumpió Lorn—. Mira, las cosas van ser así: nos daréis vuestro dinero, y me refiero al de *todos*. Y tú —señaló al líder— nos acompañarás a dar una vuelta.

Pelo Verde no habría podido quedarse más sorprendido si Lorn le hubiera atravesado el pecho con un electro-jabber. Se quedó inmóvil como una estatua durante varios segundos, con su peinado electrostático agitado suavemente por la brisa. Sus compañeros también parecieron incómodos; no solían encontrarse en su territorio con gente tan segura de sí misma. Miraron a Pelo Verde, y Darsha no necesitó la Fuerza para leer lo que implicaba esa mirada. Esperaban a que él tomase una decisión.

Resultaba igualmente obvio que Pelo Verde sabía lo que se esperaba de él. Miró a sus hombres, y después a Darsha, Lorn e I-Cinco.

—¡A por ellos! —gritó, saltando hacia Lorn.

Lorn se apartó y le puso la zancadilla al joven cuando pasó por su lado. I-Cinco le golpeó la cabeza verde con un puño metálico, y el chico se derrumbó. El trandoshano

embistió enarbolando una cuchilla vibratoria. El androide usó su dedo láser para calentárselo hasta la incandescencia. El trandoshano soltó el ardiente metal con un grito y huyó a las sombras, agarrándose la mano quemada con la sana.

Darsha estaba sumida en la Fuerza, sabiendo lo que iban a hacer sus atacantes antes de que ellos mismos lo supieran. Era mucho más sencillo que enfrentarse al taozin. Tuvo el sable láser en la mano antes de que ella misma se diera cuenta de ello, y su hoja brilló en las sombras al desviar los rayos que brotaban del arma del devaroniano contra ella y sus acompañantes. Darsha extendió la mano libre y la pistola láser saltó de la mano del saurin en dirección a Lorn, que la cogió al vuelo. Lo graduó en aturdir y disparó dos veces. Los dos miembros que quedaban de la banda se derrumbaron en el ferrocreto agrietado de la calle, junto a su inconsciente líder.

La escaramuza no había durado más que unos pocos segundos. Lorn e I-Cinco se pusieron a registrar los tres cuerpos inconscientes.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó la padawan.

—¿Tú qué crees? Estamos tomando de quienes no lo necesitan y dándoselo a los necesitados, es decir yo. Necesitamos créditos para llegar a los niveles superiores.

Darsha empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor. No le gustaba que saquearan los cuerpos, pero comprendía la necesidad del momento.

Pelo Verde se agitó y gimió. Lorn le aguijoneó con la pistola láser.

—Arriba —dijo.

Pelo Verde se puso en pie. No parecía demasiado feliz.

—Estoy seguro de que conocéis un modo de subir a los niveles superiores —le dijo Lorn—. Vamos a descubrirlo.

Darsha sintió la resistencia del chico. Empezó a hacer un gesto para enfocar la Fuerza en él y permitir que la sugerencia de Lorn tuviera más oportunidades de funcionar, pero Lorn la detuvo alzando la mano.

—Nada de trucos mentales, Darsha... Lo quiero alerta.

Empezó a decir algo, pero se encogió de hombros. Parecía tener un plan, que era más que lo que ella tenía.

o o o

Lorn azuzó al raptor con la pistola láser recién adquirida. Se sentía mucho mejor teniendo un arma. Era cierto que no era gran cosa, apenas una blaster DH-17 sin mirilla óptica y con la carga energética casi agotada, pero había emitido un siseo muy satisfactorio al ser disparada durante la breve escaramuza. También había cogido la cuchilla vibratoria. Eran armas que no le ayudarían si los alcanzaba el Sith, pero era mejor que enfrentarse a su némesis con las manos desnudas.

Había otro motivo para celebrarlo. Al haber sido I-Cinco y él quienes registraron el cuerpo inconsciente de los raptos, la padawan no había visto el hallazgo del androide. Éste se lo había enseñado mientras ella vigilaba a Pelo Verde. Era un pequeño comunicador, seguramente personalizado para su propietario raptor, pero tanto Lorn como I-Cinco habían manipulado ya los suficientes como para saber que su seguridad no representaría ningún problema.

Los tres se pusieron en marcha siguiendo a su involuntario guía, alertas a cualquier engaño por su parte. Éste los condujo a un callejón situado a doscientos metros en la dirección por la que había aparecido.

En cuanto I-Cinco pudiera alejarse unos minutos, o tener una oportunidad de conectar el comunicador a su entrada de datos, llamaría a Tuden Sal y organizaría un encuentro con él. Las cosas parecían mejorar por momentos, se dijo Lorn. Puede que al final consiguieran salir del planeta sanos y salvos.

Por supuesto, eso significaba dejar atrás a Darsha, una posibilidad que, debía admitirlo, esperaba con menos impaciencia de la que había supuesto. Después de

todo, ella le había ayudado a mantenerse con vida a lo largo de toda esa pesadilla. Intentó recordarse que ella lo había hecho sólo para llevar a los Jedi la información del neimoidiano, pese a que ya sabía prácticamente tanto como él. Aunque él habría podido proporcionar algunos detalles más, Darsha estaba tan capacitada como él para entregar al Consejo Jedi esa información.

Le costaba admitirlo, pero la verdad es que había empezado a sentir cierto apego por ella. Y si bien era bastante más joven que él, no podía evitar encontrarla atractiva.

*Recuerda que es una Jedi*, se dijo con severidad.

O una padawan, siendo pedantes. Una padawan en su primera misión en solitario, según había entendido a lo largo de las conversaciones que había mantenido con I-Cinco. Le habían salido malas cartas, perdiendo a su Maestro, su misión y hasta sus informadores en su primera salida. ¿Por qué seguía adelante? ¿Qué es lo que le hacía querer volver al Templo? ¿No se daba cuenta de que los Jedi eran unos manipuladores?

Lorn quería descubrirlo. A medida que iban caminando, se rezagó unos pasos para ponerse a su lado, dejando que I-Cinco mantuviera vigilado a Pelo Verde.

—Padawan Assant —dijo, con algo de rigidez—, espero que no te importe mi pregunta, pero, ¿qué es lo te hizo elegir el camino de los Jedi? No son... Bueno...

Se interrumpió, inseguro de cómo continuar. La miró y se dio cuenta de que ella lo observaba.

Sus ojos eran increíblemente azules, incluso a la escasa luz.

—Da igual —dijo con un gruñido. Aceleró el paso, para volver al lado de I-Cinco, pero ella posó una mano en su hombro. Él miró la mano, y después a ella.

—Fui elegida —dijo Darsha—. Elegida por la Fuerza —y a continuación le dijo que nunca había sido parte de una familia—. Cuando llegaron los Jedi y me dijeron que podía ser parte de ellos, todo pareció cobrar sentido en mi vida.

*Pues claro que sí*, pensó. *A ti no te arrancó una orden del lado de un padre que te amaba y al que después despidieron porque consideraban que era preferible que su hijo no tuviera ningún lazo de afecto.*

Se enfureció ante la respuesta de ella. Intentó romper de algún modo su compostura, alterar esa calma enloquecedora, esa dignidad santurrona que compartía con todos los demás miembros de su orden.

—Pero puede que ahora no consigas ser Jedi. ¿No te enfurece eso, el ser expulsada así por esa gente, esa orden que consideras tu familia?

—¿Conoces el Código Jedi?

—Sí. Lo he oído muchas veces.

—“No hay emoción; hay paz” —citó ella—. Eso no significa que no me alteraré si no puedo quedarme en el Templo, sólo que esa emoción no me domina. Estoy unida a la Fuerza para el resto de mi vida. Allí abajo, al enfrentarme al taozin, tuve ocasión de comprender lo que de verdad significa eso. Ya no me importa convertirme o no en Jedi. He sentido el equilibrio de la Fuerza a un nivel muy profundo, y sé que he hecho todo lo que he podido para mantener ese equilibrio, y que continuaré haciéndolo. Y lo haré, sola o con los Jedi, pero lo haré. Estoy en paz, aunque pueda llegar a sufrir alguna decepción.

La confusión debió asomar en el rostro de Lorn, porque ella sonrió. Hubo un tiempo en que le habría enfurecido ver una sonrisa como ésa en el rostro de un Jedi, probablemente hasta habría tenido ganas de borrarla de la cara.

Ya no se sentía así.

—Deja que te lo explique de otro modo. He alcanzado mis objetivos, aunque no haya completado mi misión.

Lorn asintió, pero no replicó. Le parecía el mismo tipo de ambigüedad que tanto le gustaba a los Caballeros Jedi, pero, al igual que la sonrisa, no le enfureció oírle de ella. No estaba muy seguro de lo que significaba eso.



No estaba muy seguro de querer saberlo.

## Capítulo 28

**D**arth Maul recorrió el pasaje subterráneo deshaciendo el camino que le había llevado hasta allí, y su rabia bullía en la oscuridad como el vapor recalentado. Algo que aumentaba su poder en la Fuerza. A diferencia de los idiotas Jedi, los Sith controlaban la intensidad de sus emociones, negándose a simular que esas cosas no existían. Y cualquier criatura lo bastante imprudente como para retrasar sus progresos hacia la superficie del planeta lo sentiría.

Pasó por la caverna de los chton y no vio señal alguna de los seres subterráneos. No había duda de que su paso previo por aquellos lugares les había proporcionado motivo más que sobrado para no reaparecer. Algo que le resultaba conveniente, pues el tiempo era esencial, aunque habría agradecido la oportunidad de acabar con alguno de ellos y así relajar su estado de ánimo.

La intensidad de su conexión con la Fuerza le recordó un día del pasado en que había empleado su poder de forma muy concentrada: el día en que construyó su sable láser. No solía detenerse en recordar el pasado, si eso no servía de algún modo a los planes de su Maestro, pero en su memoria se habían grabado la satisfacción de la creación, la perfección de enfoque y la elevada conexión con la Fuerza que le había proporcionado crear su arma.

El horno especial que había construido a partir de planos tomados del holocrón Sith de su Maestro había irradiado un calor intenso mientras daba a los cristales sintéticos la forma que requería el sable láser. Pero, en vez de salir de la cámara kiln y dejar que se formaran solos, se mantuvo cerca del aparato, concentrándose en las gemas metamórficas, empleando la Fuerza para purificar y refinar los enlaces de sus matrices moleculares.

La mayoría de los Jedi empleaban cristales naturales para los sables láser; cristales de Adegan sobre todo. Casi todos los demás componentes del arma se obtenían con facilidad, ya fueran células energéticas, energizadores de campo, anillos estabilizadores o aperturas de flujo, pero no así los cristales. Debían extraerse en el sistema Adegan, en medio de los territorios del Borde Exterior. El no usar materiales naturales implicaba que el proceso de alineación podría llevar mucho más tiempo, ya que el calibrado debía ser perfecto y unos cristales disparejos podrían acabar destruyendo no sólo al sable láser, sino a su creador. El mero hecho de encontrar y alinear los cristales era ya una prueba para un Jedi, pero no así para los Sith. Los oscuros Maestros de la Fuerza preferían crear sus propios cristales sintéticos e igualar sus componentes armónicos dentro del abrumador calor del crisol y llevar así la creación de su arma a un nivel más profundo.

Maul se sentó junto al horno, concentrándose en su odio por los Jedi y expandiendo su control de la Fuerza, empleando ambas cosas para alterar las estructuras moleculares de las cuatro gemas que necesitaba su arma de doble hoja. Fue sencillo decidirse a hacer dos hojas en vez de una. Sólo a un experto se le ocurriría la idea de manejar un arma de doble hoja, y él no iba a ser menos. Lo exigía tanto la gloria de los Sith como su Maestro.

Ni siquiera las paredes de ferrocemento comprimido de la cámara presurizada podían contener por completo la intensa temperatura necesaria para la formación de los

cristales. Pasó una hora tras otra bañado en el acuciante calor, pero su control no titubeó, y el dolor no alteró su concentración. Incontables capas de cristal se superpusieron unas a otras, alineándose y perfeccionándose. Necesitó días, días sin comida ni agua ni sueño, pero finalmente sintió que estaba lista. Entonces desactivó el horno y lo abrió. Allí, reposando en los moldes del crisol estaban sus cuatro cristales perfectos.

Maul sonrió a la oscuridad. Sí, había sido un buen recuerdo, algo que le recordaba sus poderes y que confirmaba su eventual e inevitable triunfo. Una peculiar sucesión de acontecimientos había frustrado sus planes presentes, pero eso no tardaría en cambiar.

Ya había vuelto al conducto de transporte. Delante de él podía ver el resplandor de luz proveniente de arriba, de donde cortó la reja de ventilación. Usó la Fuerza para saltar hacia arriba, elevándose varios cuerpos, proyectándose a través de la abertura. Cerca había un vagabundo humano tumbado en la calle, en poder de algún delirio narcótico. Éste vio cómo el Sith se alzaba desde las profundidades, se estremeció por la sorpresa y se desmayó en el momento que las botas del Sith tocaban el pavimento.

o o o

Los restos del aerocoche del Jedi twi'lek y los cascotes de la cornisa seguían bloqueando parcialmente las calles. El Señor Sith meditó sobre la mejor manera de atrapar a su presa. Sería muy fácil localizarla, una vez reencontrara su rastro. Lo malo era que de ese modo seguiría yendo detrás de ellos, y ya llevaba demasiado tiempo haciéndolo. Era preferible adelantarse a ellos y esperarlos.

Recordó el método que había usado para localizar al neimoidiano. Puede que la red de cámaras planetarias volviera a serle útil; podría ahorrarse tiempo de rastreo e ir directamente hasta ellos si encontraba el lugar donde se había visto a los humanos por última vez.

Pero para ello necesitaba una terminal de datos, y no había ninguna a mano en esa jungla urbana. Se acordó de algo que Lord Sidious le había dicho una vez: "Cada solución implica dos problemas".

Meditó un momento en ello, antes de activar su comunicador de muñeca y su monitor de holopantalla. Conectó con el *Infiltrador*, accedió a su ordenador principal y empleó eso para entrar en la base de datos del puerto, saltándose las habituales pantallas de navegación, y localizó un menú que proporcionaba acceso a otras redes. La contraseña de su Maestro volvió a abrirle puertas cerradas, y pocos segundos después tenía varias fuentes de datos a su disposición.

La primera era un holomapa de esa parte del Pasillo Carmesí. Maul localizó su posición actual y conectó con los últimos vectores conocidos en busca del androide y los humanos.

El banco de datos planetario le proporcionó la información que buscaba. Como sospechaba, se dirigían al Templo Jedi, usando el posicionador global del androide para guiarse. Por fortuna, aún les quedaba mucho camino, y no sólo en dirección al Templo, sino también ascendiendo por los niveles. Buscó en el mapa el nivel de la calle y localizó posibles salidas de los pasajes subterráneos que podían haber empleado.

A continuación conectó con la red de seguridad de Coruscant y solicitó un listado de las cámaras de vigilancia situadas junto a esas salidas. Miró a toda velocidad las centenas de imágenes de los últimos minutos, sin encontrar nada que pudiera ayudarlo. Dejó el enlace abierto y pasó a buscar crímenes recientes cometidos en la zona. Como era de esperar, aparecieron cientos de incidentes cometidos en las últimas horas en el Pasillo Carmesí: peleas callejeras, robos y demás delitos comunes. Al pasar notó una rareza: se buscaba a un androide por cometer una estafa contra el sistema bancario. Pero no encontró nada en las zonas de búsqueda que pudiera servirle.

Y necesitaba un transporte para poder acercarse a las zonas de búsqueda. Meditó en el problema.

Mientras lo hacía, su comunicador brilló anunciándole un mensaje. Sintió una punzada de preocupación. Sólo podía ser su Maestro. La idea de no contestarle ni se le pasó por la mente. Pasó al módulo de comunicaciones seguras, filtró la conexión por su red de seguridad y esperó a que las lecturas confirmasen la señal de recepción.

La voz de Sidious resonó sobre el comunicador.

—El tiempo apremia, aprendiz. ¿Cuál es el estado de tu actual encargo?

—He conseguido el holocrón, Maestro. Lo conservo para que lo inspecciones. He tenido... un contratiempo a la hora de encontrar al humano que habló con el neimoidiano, pero ya lo tengo a mi alcance. No le fallaré.

Darth Sidious guardó silencio por un momento antes de replicar.

—Procura que sea así. Llámame una vez haya muerto y te instruiré sobre cómo entregarme el holocrón. Ten mucho cuidado de no revelar nuestra presencia. Aún no es el momento.

—Sí, Maestro.

Darth Maul se dirigió al claro donde se había estrellado el aerocoché. Era un buen lugar para intentar hacer lo que planeaba. Buscó con sus sentidos. No había señales de ningún Jedi cerca.

Escondió su poder con precaución, envolviéndolo en la Fuerza para que no lo notara algún posible Jedi cercano. Era lógico pensar que el Templo investigaría el siniestro de uno de sus vehículos, y quería conservar el anonimato. No dudaba de que podría derrotar a cualquier Jedi vivo, pero había muchos en la capital de la República, y ni él era lo bastante imprudente como para intentar vencerlos a todos a la vez. Los acontecimientos podían complicarse mucho más si había algún Jedi investigando.

La misión había acabado siendo mucho más interesante de lo que había supuesto.

Volvió a las sombras situadas al otro lado de donde estaba el aerocoché estrellado y volvió a acceder a la red de seguridad planetaria, empleando el mismo sistema de antes. Pocos taxis querrían bajar al Pasillo Carmesí, y ni siquiera las fuerzas de seguridad lo hacían sin tener un buen motivo para ello. Y ese motivo podía proporcionarlo él.

En vez de activar el menú, escaneó las rutas actuales de patrulla de ese barrio de la ciudad. Encima de él, a varios kilómetros de distancia, había una pareja de agentes patrullando en motojet. Tomó nota de su designación y accedió a la lista de espera de llamadas de emergencia. Introdujo los datos directamente en el ordenador de llamadas. Un examen posterior revelaría que su llamada era falsa, carente de un registro de comunicador, pero de momento le serviría.

El cebo que eligió fue el delito bancario del androide. La policía no acudiría a una llamada peligrosa en la zona, pero puede que se preocupase más por un delito de guante blanco llevado a cabo por el sirviente mecánico de alguien. Era la mejor celada que se le ocurría con tan poco tiempo.

Una vez puesto el cebo, el aprendiz Sith esperó a ver lo que pescaba. No tuvo que esperar mucho tiempo. A los pocos minutos de introducir los datos en la red de seguridad, dos motojet de la policía descendían de los niveles superiores, con sus luces estroboscópicas girando continuamente. Darth Maul se preparó para actuar, desde las sombras donde estaba agazapado.

Se detuvo de golpe. Al filo de sus percepciones había otra cosa. Acudió en su busca, proyectando dentados zarcillos de la Fuerza para descubrir lo que aún no podía ver. Y entonces, justo cuando su sonda mental llegaba hasta aquello, apareció ante sus ojos, flotando por encima del lugar del accidente.

Era una PCBU, una unidad de apoyo pilotada por androides. La PCBU se había creado por las numerosas muertes de agentes de policía que habían tenido lugar en el Pasillo Carmesí o lo largo de los años. Tenía dos cañones láser giratorios montados en

la parte superior e inferior de la unidad, así como todo tipo de sensores, escáneres y disruptores. Maul observó cómo se acercaba. No esperaba la llegada de un vehículo tan fuertemente armado, pero eso sólo retrasaba ligeramente sus planes.

Esperó a que la unidad pasara ante él siguiendo a las dos motojet. Se aferró a la Fuerza y la usó para propulsarse en el aire y aterrizar en el techo de la PCBU. Encendió el sable láser apenas tocó la superficie de la nave con los pies, y separó con él el cañón de su montura, girando luego la doble hoja y clavándola en la cabina de acero transparente y en el piloto androide. La PCBU empezó a descender, haciéndose cargo el piloto automático de la nave, ya que el androide estaba desactivado.

En las motojet, los policías de patrulla, o bien habían notado el descenso de la nave o bien el piloto del PCBU tuvo tiempo de enviar una señal, pero el caso es que giraron las deslizadoras y volaron hacia él.

Excelente.

Una motojet iba más adelantada que la otra. Maul desactivó una de las hojas de su sable láser y lo lanzó como si fuera una jabalina contra el primero de los deslizadores que se acercaban. Atravesó el pecho acorazado del agente. Al mismo tiempo, el Sith saltó desde el PCBU hacia el otro agente.

Cuando aterrizó en la deslizadora, lo hizo con el sable láser en la mano, recuperado gracias a un tentáculo de la Fuerza. El segundo agente de policía moría unos instantes después, y Darth Maul había conseguido su vehículo. Al no haber testigos, había pocas posibilidades de que alguien sospechase que se había utilizado la Fuerza, y toda la operación había tenido lugar con tanta rapidez que ninguno de los dos agentes había tenido tiempo de enviar una señal de alarma.

Ascendió de inmediato en una de las motojet, dirigiéndose a los niveles superiores para adelantarse a su presa. Graduó la deslizadora en una espiral vertical y volvió a usar el comunicador de muñeca. Siguió sin notar nada inusual en la zona, pero una de las cámaras parecía captar una zona inusualmente desprovista de tráfico. Había algo allí...

Darth Maul volvió a pasar la escena a cámara lenta. Sí, allí había algo. Volvió a pasar la película de la cámara de seguridad, ralentizándola más aún. Nada, nada... y, de pronto, allí estaba.

No había ninguna duda de que se trataba de su objetivo: el vendedor de información llamado Lorn Pavan.

El Sith examinó la hora del dato. La imagen se había grabado apenas veinte minutos antes. Aceleró la deslizadora hacia la dirección indicada en la pantalla.

Ya los tenía.

## Capítulo 29

Cuando llegaron al callejón, Lorn pinchó al líder de los raptos en la espalda con la pistola láser.

—Un momento —dijo, volviéndose hacia I-Cinco y Darsha—. ¿Hay algún aviso del equipo de ciencia y brujerías? Y no vuelvas a quejarte del equipo de sensores barato que te instalé.

—Bueno, era *menos* caro que el Mark Diez.

—Pero bastante más caro que las otras cinco opciones. *Mucho* más caro.

Mientras hablaba, miró a la padawan con la intención de preguntarle si captaba algo por la longitud de banda de la Fuerza, y se sorprendió al verla sonreír. Y lo que le sorprendió aún más, le desconcertó más bien, fue la manera en que él mismo reaccionó a esa sonrisa.

Le gustaba eso.

Le gustaba ella.

Eso era malo.

Sabía que pronto tendría que separarse de ella. Que de ninguna manera la acompañaría al Templo. Podía ser atractiva, pero ya había estado antes con mujeres atractivas, y muchas veces desde que le dejó Siena. Desde luego sus intereses no iban en esa dirección. Era mejor cortar ya con eso, enseguida y cuanto antes. Levantar los escudos, asegurar las escotillas de aire, atrancar las puertas.

Pero, en vez de eso, Lorn se dio cuenta horrorizado de que le devolvía la sonrisa.

o o o

Darsha disfrutaba de la discusión que tenían Lorn e I-Cinco a medida que caminaban hacia el callejón. Resultaba evidente que se apreciaban tanto como lo harían dos amigos, dos iguales. Era algo inusual, pero al mismo tiempo muy natural.

Ella había tenido muy pocas oportunidades de establecer ese tipo de lazo afectivo. Los Jedi no desanimaban la amistad, claro, pero la intensidad de sus estudios y el tiempo que requerían dificultaban establecer algo más que amistades casuales con los demás padawan. Probablemente, lo más parecido a un amigo que había tenido en el Templo, exceptuando a su Maestro, había sido Obi-Wan Kenobi, y se habría considerado afortunada de poder hablar con él más de una vez por semana.

Mientras escuchaba a Lorn e I-Cinco, mantenía los sentidos alertas a cualquier peligro potencial que pudiera acecharles por delante o por detrás. El único problema en potencia era Pelo Verde, ya que el raptor rebosaba de odio por haber sido capturado tan fácilmente y verse obligado a conducir a sus enemigos al camino secreto de su banda hasta los niveles superiores. Exigía ser vigilado muy de cerca, pero tanto el androide como el corelliano parecían tener la situación controlada.

No sintió ninguna señal del Sith detrás de ellos, lo cual significaba que o bien habían conseguido escapar finalmente de él o que aún le faltaba mucho para poder permanecer de manera constante en la Fuerza. Antes, cuando lucharon con los raptos, había establecido una comunicación completa con ella, con todos sus sentidos aguzados y afilados, tal y como había sucedido con el taozin. Pero aún no

había llegado al punto en que podía estar constantemente en ella. Aún le quedaban muchos años para ser tan buena como lo fue el Maestro Bondara de manera tan constante.

Lorn discutía con I-Cinco sobre los sensores de éste. Darsha buscó con la Fuerza, sintiendo sólo las mínimas vibraciones que emitía la vida animal del callejón, como las cucarachas araña, las ratas blindadas y ese tipo de criaturas. Nada que pudiera suponer una amenaza.

“...bastante más que las otras cinco opciones. *Mucho* más caro”, le decía Lorn al androide. Él la miró al terminar la frase. Ella le sonrió y se sorprendió mucho al sentir en lo más hondo la sonrisa con que le correspondía. ¿Sería posible que se sintiera atraído por ella? Desde luego, en ese momento, no sentía ninguna hostilidad en él, lo cual distaba mucho de la actitud que demostró en su primer encuentro.

Le tentaba sondear sus emociones, usar la Fuerza a un nivel empático y ver si acertaba, pero aplacó ese deseo apenas lo tuvo. Sería aprovecharse injustamente de su ventaja. Además, se daba cuenta de que no necesitaba usar la Fuerza. La atracción era evidente con sólo mirarle.

Qué interesante.

Lo cual suscitaba una pregunta: ¿cómo se sentía ella ante esa situación?

Lorn apartó bruscamente la mirada y Darsha se dio cuenta de que estaba incómodo, inseguro de cómo asumir la nueva dinámica suscitada entre ellos. De él brotó un profundo sentimiento de culpa, y ella no lo supo por haberlo sondeado; habría tenido que ser ciega a la Fuerza para no notarlo. Desde luego, comprendía el origen de esa culpa. Tenía que haberle impactado mucho el descubrirse atraído por un Jedi tras haberse pasado años odiándolos.

Ése no era ni el momento ni el lugar para explorar ese dilema, se dijo. Con algo de suerte, tendrían oportunidad de hacerlo más adelante. Decidió que, por el momento, era preferible salvar las apariencias, tanto las suyas como las de él.

—Por si sirve de algo, no siento formas de vida importantes en el callejón —le dijo.

Lorn asintió, sin dejar de mirar al frente, y volvió a clavar la pistola en la espalda del raptor.

—Bueno, asesino, ve tú delante.

Algo desconcertada, pensando todavía en el hecho de haber notado la atracción que sentía por ella, casi no notó el repentino estallido de rabia del raptor. Le recordó que ni mucho menos estaban ya fuera de peligro.

o o o

Lorn siguió a Pelo Verde hasta el callejón, pensando todavía en el intercambio sin palabras que acababa de tener lugar entre Darsha y él. ¿Habría sentido ella de alguna manera lo que él pensaba, usando la Fuerza para espiar sus emociones? Esperaba que no. Pero, afrontémoslo, se dijo, es una Jedi. Y desde luego tenía capacidad para hacerlo. La experiencia le decía que la gente que tiene una habilidad tiende a hacer uso de ella.

Intentó sentirse furioso, sentirse invadido por los actos de ella, pero lo único que sintió fue curiosidad, curiosidad por si ella también experimentaba alguna atracción por su parte. Y eso le resultó más preocupante aún que la invasión de su intimidad.

I-Cinco interrumpió sus cavilaciones.

—Coincido con la padawan Assant en lo que a formas de vida se refiere, pero quizá te interese saber que hay dos relés energéticos activos en los próximos quince metros de...

—¡Lorn, cuidado! ¡Va a intentar algo! —gritó Darsha detrás de él.

Y así era. El raptor se lanzó hacia un montón de basura situado bajo un saledizo a la izquierda del callejón. Lorn saltó tras él, intentando ver lo que Pelo Verde intentaba

coger bajo la basura. Pero él llegó primero al montón, golpeando con la palma de la mano un panel activador amarillo. Lorn ya había visto antes lectores así; sólo podían ser utilizados cuando los tocaba alguien con la pauta identificadora correcta. La pauta podía ser el ADN del usuario, un chip subcutáneo o una decoración de la piel como un tatuaje. Fuera cual fuera la forma de activarlo, Lorn sabía que si no actuaba deprisa, acabaría descubriendo para qué servía el interruptor.

Cogió al muchacho por la muñeca y le retorció el brazo poniéndoselo en la espalda. El raptor profirió un grito y Lorn le cogió también el otro brazo. Arrastró al forcejeante joven hasta donde estaban Darsha e I-Cinco.

—¿Tenéis algo que podamos usar para inmovilizarlo?

—Que buena idea —dijo el androide, entregándole un trozo de cuerda que había encontrado en la basura—. Lástima que no se te ocurriera antes de que estuviera a punto de vaporizarnos.

Lorn le ató las muñecas a su prisionero y le dio la vuelta para mirarle a la cara.

—A ver, ¿para qué es el interruptor?

Su prisionero se limitó a mirarle, con la boca cerrada en gesto retador.

—He reseguído el circuito hasta una fuente de energía en lo alto de la red del callejón —dijo I-Cinco—. A esa altura.

El androide señaló a una oxidada rejilla de ventilación situada a unos tres metros por encima del grupo. De pronto, la punta de su dedo se deformó, abriéndose en abanico. Un rayo fue disparado cuatro veces, cuatro hilos de luz rubí golpeando cada esquina de la rejilla. Lorn olió el regusto a metal vaporizado que predominó débilmente sobre los aromas orgánicos podridos que llenaban el callejón.

La tapa de la rejilla cayó, golpeando sonoramente el suelo, y pudo ver por el agujero el extremo de un láser montado sobre un trípode. Sin duda estaba motorizado y programado para disparar contra todo el que no estuviera junto al panel activador.

Eso sí que habría sido una sorpresa *desagradable*.

Lorn negó con la cabeza y miró a Darsha.

—Se me ha ocurrido algo. Igual deberíamos probar alguno de esos trucos mentales tuyos que querías usar antes.

Darsha le miró con gesto cansado antes de concentrar su atención en Pelo Verde.

—Nos mostrarás el camino a los niveles superiores, sin más trucos —le dijo, haciendo un sutil gesto con la mano.

Fascinado, Lorn miró cómo los ojos del raptor se desenfocaban y repetía las palabras de la padawan.

—Os mostraré el camino a los niveles superiores, sin más trucos.

Resultaba escalofriante la facilidad con que ella controlaba al muchacho, y Lorn se sorprendió preguntándose, y no por primera vez, si podría hacerle lo mismo a él.

—Es por ahí —dijo monótonamente el prisionero, señalando al final del oscuro callejón.

Lorn miró a Darsha. Ésta asintió y Lorn caminó delante.

o o o

Darsha no podía creer que no hubiera sentido los relés. Se había concentrado tanto en buscar enemigos vivos que no se le había ocurrido buscarlos en artefactos mecánicos. Tenía que asegurarse de que eso no volvía a pasar.

Envío sus sentidos a explorar por delante de ella, buscando signos vivos y no vivos. A la vuelta de la esquina había una cámara de seguridad. Lorn dobló la esquina antes de que pudiera avisarlo, pero no importaba, ya que ella se ocupó de la cámara. Necesitaba algo más de concentración para poder derrotar a un aparato mecánico, pero eso entraba dentro de sus habilidades. Se limitó a atascar el control de apertura de las lentes.



El raptor, I-Cinco y ella no tardaron en alcanzar a Lorn. Estaba mirando a la cámara de seguridad.

—No te preocupes —dijo ella—. La he anulado.

—¿Funcionaba? —preguntó él, mirándola. Pensaba que era una cámara falsa, puesta para disuadir a los posibles perseguidores.

—Recordarás que había dos relés activos —repuso I-Cinco.

Lorn le miró, se encogió de hombros y asintió en dirección a Darsha con gesto de agradecimiento. El gesto le salió de forma espontánea y natural. Le costaba creer que menos de un día antes le había guardado rencor por salvarle la vida.

Continuaron andando. Pelo Verde les llevó por un camino que era laberíntico hasta para la media de Coruscant, por oscuros callejones y rutas de transporte que se habían vuelto vermicularmente complejas con el devenir de los siglos. A veces el camino era tan estrecho y la oscuridad tan completa que les costaba creer que habían vuelto a la superficie. Darsha mantuvo los sentidos aguzados, pero no se encontraron con nadie, aparte del mendigo ocasional escondido en rincones oscuros. Diez minutos después llegaron hasta un gran tubo redondo que identificaron como un conducto termal. Lo rodeaban ajados letreros que advertían sobre sus peligros en los diferentes lenguajes de la República, así como en pictogramas universales.

Pelo Verde señaló una escotilla de acceso en un lateral de la tubería.

—Por allí.

o o o

Lorn observó la escotilla, antes de mirar nuevamente a su prisionero.

—¿Seguro que el hechizo que le has puesto funciona todavía? —preguntó a Darsha.

—No miente —aseguró la aspirante a Jedi—. Cree que ésta es la ruta. Si no delira, éste es el camino que toman para subir a los otros niveles.

I-Cinco golpeó la tubería. Sonó a hueca.

—Mis sensores no pueden atravesar su aislamiento, pero puede ser segura.

—Bien —dijo Lorn—. Pues ábrela *tú*.

—Vivo para servir —dijo el androide con sarcasmo, agarrando la rueda de acceso.

La movió con facilidad y abrió la escotilla. Por ella no salió ninguna nube de ardiente vapor, y el androide miró dentro.

—Parece subir al menos diez niveles. Hay una escalerilla dentro. ¿Estáis preparados?

Lorn miró a Darsha. Pelo Verde esperaba plácidamente ante ellos.

—¿Nos llevamos al último grito en moda o le dejamos aquí abajo? —le preguntó a ella.

Ésta miró al prisionero.

—¿Hay alguna trampa o código que necesitemos saber para poder salir del tubo?

—Sólo el código de acceso a la puerta del otro extremo. Uno, uno, tres, cuatro, cero —respondió el raptor.

—Déjale aquí —repuso la padawan mirando a Lorn.

Éste asintió y desató a su cautivo. Darsha posó una mano en el hombro del joven y volvió a hablarle.

—Te olvidarás de nosotros.

—Me olvidaré de vosotros.

—Puedes irte. Si te amenaza algún peligro, recuperarás de inmediato tus sentidos. Si no es así, no volverás a la normalidad hasta dentro de una hora. Vete y... córtate el pelo —añadió cuando él se volvía para irse.

Pelo Verde asintió y se alejó, todavía en el sopor inducido por la Jedi. Lorn no pudo evitar volver a sonreír a la padawan. No estaba mal, nada mal. Miró a I-Cinco y vio que el androide le observaba, su expresión neutra menos inexpresiva de lo habitual.

Lorn se aclaró la garganta y empujó al androide al interior de la tubería. No le apetecía nada tener que subir diez pisos de escaleras.

o o o

Darsha siguió a Lorn e I-Cinco por la escalerilla. Era una escalada larga y claustrofóbica, y resultaba agotadora tras los padecimientos sufridos. La idea de salir por fin de ese abismo sin ley que era el Pasillo Carmesí la ayudaba a seguir subiendo.

En lo alto había otra escotilla de acceso que I-Cinco abrió sin problemas. Le siguieron por ella y se encontraron en una gran sala que, a juzgar por su aspecto, antaño fue el generador de energía de varias manzanas de edificios. Tenía dos pisos de altura y estaba llena de conductos de todo tipo, con una abrumadora cantidad de pasarelas y lo que parecían varios generadores termales viejos. Debieron cerrar esa planta energética en algún momento del pasado para convertirla en un almacén. Al final de la sala había una sala de almacenaje de grueso duracero diseñada para desperdicios tóxicos. I-Cinco echó un vistazo en su interior.

—Más chatarra, incluyendo una pequeña cámara de congelación al carbón —informó, examinando luego el lugar para ver varios contenedores de combustible y tanques de gas almacenados por todo el lugar—. Yo en tu lugar no dispararía la pistola láser.

—Si de mí depende, no volveré a disparar una —repuso Lorn, con sincera intensidad.

Darsha miró a I-Cinco y habría jurado que el androide sonreía. Al otro lado de la sala había una puerta. En lo alto de las paredes había varias ventanas y la luz del sol entraba brillante por ellas. Le dio un abrazo a Lorn.

—Lo hemos conseguido.

Él pareció sorprenderse, sintiéndose luego inseguro, antes de dejarse llevar por el momento y devolver el abrazo. Pero, antes de que él pronunciase alguna palabra, la alegría de Darsha se desvaneció arrastrada por una inundación de temor.

Notó su presencia antes de poder verlo. Se separó de Lorn y giró hacia la puerta, sable láser en mano.

La puerta se abrió.

El Sith estaba allí.

## Capítulo 30

Darth Maul se detuvo en el umbral y contempló a su presa, sintiendo que la sorpresa y el horror de las dos personas que tenía ante sí llenaban toda la sala. Estaban atrapadas. Él lo sabía y ellas también, y eso hacía más glorioso aún ese momento. Sonrió con calma.

Había llegado con rapidez a la parte inferior del conducto, usando las luces de la deslizadora policial para abrirse paso entre el tráfico. Los había perdido, claro, pero un rápido reconocimiento del conducto le reveló el único destino lógico del grupo. Y durante todo ese tiempo había actuado con la menor conexión posible de la Fuerza, ocultándose a su abrazo. Había vivido por tanto tiempo dentro de las poderosas fronteras del Lado Oscuro que el dejar de hacerlo había hecho que se sintiera desnudo y ciego, pero había sido necesario para no delatarse ante la aprendiz Jedi que ayudaba a su presa. Había volado circundando el edificio, viendo en él sólo unas pocas ventanas de acero transparente y una única puerta al interior. Ni intentándolo podría haber concebido una trampa mejor.

Todavía más apartado de la Fuerza de como lo había estado en años, alargó hacia la puerta que conducía al interior del edificio el tentáculo de consciencia más pequeño que pudo crear. Y allí se había quedado, esperando la confirmación de que su presa llegaba a su último destino.

Y, cuando por fin llegó, él volvió a rodearse de la Fuerza, disfrutando de la sensación mientras el Lado Oscuro lo envolvía. Notó de inmediato la reacción de la padawan, y entonces abrió la puerta.

Darth Maul avanzó un paso, encendiendo las dos hojas de su sable láser. Había sido un momento perfecto, pero como todos los que son así, había sido fugaz, quedando ya atrás. Era momento de crear otro mucho más satisfactorio: el del triunfo por completar su misión.

o o o

Darsha se sintió paralizada por la sorpresa durante unos latidos de su corazón increíblemente largos, y derrotada por sus propias emociones. El miedo, la desesperación y la desesperanza clavarón las garras en ella, dejándola sin voluntad. Se enfrentaba al enemigo último: a un Sith que era mucho más poderoso en la Fuerza que ella. Había matado al Maestro Bondara, uno de los mejores luchadores de los Jedi.

*Ríndete*, le susurraba insistente una voz en su cabeza. *Suelta el arma. Ríndete...*

Pero cuando el Sith activó las hojas gemelas de su sable láser, se despertaron en ella los años de entrenamiento que casi se habían convertido en un instinto. El consejo desesperado que había oído en su cabeza fue acallado.

Abrazó a la Fuerza.

*No hay emoción; hay paz.*

Su miedo se evaporó, siendo reemplazado por la calma. Seguía siendo muy consciente de que el Sith era muy capaz de matarla, pero era una preocupación muy lejana. Si la muerte era inevitable, entonces sólo importaba la manera de enfrentarse a ella.

*No hay ignorancia; hay sabiduría.*

Ese mismo año había asistido a una clase sobre técnicas de combate impartida por el Maestro Yoda, y el recuerdo de la misma acudió a la padawan.

Yoda se había plantado ante los estudiantes allí reunidos y les había hablado con esa voz fina que de alguna manera llegaba a todos los rincones de la sala de conferencias sin necesidad de amplificadores.

—Mejor que el entrenamiento, la Fuerza es. Más que experiencia o agilidad proporciona.

Y había hecho una demostración. Tres miembros del Consejo —Plo Koon, Saesee Tiin y Depa Billaba, todos excelentes luchadores— avanzaron para atacarlo. El Maestro Yoda no iba armado, y no pareció moverse más de un metro con su paso lento y medido. Aun así, ninguno de los tres pudo ponerle un solo dedo encima. La lección le había llegado hasta lo más hondo: el conocimiento de la Fuerza era infinitamente mejor que la técnica.

Así que Darsha se sumergió en la Fuerza, sin intentar mantener algún control sobre ella, dejando que se apoderara de su persona, tal y como había hecho al enfrentarse al taozin y los raptos. ¿Cuántas veces le había dicho el Maestro Bondara que se relajara, que se limitara a dejarse llevar? Y así lo hizo en ese momento, sintiendo que conectaba con la Fuerza de una manera más profunda que nunca antes. No supo decir cómo lo sabía, sólo que *era* así. Sintió que sus sentidos se aguzaban hasta alcanzar el filo del diamante, y todos los detalles, visibles o invisibles, de la abandonada planta de energía resaltaron a sus ojos. Conocía cada pared, puerta y pieza de maquinaria, cada partícula de polvo.

Y supo lo que tenía que hacer.

Y todo ello en menos de un segundo.

Haciendo un pequeño gesto con la mano, Darsha empujó telequinéticamente a Lorn e I-Cinco hacia atrás, enviándolos a varias docenas de metros de distancia, hasta la sala de almacenamiento que sabía diseñada para ser lo bastante fuerte como para contener desperdicios peligrosos y volátiles. El Sith no podría llegar enseguida hasta ellos, así que eso les daría más tiempo. Con un pensamiento, estropeó el mecanismo de la cerradura para que la puerta no pudiera abrirse y encendió el sable láser. Su brillo dorado resplandeció en la penumbra de la vieja estación generadora.

Las hojas rubí del sable láser del Sith giraron cuando él saltó, y ella avanzó para recibirlo.

o o o

Lorn golpeó la puerta de la cámara de residuos, pero ésta no se abrió.

—¡Darsha! ¡Abre la puerta!

Tiró frenéticamente de la manilla, pero el cierre estaba estropeado. En la escotilla había una pequeña mirilla de acero transparente amarilleado, y por ella pudo ver a Darsha combatiendo al Sith, las hojas de energía entrechocando en una lluvia de chispas.

¡Era una locura! ¿Qué había hecho esa muchacha? Debía saber que no tenía ninguna oportunidad contra el demonio que había matado a su Maestro. Quizá los tres juntos habrían tenido alguna oportunidad, con su pistola y con los dedos láser de I-Cinco. Pero de ninguna manera podría ella hacer nada estando sola.

Iba a morir.

Y, con toda probabilidad, él la seguiría, pero no pensó en ello. Lo único que le importaba era abrir esa escotilla para llegar hasta ella y ayudarla de algún modo.

Sacó la cuchilla vibratoria de un bolsillo y lo probó con la cerradura. Nada.

—¡I-Cinco, sácanos de aquí! —gritó.

Cuando el androide no le respondió, se volvió para ver por qué.

Estaba encendiendo la unidad congeladora de carbono. Una nube de humo, de vapor de carbonita, llenaba la pequeña cámara.

—¿Qué estás haciendo? ¡Ella va a morir!

—Sí. Así es.

o o o

Darth Maul sintió un cambio en la Fuerza cuando la mujer avanzó hacia él. Interesante; era más poderosa de lo que él había supuesto. No importaba, claro. Él, que se había entrenado toda la vida para matar a los Jedi, no podía fallar en acabar con una simple padawan. Pero si era una contrincante de mayor valía emplearía más tiempo en matarla. Claro que no había otra salida del edificio; y su objetivo y el androide no irían a ninguna parte.

Bien podía disfrutar con eso.

Giró las hojas gemelas en un amplio arco por encima de su cabeza, lo más indicado para separar la parte superior del cuerpo de la inferior.

Y ella bloqueó el golpe con su arma de plasma amarillo, desviando la primera hoja, y deslizándola por la segunda para ir más allá de ella.

El Sith cambió de dirección, cargando hacia adelante, en la forma conocida como "sarlacc al ataque", para atravesarle el corazón.

Su envite fue desviado por ella con un golpe descendente, al tiempo que elevaba la punta para destriparlo.

Pero él ya no estaba en el mismo sitio, ya que había dado una voltereta hacia atrás, aterrizando en una posición defensiva.

Darth Maul le enseñó los dientes. Era una digna contrincante para ser padawan. No conocía ningún Maestro Jedi que viviera en la Fuerza con más intensidad que ella en ese momento.

Pero acabaría por matarla. Lo sabía tanto como lo sabía ella.

Lanzó un ataque simultáneo, usando la Fuerza para lanzar contra ella una llave energética oxidada y un cubo lleno de cierres viejos que había sobre una mesa, al tiempo que él mismo saltaba hacia adelante, moviendo el sable láser en una variante de la "ola de la muerte" del tēras kāsī.

Era un entretenimiento que ya duraba demasiado. Ya era hora de matarla y de ocuparse de su principal objetivo.

o o o

*No hay pasión; hay serenidad.*

Era cierto. Cada acto efectuado era concienzudo y bien definido, pero no estaba precedido de ninguna emoción o pensamiento consciente. La Fuerza la guiaba, ayudándola a realizar los relampagueantes movimientos necesarios para desviar los del Sith, y hasta a contraatacar.

Pero no bastaba con eso. El Sith era el mejor luchador que había visto Darsha. Sus movimientos eran precisos, su control de la Fuerza el de un músico tocando un intrincado solo. Todo lo cual hacía más urgente que la información sobre él llegara hasta el Templo.

Empleó la Fuerza para desviar la herramienta y el cubo con piezas que le había lanzado. Pero algunas de éstas le alcanzaron en piernas y torso cuando saltó cinco metros hasta una pasarela que recorría toda la longitud de la sala. Al aterrizar, captó un atisbo del rostro de Lorn, enmarcado en la mirilla de la escotilla de la unidad de contención. Apenas tuvo tiempo para recobrar el aliento antes de que el Sith volviera a estar ante ella. Tenía unos ojos hipnóticos, de un tono dorado que contrastaban siniestramente con los tatuajes negros y rojo sangre que le cubrían el rostro. No le

impidieron bloquear sus golpes cuando redobló sus ataques, haciendo girar las dos hojas con tal rapidez que parecían fundirse para formar un escudo carmesí.

Cuando interpuso su hoja entre las de él se oyó un siseo, y saltó un fogonazo de chispas cuando se separaron, ella para desviar un golpe, él para atacar con la hoja contraria.

Darsha cortó del revés, notando un punto débil en la defensa de su enemigo.

Era una trampa cuidadosamente dispuesta, y él giró su arma para interrumpir el movimiento de la padawan, y al mismo tiempo acertarla de lleno.

Pero ella ya no estaba allí, al haberse propulsado lateralmente hacia una nueva posición situada a un metro de distancia, con el sable láser apuntando al pecho de su rival.

Y el Sith atacó, golpeando a izquierda-derecha-izquierda en una serie de movimientos que la dejaron agotada, pese a estar ayudada por la Fuerza. Desvió los golpes, forzando a su mente a no seguir la táctica de su contrincante, a relajarse y mantener su profunda conexión con la Fuerza. Los pensamientos eran un riesgo.

Notaba que su enemigo no compartía esa debilidad. Tenía un mayor control consciente del poder, y eso le daba ventaja. Si ella intentaba aumentar su control de la Fuerza, reduciría su capacidad para reaccionar, pero si no lo hacía así, sólo podría defenderse.

El dilema reverberó en ella mientras mantenía su conexión con lo que la rodeaba, explorando con sus sentidos, buscando alguna solución con la mente.

Cuando encontró una, la examinó y se dio cuenta de que era su única posibilidad.

o o o

Lorn agarró al androide por los brazos e intentó apartarlo de los controles de la unidad. Fue como intentar apartar un satélite de su órbita.

—¿Qué estás *haciendo*?

—Procurar que su sacrificio no sea en vano —contestó sin dejar de manipular los controles.

—¡No lo será, si disparas contra esa maldita puerta y la abres!

—Ni siquiera mis reacciones son tan rápidas como las del Sith —siguió diciendo I-Cinco, con voz enloquecedoramente calmada—. Y yo soy mucho más rápido que tú y que lo padawan Assant. Está haciendo por nosotros lo que su Maestro hizo por ella... ganar tiempo.

—¿Y de qué servirá eso? Estarnos encerrados en este lugar...

—Con una unidad congeladora de carbono que puede adaptarse para que nos ponga en crioestasis.

La sorpresa impidió por un momento que Lorn siguiera protestando.

—Es teóricamente posible que un ser viviente sea congelado en un bloque de carbonita y que después se le reviva —continuó el androide—. Leí un interesante tratado al respecto en un número de *Scientific Galactica*...

Lorn se volvió con un rugido pugnando por salir de su garganta y apuntó la pistola láser contra la cerradura de la escotilla. Llegaría hasta ella de un modo u otro.

—¡Para! —le ordenó I-Cinco—. Este lugar está sellado magnéticamente. El rebote acabaría por matarnos a los dos.

El corelliano giró sobre sus talones y apuntó a I-Cinco.

—Acércate a esa puerta y ábrela —dijo, con una voz que ni remotamente parecía la suya—, o te convertiré en un montón de chatarra.

I-Cinco volvió la cabeza y le miró un instante, antes de alargar la mano y quitarle la pistola sin que el humano tuviera tiempo de apretar el gatillo.

—Y ahora escúchame —dijo, mientras volvía a su trabajo—. Tenemos una posibilidad de sobrevivir a esto, y no es muy buena. En cambio, la padawan no tiene

ninguna posibilidad, y ella lo sabe. —Metió un último dato en el panel de control de la unidad—. Entra en la unidad.

Lorn se le quedó mirando, volviéndose luego para mirar a través de la escotilla. No podía ver a Darsha o al Sith, pero sí sus sombras moviéndose por el suelo, proyectadas por la luz de las ventanas. Se dio cuenta de que habían llevado la batalla a una de las pasarelas de arriba.

*Está haciendo por nosotros lo que su Maestro hizo por ella... ganar tiempo.*

Apenas hacía cuarenta y ocho horas que la conocía y ya había pasado de odiarla a ella y a todo lo que representaba a... esto. A ese dolor frenético, esa frustración, y esas emociones que hacía años que no se permitía sentir. No se había enamorado de ella; no había tenido bastante tiempo para eso. Pero sí que había llegado a sentir cariño por ella, a respetarla y admirarla profundamente. Si todos los Jedi eran como ella...

No quería terminar el pensamiento. Se forzó a hacerlo.

*Si todos los Jedi son como ella, entonces lo que le pasó a Jax fue lo mejor que pudo haberle pasado.*

—Deprisa —dijo I-Cinco—. La unidad tiene un temporizador. Tenemos menos de un minuto.

Lorn pegó el rostro contra el acero transparente, buscando una última imagen de ella. No la consiguió. Podía oír el entrecuchar y el zumbido de los sables láser a lo lejos, podía ver los fogonazos y las cascadas de chispas cuando las hojas chocaban o cortaban el metal como si fuera flinsiplast. Pero no podía verla a ella.

El androide lo apartó de la escotilla con suavidad y firmeza, cogiéndolo por los hombros. Lorn dejó que el androide le llevara hasta la unidad congeladora de carbono. No sentía miedo al entrar en ella. La tentación era no sentir nada y quedarse aturdido.

No, se dijo. Ya había vivido demasiado tiempo así. Si éstos iban a ser sus últimos instantes de vida, que muy bien podían serlo, dadas las pocas posibilidades de éxito que tenía el plan del androide, no los viviría sumido en un vacío emocional.

Era lo menos que podía hacer en reconocimiento al sacrificio de ella.

Entró en el cilindro abierto de la máquina. I-Cinco entró con él. Apenas había sitio suficiente para los dos.

Miró al androide.

—Si salgo de ésta con vida, mataré a ese Sith.

I-Cinco no replicó nada; no había tiempo. Lorn sintió que lo envolvía un vapor gélido, su visión se oscureció por una neblina que se tornó oscuridad. Una oscuridad tan profunda y completa como la muerte.

## Capítulo 31

Darth Maul se sintió ligeramente decepcionado al darse cuenta de que la Jedi no era tan poderosa como le había parecido en un principio. Su presencia en la Fuerza era impresionante, pero su metodología no estaba a la altura. Los dos sabían que sólo era cuestión de tiempo. Concentró sus ataques, obligándola a usar una defensa más basada en la técnica.

Ella saltó de la pasarela al suelo, y él la siguió. Sintió que una presión motivada por la Fuerza se desplazaba hacia él y la desvió, sintiendo que varios tanques y contenedores caían a su alrededor. La padawan se estaba debilitando. Un ataque de ese tipo era signo de desesperación. Pronto acabaría todo.

Saltó hacia adelante, rodando para situarse a su lado, bloqueando de paso el ataque de ella. Otra onda invisible de presión golpeó las máquinas situadas detrás de él.

Lastimoso.

Maul intentó ensartarla con su hoja y se topó con la de ella, que frustró momentáneamente su ataque. Ella no había explotado el punto débil que había dejado expresamente al descubierto, y volvió a perder aún más respeto por ella.

Era una pena, pero ya habría otras misiones, otros retos más dignos de su habilidad. Algún día, el Templo Jedi estaría en ruinas, y él se encontraría allí para verlo, tras haber matado personalmente a muchos Jedi. Pero ya iba siendo hora de terminar con ese asunto.

Se dispuso a propinar el golpe final.

o o o

Darsha lanzó una segunda oleada de la Fuerza, derribando otro tanque de combustible. Se las había arreglado para derribar varios cilindros de soldar y tanques de aceite y amontonarlos. Ahora estaban todos situados, formando una carga accidental pero extremadamente explosiva que esperaba a hacerse realidad.

Qué apropiado resultaba usar el sacrificio del Maestro Bondara como ejemplo, pensó.

Darsha se permitió pensar en Lorn por un momento. Esperaba que el robot hubiera visto la fuga potencial que representaba la unidad congeladora de carbono. De no ser así, su sacrificio sería en vano.

Había visto la cara de Lorn en la ventanilla, su expresión llena de preocupación y desesperación, no por él mismo, sino por ella. Desde luego no era la expresión de alguien que la odiaba, o que fuera indiferente a su destino.

Había sido una lástima, pensó ella. Si hubieran tenido más tiempo... Si hubieran podido llevar sus intenciones a término y llegar juntos al Templo Jedi...

Pero eso no era lo que estaba destinado a ser.

*No hay pasión; hay serenidad.*

Cargó contra el Sith, con el sable láser zumbando, y se colocó en una posición mejor. Tenía que hacerlo con precisión, que no pareciera algo deliberado.

Bajó la guardia. Su enemigo aprovechó de inmediato esa circunstancia.



Su arma le atravesó el costado, produciéndole un dolor tan ardiente que le hizo gritar.

Darsha Assant soltó el sable láser, usando la Fuerza para lanzarlo hacia adelante, todavía conectado, y atravesar con él uno de los cilindros de gas.

Aún tuvo tiempo para un último pensamiento.

*No hay muerte; hay Fuerza.*

Sabía que era la verdad.

o o o

Darth Maul se dio cuenta en el último momento de los planes de su contrincante y de lo que planeaba hacer. Saltó, empleando la Fuerza para propulsarse hacia una de las ventanas de arriba. La atravesó fácilmente y aterrizó en un aeropaseo cercano, en el instante en que detonaban los contenedores explosivos.

Por fortuna, la explosión quedó contenida por las sólidas paredes del edificio. La padawan había sido hábil hasta el final; el Sith se dio cuenta de que había preparado la trampa con sus débiles ataques con la Fuerza. Había sido un oponente más digno de lo que había supuesto.

Sus actos le habían costado el placer de matar a su principal objetivo. Sonrió a la memoria de la muchacha. No todos podían luchar tan bien; era algo que debía honrarse.

Ya empezaba a formarse una multitud de curiosos. Debía asegurarse de que su misión estaba completada, y debía hacerlo cuanto antes. Saltó de vuelta a la ventana que había atravesado y por la que ahora se escapaba el humo, dificultándole la visión del infierno que era esa sala. Usó la Fuerza para disipar momentáneamente las nubes y ver la unidad contenedora donde se había escondido su objetivo. La onda expansiva la había partido en dos, dejando al descubierto el equipo y la maquinaria rota de su interior.

Nada podía haber sobrevivido a eso. Tampoco en la Fuerza vio rastro alguno de los cuerpos de la padawan o de Lorn Pavan; la explosión los había vaporizado.

Por fin había completado su misión.

Pero, aun así, debía estar completamente seguro. Después de todo, Pavan había demostrado ser extraordinariamente difícil de matar, sobreviviendo incluso a una explosión anterior. Debía asegurarse.

Recurrió al Lado Oscuro, sondeando la sala con sus vibraciones, buscando cualquier signo de vida.

No encontró ninguno.

Excelente.

Volvió al paseo de un salto. Sin prestar atención a los curiosos que se amontonaban, se echó la capucha sobre el rostro y se alejó del edificio en llamas.

Ya era hora de informar a su Maestro del éxito de su misión. Por fin.

## Capítulo 32

Obi-Wan Kenobi volvió a sentir la muerte cuando se acercó una vez más al lugar donde se estrelló el aerocoché del Maestro Bondara. No era la del Maestro Jedi que había sentido antes, sino algo nuevo.

Al acercarse más, vio que el humo se alzaba desde la calle y notó las luces giratorias de los cruceros policiales que rodeaban la zona. Era evidente que había tenido lugar algún nuevo desastre, y lo bastante importante como para atraer a la policía local.

Tras dejar el Oasis Tusken, volvió al último lugar donde fueron vistos por última vez Darsha Assant y el Maestro Bondara, que había sido en el aerocoché del último. Un control flotante avisó al padawan de que retrocediera y por un momento estuvo a punto de hacerlo. Después de todo, estaba en el Pasillo Carmesí. Sin duda investigaban algún crimen sin relación con lo que le llevaba allí, y sólo conseguiría estorbar.

Pero entonces volvió a sentirlo. Sintió esa sensación de ominosidad que tanto le había enervado la vez anterior que estuvo en ese lugar.

Obi-Wan maniobró el vehículo para superar el control. Un androide forense estuvo a punto de darle un aviso, pero le dejó pasar al ver que era un padawan. Al Jedi no le gustaba utilizar sus poderes seculares, pero dentro de la República tenían capacidad para atravesar los cordones policiales de cualquier investigación relacionada con una propia.

Dos investigadores sin uniforme se acercaron a interceptarlo cuando aterrizó junto a la línea de escáneres policiales. Uno era mrlssi, el otro sullustano, y los dos tenían aspecto de querer estar en cualquier otro lugar que no fuera ése. El mrlssi habló primero.

—¿Podemos ayudarle?

Obi-Wan decidió ver qué respuestas podía obtener por esa parte. No había motivos para decirles que habían desaparecido dos Jedi.

—Estoy siguiendo los informes de un criminal que se dice actúa en la zona. Parece ser que han tenido lugar varios asaltos... —dejó la frase colgada, concentrándose en la reacción de la pareja, esperando provocar así una respuesta en ellos—. Me han hecho pensar que podrían estar relacionados con este suceso.

—Bueno, quizá sea así. Venga a echar un vistazo —dijo el sullustano mirando al mrlssi.

Obi-Wan siguió a los dos policías; hacia otro vehículo estrellado, situado a una media manzana del que perteneció al Maestro Bondara. Pese a estar muy quemado y con el metal muy retorcido por el fuego, resultaba evidente que le habían arrancado una buena parte y que había un corte limpio en la cabina donde se sentaba el piloto androide.

—¿Alguna idea, padawan...?

—Kenobi. Obi-Wan Kenobi.

—¿Reconoce el tipo de aerocoché? —añadió el sullustano.

—¿Tiene eso alguna importancia? —contestó, negando con la cabeza.

—Esto es, o era, un PCBU, un crucero policial de apoyo. Está diseñado para ayudar a los agentes que responden a una llamada en lugares como el Pasillo Carmesí. Se supone que deben flotar diez metros detrás y quince arriba de las unidades policiales.

El aprendiz de Jedi se dio cuenta del problema a que se enfrentaban los policías. ¿Cómo podía alguien saltar quince metros en el aire para llegar al PCBU sin que le dispararan?

—¿Ha muerto alguien? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Dos patrulleros —dijo el mrlssi.

Obi-Wan asintió a los dos investigadores.

—Puede ser obra de hombres del Sol Negro. Contactaré con el Templo para informar de esto. Tendrán la plena cooperación de los Jedi en este asunto —dijo, encaminándose a continuación hacia su aerocoche.

El asunto se había complicado demasiado para que un padawan se ocupara de él. La posible implicación del Sol Negro y la muerte de los dos policías hacían que lo prudente fuera informar a sus superiores. Habría que llevar a cabo una investigación completa, en colaboración con las fuerzas de seguridad.

Elevó el aerocoche hasta alcanzar el décimo nivel, bajo el estrato inferior de tráfico pero lo bastante elevado como para trazar un rumbo recto hacia el Templo. Fuera lo que fuera lo que había sucedido, estaba seguro de que había algo más en juego que la desaparición del Maestro Bondara y de Darsha.

o o o

Darth Sidious pudo sentir una ligera turbación en la Fuerza antes de que su comunicador le avisara que tenía una llamada, y supo que su aprendiz estaba a punto de conectarse. Pisó la rejilla del holoproector y la activó. Las medidas de seguridad brillaron verdes antes de que él hablase.

—Mi aprendiz. Has completado tu misión.

Era una afirmación, no una pregunta. Sidious sabía que Darth Maul no le llamaría para comunicarle un fracaso, y no había señales inapropiadas en las energías que rodeaban su imagen.

—Sí, Maestro. La padawan Jedi murió en combate. Luchó bien para ser una neófita. Una explosión que tuvo lugar durante nuestro enfrentamiento mató a Lorn Pavan y su androide.

El Señor Sith asintió. Sentía la verdad de esa afirmación incluso a través de la distancia que los separaba. Eran noticias excelentes. Se había anulado cualquier fuga de información que pudieran tener sus planes. Seguramente habría otros problemas, aunque sólo fuera porque desconfiaba tanto de las habilidades combativas de los neimoidianos como de su veracidad, pero serían obstáculos que tendrían lugar cuando su plan estuviera ya demasiado avanzado como para ser detenido.

—Quiero que lleves el holocrón a este lugar —le dijo a su discípulo, proporcionándole las coordenadas e instrucciones que necesitaría para franquear a los androides de seguridad.

Darth Maul asintió, aceptando las instrucciones.

—Ten mucho cuidado, aprendiz mío. La discreción es vital. Los Jedi estarán molestos por perder a dos de los suyos, y buscarán una explicación. Debes procurar que no encuentren ninguna.

Tras decir esto, apagó la conexión, rompiendo la comunicación. No esperó ninguna respuesta; no era necesaria.

Ya era hora de hacer nuevos preparativos. Hora de poner en marcha el plan que llevaba décadas preparándose y que culminaría con la destrucción final de los Jedi.

Pronto.

Muy pronto.

o o o

Obi-Wan conducía el aerocoche a la mayor velocidad que le permitía la seguridad, recorriendo el estrecho laberinto de calles y edificios. De pronto, su atención se vio distraída por un rumor y un fogonazo de luz anaranjada a dos calles de distancia.

Otra explosión, se dijo intrigado mientras se dirigía hacia ella. No sabía lo que estaba pasando, pero si no se interrumpía pronto, toda esa parte de la ciudad acabaría pareciendo el objetivo de un bombardeo desde el espacio.

Detuvo el aerocoche en una plataforma de aterrizaje y se acercó al edificio en llamas, volviendo a usar la Fuerza para intentar discernir lo sucedido. Sus sentidos se expandieron por el edificio, sin detectar señales de vida pero encontrando los residuos de un poderoso duelo. Podía sentir la presencia de Darsha y los mismos tentáculos de maldad que había encontrado a lo largo de todo el día. Mirando a su alrededor, el padawan vio unos escombros expulsados del edificio por la explosión. Algo brillaba entre ellos, y se acercó a ver lo que era.

La sorpresa le recorrió el cuerpo, y tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse, forzando su mente a abrirse y aceptar lo que veía.

Empleó la Fuerza para coger el brillante trozo de metal, sacándolo de entre los escombros, atrayéndolo hasta su mano.

Era el pomo retorcido y fundido de un sable láser, chamuscado hasta ser casi irreconocible.

Casi.

En los duelos de práctica del Templo, los padawan suelen intercambiarse un saludo antes de iniciar el combate, alzando el pomo de los sables láser hasta la frente antes de conectar sus lenguas de energía. Obi-Wan se había fijado más de una vez en el intrincado asidero del arma de Darsha; tenía un diseño único.

El mismo que veía en ese momento.

Cualquier duda se la disipó la Fuerza. Darsha Assant había muerto.

Obi-Wan Kenobi guardó silencio, mirando al pomo que tenía en la mano.

*No hay emoción; hay paz.*

Como deseó que fuera así.

## Capítulo 33

Lorn miraba a la luz más brillante que había visto nunca.

Se sentía... *quebradizo*, como si al moverse pudiera romperse en incontables pedazos. En sus oídos notaba un extraño tintineo, en su nariz un olor raro. Sus ojos se negaban a enfocarse. Todo lo sentía como en un sueño. No tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo había llegado hasta allí.

De pronto, la luz, que ya se daba cuenta que era el sol, se vio bloqueada por un rostro familiar.

—Bien. Ya has despertado. ¿Cómo te sientes?

Lorn movió con cuidado la mandíbula, dándose cuenta de que podía hablar sin mucha dificultad.

—Como el muñeco masticable de un perro de combate.

Se sentó, con la visión aún borrosa, y sintiendo multitud de molestias que le indujeron a tumbarse.

—¿Qué ha pasado?

—¿No recuerdas nuestra reciente... situación? —repuso I-Cinco, tras guardar un momento de pausa.

Lorn miró a su alrededor. El androide y él se encontraban en un pequeño tejado situado en el lateral de un edificio. Lo último que recordaba...

Se volvió para mirar en otra dirección. A unos cincuenta metros de distancia se encontraba el edificio donde los había atrapado el Sith. Recordaba a Darsha abriendo la puerta, recordaba al Sith enmarcado por el umbral, pero nada más. Así se lo dijo a I-Cinco.

El androide asintió.

—Pérdida de la memoria a corto plazo. No es de extrañar, dado el trauma de los últimos acontecimientos y la congelación por carbono. ¿Puedes andar? —dijo, ayudando a Lorn a ponerse en pie.

Éste probó su equilibrio.

—Creo que sí.

—Bien. Las autoridades llegarán en cualquier momento, pero con suerte Tuden Sal llegará antes.

Tuden Sal. Por algún motivo, ese nombre despertó otros recuerdos en él.

—Nos congelaste en carbonita.

—La cámara de tratamiento de desperdicios en la que estábamos estaba diseñada para preparar material volátil de cara a su transporte. Fue sencillo reajustar sus parámetros para...

Y entonces tuvo la revelación, como la explosión de una granada a corta distancia.

—¡Darsha!

La luz del sol, mucho más brillante de a lo que estaba acostumbrado, se fundió momentáneamente con el gris de los niveles inferiores. La mano metálica del androide le cogió por el antebrazo, manteniéndolo en pie.

Darsha, la padawan Jedi, la mujer con la que había compartido las últimas tumultuosas cuarenta y ocho horas, la mujer que en ese corto e intenso período de

tiempo había llegado a importarle más que cualquier otra persona con la excepción de Jax e I-Cinco, había muerto.

No. No podía ser. El androide y él habían conseguido engañar a una muerte certera. Seguro que ella también había podido hacer lo mismo de alguna manera.

Miró a su compañero con desesperación. Vio que el androide se daba cuenta de lo que pasaba por su cabeza. Y, de algún modo, leyó la verdad en su rostro inexpresivo.

Habían podido escapar porque ella había ganado tiempo, lo había ganado con su propia sangre.

También recordó esa parte. Ella había... muerto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz monótona.

—Se las arregló para amontonar durante el combate varios contenedores con materiales inflamables y los prendió fuego al ser abatida.

*Al ser abatida.*

Lorn guardó silencio mientras se dirigían al borde del tejado.

—¿Por qué no hemos muerto nosotros?

—La carbonita es muy densa. Resistió la explosión, y nosotros también al estar enquistados en ella. El proceso tenía un temporizador, y lo programé para que nos descongelara a la media hora. Después de eso, me pareció prudente cambiar de paradero.

Lorn asintió despacio.

—¿Qué pasó con el Sith? ¿Ha sobrevivido, o murió con...? —No tuvo ánimos para acabar la frase.

—Lo desconozco. Si ha sobrevivido, cosa que consideraría extremadamente improbable de tratarse de cualquier otra persona, con toda probabilidad nos dará por muertos. La unidad congeladora de carbono redujo nuestros biorritmos y procesos electrónicos a un nivel tan bajo que no podría detectarlos ni un Maestro en la Fuerza.

Lorn estiró los brazos y se retorció cuidadosamente a un lado y a otro. No parecía tener efectos secundarios, aparte de un buen dolor de cabeza. Bueno, había tenido resacas mucho peores.

En la parte media de I-Cinco sonó un pitido.

—Debe ser nuestro transporte —dijo el androide, sacando el comunicador del compartimento del torso y conectándolo. Confirmó su localización y lo apagó.

Unos segundos después llegaba un esbelto aerocoche negro con capota y ventanillas negras, abriendo las puertas laterales cuando se puso a su altura. Lorn miró al interior y vio que Tuden Sal había ido a buscarlos en persona.

—Me estaba preguntando en qué os habíais metido esta vez —dijo Sal, mientras el aerocoche con chofer se elevaba alejándose del lugar. Miró por la ventanilla esmerilada a la destrucción de abajo—. Pero no sé si quiero saberlo, en vista de lo que hay abajo.

—Una sabia decisión —repuso el androide, inclinándose para mirar por la ventanilla—. Cuanto menos sepas, de menos podrás acusarte.

El aerocoche se elevaba cada vez más, dirigiéndose hacia una pista de tráfico que les llevaría al Puerto Este, donde Sal tenía uno de sus restaurantes. I-Cinco dio un golpecito a Lorn en el hombro y señaló la ventanilla lateral.

—Igual no quieres ver esto —dijo.

El corelliano miró por la ventana y vio una pequeña figura de negro caminando por uno de los paseos elevados de abajo. Sintió que las entrañas se le congelaban como si le hubieran sumergido otra vez en carbonita. Sólo había tenido un atisbo de la figura, que estaba muy lejos, pero parecía...

Tenía la garganta seca, y tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder hablar.

—¿Tienes aumentadores en este cacharro? —preguntó a Tuden Sal, que estaba recostado en el asiento acolchado de delante.

El restaurador era un sakiyano, bajo, robusto y con una piel que parecía metal pulido. Asintió y tocó un control situado bajo el cristal de la ventanilla. El aerocoche era

el epítome del lujo: pequeño dispensador de bebidas, comunicadores de alta potencia y un control de clima interespecies. Un instante después, ante las manipulaciones de Sal, la pequeña figura de abajo se hizo mucho más grande, aumentando de tamaño hasta llenar media ventanilla. Llevaba la capucha echada, cubriéndose el rostro, y el aumento de la imagen amenazaba con dividir la imagen en sus componentes digitales, pero Lorn lo reconoció sin problemas.

Era el Sith.

Mientras miraba, el asesino encapuchado cogió algo de su cinturón y lo levantó para mirarlo. Una petición a Sal hizo que el aumentador se enfocara en él. Lorn no se sorprendió al ver el holocrón en manos del Sith.

—¿Algún amigo tuyo? —preguntó Sal.

—En absoluto, pero quisiera seguirle el rastro. ¿Te importa si damos un pequeño rodeo?

—No es problema. Te lo debo, Lorn.

—Mantén los aumentadores al máximo, y sitúate todo lo lejos que puedas de él —aconsejó I-Cinco.

Sal apretó un botón y dio instrucciones al androide conductor. Empezaron a seguir a la figura encapuchada a la mayor distancia posible, apenas lo justo para no perderla de vista.

o o o

Darth Maul empleó su conexión con el Lado Oscuro para hacer que la sombra que proyectaba en él fuera lo más pequeña posible. Su Maestro tenía razón: no sería de utilidad silenciar a los enemigos de los Sith sólo para cometer el error de revelar su presencia a otros.

El aprendiz paró un aerotaxi. Su motojet estaba destruida, y la que había cogido prestada a la policía era demasiado peligrosa, así que necesitaba un transporte que lo acercara a la mónada abandonada donde tenía la nave.

Mientras el vehículo se elevaba, Maul se mantuvo atento a posibles perseguidores. Era improbable que hubiera alguno, ya que casi todos los que le habían visto estaban muertos, o se encontraban diez o más niveles por debajo de él, pero su Maestro le había aconsejado discreción, y haría caso a sus deseos.

o o o

Lorn e I-Cinco observaron cómo la oscura figura salía del taxi y caminaba hacia la entrada superior de una mónada abandonada. Esperaron unos minutos más, hasta que el Sith reapareció en el tejado.

Unos segundos después le vieron pisar un escalón invisible y desaparecer.

—Un buen truco —dijo Tuden Sal.

Lorn se quedó mirando, completamente desconcertado, sin estar seguro de si debía creer en lo que veía. ¿Era algún nuevo poder arcano de ese Sith asesino? Pero, entonces, oyó cómo I-Cinco respondía al comentario de Sal.

—Debe tener un sistema de invisibilidad de primera clase. Seguramente con base de silicio.

Por supuesto. Su némesis había entrado en una nave con el escudo de invisibilidad activado. Resultaba de lo más lógico, pensó Lorn. El Sith había cumplido con su misión; conseguido el holocrón y, que él supiera, matado a todos los que habían tenido noticia de él. Sin duda se disponía a abandonar Coruscant.

*Pero yo no estoy muerto, asesino. Crees que lo estoy, pero no es así.*

La cuestión era: ¿qué iba a hacer a continuación?

Estaba a salvo, por primera vez desde que había empezado esa pesadilla. El Sith le daba por muerto, y lo único que tenía que hacer era ser discreto y dejar que ese asesino demoníaco abandonara su vida para siempre. I-Cinco y él podían salir de Coruscant y amontonar todos los pársec que consideraran necesarios entre ellos y el centro de la galaxia. No serían ricos, pero estarían vivos.

Y el asesino apestoso que había matado a Darsha saldría bien librado de su crimen.

Lorn sabía que podía acudir a los Jedi y decirles lo que había pasado. No tenía ninguna duda de que movilizarían sus filas y darían caza a quien había matado a dos miembros de su orden. Pese a todo lo que hubiera podido suceder en el pasado entre ellos y Lorn, no tendría ningún problema en convencerlos para que le creyeran. Era una de las ventajas de tratar con una fraternidad de cultivadores de la Fuerza.

Pero los engranajes de cualquier organización, por muy benigna que se considerase ésta, siempre giran con lentitud y morosidad. En ese mismo momento, el Sith debía estar preparando su nave para el despegue. ¿Podrían encontrarlo los Jedi una vez dejara este mundo?

Miró por la ventana. Ante él, de horizonte a horizonte, se extendía Coruscant en todo su esplendor teselado. Él más que nadie podía decir que había visto lo peor y lo mejor que podía ofrecer el planeta capital. Su vida había sido por turnos peligrosa, frustrante, aterradora y descorazonadora. No había tenido muchas alegrías. Aun así, seguía mostrándose reticente a hacer nada que pudiera conllevar su pérdida.

Nunca había querido ser un héroe. Lo único que quiso siempre era llevar una vida tranquila y normal con su mujer y su hijo. Pero su mujer le había dejado, y los Jedi, a los que la galaxia consideraba unos héroes, le habían seducido para renunciar a su hijo.

Antes de conocer a Darsha Assant nunca habría llamado héroe a un Jedi.

Respiró hondo y miró a Tuden Sal.

—Necesitamos una nave espacial.

—Ya me lo dijo I-Cinco —asintió su amigo—. No es problema. ¿A dónde quieres ir?

Lorn volvió a mirar al tejado de la mónada, donde un momento antes habían visto al Sith.

—A donde vaya él.



## Capítulo 34

**D**arth Maul se acomodó en el asiento del piloto. Presionó con la mano una placa sensora de la consola que tenía delante, y la cabina de control hemisférica se llenó de diversos zumbidos, pitidos y vibraciones cuando el *Infiltrador* se puso en marcha. Una exploración rápida de los alrededores no reveló nada en la zona inmediata que pudiera interferir con su despegue. Sonrió satisfecho.

Por fin estaba a punto de terminar su misión. Ésta le había llevado más tiempo del que había supuesto y le había hecho recorrer oscuros rincones de Coruscant que no sabía ni que existían. Pero ya casi había terminado con su trabajo. Había acabado con todos aquellos con los que había hablado Hath Monchar, y anulado todas las filtraciones. El plan de Darth Sidious para llevar a cabo un embargo comercial, y destruir posteriormente la República, podía proceder sin problemas.

Sacó el holocrón de uno de los compartimentos del cinturón y lo examinó. Un objeto tan pequeño, pero, sin embargo, depositario de tanto poder potencial. Lo devolvió a su sitio y activó los repulsores verticales. En los monitores superiores observó cómo el tejado de la mónada se alejaba de la nave. El ordenador de navegación empezó a trazar los vectores direccionales y de velocidad que le llevarían al punto de encuentro especificado por su Maestro. Allí entregaría el holocrón a Darth Sidious, completando así su misión.

Pocos minutos después estaba por encima de las nubes, vislumbrando ya la curva del planeta. No necesitaría mucho tiempo para llegar a su destino; las rutas orbitales que rodeaban Coruscant no estaban tan congestionadas como los estratos de tráfico de la superficie. Una vez estuviera en órbita, tendría que desconectar el campo de invisibilidad, o le sería muy difícil evitar una colisión con alguno de la miríada de satélites, estaciones espaciales y naves que circundaban el planeta.

Maul desconectó el piloto automático y aceleró un poco el motor de iones. El piloto automático estaba más que capacitado para llevarlo a destino, pero prefería conducir él mismo.

Mientras situaba el *Infiltrador* en una órbita baja, rozando apenas los tenues gases de la ionosfera superior, pensó en su batalla con la padawan Jedi. Desde luego había sido mucho más inteligente y había tenido más recursos de lo que él había supuesto. E igual sucedía con su compañero. Le habían proporcionado una buena cacería. Los saludó mentalmente. Admiraba el valor, la habilidad y la inteligencia, hasta en un enemigo. Por supuesto, habían estado condenados desde un principio, pero al menos habían luchado contra su destino, en vez de someterse dócilmente a él, como había hecho ese neimoidiano cobarde que había empezado toda esa situación.

Se preguntó cuál sería la siguiente misión que le encomendaría su Maestro. Probablemente algo relacionado con el bloqueo a Naboo. Esperaba que hubiera algún Jedi implicado. Matar a la padawan sólo le había abierto el apetito.

o o o

La nave que Tuden Sal proporcionó a Lorn e I-Cinco era una ARE Thixian Siete, un crucero de cuatro plazas modificado. La nave había visto días mejores, pensó Lorn

cuando el aerocoché aparcó junto a ella en el Puerto Este, pero eso daba igual. Lo único que le importaba era que pudiera volar y disparar.

Mientras Tuden Sal empleaba el comunicador para confirmar los permisos de despegue, Lorn se volvió hacia I-Cinco.

—Dame la pistola láser.

El androide le entregó el arma del raptor.

—Mientras no planees volver a intentar dispararme con él.

—Nunca te habría disparado.

Su amigo no dijo nada.

—Mira, no espero que vengas conmigo. De hecho, lo más lógico es que vayas al Templo y le cuentes a los Jedi lo que ha pasado. De ese modo, habrá un plan de reserva por si fracaso.

—Oh, por favor. ¿Piensas vencer tú solo al Sith? Tienes tantas posibilidades de ello como una bola de nieve de sobrevivir a una supernova.

—No es tu lucha.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo. Aun así, no pienso dejar que vayas solo. Vas a necesitar toda la ayuda que puedas conseguir. Lo cual me recuerda algo...

El androide sacó del compartimento de su pecho lo que parecía una pequeña pelota blanca. Se la entregó a Lorn, que la miró de cerca. Era semitransparente, esférica, de un diámetro de la mitad de su pulgar, y parecía hecha de algún material orgánico.

—¿Qué es esto?

—Un nódulo de la piel del taozin. Está hecho de células especialmente adaptadas que bloquean la receptividad de la Fuerza.

Lorn miró la bola de reojo. Ahora que sabía lo que era, se sintió asqueado por su tacto.

—¿Estás diciendo que si tengo esto, el Sith no podrá usar la Fuerza contra mí?

—Estoy diciendo que quizá oculte tu presencia lo bastante como para acercarte a él sin ser localizado. No te protegerá de sus poderes telequinéticos, y mucho menos contra su capacidad de combate, pero es mejor que nada. Y ahora te sugiero que despeguemos ya.

Tras decir esto, el androide se dirigió hacia la rampa del Thixian Siete.

Lorn dejó que se adelantara dos pasos, alargando a continuación una mano y desactivando el interruptor Maestro de la nuca de I-Cinco. Éste se derrumbó y el corelliano lo cogió, depositándolo en el suelo. Se volvió hacia Tuden Sal que le observaba desconcertado.

—¿Una pelea familiar?

—Algo así. Necesito otro favor. Lleva este saco de tuercas al Templo Jedi. Tiene información que querrán conocer.

Sal asintió. Cogió a I-Cinco por debajo de los brazos y lo arrastró hasta su aerocoché. Lorn observó por unos instantes, antes de volverse y subir a la nave.

o o o

Lorn podía afirmar con toda honestidad que no le asustaba la idea de enfrentarse solo al Sith. *Asustarse* era una palabra demasiado blanda. Estaba *aterrado*, paralizado, completamente descompuesto por lo que pensaba hacer. Sabía que estaba llevando a cabo algo suicida, ¿y para qué? ¿Por alguna noción quijotesca de venganza ante la muerte de una mujer a la que apenas conocía? Era de locos. I-Cinco tenía razón: sus probabilidades de sobrevivir eran tantas que las posibilidades en contra se situaban en el campo de los números teóricos.

Cuando el Thixian Siete despegó, Lorn estaba hiperventilando. Todos los nervios de su tembloroso cuerpo estaban encendidos con adrenalina, todas las células cerebrales que seguían funcionándole tras sus estallidos periódicos de abuso de alcohol le

gritaban que saliera de esa órbita y siguiera adelante. En vez de eso, pidió al ordenador de navegación que trazara todas las trayectorias hipotéticas que podría tomar una nave proveniente de la celdilla de superficie donde se encontraba la mónada abandonada.

En un instante demasiado breve, el ordenador identificó una nave volando en una órbita baja, a treinta y cinco kilómetros de distancia. Lorn la puso en pantalla, dado que los sensores indicaban que había desactivado el mecanismo de invisibilidad. Contempló la imagen de la nave Sith. Era una nave esbelta, de morro alargado y alas dobladas, de casi treinta metros de largo; las lecturas no indicaban ningún armamento, pero parecía una nave peligrosa.

Bajo él, Coruscant parecía un gigantesco tablero de circuitos que cubría toda la superficie del planeta. Era una imagen espectacular, pero Lorn no estaba de humor para contemplar el paisaje. Se situó detrás de la nave y en una órbita inferior. No sabía cuánta protección podría brindarle el nódulo del taozin, si es que podía brindarle alguna, y no pensaba forzar su suerte. Ya iba a necesitar mucha.

Lorn deseó tener al lado a su amigo androide. Era dolorosamente consciente de que, desde que empezó esa pesadilla, habían sido Darsha o el androide quienes le habían salvado la vida. Menudo héroe estoy hecho, pensó.

También echaba de menos a Darsha, aunque no deseaba tenerla con él. Deseaba que estuviera viva y muy lejos de allí, a salvo en algún planeta amigo donde no hubieran oído hablar de los Jedi o de los Sith. Deseaba estar allí con ella.

El ordenador de navegación emitió un suave pitido para llamar su atención y desplegó un vector de posición en uno de los monitores. La nave del Sith había cambiado su rumbo; se dirigía a una gran estación espacial situada en órbita geosincrónica sobre el ecuador.

Con la boca seca como el papel, el corelliano ordenó al piloto automático que la siguiera. No tenía ni idea de lo que haría una vez allí. Sólo sabía que debía intentar detener al Sith de algún modo.

En nombre de Darsha.

Y en el suyo propio.

## Capítulo 35

Tuden Sal cargó al desactivado I-Cinco en su aerocoche e indicó un destino al chofer androide. El vehículo se elevó alejándose del espaciopuerto, entrando limpiamente en las rutas de tráfico aéreo.

Lo sentía por Lorn. Su amigo no le había contado mucho sobre la situación en que se encontraba, pero lo poco que había dicho y el aspecto del individuo al que perseguía le decían que sus posibilidades de supervivencia eran pocas. Una lástima. Siempre había pensado que Lorn tenía potencial, aunque siempre acabase por no estar a la altura del mismo. Un bribón siempre sabe reconocer a otro.

Pero lo más probable es que fuera a morir en esa demencial empresa en la que se había embarcado. Una pena, pero no era asunto suyo. Lo que más le preocupaba era el androide.

El sakiyano nunca había entendido que el corelliano tratara a I-Cinco como a un igual, llegando incluso a llamarlo "socio". Los androides eran máquinas, muy listas, sí, y en algunos casos hasta capaces de imitar el comportamiento humano de forma escalofriante. Pero eso era todo lo que hacían: imitar. Legalmente eran propiedades. Aunque se había acostumbrado a ello durante el año que hacía que trataba con Lorn e I-Cinco, nunca había conseguido superar el ligero desagrado que le producía verlos interactuar como si fueran iguales.

Bueno, pues eso se había acabado. Ya hacía tiempo que le había echado el ojo a ese androide; tan sólo las modificaciones de su armamento lo convertían en una máquina muy valiosa. Sus tratos ocasionales con el Sol Negro hacían buena la idea de tener un guardaespaldas, y estaba seguro de que I-Cinco sería uno muy bueno. Una vez le hubiera borrado la memoria, por supuesto.

No le preocupaba mucho lo que pudiera pensar Lorn al respecto. Después de todo, no esperaba volver a verlo con vida. Y, de ser así, el robo y reprogramación de un androide no estaba tipificado como delito grave. La mayor repercusión legal que podría llegar a tener sería una multa, que ni de lejos le costaría tanto como un androide nuevo con las modificaciones especiales de I-Cinco.

Lo mirara como lo mirara, era un buen negocio incluso pensando en la vieja nave que acababa de regalar.

El tejado del Templo brilló al sol de la tarde cuando el aerocoche pasó sobre él, antes de perderse entre las incontables naves que llenaban los cielos de Coruscant.

o o o

El *Infiltrador* atracó en uno de los muelles de la estación espacial, y Maul escuchó los amortiguados sonidos metálicos de la escotilla exterior al conectarse con el interior de la estación. Desactivó los sistemas de gravedad artificial y de soporte vital, y se dirigió flotando hacia la escotilla de aire a través del oscuro interior de la nave.

El punto de acceso a la estación estaba en uno de los módulos externos de servicio. Darth Sidious le prometió que allí no habría ni humanos ni androides que pudieran estorbarle en sus desplazamientos, y al salir vio que era así. Se encontraba en lo que parecía un pasillo de servicio bajo y estrecho, con paredes y techo forrados de

tuberías, conductos y cables. En esa parte de la estación no había gravedad artificial, sin duda por cuestiones presupuestarias. No importaba, ya se había movido antes en entornos de gravedad cero. Se alejó de la escotilla y flotó pasillo abajo, usando los accidentes de la pared para impulsarse.

Tenía muy claras las indicaciones de Darth Sidious; debía recorrer ese pasaje hasta llegar al módulo propiamente dicho, y después subir por un tubo vertical hasta uno de los principales módulos de habitaciones. Se reuniría con Maul a una hora predeterminada, menos de quince minutos después. Entonces Maul le entregaría el cristal.

Y su misión se habría completado.

o o o

Lorn dejó que el piloto automático se ocupara del atraque; no era tan buen piloto. *No era bueno en nada*, pensó amargamente, salvo en *meter en problemas a los que quiero*. Aún tenía la pistola láser que le había quitado al raptor, pero sólo entonces se acordó de que su cartucho energético tenía potencia para pocos disparos. Aunque, dada la situación, de un modo u otro, no tendría más tiempo que para hacer esos pocos disparos.

Entró al conducto de servicio en cuanto se encendió la luz verde. Hacía ya tiempo que no experimentaba la gravedad cero. Cuando podía permitírselo, solía ejercitarse en salas de ejercicio con instalaciones sin gravedad. Le gustaban los ejercicios, la sensación de poder volar, aunque sólo fuera en los estrechos confines de la sala, aligerándose así de algunas de las cargas de su existencia.

No obstante, no se hacía ilusiones con que su familiaridad con la ausencia de peso pudiera significar alguna ventaja sobre el Sith. No albergaba ninguna duda de que su contrincante sabría moverse con habilidad letal y consumada en todo tipo de entornos. Mucha suerte necesitaría para poder llevar sus planes a buen término.

Una vez en el pasillo, se movió lentamente y con precaución. No había señales de su enemigo, y no parecía que hubiera ningún sitio en el que esconderse. Aun así, no pensaba arriesgarse. En ese momento, no se habría sorprendido si el Sith aparecía de repente ante él, como salido de la nada.

No tenía ni idea de lo que haría una vez lo encontrase; no había tenido tiempo de trazar algún plan. Si el nódulo del taozin le permitía acercarse a él lo bastante como para poder dispararle, no tendría escrúpulos en alcanzarle por la espalda, siempre y cuando no se desmayase por el terror una vez lo tuviera en el objetivo.

Llegó al final del pasillo. De allí salía un tubo de subida. Antes de seguirlo, sacó la pistola láser y comprobó la carga de energía.

Lo que descubrió no era muy bueno. El arma no tenía energía suficiente para un disparo a máxima potencia, o tres disparos aturdidores de baja potencia. Tras meditarlo un momento, la graduó en baja potencia, diciéndose que era preferible tener tres posibilidades de dejar fuera de combate al Sith a una sola de matarlo. Siempre y cuando el disparo aturdidor le bloqueara. A esas alturas no estaba muy convencido de que hubiera algo que pudiera dañar a su némesis.

Se metió en el tubo. Conducía a una cámara más grande y mejor iluminada, de unos diez metros por diez, y bastante vacía a excepción de algunas cajas de equipo ancladas a las paredes.

Al otro extremo de la cámara se encontraba el Sith.

Daba la espalda a Lorn mientras introducía una clave en un panel de la pared, para abrir una escotilla del muro del fondo.

Lorn se alzó en silencio del tubo y cogió la pistola con ambas manos. Apoyó los pies en el borde del tubo; en esa gravedad cero habría cierto retroceso.

El nódulo de taozin parecía estar haciendo su trabajo: el Sith no parecía ser consciente de tener a Lorn a diez metros de distancia, apuntándole entre los omóplatos. Le temblaban las manos, pero no tanto como para no acertar a un blanco tan grande como la espalda de su enemigo, y más con tres disparos a su disposición. Una vez derribado el Sith, pensaba matarlo con su sable láser y coger después el cristal de información.

El Sith apretó un botón de la pared. Una luz verde se iluminó, y la escotilla empezó a abrirse.

Ya. Tenía que disparar ya. Lorn respiró hondo, abriendo la boca para que el Sith no le oyera tomar aire. Lo exhaló del mismo modo, volvió a tomarlo, lo mantuvo en los pulmones.

Y apretó el gatillo.

## Capítulo 36

**E**l disparo fue certero. La descarga acertó al Sith en medio de la espalda, arrojándolo contra el mamparo. Volvió a disparar, acertando al Sith en la parte inferior de la espalda.

Lorn no podía creerlo. Se propulsó hacia adelante, cruzando toda la sala en dirección a su adversario, que en esos momentos flotaba inerte hacia él en un lento rebote del impacto inicial. Lorn cogió al Sith por sus ropas, pistola en mano, aún con un disparo en la recámara, y le dio la vuelta para mirarle a la cara. Cuando buscaba el sable láser, notó un brillo de luz reflejado, proveniente del compartimento semiabierto de su cinturón.

Era el cristal holocrón. Lo cogió y se lo metió en el bolsillo. Entonces buscó el sable láser.

Estaba mirando su siniestro rostro tatuado cuando los amarillentos ojos del Sith se abrieron.

Lorn se quedó paralizado, hipnotizado por esa feroz mirada. Se olvidó del sable láser que estaba cogiendo, se olvidó de la pistola que aún tenía en la otra mano. Y entonces se vio arrojado hacia atrás por una fuerza invisible pero poderosa que le dejó boqueando y sin aire.

El sable láser del Sith saltó a su negro puño enguantado, brotando sus hojas gemelas en posición. Una de ellas titiló en su dirección como un relámpago escarlata. Lorn sintió un golpe en su mano derecha y vio cómo ésta giraba alejándose de él a cámara lenta, todavía agarrando la pistola, y seguida por unas cuantas gotas de sangre. No sintió ningún dolor, y de hecho, no se dio cuenta de lo sucedido hasta que no vio el muñón ennegrecido y cauterizado al extremo de su brazo.

El Sith giraba ya en el aire, usando la energía de su último golpe para rotar y volver a ponerse en posición de ataque. Lorn sintió que ese momento se prolongaba, de forma increíblemente clara y precisa. Su enemigo enseñaba los dientes en un rictus de odio animal. El sable láser empezó a trazar un arco horizontal que podría cortarle el cuello menos de un segundo después.

Se encontraba flotando ante la escotilla abierta por su enemigo, con la pierna izquierda doblada y el pie rozando el lateral de uno de los contenedores de almacenamiento. Le dio una patada, propulsándose hacia atrás, atravesando la escotilla. La hoja de energía cortó allí donde un momento antes estaba su cuello.

Encogió las piernas mientras cruzaba la escotilla. Giró en el aire, sacando la cabeza y alargando la mano izquierda hacia los controles de la escotilla. Vio al Sith enmarcado por la puerta, saltando hacia él. Apretó el botón y la escotilla se cerró ante las narices de su enemigo. Se encendió una luz roja, indicando que la escotilla se había sellado. Pasó los dedos sobre el teclado del panel de acceso para alterar así el código.

A través de la mirilla pudo ver el rostro del Sith. Era una visión que helaba la sangre en las venas. Entonces, oyó el débil sonido del metal fundiéndose y vio un ligero brillo rojo aumentando de intensidad en el centro de la escotilla.

Su adversario estaba usando su sable láser para fundirla.

Lorn se giró y empezó a empujarse frenéticamente por el pasillo en que estaba. No sabía a dónde conducía ni cómo iba a escapar de la venganza del monstruo que tenía

detrás. En su mente no había lugar para nada que no fuera el pánico, ni siquiera para el dolor de su mano cortada ahora que ya se le empezaban a pasar los efectos del shock.

o o o

Darth Maul había sido pillado por sorpresa, posiblemente por primera vez en su vida.

Antes de ser acertado por los disparos láser, no había sentido ninguna vibración de aviso de la Fuerza. El asombro que le provocaron los impactos casi igualaba la sorpresa de darse cuenta de que el ataque provenía de Lorn Pavan. Había estado tan seguro de la muerte del corelliano en Coruscant, que despertarse para verle vivo y saqueando su cinturón había hecho que se cuestionara momentáneamente su cordura.

Había sido el shock combinado de esos dos hechos, además del desconcierto que suponía ver a Pavan delante de él y no poder sentirlo con la Fuerza, lo que había aminorado su tiempo de reacción lo bastante como para que pudiera escapársele por la escotilla, cerrándosela en las narices. Tendría que abrirse paso fundiendo el mecanismo del cierre. En cuanto lo consiguió, la abrió salvajemente de un tirón y salió tras Pavan, usando la Fuerza para propulsar su cuerpo sin peso. No había tiempo que perder. No sabía cómo había podido escapar a la explosión de aquel almacén, ni cómo había podido bloquear su presencia en la Fuerza, y no le importaba. Pero su Maestro llegaría dentro de unos minutos al punto de encuentro y Maul pretendía acudir a la cita con el holocrón en una mano y la cabeza cortada de Pavan en la otra.

Esa historia ya había durado demasiado.

o o o

Lorn se propulsó por otro conducto vertical, moviéndose todo lo rápidamente que le era posible con una sola mano para ayudarse. Le parecía notar en la nuca el cálido aliento del Sith; no se atrevía a mirar hacia atrás por si de verdad veía su demoníaco rostro. Si volvía a mirar a esos ojos amarillos, estaba seguro de que el terror le paralizaría.

Su única esperanza residía en llegar a la sección principal de la estación, donde se encontraría seguro. Estaría a salvo si conseguía poner las suficientes pistolas láser entre el Sith y él.

Le parecía imposible haber llegado a pensar alguna vez, aunque sólo fuera por un momento, que podría matar a esa criatura vestida de negro. El mero hecho de haber podido quitarle el holocrón le parecía ya casi milagroso. Aunque no lo conservaría por mucho tiempo si no encontraba ayuda.

Y entonces consiguió abrirse paso por un último puerto de acceso y se encontró en un gran solarium. Al cruzar la entrada sintió que recuperaba de repente el peso.

Miró a su alrededor. Había plantas y árboles enanos distribuidos con sumo gusto, conformando un pequeño jardín. La mitad de la cúpula del techo estaba hecha de acero transparente polarizado, obteniéndose así un magnífico paisaje estrellado y una imagen creciente del planeta. Por todo el jardín había individuos pertenecientes a diversas especies, algunos de ellos vistiendo ropajes de miembros del Senado de la República, así como otros con el atuendo ajustado y oscuro de guardias de Coruscant.

Reconoció a uno de los senadores. Cuando trabajaba para los Jedi, le había oído hablar varias veces, mostrándose siempre como hombre de mente clara y práctica, ajeno a la corrupción y la intriga. Si había alguien que pudiera proteger la información del holocrón y encargarse de entregarla sana y salva en el santuario del Templo Jedi era este hombre.



Lorn se tambaleó hacia adelante. Uno de los senadores, un gran, le vio llegar y reaccionó con cierto temor. Varios de los guardias se movieron para proteger a sus protegidos, desenfundando las pistolas láser.

—¡Esperad!

La orden provenía del senador al que había reconocido Lorn. Avanzó hacia adelante con expresión preocupada.

—¿Qué te sucede, mi buen amigo? ¿Qué te trae por aquí en ese estado?

El corelliano sacó el cristal de un bolsillo y lo mantuvo en alto. Vio que los ojos del otro se estrechaban al reconocerlo.

—¿Un cristal holocrón?

—Sí —jadeó Lorn, soltándolo en la mano extendida del senador—. Debe entregarse a los Jedi. Es muy importante.

El senador asintió, escondiendo el holocrón en un pliegue de su túnica. A continuación se fijó en el muñón donde antes había estado la otra mano de Lorn.

—¡Está herido! —repuso, volviéndose hacia uno de sus guardias, llamándolo con un gesto rápido e imperioso—. ¡Este hombre necesita ser hospitalizado de inmediato! ¡Y, por lo que parece, también necesita protección ante un posible asesino!

Lorn se derrumbó sobre una silla. Cuando los demás se acercaron a él, se arriesgó a mirar por encima del hombro, a la puerta de servicio por la que había entrado. No había ni rastro del Sith.

El alivio le inundó. La pesadilla había pasado, por fin.

Sintió que empezaba a perder la consciencia y se dio cuenta de que por primera vez en días podía permitirse el lujo del agotamiento.

—Asegúrese... de que... el holocrón... —murmuró, pero estaba demasiado cansado para terminar la frase.

Su benefactor se inclinó sobre él y sonrió.

—No se preocupe, mi valiente amigo. Yo me ocuparé de ello. Todo saldrá bien.

—Gracias... senador Palpatine —consiguió murmurar.

Y todo se desvaneció.

## Capítulo 37

Cuando Obi-Wan Kenobi llegó al Templo, se dio cuenta enseguida de que pasaba algo. Y no sólo por las ominosas reverberaciones de la Fuerza que latían invisibles a su alrededor. Todos los padawan y mensajeros con los que se cruzaba en los salones parecían estar concentrados y preocupados. Uno de ellos le vio y se detuvo.

—Padawan Kenobi, debes presentarte de inmediato ante tu Maestro —dijo, continuando su camino antes de que Obi-Wan pudiera preguntarle la causa de la palpable atmósfera de tensión.

Encontró abierta la puerta de la sala del Maestro Qui-Gon. El Jedi estaba dentro, cargando su cinturón de accesorios con objetos de combate como una pistola de ascensión y cápsulas de comida. Mostró alivio al ver a Obi-Wan parado en el umbral.

—Excelente. Has vuelto justo a tiempo.

—¿Qué ha pasado, Maestro?

—La Federación de Comercio ha bloqueado Naboo. Nos han elegido a ti y a mí para que seamos embajadores ante la nave capitana de la Federación de Comercio y arreglemos la situación.

Obi-Wan se sintió aturdido ante la importancia de la noticia.

—El Senado de la República condenará esa acción.

—Sospecho que los neimoidianos cuentan con el historial del Senado para que éste sea poco efectivo en este asunto. En cualquier caso, debemos salir de inmediato.

—Lo comprendo, pero antes debo decirte que tanto el Maestro Anoon Bondara como su padawan Darsha Assant han muerto. No hay ninguna duda de ello.

El Maestro Qui-Gon interrumpió por un momento la labor de hacer el equipaje y miró a su discípulo. El padawan vio tristeza en los ojos de su mentor.

—¿Y la causa de esa tragedia?

—No estoy muy seguro, pero sospecho de la participación del Sol Negro.

—Quiero oír toda la historia, y también querrá oírla el Consejo. Pero ahora la rapidez es esencial. Ya harás tu informe mediante una holotransmisión una vez estemos de camino.

—Sí, Maestro.

Obi-Wan siguió a su Maestro cuando éste se ajustó el cinturón alrededor de la cintura y salió de la habitación.

Naturalmente, haría lo que le pedía su Maestro. Era obvio que esa nueva crisis era mucho más importante que lo sucedido en el Pasillo Carmesí. Mientras seguía a Qui-Gon, se preguntó si alguna vez conocería toda la historia de lo que les había sucedido a Darsha y al Maestro Bondara. Ella tenía potencial para ser un buen Caballero Jedi, y le apenaba su muerte.

o o o

*El Sith se lanzó contra él, con las hojas gemelas brillando.*

Lorn despertó con un sobresalto. Miró a su alrededor, sintiendo todavía el pánico de su pesadilla. Entonces, fue relajándose lentamente a medida que sus ojos se acostumbraban a su entorno.

Se dio cuenta de que estaba en la habitación privada de un hotel. No era muy elegante, pero sí mejor que a lo que se había acostumbrado en los cinco años anteriores. Le habían tratado la muñeca cortada con carne sintética, y el senador Palpatine le había dicho que en pocos días tendría una prótesis. Y, lo que era más importante, le había dicho que el cristal de información se había entregado en el Templo Jedi y que habían capturado al asesino.

En resumen, que Lorn había ganado.

No del todo, claro. Aún lloraba la muerte de Darsha. También le preocupaba el paradero de I-Cinco, ya que el androide no había llegado nunca al Templo Jedi. Pero, aun así, había sido una victoria.

Le habían dado a elegir entre dos futuros: relocalización en una colonia de algún lugar del Borde, o una dirección permanente en una mónada de Coruscant. Se le había asegurado que, en cualquiera de ambos casos, se habían retirado las denuncias de fraude bancario y que se le concedería un estipendio con el que podría vivir cómodamente en compañía de I-Cinco. Aún no había decidido lo que haría, aunque se inclinaba a quedarse en Coruscant. Puede que quedándose consiguiera reanudar algún tipo de relación con Jax. Los Jedi le debían al menos eso.

Y también se lo debía a sí mismo. Ya era hora de que volviera a tener una vida, pero una vida de verdad, no el simulacro vacío en el que llevaba tanto tiempo atrapado. Necesitaría mucho tiempo para dejar de tener pesadillas, pero acabaría por conseguirlo. Acabaría conociendo la paz.

Se levantó de la cama. En el armario tenía ropas nuevas y se las puso. No tenía ningún sitio en especial al que ir, pero le apetecía salir afuera, sentir el sol en su rostro, respirar aire puro. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de esos placeres tan simples.

Abrió la puerta.

El Sith estaba ante él.

Lorn se quedó demasiado aturdido para tener miedo. Su enemigo avanzó, implacable, imparable, y conectó su sable láser. Lorn sabía que no podía hacer nada. El cuarto del hotel era pequeño, desprovisto de armas, con sólo una puerta.

Esa vez no había escapatoria.

Descubrió con sorpresa que, en ese momento, el último de su vida, no estaba asustado. De hecho, descubrió que se sentía de una forma muy similar a la que Darsha le había descrito cuando estaba profundamente sumida en el abrazo de la Fuerza.

Estaba en paz.

La información sobre los Sith había llegado a los Jedi. Que el asesino hubiera escapado a su encierro no cambiaría eso. Se dio cuenta de que su muerte servía a un objetivo más elevado.

Estaba contento de que fuera así.

La hoja del sable láser rieló en su dirección. Su último pensamiento fue para su hijo; su última emoción fue orgullo porque algún día Jax sería un Caballero Jedi.

o o o

Cuando miró a Lorn Pavan a los ojos, Darth Maul supo lo que pensaba el hombre. Podría haberlo leído con claridad en los ojos y la expresión de su enemigo, incluso sin ser sensible a la Fuerza.

No dijo nada.

Aunque Maul no tenía problemas para matar a quien se interpusiera en el camino de su Maestro, no por ello carecía de sentido del honor. Lorn Pavan se las había arreglado contra toda previsión para ser un reto mucho mayor que el de muchos asesinos profesionales del Sol Negro. Era un contrincante digno y se había ganado el derecho a morir con rapidez.

El sable láser siseó al cortar el aire, la carne, el hueso.  
Darth Maul dio media vuelta y se alejó. Por fin había completado su misión.

FIN

